

OPUS DEI : UNA INVESTIGACION

VITTORIO MESSORI

Un informe para los editores

Aquí tienen lo que he conseguido averiguar. Ha pasado bastante más de un año desde que decidí investigar -como un cronista con aires de detective- tal y como lo habría hecho sobre la Mafia. No sobre la mafia siciliana, sino sobre una institución española: el Opus Dei, la Obra, como la llaman en castellano.

Pongo las cartas sobre la mesa. Para transmitir lo que he conseguido saber necesitaré todas las páginas del informe que ahora entrego, pero quiero anticipar (y no es una astucia para incitar a la lectura, sino simplemente "colocar la noticia al principio", como dice la primera regla del periodismo) que no lamento haber retrasado otros trabajos previstos en mi agenda para dedicarme a éste.

La realidad en la que me he sumergido, para intentar descifrarla, es mucho más consoladora o inquietante, mucho más prometedora o amenazante (todo depende del punto de vista; aquí, sin embargo, no son fáciles las medias tintas) de lo que la mayoría de los católicos ni siquiera sospecha. Pero, desde luego, mucho más de lo que yo pensaba.

No es sólo la realidad presente lo que me ha hecho pensar. Me impresiona imaginar lo que puede ser en el futuro. "Estamos sólo al comienzo de una grandísima aventura", he escuchado de labios de muchos de la Obra, con una seguridad tan desconcertante como desprovista (al menos, así me lo ha parecido) de pomposa arrogancia.

En 1928, esta institución de la Iglesia contaba con un único miembro, el fundador; hoy se acerca a los ochenta mil (mitad mujeres, mitad hombres), de más de noventa nacionalidades, con una presencia que crece continuamente en todos los continentes. En Europa, hay cuarenta y seis mil miembros del Opus Dei; en América, veintisiete mil, y siete mil en Asia y Oceanía. En Africa, el crecimiento es algo lento, aunque se está acelerando, (un millar de miembros).

Me han recordado con frecuencia los de "dentro", con certeza serena, las palabras del fundador: "el Opus Dei es un mar sin orillas".

Por decirlo con palabras de un observador que, sin formar parte del Opus Dei, lo conoce por dentro, realmente sorprendente se mire como se mire: "no es temerario afirmar que está ocurriendo, discretamente y a menudo en silencio, una especie de revolución. La importancia eclesial del Opus Dei y su proyección social están empezando a notarse ahora. Sólo el tiempo la dará a conocer en toda su amplitud".

Es indispensable añadir una precisión. Las personas que creen en el Evangelio y lo leen desde una perspectiva católica, saben cuánta verdad encierran las palabras que Jesús dirige a Simón, hijo de Jonás: "Tú eres Pedro, y sobre esta

piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella" (Mt 16, 18).

Así está escrito. Para los creyentes, la Iglesia, edificada sobre los sucesores de Simón-llamado-Piedra, llegará hasta la consumación de los tiempos, hasta el gran final del regreso glorioso de Cristo. Pero lo que no está escrito es en qué condiciones perdurará hasta entonces.

Estos mismos creyentes deben rechazar cualquier actitud triunfalista ante el futuro, pues los Evangelios recogen también muchas referencias enigmáticas e inquietantes (en Lucas "Pero el Hijo del hombre, cuando vuelva, ¿encontrará fe sobre la tierra?", 18, 8; en Mateo: "se levantarán muchos falsos profetas y engañarán a muchos; por la abundancia de la iniquidad, el amor de muchos se enfriará...", 24, 11 y ss.); en Pablo ("que nadie os engañe de ninguna manera, porque antes ha de venir la apostasía y se ha de manifestar el hombre de iniquidad, el hijo de la perdición", 2 Tes 2, 3), y en otros muchos textos del Nuevo Testamento.

Sin embargo, sea cual sea el imprevisible futuro de la Iglesia, me parece bastante previsible que, en su seno, el Opus Dei tendrá mucho que decir. Es más, pienso que constituirá una estructura bien cimentada, cualesquiera que sean las dimensiones (acrecentadas o reducidas) del rebaño eclesial -ya sea grande o pequeño- en los tiempos venideros.

No aspiro a suplantar a profetas y adivinos en su arriesgada profesión: mis conclusiones no son más que el balance razonado de los datos obtenidos a lo largo de mi investigación, y sobre los cuales reflexioné a la luz de los trends, de las constantes y de las desviaciones que han caracterizado a los veinte siglos de historia cristiana.

Parece verificarse de nuevo una paradoja nada infrecuente: las presuntas "vanguardias", es decir, esos sectores que se autoproclamaban (y así les consideraban muchos) "el futuro", resultan ser en realidad el pasado. Mientras el presente y -probablemente- el mañana van (e irán) hacia lo que parecía ser un legado del pasado, destinado a ser superado por lo "nuevo".

En efecto, desde hace algunos decenios, en el ambiente clerical lo nuevo estaba representado, en opinión de muchos, por el catolicismo autoproclamado "progresista", ese que con tanta frecuencia ambicionaba, más que el diálogo, la fusión (en la praxis e incluso en la teoría) con el marxismo y, en general, con las fuerzas llamadas "de izquierdas".

De golpe -con la caída y el descrédito irreparables de la superstición marxista, confundida también por creyentes como "ley científica de la historia"-, ese Catolicismo se ha topado no con los profetas del 2000, sino con los supervivientes de una ideología decimonónica y cubierta de polvo.

Basta recordar, por ejemplo, a las figuras católicas que, en la Italia de los años sesenta y setenta, aceptaron ser elegidos al Parlamento en las listas comunistas, como "avanzadillas" -así se proclamaban ellos- de las masas cristianas. Hoy han quedado, de golpe, reducidos a caricaturas anacrónicas. Y pensar que pontificaban -solemnes y venerados-, invitando a la Jerarquía (no pocas veces intimidada, o al menos paralizada) a que declarase que la Biblia no era sino el anuncio y la confirmación de El capital o de los Cuadernos desde la cárcel. Les dieux sen vont...

El Opus Dei ha atravesado los años de la contestación clerical en silencio, manteniéndose firme en la Tradición y el Magisterio: en el del Papa, claro, porque no han faltado algunos obispos que parecían vacilar ante un presunto "progresismo", que luego el paso del tiempo ha vuelto retrógrado. Por esta fidelidad a prueba de bomba, la Obra fue despreciada como algo anacrónico, se desconfió de ella como si fuera una especie de quiste preconiliar que agonizaría ante lo Nuevo-que-avanza.

Por el contrario, si aquella presunta "novedad" se ha vuelto anticuada de golpe y de modo irremediable, lo que parecía "viejo" goza de buena salud (por ejemplo: frente a la caída de las vocaciones, que continúa en casi toda la Iglesia, a pesar de débiles e insuficientes signos de recuperación, hay aquí una expansión metódica y continua), y además se confirman las previsiones de que tendrá cada vez más peso y prestigio en la Iglesia del futuro.

Realmente, ha merecido la pena -mucho más de lo que yo mismo podía sospechar- el tiempo y el esfuerzo dedicados a descubrir esta "cosa" todavía desconocida, este núcleo, cogollo de la Iglesia de hoy y del mañana. Es, por otra parte, una realidad que, por su vigor, no interesa sólo a los creyentes: lo que sucede en la Iglesia nunca ha dejado de tener consecuencias en toda la sociedad.

Sucesos recientes confirman que hoy, a pesar de las apariencias, este interés por la Iglesia es mayor que nunca. Mientras releo estas páginas, un resbalón, una banal caída, una fractura del Papa ha puesto en febril agitación al mediasystem mundial. Es decir, una "sacra escayola" es suficiente para ser noticia durante días en la aldea de la información internacional.

La propuesta para que indagara sobre el Opus Dei me colocó al principio en una situación algo embarazosa. Se me confió la tarea de satisfacer un amplio deseo de saber más acerca de una "Obra" que se define nada menos que "de Dios".

Este interés de los lectores por la investigación coincidía con mi propio interés profesional, pues como dice uno de esos españoles que ha difundido el Opus Dei por el mundo y que lo conoce a fondo, "la Obra es para los periodistas un tema sensacional: siempre "vende"..."

Que "vende bien" lo sabía también yo, que formo parte del gremio de los escribas. Pero hasta el momento nunca elegí el tema de un libro pensando en que fuera a

gustar a la gente, o en que fuera rentable, al menos potencialmente, para los bolsillos del editor y para los míos.

Mi rechazo inicial a indagar sobre el Opus Dei no obedecía a una virtud especial. No quisiera enzarzarme ahora en una discusión con esos moralistas, tan numerosos entre los escritores: gente que falsifican quizá las facturas de los viajes, pero que siempre están dispuestos a indignarse por cualquier cosa; naturalmente por los vicios, las debilidades, las corruptelas de los demás, de todos los demás.

Mi rechazo procedía, en todo caso, de una necesidad. La vida es breve, las fuerzas limitadas: es mejor emplear una y otras en reflexionar e investigar sobre nuestras preguntas más auténticas, sobre nuestros interrogantes más profundos. La preparación de un libro -si se pretende trabajar como Dios manda- requiere años: ninguna contrapartida de dinero o de notoriedad podría recompensar el fastidio, el aburrimiento, el esfuerzo de un trabajo solitario como el escribir, si no respondiese a una necesidad. Si no fuera una elección nuestra, una urgencia que nace de dentro de uno.

Y -al menos en aquel momento- yo no experimentaba inquietud alguna por saber qué era el Opus Dei.

De todos modos, la honradez me obliga a poner todas las cartas sobre la mesa. Por respeto a quien lee, no por alimento de un ridículo protagonismo autobiográfico. Como ustedes saben -y no presumo de ello, pero tampoco lo escondo: así consta en mis libros-, las casualidades de la vida me han ido conduciendo, sin pretenderlo, al cristianismo. Soy feliz en él y no tengo, Dios mediante, intención alguna de abandonarlo.

Pero en esa Iglesia a cuyas puertas he llamado, y que se me han abierto generosamente, nunca he formado parte de grupos, asociaciones, movimientos, confraternidades, órdenes, organizaciones, "obras". Las aprecio y me parece muy bien que existan y que se multipliquen y prosperen. Descubro en ellas los brotes que nacen sorprendentemente, generación tras generación, del viejo tronco eclesial. Colaboro con ellas a gusto, en la medida de mis posibilidades. Pero, gracias a Dios, quien la conoce desde dentro sabe que esta Iglesia no peca de abuso cuando se llama a sí misma "católica", es decir "universal". Desde hace dos milenios, muestra verdaderamente que sabe hacer sitio a los temperamentos, a las vocaciones, a las historias más diversas. La Iglesia acepta incluso a los "perros vagabundos". Como me decía una vez el viejo Henri Fesquet, el colega que inventó en "Le Monde" la información religiosa moderna, "es el más vasto y variado jardín zoológico del mundo, donde hay un rincón para cada especie animal".

Como católico, por tanto, pero ajeno a militancias particulares, conocía del Opus Dei lo que debe conocer quien, como yo, intente vivir personalmente (por desgracia con resultados con frecuencia poco sustanciosos: vídeo bona proboque,

con lo que de ahí se deduce) la dimensión religiosa. Más aún cuando se vive profesionalmente de esta dimensión: estudiándola y comunicándola a los lectores.

¿El Opus Dei? Un grupo como los demás en la Iglesia del siglo veinte, quizá más reservado, ciertamente poco amante de las relaciones públicas, no comprensible a primera vista en su realidad y en su espiritualidad. Así pensaba yo, como todos, o casi todos. Esta lejanía quizá se debía también a un exceso de seriedad (por su parte) de algún amigo, miembro del Opus Dei, que me hizo formar la idea de algo humanamente exquisito, religiosamente descolocado y un poco aburrido.

Reserva, austeridad, seriedad, preparación sólida (tanto profesional como teológica), prestigio, influjo socioeconómico; quizá también una pizca de culto a la personalidad en torno a su fundador, el (por el momento) beato Josemaría Escrivá de Balaguer y Albas, llamado invariablemente por sus seguidores "nuestro Padre".

Esta era la imagen del Opus Dei y de sus miembros, incluso para mí, un profesional que debería saber casi todo de lo que se cuece en el melting pot cristiano, y muy particularmente en el católico.

En un par de ocasiones acepté pasar algunas horas en encuentros "públicos" - aunque se precise invitación personal- en el castello de Urio, la residencia del siglo XVIII junto al lago de Como que hombres (y mujeres) del Opus Dei, principalmente jóvenes universitarios y profesionales, utilizan para sus actividades de formación. Y donde tienen también, me parece, una Escuela de hostelería.

Me encontré muy a gusto. Allí experimenté el "estilo Opus Dei": buena educación, buen gusto en el vestir ("Místicos, pero con la corbata adecuada", como ha dicho alguien), sin clericalismos, con una desenvoltura muy "laical", ajena a esa demagogia que confunde la pobreza (la evangélica, no la de los ideólogos populistas) con la cutrez, impuesta hasta a los huéspedes, que equipara el radicalismo cristiano al descuido y al mal gusto, que -entre otras cosas- no siempre son "baratos".

En esta Iglesia actual en la que tantos, por desgracia, parecen convencidos de que una iglesia (entendida como edificio) es tanto más cristiana cuanto más se asemeja a un garaje o -para los más "comprometidos"- a un establo, aprecié la sobria pero resplandeciente riqueza de la capilla (o mejor "oratorio", como me he enterado que prefieren decir), moderna y, sin embargo, proyectada "a la antigua", con la convicción de que sería un delito tacañear en los lugares de culto a Dios; que el plástico, el aluminio y el cemento a la vista son óptimos para las naves industriales, pero pésimos para una iglesia.

Admiré también los sólidos, tradicionales bancos con reclinatorio y dotados entre otras cosas (una pequeña novedad para mí) de pequeñas lámparas individuales para las lecturas espirituales. Los admiré porque no se había cedido ni siquiera a una de las modas más queridas para los clericales "abiertos": obligar a los pobres fieles a que se sienten en el suelo, sobre almohadones desparramados por el

pavimento. Dicen que hace muy "ecuménico", recordando (quizá) las costumbres de los cultos orientales; parece que expresa lo que llaman "un catolicismo adulto". Felices ellos; pero no ciertamente quien tiene más de veinte años.

Podría seguir: olores intensos de cocina que inundan pasillos y habitaciones; limpieza superficial; mobiliario cutre más que pobre; en las paredes, cuadros sin valor o, peor aún, pósters con imágenes políticas o ecológicas, donde antes había pinturas de maestros antiguos...

Por trabajo o por personal interés espiritual, he debido frecuentar tantos lugares por el estilo, y lo digo con una tristeza que no olvida la simpatía fraterna: este es, más o menos, el look de demasiados lugares religiosos de hoy, en el crepúsculo de órdenes y congregaciones religiosas que fueron gloriosas. No discuto (es evidente) la santidad que, ciertamente, se sigue viviendo en aquellos lugares. Pero las apariencias no atraen a quien está fuera de ese "ambiente" y no sabe descubrir lo que hay detrás.

No sucede esto en los Centros del Opus Dei. Al realizar esta investigación, he podido conocer la belleza singular de Urio, "lugar de representación", ciertamente; pero también el aspecto digno -aunque a distinto nivel- de todos los demás lugares de la Obra. Alguien me recordó lo que repetía con frecuencia el beato Escrivá: que se debía descubrir la "mano" de sus hijas e hijos en que el suelo brilla como un espejo; en las cortinas inmaculadas; en que, si se pasaba un dedo sobre cualquier mueble, no se encontraba ni siquiera una mota de polvo. "La limpieza y "el buen gusto", recordaba, no cuestan nada (salvo el esfuerzo necesario para quien vive en ese lugar) y crean un ambiente adecuado para la espiritualidad".

Mis contactos con la Obra y mis conocimientos sobre ella habían sido de este tipo: superficiales y limitados al aspecto externo. Lo cual, por otra parte, no es irrelevante. Hoy menos que nunca, pero tampoco lo era ayer. La sabiduría de la vieja Iglesia -esa sabiduría que tantos parecen haber perdido en estos tiempos, convertidos al irrealismo, con frecuencia inhumano, de esquemas ideológicos- bien sabía que la belleza o al menos el decoro de los ambientes católicos, desde los edificios de culto a los monasterios, constituía un motivo para atraer a los hombres y hablarles de Dios.

Permítanme que -siempre a propósito de lo que sabía (o no sabía) de esta institución- narre una anécdota.

Sucedió hace algunos años, en la sala de embarque del aeropuerto Fiumicino de Roma. Entre la multitud de viajeros que iban a tomar el último vuelo para Milán, descubro el inconfundible y simpático perfil de párroco lombardo, bondadoso y avisado al mismo tiempo, de don Luigi Giussani, fundador y presidente de Comunión y Liberación. Nos habíamos conocido con ocasión de entrevistas y ruedas de prensa, por lo que nos saludamos, y comentamos los motivos del viaje a Roma. "Don Gius", como le llaman los suyos, me manifestó su satisfacción por la visita que había hecho esa misma mañana a monseñor Del Portillo, Prelado (es

decir, jefe supremo) del Opus Dei y sucesor del beato Escrivá de Balaguer (1). "Sabe -me dice-, nosotros los de Comunión y Liberación somos los guerrilleros, los emboscados que tiramos piedras. Cumplimos con nuestra parte, provocando de vez en cuando alguna polémica. Pero ellos, los de la Obra, tienen los Panzei progresan como tanques blindados, con las orugas recubiertas de goma. El ruido no 'se oye, pero están ahí, ¡y de qué modo! Y cada vez nos daremos más cuenta, ya lo verá".

Una compañía de carros de combate, por tanto, agregada a la heterogénea tripulación de aquella barca -o arca de Noé, según la comparación de Fresquet y su "zoo"- que ha sido y es la Iglesia. Una buena compañía, compuesta por gente con los uniformes en regla, con el equipo en orden y reluciente. Bien adiestrados, fieles a sus generales: intachables. Pero no son más que una compañía entre las demás, uno de tantos modos -atractivo para algunos, rechazable para otros, también dentro de la Iglesia- de intentar vivir hoy la llamada del Evangelio. Una "espiritualidad", la de Escrivá y los suyos, al mismo nivel que otras que se han desarrollado a lo largo de tantos siglos católicos: carmelita, dominica, franciscana, jesuita, salesiana, pasionista y un largo etcétera.

Así pensaba yo. Ahora no tanto, como les anticipé. Y esto porque he hecho todo lo posible para entender esta "Cosa" de la que desde fuera poco se distingue.

Aquí tienen mi informe. No soy un novato: me publican desde hace mucho tiempo. He visto, he oído -y he dicho- de todo. Por eso, preveo claramente algunas reacciones. Las más polémicas no vendrán, probablemente, de "malignos comecuras", sino más bien de ciertos "buenos católicos". He usado el adjetivo "buenos" sin ironía: a nadie le niego de entrada la buena fe. El mismo don Josemaría manifestaba que la persecución peor le vino -durante toda su vida, y como veremos también después de su muerte- de los buenos de dentro de la Iglesia.

Algunos encontrarán este informe demasiado benévolo, y los más generosos creerán que soy un ingenuo, que no he descubierto el truco que se esconde bajo ciertas apariencias edificantes del Opus Dei. Pensarán que soy un naif del que se han aprovechado, o bien un superficial que no ha sido capaz de descubrir lo que está "debajo" o "detrás".

Otros, menos amables, dirán que esto no es una investigación, como anuncia el título, sino una apología, y además pobremente disfrazada, e incluso "comprada". Y si no ha sido por dinero, lo que ha movido mis dedos sobre el teclado debe de haber sido un prejuicio positivo, quizá una tendenciosidad sectaria.

No me queda otra réplica que la única posible al cronista: hablo de hechos, no de impresiones. Mis afirmaciones se apoyan siempre y únicamente sobre lo que he visto y sobre lo que está en las fuentes escritas, sean o no oficiales. Los que quieran desmentirme, también deben aportar hechos, y remitirse a fuentes. Si alguno es capaz de hacerlo mejor, lo leeré con gratitud. Por mi parte, todo lo que

he conseguido recoger (y entender, después de haberlo rumiado a fondo) está aquí.

He pretendido sobre todo comprender -yo en primer lugar- qué es, cómo "funciona" esta Obra, cuáles son los "mecanismos", tanto mentales como institucionales, que la mueven. Ha sido, por tanto, un trabajo de información: ¿y qué otra cosa debe hacer un periodista? Es un trabajo que puede traer beneficios - y no sólo aquí, sino en todas partes- para la convivencia entre los hombres.

No es casual la cita que he transcrito al comienzo del libro, tomada de la obra de un cristiano antiguo, es decir, de alguien a quien la caridad le era especialmente querida: "se deja de odiar en cuanto se deja de ignorar". Otro, en la misma línea, aseguraba que si quieres seguir desconfiando de algo o de alguien, hay que evitar por todos los medios llegar a conocerle. No creo que ni siquiera la Obra, ni siquiera la mítica "mafia" de don Josemaría, escape a esta regla. De todos modos, debe ser el lector quien juzgue.

Por lo que se refiere a mi punto de vista de creyente (que he manifestado con claridad desde las primeras líneas), pienso que puede ser más una ayuda que un obstáculo para

entender qué es el Opus Dei. Del mismo modo que es una ayuda para comprender cualquier otra institución cristiana, comenzando por la misma Iglesia. Desarrollo esta idea en el capítulo séptimo, aunque será necesario consultar no sólo ese apartado, sino tantas otras páginas de este informe (lo cual no es más que una pequeña pero debida obra de justicia: la de ser leído íntegramente y no sólo picando de aquí y de allá, porque el libro es una realidad compacta donde tout se tient). Por anticipar lo fundamental a este respecto, diré que cualquier experiencia religiosa puede ser valorada legítimamente sólo con los instrumentos adecuados. Y, por consiguiente, con categorías también religiosas.

Parto de la profunda convicción de los casi ochenta mil miembros del Opus Dei, de todas las nacionalidades del mundo, que obran movidos por una exigencia espiritual y una experiencia de fe. Quien no tenga esto en cuenta, se arriesga a no entender nada. O peor: a entender las cosas equivocadamente, como veremos a continuación.

Una "leyenda negra"

El Opus Dei: un nombre adecuado, con un punto de suspense. Un escritor experimentado en novelas de intriga difícilmente hubiera ideado un nombre mejor. En Italia es conocido que Mussolini, al poner en marcha su policía secreta, indicó que lo primero de todo era escoger el nombre. Quería uno que provocase inquietud y temor con sólo pronunciarlo.

Escogió OVRA pues, según los expertos, conseguía ese objetivo. Y parece que, sólo una vez elegida la palabra por razones fonéticas, se buscó atribuir las cuatro

letras a iniciales de palabras que, puestas seguidas, tuvieran un significado coherente. Todavía hoy discuten los historiadores: "el significado de esas siglas no se ha demostrado aún, y cualquier interpretación es sólo una hipótesis", dicen las enciclopedias. Quizá sea "Opera voluntaria repressione antifascismo", o bien "Opera voluntaria repressione antifascista". Pero, ¿qué le importaba al Duce, que lo único que buscaba era un nombre con una resonancia siniestra, que se susurrara temerosamente sólo a oídos de plena confianza?

Pues bien, se da la curiosa casualidad de que -como sabemos- en España y en los países hispanohablantes, para designar al Opus Dei se dice con frecuencia "la Obra": es la

Obra por excelencia. Y quien conoce esta lengua, sabe que la "b", en esa posición, suena muy parecido a la "v" italiana. Es decir: la "Ovra". No se puede negar: una homofonía inquietante, que quizá haya contribuido a forjar la "leyenda negra"...

Pero dejemos a un lado al sonido, para hablar del significado: Opus Dei, es decir, Obra de Dios. ¿No hay en este nombre una sombra de orgullo diabólico? Alguien lo ha pensado así e incluso lo ha manifestado con afán de polémica, incluso dentro de la Iglesia. "Estos españoles son unos megalómanos. Un vasco de Loyola, Ignacio, en el siglo XVI funda una orden religiosa y le llama "Societas Iesu" (Compañía de Jesús). Como si sólo ellos estuvieran al servicio de Cristo y sólo ellos lo tuvieran como capitán. Un aragonés de Barbastro, Escrivá de Balaguer, en el siglo XX, va incluso más allá: llama a su fundación "la Obra de Dios"; es decir, la Obra divina por antonomasia. Peor incluso que los famosos "Dios está de nuestra parte", de triste memoria (1). Se pretende identificar lo que un hombre -por muy santo que fuese- ha creado con la creación de Dios mismo. Nadie se había atrevido a tanto en su soberbia..."

Naturalmente, ante esta acusación (que acompaña al Opus Dei desde 1930, el año en que fue llamado así por vez primera, parece ser que después de una casual mención del confesor al joven Escrivá) los seguidores replican: llamarla "Obra de Dios" no es una muestra de soberbia sino al contrario, de humildad. Y traen a colación el origen y el sustrato teológico del Opus Dei. Es un argumento importante y volveremos a él, pero más adelante: cada cosa a su tiempo.

Continuemos con los nombres y descubriremos que también son sorprendentes la designación de los miembros: los "numerarios", los "supernumerarios", los "agregados"... Apelativos insólitos, elegidos por el propio fundador para separarse tajantemente, también en esto, de la tradición eclesial de los religiosos. Fue una preocupación constante de Escrivá (y éste será uno de los puntos principales que habrá que aclarar en este informe) la exigencia de preservar a cualquier precio la "laicidad" de los suyos; en la sustancia por supuesto, pero también en las apariencias. También en los nombres, por tanto, de los miembros y de los Centros.

Por ejemplo: para quien desconfía, o teme, o combate esta realidad eclesial (también desde ciertos ambientes católicos, como ustedes saben), el lugar privilegiado de la pesadilla está donde el cerebro y el corazón del monstruo piensan y palpitan. Y esto sucede en el barrio preferido de la burguesía romana de antes de la última guerra, en las verdes laderas de los llamados "Monti Parioli".

En el número 75 de viale Bruno Buozzi -en el Parioli, como decía-, tras una sólida pero bastante anónima fachada de los años cincuenta-sesenta, se encuentra el complejo edificio construido durante los treinta años de residencia romana del beato Escrivá, y donde ahora reside su sucesor, el "Prelado". Es decir, el actual jefe de lo que, en terminología oficial, es la "Prelatura personal de la Santa Cruz y Opus Dei".

Pues bien, esta sede del cuartel general desde el que el obispo-prelado maneja los hilos mundiales de la organización (y donde yo mismo, que es lo que nos ocupa, he tenido la no frecuente oportunidad de mantener con él un largo coloquio), no ha sido llamada con un nombre religioso ni ha sido puesta bajo la protección de un santo o de una advocación mariana, como sucede en todas las Ordenes, Congregaciones e institutos católicos. Nada de esto: la casa madre fue bautizada, de modo laical, "Villa Tevere".

Detrás de estos edificios se encuentra la sede de la dirección, también mundial, de la sección de mujeres, que -ajena a todo "devocionalismo"- se conoce con la burocrática denominación de "Villa Sacchetti", tomada del nombre de la calle a la que se orientan los edificios.

¿La residencia universitaria para chicas, situada en un elegante chalé estilo liberty al otro lado del Tíber? Sin un gran esfuerzo de imaginación, "Villa delle Palme", por los dos inhiestos árboles que crecen en el jardín.

¿El edificio del EUR, donde me hospedé durante mis investigaciones por Roma y alrededores? Un anónimo "Residenza Universitaria Internazionale". ¿Y -por señalar alguna- la residencia de Palermo? "Residenza Universitaria" también ésta, pero "Mediterránea". Y así en todos lados, en cualquier parte del mundo. He consultado guías y publicaciones internas: no he encontrado ni una sola casa, Centro, "Obra corporativa" del Opus Dei que, en el nombre, exprese una realidad "religiosa".

El gran Centro de formación profesional para jóvenes trabajadores del barrio romano del Tiburtino, del que hablaré más adelante, y del cual el Opus Dei garantiza oficialmente la orientación doctrinal y espiritual, se llama ELIS, siglas de "Educazione, Lavoro, Istruzione, Sport". La "religión", como se ve, ni se nombra: se esconde detrás de esas otras actividades.

En los años veinte, en Italia, el grupo animado por el Padre franciscano Agostino Gemelli erigió una universidad que no sólo se llamó "Católica", sino que a ese adjetivo añadió "del Sagrado Corazón". El ateneo del Opus Dei en Pamplona

(también de éste hablaremos con amplitud) nació en cambio con el simple nombre de "Universidad de Navarra", y así se ha quedado y quedará, sin referencias religiosas en su nombre. Y esto a pesar de que el contenido está muy claro, sin posibilidad de equívocos, a tenor del segundo punto del Ideario de la Universidad, que dice: "Es una obra corporativa del Opus Dei; y el espíritu del Opus Dei impregna y anima su vida y actividad, fomentando en quienes la componen, en pleno respeto de la libertad de las conciencias, el amor a la Iglesia y al Papa, y a su Magisterio; y una unidad de vida coherentemente cristiana, así como una exigente práctica de las virtudes humanas". En resumen: un guante de "laico" terciopelo que cubre una mano de catolicísimo acero.

Entre otras cosas, esta decisión de evitar nombres "religiosos", de escogerlos siempre "neutros", o al menos no inmediatamente clasificables, es uno de los muchos motivos que pueden explicar las sospechas de mimetismo, cuando no de secretismo "masónico" o incluso de clandestinidad delictiva (ni han faltado ni faltan acusaciones de este tipo) que acompañan desde siempre al Opus Dei.

El Opus se ha esforzado por ser "laico" también al nombrar a sus miembros: numerarios, supernumerarios, agregados.

El siglo pasado, don Bosco -un santo que, por fortaleza, inteligencia, determinación inflexible en la búsqueda de su objetivo e influencia en la vida de la Iglesia, tiene tantas cosas en común con el beato Escrivá- también inventó para los suyos unos nombres distintos de los tradicionales. De hecho, el jefe de los salesianos no se llama, como en las otras familias religiosas, "superior general", sino "rector mayor". Para el gobierno local, en lugar de las habituales "provincias" se inventaron las "inspectorías". A pesar de ser religiosos según el derecho canónico, los sacerdotes salesianos evitaron el apelativo de "padre", haciéndose llamar "don", como los sacerdotes seculares. Pero esos nombres no eran más que una escamotaje de esa fina cabeza de don Bosco (aconsejado en secreto -hay que decirlo todo- por los mismos políticos liberales y masones que se presentaban oficialmente como "perseguidores") para evitar las supresiones, las confiscaciones, las vejaciones de los gobiernos del siglo pasado frente a las "instituciones clericales". Es decir, detrás de la fachada "laica" de la Sociedad salesiana (como de otras comunidades de hombres y de mujeres nacidas en ese siglo XIX que no tiene parangón por el número de fundaciones católicas que nacieron en aquel tiempo: la persecución siempre ha hecho bien a la Iglesia y a los cristianos...), no dejaba de estar la tradicional realidad religiosa: velada verbalmente sólo por necesidad.

No sucede lo mismo en el Opus Dei, cuyo fundador repitió siempre: "Amamos y estimamos a los religiosos (para entendernos: los frailes, los monjes, las monjas, los miembros de las congregaciones y de los institutos que han pronunciado los tres votos tradicionales de "pobreza, castidad y obediencia" y habitualmente viven en común, sometidos a una regla, N. del A.), pero nosotros no lo somos y ninguna autoridad en el mundo -ni siquiera la de la Iglesia- podrá obligarnos a serlo".

Es una explicación decisiva pero, a primera vista, bastante desconcertante. ¿Cómo es posible?, podrían preguntarme ustedes y tantas otras personas poco familiarizadas con estas realidades. ¿Dicen que quieren vivir seriamente las exigencias de la religión y rechazan ser llamados "religiosos"? ¿Es posible que sean "laicos"? Pues sí: precisamente laicos, replico yo, para vuestra mayor confusión. Déjenme espacio y tiempo e intentaré explicárselo.

De momento, nos seguiremos fijando en las apariencias lingüísticas, en al sonido de las palabras, más que en significados teológicos y en distinciones canónicas, "Numerario, numeraria, supernumerario, supernumeraria, agregado, agregada", en lugar de "hermano", "hermana", "profesos", "legos" y términos por el estilo: palabras tomadas del mundo académico y de la terminología de los funcionarios estatales españoles.

Como escribe una publicación interna y "autorizada":

"Para designar a los miembros en las diferentes situaciones de la Obra, se utiliza una terminología corriente en otras instituciones (profesores, académicos, funcionarios, etc.)".

En efecto, un "numerario" en las universidades españolas y en las hispanoamericanas corresponde a lo que en Italia se llama "Profesor ordinario"; también es, en esos mismos países, un grado funcional en la administración pública.

Sin embargo, se da el hecho, curiosamente imprevisto, que la palabra remite, al escucharla, al "numerario" entendido no como adjetivo, sino como sustantivo, que significa, como dicen los diccionarios, "el conjunto de moneda en papel y en metálico". Es decir, una referencia involuntaria al dinero; una rima particularmente "peligrosa", ya que la sospecha de grandes riquezas y de oscuras maniobras financieras del Opus Dei está presente en la mente de muchos. La etimología de "numerario" hace referencia también al inquietante anonimato de clubes reservadísimos, de sociedades secretas cuyos miembros no aparecen con su nombre sino con un número, un código, un lenguaje cifrado.

En definitiva, comprenderán que decir "un fraile franciscano", un "padre jesuita", un "inscrito en Acción Católica" o un "hermano de San Vicente" es una cosa, y otra muy distinta decir "un numerario de la Obra". Los nombres son importantes; especialmente hoy, cuando las apariencias, el look (también el lingüístico) importan más que la realidad, que el ser. Ciertamente, ni el nombre -Opus Dei- ni esos términos utilizados para distinguir a los miembros han creado un clima de sospecha, pero sí pueden haberlo confirmado y alimentado.

En cualquier caso, el hecho es que en una imaginaria galería contemporánea, la criatura de Escrivá tiene un puesto fijo -y de categoría- en la sección "fuerzas oscuras", "mandos ocultos", "poderes invisibles", "grandes hermanos", "superiores desconocidos".

La obsesión del complot, la pesadilla de la conjura, están entre las constantes de la historia de siempre, pero han asumido una importancia creciente, con aspectos incluso delirantes, en estos tiempos nuestros que, sin embargo, desearían ser "racionales". No es casual que, entre las nuevas especializaciones del periodismo, haya nacido la del dietrólogo: uno que, cuando sucede algo (siempre que sea negativo, claro está), sale en busca de "quién está detrás", lanzándose a hipótesis sin ningún tipo de fundamento. Tanto es así, que uno de los dogmas indiscutidos e indiscutibles de ahora reza así: "detrás" siempre hay alguien.

Las antiguas creencias en el diablo cumplían un papel de higiene social en modo alguno irrelevante: era una especie de saludable válvula de escape que probablemente evitaba muchos más problemas de los que creaba. Todo lo negativo a lo largo de la gran historia de la humanidad, y también de la pequeña historia de cada hombre, se atribuía a la influencia maléfica. Se combatía sobre todo con oraciones, exorcismos, ejercicios ascéticos. Y también con la vigilancia y, si era necesario, con el enjuiciamiento y el aislamiento de los que mantenían tratos con el Enemigo, con el "Padre de la mentira" y "Sembrador de cizaña". Este último procedimiento era verdaderamente excepcional y, desde luego, mucho menos cruento de lo que proclama la manipulación de la historia, que tira por elevación: los pocos meses del Terror jacobino de 1793 ó un sólo año de purgas estalinistas causaron infinitamente más víctimas que todos los numerosos siglos "inquisitoriales".

Desaparecida la creencia en el diablo, el problema fue: ¿a quién atribuir la responsabilidad de un mundo que se obstina en no andar por el buen camino, a pesar de los consejos de moralistas laicos, los planes de paraísos terrenales diseñados con escuadra y cartabón por intelectuales, las utopías de visionarios, las ideologías que se autoproclaman redentoras, las reformas (y después las reformas de las reformas) y las revoluciones? ¡Tiene que haber un culpable del desorden y del mal en el mundo!

De aquí nace la obsesión por el complot, por la quinta columna, por el Gran Hermano que manejaría a escondidas los hilos de la historia. Con este razonamiento, los burgueses de la revolución francesa cortaron la cabeza a los aristócratas; los leninistas fusilaron a los burgueses; los nazis la emprendieron con los judíos; los fascistas contra los masones; los liberales atribuyeron todo lo nefasto a los comunistas... En estos dos últimos siglos de separación de la tradición y de la fe cristianas, el puesto del diablo, de sus hechiceros, de sus brujas, se ha atribuido siempre a alguien. Con peligrosas (e incluso sanguinarias) consecuencias en cada caso.

En la fase actual de "cultura dietrológica", ese "alguien" está representado (aunque no de manera exclusiva, como es lógico) por el Opus Dei y sus numerarios y supernumerarios, ocultos y persuasivamente astutos. Algo razonable, concorde con cualquier estrategia diabólica que se precie.

Sin salir del ámbito italiano (aunque la demonización de la Obra es un hecho internacional, común en todo el Occidente, tanto en Europa como en América), les recuerdo alguno de los muchísimos ejemplos que podría citar, escogidos de entre los más recientes. Los habrán visto también ustedes en los periódicos.

Otoño de 1992, congreso de la Internacional Socialista en La Haya. Perseguido por los jueces milaneses a causa de la corrupción de su partido, presintiendo que pronto será obligado a dimitir de su cargo de secretario general del PSI, el onorevole Bettino Craxi se desahoga con los periodistas. Se proclama "víctima de oscuras maniobras" y declara textualmente: "hablan de masonería. Y entonces, ¿qué es el Opus Dei? Basta echar un vistazo y te susurran: ese es del Opus Dei. Esos son los verdaderos secretos (...). Pero yo reacciono...".

Primavera de 1993. Los jueces tienen esta vez en el punto de mira al Gran Oriente de Italia, pues sospechan que encierra corrupción, distintas ilegalidades y maquinaciones. Acribillado por mandatos de búsqueda y captura, el Gran Maestro denuncia -¡también él!- las archisabidas "oscuras maniobras": "es un complot del Opus Dei, que es la verdadera, omnipresente, potentísima sociedad secreta. Nos atacan a nosotros para distraer la atención de los opusdeístas".

Verano del mismo 1993: misteriosas explosiones nocturnas de coches-bomba en Milán y en Roma matan a varias personas y destrozan monumentos famosos. Una de las revistas de información que se consideran más prestigiosas revela a los lectores -en un reportaje que define como "investigación exclusiva"- que una de las pistas más seguras conduce al Opus Dei (definido textualmente por esa publicación como "un poderoso brazo financiero y de negocios de la Santa Sede"). El Opus Dei habría encargado atentados contra San Juan de Letrán, catedral del Papa, y contra otros venerados edificios religiosos, para lanzar una advertencia al Vaticano, culpable de alejarse de la Democracia Cristiana más corrupta... Según otra "corriente de pensamiento", la Obra no fue quien puso las bombas, sino su objetivo; y esto por "razones" inteligibles sólo para los dietrólogos que las han escrito.

Si se sigue la prensa, se puede encontrar de todo. Por ejemplo, entre otros muchos recortes de prensa que tengo sobre mi mesa, hay uno de Gran Bretaña.

En enero de 1993, "The Economist" -que comenzó sus pasos en 1843 y es considerado uno de los más serios e informados periódicos del mundo- publicaba una "guía" a los "good networks", que podríamos traducir como "ambientes escogidos": distintas masonerías, órdenes de caballería exclusivas, sociedades más o menos secretas.

Lógicamente, aparecía el Opus Dei, que en la mencionada clasificación obtenía la calificación más alta -un "cinco"- por la "fuerza de sus convicciones". Algo menos -un "cuatro"- por su organización. Y después un "tres" en secretismo. Resulta significativo -y, en el fondo, gratificante para el Opus Dei, si esa presunta investigación fuese rigurosa- el "uno", es decir, la nota más baja, en exclusivismo.

De este modo, una fuente inesperada confirma lo que el Opus Dei repite siempre: que cualquier hombre o mujer -con tal de que sea llamado por Dios- puede entrar a formar parte del Opus Dei de pleno derecho, cualquiera que sea su status social.

En cuanto a la fiabilidad de la fuente, no se debe pasar por alto lo que el mismo "The Economist" afirma, con la apariencia de una información seria: "Los extraños pueden descubrir a los miembros secretos del Opus Dei observando algunas pequeñas señales significativas". ¿Como cuáles? Los periodistas londinenses son tan profesionales e informados que pueden desvelarnos uno, quizá el más reservado de

todos: "a whiff of Atkinson's cologne, the favourite of Escrivá, is a good giveaway" (el olor, la fragancia de colonia Atkinson, la favorita de Escrivá, es un signo revelador...).

Puede parecer que bromeo, pero les aseguro que no es así (de lo contrario, ¿qué clase de periodista-detective sería?). Para recordar -más aún, para conocerla ex novo qué olor particular tiene la colonia Atkinson, compré un frasco en la perfumería y la "esnifé" abundantemente. Desde entonces, durante esta investigación me he acercado a decenas y decenas de hombres y de mujeres de la "sociedad secreta", pero nunca -de verdad, nunca, les doy mi palabra...- he tenido al alcance de mi nariz ese giveaway, ese signo revelador...

No me alargaré, ya que la situación es conocida y muy clara: con mucha frecuencia el fax de la oficina de información de la Prelatura remite precisiones y desmentidos a diarios que atribuyen al Opus Dei prácticamente de todo: desde atentados y masacres, a la propiedad de bancos (se ha convertido ya en un movimiento instintivo ver a los "gnomos del Opus Dei" en la trastienda de todas las operaciones financieras de categoría, en especial si son fraudulentas); desde la muerte imprevista del Papa Luciani (hay muchos libros sobre eso), a los golpes militares en Sudamérica. Por no hablar, como es evidente, cuando han pasado ya casi veinte años de la muerte de Francisco Franco Bahamonde, de las reiteradas acusaciones de colaboración con el régimen del Caudillo por ansia de poder y de dinero.

Como muy bien se recuerda en Italia, algunos partidos de izquierda del parlamento italiano -excitados por una insistente campaña de prensa guiada por el semanario "L'Espresso"- pidieron al gobierno en febrero de 1986 que aplicase al Opus Dei la ley dictada en 1982 contra las sociedades secretas. Esa ley se había aprobado con grandes prisas para intentar superar el escándalo de la "Propaganda 2", la P2: una logia totalmente legal y reconocida (y no una corriente desviada, como intentaron hacernos creer) de la "familia" hegemónica -la llamada del "Palacio Giustiniani"- de la masonería italiana.

Para responder a los que interpelaron al gobierno, Oscar Luigi Scalfaro, ministro del Interior en aquel momento, investigó durante casi un año. Incluso el Vaticano fue requerido para que presentara aclaraciones y documentos. Finalmente, el 24

de noviembre de aquel 1986, el futuro presidente de la República italiana se presentó a la cámara con un voluminoso dossier, que era una especie de tratado sobre el asunto. Tanto es así que, para que fuese más fácil seguir su intervención, llena de citas y de referencias, había solicitado algo sin precedentes: que el texto se imprimiese y se distribuyese a los parlamentarios, para que pudieran contar con su propio ejemplar. En resumen, casi un competidor de este informe mío: una verdadera "investigación sobre el Opus Dei".

Pero en Italia, salvo algún experto en el asunto, casi todo el mundo fue víctima del extraño modo en que la prensa entendió esa información. Quienes durante meses habían dedicado páginas y páginas a la campaña contra el Opus Dei, presentado como refugio de secretos político-financieros, liquidaron en pocas líneas el texto al que el pobre Scalfaro y sus colaboradores habían dedicado tanto tiempo y esfuerzos.

Con títulos a una columna, se limitaron a informar de que el gobierno había defraudado las expectativas de transparencia, justicia y limpieza del "polo progresista", e insinuaron no pocas veces que el asunto no podía haber acabado de otro modo, teniendo un "beato" como Scalfaro en el ministerio del interior. También se difundieron rumores sobre una presunta injerencia de un Estado extranjero -la Ciudad del Vaticano- en los asuntos internos italianos, para despistar, acallar, impedir intervenciones de los jueces y de las autoridades administrativas contra su "poderoso lobby financiero". (No es superfluo recordar, sin embargo, que el presidente del Consejo de ministros -garante y responsable último, según señala la Constitución, de la respuesta del Gobierno- era entonces Bettino Craxi, precisamente ese que se lamentaba de la "omnipresencia" del Opus Dei, y no precisamente conocido por sus inclinaciones clericales. Al menos él no es sospechoso, ¿no?).

Por eso, es interesante -y casi inédito, dadas las reticencias del media-system- que recoja aquí las conclusiones de la larga y docta disertación del ministro del Interior de la República italiana. Aquel día, Scalfaro concluyó sus abundantes folios con las siguientes palabras: "Llegados a este punto, sólo queda señalar las conclusiones: el Opus Dei no es secreto ni de derecho ni de hecho; el deber de obediencia (al que están obligados sus miembros) se refiere únicamente a materias espirituales; no hay otros derechos y deberes más que los previstos en el Codex iuris particularis del Opus Dei, que también son de naturaleza exclusivamente espiritual; ningún derecho ni deber del viejo régimen canónico de la Institución, si no está previsto en el nuevo, permanece vigente tras la institución de la Prelatura. Por consiguiente, ni el Gobierno, ni el Ministro del Interior en particular, pueden legítimamente asumir iniciativas relativas al Opus Dei o disponer investigaciones o controles sobre él. De hecho (sobre la base de los preceptos de la Constitución y de los derechos fundamentales de libertad que ésta garantiza; sobre la base del Concordato -solemnemente reafirmado con el acuerdo de Villa Madama de 1984- al pleno respeto del principio de soberanía e independencia de la Iglesia católica; sobre la base de los estatutos que regulan la Prelatura; sobre la base, por último, de las declaraciones de la Santa Sede que,

como he dicho, representan su postura oficial y son de obligado cumplimiento también para la Prelatura), la investigación y el control del gobierno, al no poder justificarse en algún elemento de hecho que constituya el más mínimo indicio, se convertirían en una inadmisibles intromisión en el derecho de libertad del ciudadano y en una inadmisibles injerencia del Estado en el funcionamiento interno de la Iglesia. La paz religiosa, propuesta como valor supremo cuando la Asamblea constituyente discutió y votó el artículo 7.0 de la Carta constitucional, se realiza respetando las palabras y el espíritu de aquella norma en un contexto esencial de verdad, único fundamento de justicia y de paz".

Deben de haber sido motivos profundos los que han llevado al olvido a estas solemnes palabras de un ministro en el parlamento (que no mucho tiempo después le mostraría su estima eligiéndolo jefe del Estado, con mayoría de dos tercios). Lo mismo ocurre con los desmentidos, las precisiones, las protestas de los cirreos de la oficina de prensa de la Prelatura, obligados todos los días a recomenzar los trabajos de Sísifo, poniendo en marcha su fax. No hay nada que hacer: la sombra de la Obra como "grupo oculto" permanece entre los condimentos indispensables para aderezar las hipótesis sobre cualquier asunto tenebroso (bastaría recordar la hipótesis difundida por muchas publicaciones de todo el mundo, según la cual el asesinato del banquero Roberto Calvi bajo el puente de Blackfriars en Londres fue ordenado por algún numerario, o desde la "guarida" de viale Bruno Buozzi).

En realidad, la estrategia del Opus Dei (estrategia marcada por su fundador desde los primeros tiempos: las agresiones comenzaron cuando la Institución no era más que un pequeño grupo de jóvenes alrededor de un joven sacerdote, en la España prerrevolucionaria de los años treinta) consiste en no responder a los ataques con contraataques. Como observa un estudio reciente: "no hay un solo libro -de la Obra en cuanto tal o de uno cualquiera de sus millares de miembros- que se haya escrito contra alguien o contra algo".

En definitiva, sus miembros no reaccionan ante los ataques con las mismas armas de la polémica, sino que intentan disipar los equívocos aclarando "qué es", cómo funciona y qué pretende el Opus Dei.

Y si después los "otros" no entienden (y he comprobado que en la Obra no convierten eso en un drama), el beato sugirió un programa para reaccionar ante los ataques, sintetizado en tres verbos: "rezar, sonreír, perdonar".

Solía recordar las palabras del evangelio: "no es el siervo mayor que su amo. Y si a éste le han llamado Belcebú, si sobre él han echado todo tipo de calumnias, ¿podrá suceder otra cosa con sus seguidores?". Al final de la única -me parece- rueda de prensa de su vida, en Pamplona, monseñor Escrivá se despidió así de los periodistas: "No quiero saber qué escribiréis. Si es la verdad, Dios os lo pagará. Si no es así, rezaré por vosotros. Por tanto, en cualquier caso saldréis ganando...". No da la impresión de que ha salido perdiendo el Opus Dei, que -en su desarrollo constante, en todos los ambientes y en todos los países- no parece

que se haya resentido por los ataques. Es más, como sucede normalmente, podría haberse reforzado su espíritu de cuerpo; pero es algo que no se pretende, porque el Opus Dei quiere estar abierto al apostolado, con sus miembros presentes en la sociedad como ciudadanos "normales", no como miembros de una capillita que se complazca en considerarse "perseguida".

No se debe pensar, sin embargo, que los ataques, sospechas y rumores vengan sólo de "fuera", de "ambientes laicistas" que chocarían contra las tropas de un mundo católico desplegado para defender al pobre Opus Dei, mártir de la malicia de los ateos. Todo lo contrario; las suspicacias y los ataques a la Obra, cuando ésta estaba aún en pañales, vinieron principalmente de ambientes eclesiales (sobre todo de religiosos españoles, quizá más por el desconcierto y el miedo a la novedad que por mala fe), y está probado que la "leyenda negra" nació en el milieu clerical, y de allí pasó a otros ambientes. Pero todos los argumentos utilizados después han sido preparados antes por católicos. Este clima continúa aún en ciertos círculos.

Por señalar un ejemplo de estos reproches "internos", escojo uno de los "instrumentos de trabajo" más recientes -es de 1992- y en cierto modo más oficiosos (y por consiguiente más moderados y objetivos: la edición y la adaptación italiana a la tercera edición alemana ha sido dirigida por uno de los más importantes editores católicos) utilizados en la Iglesia de hoy. Se trata del Dizionario storico del cristianesimo de Andresen-Denzler. La voz Opus Dei (singularmente breve, por otra parte: a esta realidad del catolicismo de hoy, imponente aunque fuera sólo en el plano cuantitativo, se dedica la mitad de espacio que a la voz "josefinismo", por poner un ejemplo; y el mismo espacio que a las "beghinias", un fenómeno eclesial extinto al principio del siglo XIV ..), después de haber advertido al lector de que se trata de una realidad eclesial "tradicionalista en el campo religioso" (es curioso que hoy, en una Iglesia fundada sobre la Tradición -los evangelios no son otra cosa que eso-, el adjetivo correspondiente sea considerado como una especie de marca infamante), señala que "ha sido siempre objeto de vivas polémicas". Y añade: "Algunos exaltan la fuerza vital y la espiritualidad de esta "elite laica del catolicismo", mientras que otros califican a la institución como la cumbre de la restauración, que busca la respuesta de todos los problemas de la vida privada y pública sólo en la fe, y niega por tanto la autonomía a los demás sectores de la cultura". Bastante singular esto de que, para unos cristianos, sea una culpa el poner a la fe en el centro de la vida, y buscar allí las respuestas que la guíen o al menos la orienten.

Este prestigioso Dizionario storico del cristianesimo -objetivo y benemérito en otros aspectos-, concluye del siguiente modo (in cauda venenum...): "Han suscitado rechazo el estrecho vínculo mantenido con el régimen franquista y, en general, su simpatía por los partidos de derechas". Fin de la voz. Y con esto -sin el menor intento de profundización, aceptando como indiscutibles informaciones semejantes-, la Obra está servida, para uno de los libros de consulta usados oficialmente en la formación del clero y en las escuelas de teología para laicos católicos.

En este mismo mundo católico (y también en el laico, que retorna sus argumentos en contra), quien pretende justificar la desconfianza -cuando no la hostilidad contra el Opus Dei, cita como precedente un episodio que cumple treinta años justo en el momento en el que estoy escribiendo.

Con una especie de tormenta constantemente renovada, se recuerda la actitud crítica hacia esta Obra incluso por parte de Hans Urs von Balthasar, el jesuita suizo que pasó (a petición propia) al estado de sacerdote secular, considerado por muchos como uno de los más grandes -y de los más discutidos- teólogos católicos de este siglo. Durante el pontificado de Juan XXIII (a quien sólo una tenaz e interesada instrumentalización pretende transformar -contra cualquier verosimilitud histórica- en un "progresista", en un papa "de izquierdas"), von Balthasar, sospechoso de excesiva "apertura", cayó en desgracia y no fue llamado a participar en los trabajos de las comisiones teológicas conciliares. En el post-Concilio la situación cambió, y el presunto progresista fue tomado -también abusivamente, por lo que parece como un "conservador". Así, sus fans de antes se convirtieron en sus adversarios. Y al revés.

El hecho es que se convirtió en un protegido de Juan Pablo II, quien en 1984 hizo que le concedieran esa especie de Nobel vaticano que es el premio Pablo VI, y en 1988 le nombró cardenal (pero el estudioso murió pocos días antes de viajar de Basilea a Roma, donde le iban a imponer el capelo cardenalicio).

Gran teólogo, extraordinario erudito, sacerdote de vigorosa vida cristiana, la personalidad de von Balthasar presentaba también aspectos singulares y quizá contradictorios.

Yo mismo (no hablo de esto por afán autobiográfico, es un modo de intentar entender el problema que nos ocupa) me vi involucrado en una difícil situación por un comportamiento suyo desconcertante, a causa de una entrevista que le hice en otoño de 1985 y que ocupó dos páginas enteras en el diario católico "Avvenire". La entrevista provocó muchas reacciones en toda la Iglesia y fue traducida a varias lenguas y difundida en forma de separata. Una difusión en la que -así me lo aseguraron- participó incluso el Papa, que encargó una versión en polaco y parece que la distribuyó a los connacionales que invitaba. Había quedado muy satisfecho de ese suizo, que le defendía de los ataques -en aquellos días particularmente virulentos, aunque ya habituales de otro suizo, el teólogo disidente Hans Küng.

Algunos días más tarde, por sorpresa (sin advertir a ninguno de los interesados), von Balthasar desmintió algunas de las afirmaciones centrales que hacía en aquella entrevista. Y lo hizo en uno de los más autorizados diarios alemanes, el célebre Frankfurter Allgemeine Zeitung. A pesar de esa táctica furtiva -confiando quizá en la escasa difusión de la prensa alemana en Italia-, el asunto suscitó inmediatamente ecos clamorosos por todas partes. Inmediatamente, el cronista que esto escribe envió al interesado y "a quien correspondía" (se me había pedido "desde arriba" una aclaración urgente) copia de las grabaciones que confirmaban

que las palabras del teólogo habían sido transcritas con absoluta fidelidad. Tampoco se hizo esperar el testimonio del director del "Avvenire", que estuvo presente en la conversación que mantuve en Basilea con el teólogo, y que confirmó lo publicado.

Siguieron a este envío algunas cartas personales del profesor von Balthasar -que guardo en mi archivo-, la última de las cuales terminaba con unas afirmaciones confusas: "entiendo bien vuestra amargura y confieso mi sorpresa por lo que me decís sobre (mis) palabras en vuestras grabaciones (...) Ha sido culpa mía (...). Os pido que olvidemos este enojoso asunto, que ha provocado, a todos, tantas molestias...".

Si les cuento este episodio (que, por otra parte, no es privado, ya que dio lugar a una polémica de meses en la prensa internacional) es porque parece que en aquel gran erudito -algunos de sus libros son fundamentales para la Iglesia de nuestro siglo- se dieron notables oscilaciones, también en lo que se refiere al Opus Dei.

Los hechos se desarrollaron como veremos. En noviembre de 1963, en la Neue Zürcher Nachrichten (un pequeño diario suizo, que difundía unos pocos miles de ejemplares y que desapareció hace años), von Balthasar publicó un artículo con el título "Integrismo". Al mes siguiente, fue reproducido en su totalidad por la revista teológica de Viena Wort und Wahrheit (Palabra y verdad), mucho más autorizada y difundida.

En el artículo se mencionaba al Opus Dei como "una concentración integrista de poder en la Iglesia". Según el teólogo, el núcleo central del "integrismo" sería el intento de "imponer lo espiritual con medios mundanos". Hay que señalar que aquel artículo era la continuación de otro en el que, criticando a Teilhard de Chardin, von Balthasar marcaba sus distancias con el "progresismo" clerical. Con otras palabras, una condena tanto a las "izquierdas" como a las "derechas" clericales, y en este último grupo incluía a la Obra, aunque -lo confesará más tarde, como veremos- en aquel momento casi no la conocía, ya que la Institución estaba dando sus primeros pasos en la Suiza de habla alemana. Su juicio negativo se basaba casi únicamente sobre el análisis de algunos puntos del libro de Escrivá Camino, juzgado como una espiritualidad no suficientemente profunda para una Obra con miras universales.

Fue bastante sencillo para los miembros del Opus Dei mostrar de modo incontrovertible (presentando, por una parte, las palabras auténticas de Camino, y por otro, las criticadas por el teólogo) que el texto había sido forzado, sacando las frases de su contexto, uniendo unas con otras de modo abusivo, y suprimiendo algunas que explicaban las afirmaciones precedentes. Es decir, se había tratado de un asunto como el que mencionaba Joseph Fouché (al menos muchos lo atribuyen a él, aunque algunos lo refieren a otro), el astuto ministro francés de policía, útil para cualquier clase de régimen: "Dadme un texto cualquiera de alguien y yo, cortando y pegando adecuadamente, encontraré las pruebas suficientes para conducirlo a la guillotina...".

Desde entonces -y han pasado ya treinta años-, no hay debate sobre la Obra en el que no se mencione aquel juicio negativo, usado también en la batalla por la beatificación de Escrivá, de la que hablaremos en seguida. La argumentación es ésta: ¿cómo puede el Opus Dei no ser "integrista", de "derechas", "tan poderoso como oculto", si hasta un amigo del Papa polaco, que a su vez es amigo del Opus Dei, ha marcado claramente las distancias? Una auténtica losa, de la que parece difícil que se libren los infortunados discípulos de Escrivá. Así piensan también, con cierto embarazo, católicos sinceros a los que les gustaría mirar sin prejuicios o incluso con simpatía a la institución fundada por el beato español.

Como cronista que busca cumplir con su misión (y precavido -debo confesarlo- por mi desconcertante experiencia personal con el Maestro de Basilea), quise examinar íntegramente el dossier del asunto, sin quedarme en la superficie, como se han quedado tantos -salvo, naturalmente, los del Opus Dei- durante decenios.

En el dossier hay, sobre todo, una sorprendente ausencia. El famoso artículo es de 1963, y su autor murió -en plena actividad intelectual, con una miríada de colaboraciones y de trabajos en curso (pocos hombres han escrito y hablado tanto como él)- en 1988. En esos veinticinco años, en los centenares -si no millares- de textos que firma, von Balthasar no sólo no escribe -ni habla- una sola palabra contra el Opus Dei, sino que parece que se retracta -también en esta ocasión...- de sus juicios. Por ejemplo, en 1984 escribió a un sacerdote de la Prelatura: "Hace más de diez años, en una ocasión critiqué Camino (¡no al Opus Dei!), porque me parecía insuficiente como espiritualidad, para una obra tan enorme. Desde entonces, no he dicho una sola palabra contra el Opus Dei".

Dos años después, el 19 de diciembre de 1986, en una carta sobre el mismo asunto dirigida a Hans Thomas, otro miembro de la Obra, confiesa: "Entonces (en 1963, N. delA.) no conocía a sus miembros en modo alguno".

Pero estos documentos "privados" ceden en importancia ante un decisivo testimonio público de 1979, que nunca citan los críticos, como sería honrado por su parte. La misma honradez impone al mismo tiempo reconocer que difícilmente podría ser citado, ya que el diario en que debería haber aparecido no quiso publicarlo.

El periódico en cuestión es el diario que muchos consideran el más serio de Suiza y es mencionado siempre en todas las reseñas internacionales: la Neue Zürcher Zeitung, órgano tradicional del radicalismo laicista.

Von Balthasar remitió una carta a ese diario y, en vista de que el director no quiso publicarla, envió una copia autógrafa a los responsables suizos de la Obra, que conservan el documento. En esa carta, el teólogo escribió: "En la "Neue Zürcher" de enero de 1979 ha aparecido un violento ataque contra la actividad del Opus Dei en Zürich que no me parece digna de un periódico que recientemente ha sido galardonado con el premio Erasmo -¡el premio de los grandes conciliadores!-, y en

el que se me presenta como principal testigo contra la citada organización. Afortunadamente, el autor precisa que se trata de un artículo mío aparecido en 1963 (en una revista que cesó de publicarse hace tiempo), pero ha olvidado decir que se trataba en realidad de una reseña de Camino, una obra del fundador del Opus Dei. No se trataba, por consiguiente, de un juicio sobre la obra de Escrivá en su conjunto (que entonces no estaba tan accesible como lo es hoy, del mismo modo que la espiritualidad que se vive en su fundación). Entonces, en 1963, tenía la impresión de que los consejos y las exhortaciones contenidas en Camino no podían ser suficientes como cimiento espiritual de una organización tan influyente, difundida por todo el mundo. Por falta de información concreta, no estoy en condiciones de emitir un juicio sobre el Opus Dei actual, pero hay algo de lo que estoy seguro: que muchas de las acusaciones (también las que el artículo de vuestro periódico alega contra la enseñanza de la religión por parte de miembros del Opus Dei) son sencillamente falsas y anticlericales".

Parece que, tras examinar una carta semejante, se requerirá más prudencia para desacreditar a la Obra diciendo que "hasta el teólogo más admirado por el papa Wojtyla puso a los católicos en guardia".

Una prudencia que deberá aumentar, después de haber leído el último documento del affaire. Se trata probablemente del último artículo del gran teólogo, aparecido poco después de su muerte, en el número de julio de 1988 de la revista teológica Diakonia. El artículo lleva por título "Integrismo hoy", y vuelve al tema del célebre texto de 1963. Un estudio amplio, donde Balthasar reexamina el fenómeno que veinticinco años antes creyó apreciar en el Opus Dei. En esta especie de testamento teológico, en vano se busca una referencia a la institución de don Josemaría: ni directa ni indirecta. Nada: ni una sola palabra...

¿Qué otra conclusión se puede obtener, sino que había cambiado de opinión, como ya le

Sea lo que fuera de von Balthasar y demás críticos, reales o presuntos, el 17 de mayo de 1992 Roma -que de atascos y tapones sabe lo suyo- conoció su longest day, su "día más largo", con la paralización casi total del tráfico. Y no sólo los vehículos de motor; quien allí estuvo recuerda que en ciertas calles y a ciertas horas, era difícil incluso desplazarse a pie.

Fue el efecto de la invasión de 300.000 personas para algunos, ó 400.000 para otros, llegadas por los más diversos procedimientos desde todo el mundo (a costa de su propio bolsillo) para asistir a la beatificación del venerable Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás en la plaza de San Pedro por parte de Juan Pablo II, pontífice romano feliciter regnans.

Si Bernini hubiera levantado la cabeza se habría caído redondo: sus 284 columnas, presididas por las 140 estatuas de apóstoles y santos, concebidas para abrazar la muchedumbre humana más grande que pudiera imaginar mente humana, se revelaron del todo insuficientes. Era quizá la primera vez que sucedía,

en la historia tres veces secular de la plaza.

Tengo ante mí una foto tomada desde la cúpula. Todos los rincones de la inmensa explanada barroca están repletos. Pero no por una horda reunida sin orden ni concierto, ni por una masa humana. El espacio está dividido en zonas ordenadísimas, separadas por pasillos por los que circulan los encargados de los servicios de orden y de primeros auxilios. El mar de cabezas continúa a lo largo de la via della Conciliazione, hasta casi el lejano Tíber.

Una visión impresionante de fuerza tranquila, confiada en sí misma; un clima de fiesta bajo el sol italiano, en honor de un español, pero con unos esquemas de organización compacta que hacen pensar en algo nórdico o teutónico.

¿Recuerdan las famosas e inquietantes películas de Leni Riefenstahl: Der Triumph des Willens, sobre el congreso de Nüremberg; y Olympia, sobre la Olimpiada de Berlín (2)? Por favor, no se escandalicen pero las imágenes de aquel día me recordaron -y no sólo a mí- algo por el estilo. En las apariencias externas, se entiende, en el clima de disciplina (o mejor, de autodisciplina). Por lo que se refiere a las verdaderas intenciones, es un hecho objetivo, y no apologética fácil, que esa inmensa reunión estaba allí no para pedir la guerra sino la paz; no para odiar, sino para esforzarse en amar; no para reivindicar, sino para agradecer.

Creo que vale la pena recordarlo, en un mundo donde, cuando la gente se hace multitud, incluso "para divertirse", como en los estadios (por no hablar de comicios o de manifestaciones), es siempre para oponerse a alguien, para replicar a un antagonista, para gritar eslóganes hostiles.

Para llegar a aquella jornada y poder escuchar a un Papa que, con la autoridad apostólica que tiene conferida, inscribía al Padre en el elenco de los beatos; para poder convocar desde los cuatro puntos cardinales a aquella masa inmensa, al mismo tiempo festiva y ordenada; para llegar a esto, el Opus Dei tuvo que combatir una dura batalla. También, y quizá sobre todo, dentro de la Iglesia.

En los ambientes clericales se multiplicaron las maniobras y contramaniobras para intimidar al mismo Papa, para hacerle, al menos, retrasar la beatificación.

Traduzco lo que dice una crónica, un testimonio entre los muchos posibles: "En cuanto fue anunciado, en diciembre de 1991, que la solemne beatificación del fundador del Opus Dei tendría lugar el 17 de mayo del año siguiente, el hecho se transformó en noticia. De ordinario, las beatificaciones no son suficiente noticia para los periódicos, incluidos los católicos. En cambio (y sólo en este caso, en la historia reciente), algunos grupos pasaron a la acción para descalificar el proceso, para insinuar dudas sobre la figura del futuro beato y -por consiguiente- sobre el mismo Papa, sobre la objetividad y la legitimidad de la decisión de proceder a la ceremonia. Mucha carne se puso en el asador, con tenacidad y apoyos poderosos, para impedir, retrasar o al menos estropear la fiesta del 17 de mayo".

Alguien llegó incluso a amenazar a Roma con un cisma, considerando "escandalosa e intolerable la glorificación del Opus Dei en la persona de su fundador". Alguno puso al Papa ante una singular alternativa, aut-aut ¿por qué Escrivá sí y el papa Juan XXIII todavía no? (Esto, en el elíptico lenguaje clerical, quería insinuar que la Santa Sede premiaba la "restauración" y no el "aggiornamento": recuerden la voz Opus Dei en el Dìzionario del que hablé antes. En efecto, los contestatarios se escandalizaban por el retraso de la causa de beatificación del papa Roncalli y no de la de Pío XII, a pesar de que los procesos relativos a los dos Papas habían comenzado al mismo tiempo, para exaltar precisamente dos concepciones distintas del pontificado). ¿Por qué, añadían, se necesita tanto tiempo para otros candidatos, y sólo 17 años para este español?

Se discutió incluso acerca del milagro, exigido por la Iglesia como una especie de imprimatur de la santidad del candidato a los altares, que requiere estos signos divinos de aprobación antes de pasar de "venerable" a "beato" (y más tarde a "santo". La "curación inexplicable en el estado actual de la ciencia" (como reza la fórmula ritual) fue certificada, como es habitual, por un grupo de peritos de reconocido prestigio, nombrados por la Congregación vaticana para las causas de los santos. Sin embargo, para hacer algunas averiguaciones previas, la Obra había solicitado su parecer a dos especialistas de la Universidad de Navarra, ya que en la Clínica universitaria disponían de no se qué aparato científico. Esta colaboración con la Universidad cuyo Gran Canciller es el Prelado del Opus Dei fue malinterpretada por quien seguía el proceso con recelo, y se llegó incluso a hablar de manipulación, de "falso milagro", presentando al mismo Papa como engañado por un lobby de estafadores. Estos críticos, sin embargo, aparentaron desconocer que esos especialistas habían intervenido sólo en la instrucción de la causa como peritos de parte y que, por consiguiente, su dictamen (como sucede en cualquier proceso) fue sometido al juicio autónomo y secreto de los expertos de la Congregación vaticana.

De todos modos, no hay motivo de escándalo: quien no esté familiarizado con la vida de la Iglesia y no comparta la pasión que la anima, no sabe hasta qué grado de rudeza puede llegar el conflicto, hasta qué temperatura puede alcanzar la "ira teológica". No es algo bueno, naturalmente; pero, bien pensado, no está del todo mal que -en un mundo que parece no creer en nada- haya personas que se tomen tan radicalmente en serio las cuestiones religiosas. Entendámonos: si no se apasiona uno -incluso hasta el extremo- por semejantes asuntos, que afectan a nuestro destino último, ¿por qué cosas merecerá la pena enfadarse? Ante este tipo de cuestiones, ¿tienen verdadero sentido las disputas por cuestiones culturales, deportivas o incluso políticas, tan efímeras pero con tanto predicamento para la cultura moderna? No piensen que estos enfrentamientos en la Iglesia, a pesar de ser tan duros, impidan reconocerse unos a otros, a pesar de todo, hermanos en la fe común que les une. En la Iglesia, es posible discutir con vehemencia sobre las ideas y esforzarse por querer a las personas que las encarnan. Luchar en la plaza pública y darse la mano en Misa. Verdaderamente, extraño zoológico es éste.

¿Una Iglesia dividida? Así lo parece, pero quizá sólo gracias al espacio que los media dedican a los no muy numerosos pero sí muy ruidosos contestatarios. No es nada nuevo; ya en vida, Escrivá fue con frecuencia "signo de contradicción" dentro de la misma Iglesia. Amado, venerado o al menos respetado por muchos, contestado por otros, como sucede con cualquier personalidad, como es constante en la historia del cristianismo (sin excluir al mismo Jesucristo...).

Las exigencias de la objetividad obligan a señalar que la apertura del proceso de beatificación del Padre fue solicitada al Papa por más de un tercio del Episcopado mundial. Para ser exactos, firmaron y mandaron a Roma su "súplica" 69 cardenales, 241 arzobispos y 987 obispos. A ellos se unieron más de cincuenta superiores generales de las más prestigiosas órdenes y de las mayores congregaciones religiosas de la Iglesia. Una cosa nunca vista, tan novedosa como los casi ochenta mil relatos de "favores", "gracias", "prodigios" que habrían sido obtenidos por intercesión de monseñor Escrivá de Balaguer después de su muerte: una avalancha sin precedentes en los anales católicos.

Con un apoyo de tal calibre -de la jerarquía, pero también del pueblo- el Opus Dei hizo todo lo posible para vencer la "batalla de la plaza de San Pedro". "Sólo" 17 años, de los cuales menos de diez para lo que realmente fue el proceso: un tiempo largo para el mundo, singularmente breve para la Iglesia, aunque no es un récord sospechoso. A las críticas sobre lo reducido de los plazos, la Postulación de la Prelatura replicó que otras causas (como, por ejemplo, la de Francesca Cabrini, la santa de los emigrantes a América) habían ido a la misma velocidad, a pesar de que se habían desarrollado según las normas preconciaciales, que preveían el doble de trámites que las normas establecidas con la reforma de la Congregación para las causas de los santos, realizada después del Vaticano II.

En aquellos años del "proceso Escrivá", se realizaron algo así como 980 sesiones de los tribunales canónicos. Los 92 testigos que conocieron al fundador Escrivá debieron responder a 265 preguntas comunes (y a otras muchas específicas a cada uno de ellos), que analizaban casi con rayos X prácticamente cada hora de cada día de la vida del candidato, para asegurarse de su total fidelidad al Evangelio y a la Iglesia, en su conducta y en su modo de pensar.

Para mayor seguridad, se escuchó a los que estaban al otro lado de la barricada. Fueron interrogados también once ex-miembros, numerarios y supernumerarios salidos de la Obra de manera no siempre pacífica, incluso dando un portazo, con la consiguiente polémica. Hay que señalar, por tanto, que también la contestación ha tenido peso en el proceso. Como también la ha tenido la voz de los "neutrales": a ese propósito, la mitad de los testigos fue elegido entre hombres y mujeres externos a la Institución.

A pesar de los pesares, la Obra sigue adelante, aunque con sus "orugas" recubiertas de goma. Un año después de la beatificación, en junio de 1993, el sacerdote de la Prelatura don Flavio Capucci, que había coordinado como postulador la compleja y laboriosa operación para llegar hasta la plaza de San

Pedro, comunicaba que habían llegado "más de siete mil narraciones, todas ellas firmadas y comprobadas, de favores recibidos, en el mundo entero, por intercesión del beato Escrivá".

Como para llegar a la canonización -es decir, a la inscripción del nombre del que ya es beato en el Canon, el elenco oficial de los santos- se requiere otro "milagro", don Flavio Capucci informaba que la Postulación estaba trabajando para seleccionarlas. El proceso, por tanto, continúa, y son pocos los que tienen dudas de cómo acabará. Como confirmación del "movimiento popular" en torno a Escrivá, se informaba de que más de un millón de personas había participado en las misas celebradas en todos los continentes con motivo de la primera fiesta litúrgica del nuevo Beato. Flavio Capucci terminó con un dato, tomado de un artículo publicado en una revista española: "La polémica sobre la beatificación se estrelló, como un viejo aeroplano, en los aún más viejos muros de San Pedro".

Por vez primera, una desviación -por pequeña que fuera- en la estrategia de evitar incluso las bromas con sabor polémico. Pero quien conoce la consistencia de la Obra en sus intenciones, y la paralela consistencia de la agresión contestataria, se sorprenderá no tanto por la referencia "dialéctica", sino por la paciencia ejercitada durante tantos años y que se sigue practicando.

Muchas sectas, una Prelatura

Atacada desde fuera con continuas y repetidas campañas de prensa, denuncias e intentos de prohibición que llegan hasta la formulación de interpelaciones parlamentarias; atacada desde dentro por parte de aquellos católicos que condenan como "integrismo preconiliar" su radicalismo evangélico y como "voluntad de restauración" su fidelidad compacta al Magisterio papal, la Obra está bajo el fuego -en todo el Occidente, y en particular en los Estados Unidos- de los "movimientos anti sectas".

Es un aspecto más, poco conocido incluso para los mismos católicos, de la lucha planteada en torno a esta primera Prelatura personal de la Iglesia católica. Merece la pena que nos ocupemos del asunto, para confirmar la importancia de lo que está en juego. Como no conseguiría encontrar expresiones más precisas e informadas para encuadrar el problema, transcribiré algunos párrafos del ensayista italiano Massimo Introvigne, uno de los mayores conocedores internacionales de ese pulular salvaje de "nuevas religiones" que han demostrado exactamente lo contrario -comme d'habitude- de lo que profetizaban los "expertos" de siempre: sociólogos, futurólogos y, también, teólogos y otros especialistas en cuestiones religiosas, sin excluir a muchos sacerdotes y obispos.

Lo cual no es de extrañar, ya que la definición más rigurosa de "experto" es: "un señor cuyo trabajo principal consiste en explicar periódicamente, previo pago, por qué él mismo y sus colegas se equivocaron en todas sus previsiones".

Por lo que se refiere a nuestro caso, en los años cincuenta y sesenta (y también después), estos especialistas de la metedura de pata en versión científica teorizaban sobre "el eclipse de lo sacro en la civilización industrial"; aseguraban que la sociedad del futuro estaría totalmente "secularizada", y juraban que no habría sitio para la dimensión religiosa en la cultura tecnológica y postmoderna.

Hubo, entre otros mil, el famoso biblista alemán Rudolf Bultmann, que ya en los años veinte, impresionado por las radios de galena y por las bombillas eléctricas de uso doméstico, sentenció que era imposible que el hombre pudiese manejar objetos para escuchar voces lejanas o disponer de luz artificial, y continuar tomando en serio la Sagrada Escritura. Así, del asombro naif ante el "progreso" de un profesor de biblioteca teutónico, nació la desmitificación de los evangelios, empeñada en depurar de ellos todo lo que no fuese "ciencia" y "razón" en sentido decimonónico. Y todavía hoy, como los ambientes clericales siempre van retrasados, hay gente que se toma en serio la caricatura bultmanniana, totalmente teórica, del presunto "hombre moderno".

Como era de esperar, sucedió lo contrario de lo que previeron. En el Este, donde tuvo lugar el mayor y más prolongado esfuerzo de toda la historia para erradicar de los corazones de los hombres cualquier tipo de fe en el Trascendente, y convertirlo al ateísmo materialista, no sólo no alcanzó sus objetivos, sino que, al final, resultó vencido también (o quizá sobre todo) precisamente porque los pueblos no querían renunciar a la religión; más aún, desmintiendo cualquier teoría, hicieron de la religión no un motivo de "alienación" sino la raíz de un tenaz compromiso sociopolítico. Intentemos no olvidar lo que ya cierta desinformación intenta oscurecer: el inicio del fin de todo el bloque marxista tiene una fecha precisa, la de agosto de 1980, cuando los obreros polacos de Danzig se encerraron en los astilleros modélicos del régimen comunista (llamados "Lenin" no por casualidad) y dieron vida a la primera -repito: la primerahuelga en tantos decenios y en tantos países de régimen comunista que por temor no fue reprimida con violencia. Aquellos trabajadores colgaron de las verjas dos imágenes que provocaron un shock en los "progresistas" de Occidente que las vieron por televisión: una Virgen de Czestochowa y el retrato de "su" Papa, elegido dos años antes y que había visitado su patria el verano anterior. Durante ese viaje se vio bien a las claras de qué parte estaba el pueblo en esos regímenes "populares". Aquellas imágenes de las entradas cerradas de los astilleros, "protegidos" por la Virgen y por el Papa, y que se abrían únicamente para dejar entrar entre clamores al cardenal primado o a algún obispo; esas otras imágenes de obreros en fila, en la cola para confesarse ante sacerdotes con sotana y estola morada, sentados sobre cubos en los patios de los talleres; todo esto (como bien sabe quien lo vio entonces, durante semanas, en los programas informativos de las televisiones) resquebrajó de golpe estructuras mentales que parecían de granito, y marcó el auténtico abandono de los mitos de la "modernidad" ideológica.

En Occidente, la prevista "secularización" ha sido sustituida por su contrario: una explosión sin precedentes de sectas, iglesias, reuniones más o menos esotéricas, cultos orientales con centenares de denominaciones diversas, con un número

impresionante y creciente de adeptos, muchas veces fanáticos. Tanto es así que de vez en cuando surge una matanza, un homicidio ritual, un escándalo sexual o fiscal. Se confirma así el diagnóstico de Gilbert K. Chesterton: "el problema del hombre de hoy no consiste en no creer en nada. Al contrario, su problema consiste en creérselo todo".

Testigos de Jehová, mormones, haré krishna, cientólogos, niños de Dios, new age, seguidores de Moon: son nombres y realidades bien conocidas, con miles de seguidores también en Italia (los testigos de Jehová, por ejemplo, son ya la segunda confesión religiosa en nuestro país después de los católicos). Estas son algunas de las puntas emergentes de un mundo en agitación al que Massimo Introvigne ha dedicado sus investigaciones. En estos estudios se alude al intento de implicar al Opus Dei en esta sospechosa explosión de una "nueva religiosidad", que junto a discípulos fervientes, ha suscitado también adversarios igualmente intransigentes y fanáticos.

Escuchemos a Introvigne. Es una cita un poco larga, pero creo que vale la pena reflexionar sobre ella. En efecto, de ordinario no se sabe mucho sobre las sectas, pero los problemas que acarrearán afectan cada vez a más gente. Parece que, en Occidente, cada persona tiene -o tendrá en un futuro próximo- un pariente, un amigo o al menos un conocido relacionado de algún modo con la "explosión mística", antesala de ese siglo XXI que debería haber sido el de la "secularización alcanzada".

"Ante la proliferación de las nuevas religiones -que no están desprovistas de aspectos francamente discutibles-, nacen fenómenos contrarios que reciben el nombre de "movimiento antisectas", objeto a su vez de análisis sociológicos y psicológicos de notable mérito. Estos análisis han sacado a la luz cómo el "movimiento antisectas" (Anticult Movement) que se opone a las nuevas religiones -definiendo a algunas de ellas "cultos destructivos de la personalidad", insistiendo sobre la hipótesis de "lavados de cerebro", y reclamando al Estado medidas represivas- son una realidad sustancialmente distinta de los grupos que se enfrentan al problema de las nuevas religiones desde de una religión "oficial", "histórica", mayoritaria".

"Puede dar la impresión de que la protesta contra las "sectas" es un fenómeno unitario, pero no es así. Un observador atento puede apreciar las interferencias que se producen entre dos movimientos distintos, que tienen orígenes contrapuestos, pretenden intereses divergentes y cuyos contradicciones estallan de vez en cuando".

"De una parte está la tradicional aversión hacia las nuevas religiones que procede de las Iglesias y comunidades tradicionales, cuyo juicio negativo sobre las sectas es, sobre todo, de carácter doctrinal. Ese juicio presupone que existe una verdad en el campo religioso que el hombre, aunque con dificultades, puede en cierto modo alcanzar; y que hay por consiguiente criterios de verdad y de valor, que constituyen la base para examinar y valorar a las nuevas religiones".

"A esta crítica de matriz religiosa se contraponen -mucho más que se añade- el "movimiento antisectas" (cuyos orígenes se sitúan normalmente fuera de los ambientes religiosos). Este movimiento se aprovecha de la alarma social suscitada por las nuevas religiones, para proponer una crítica de todas las experiencias religiosas "fuertes", independientemente de que tengan lugar en el ámbito de religiones mayoritarias o minoritarias. Mientras la crítica, por decirlo de algún modo, "religiosa", de las nuevas religiones pone al descubierto los aspectos discutibles de las sectas en nombre de la verdad y de los valores, el Anticult Movement, por el contrario, considera "sectario" quien no acepte el relativismo y se obstine en creer que exista una verdad en el terreno religioso".

De todo lo anterior, Introvigne deduce esta conclusión: "Es una polémica cuyas razones ideológicas son fácilmente identificables y que sin dificultad pasa de una crítica a las sectas a una crítica a la religión en general. En el boletín oficial de una de las principales asociaciones europeas del Anticult Movement, la ADFI (Asociación de Defensa de las Familias y del Individuo), con sede en Francia, uno de los mayores protagonistas del movimiento, Alain Woodrow, escribía recientemente: "no hay razón alguna a priori para mostrarse más indulgentes hacia las Iglesias que hacia las sectas". A propósito del Cristianismo, Woodrow escribe por ejemplo que "en el curso de su larga historia (...), la Iglesia cristiana -católica, ortodoxa, protestante- ha sido acusada -a menudo con razón- de los mismos excesos que ahora critica en las sectas...". Aunque, añade Woodrow, "después del último Concilio de la Iglesia católica, hay que reconocer que el clima ha cambiado mucho", y que "el espíritu sectario de la Contrarreforma por fin ha muerto"".

"Woodrow se declara satisfecho porque "los ayunos y las demás prácticas ascéticas prácticamente han desaparecido, y el reglamento dentro de los seminarios y de las casas religiosas se ha humanizado mucho después del Concilio". En estas condiciones, el autor francés señala que la Iglesia católica no es (o mejor, ya no es) una secta. Habría entonces que preguntarse cuál es el juicio de su Movimiento sobre las realidades -que viven tranquilamente dentro de las Iglesias y comunidades mayoritarias- donde los "ayunos y demás prácticas ascéticas" no han desaparecido en modo alguno, y conviven con el "catecismo aprendido de memoria", con el "espíritu de la Contrarreforma" y con la idea de "constituir una sola Iglesia verdadera"".

"Se trata de críticas hacia a la Iglesia católica y hacia otras experiencias religiosas cristianas, absolutamente habituales y tradicionales en cierto ambiente ideológico laicista. Si se adopta este elemento como criterio principal de crítica a las sectas, se corre el peligro de hacer imposible la distinción conceptual de las sectas y de nuevas religiones, como algo bien diverso de las religiones tradicionales, y de quedarse en una genérica polémica antirreligiosa".

Continúa Introvigne: "Una figura de primer orden del movimiento laico anticult escribía que "entre iglesia y secta existe sólo una diferencia de grado y de dosis",

e incluso que "legalmente, la línea de demarcación entre la conversión y el lavado de cerebro es difícil de trazar".

Por fin llegamos a lo que más nos interesa: "Desde este punto de vista, el movimiento antisectas también dirige sus ataques contra realidades como el Opus Dei, que evidentemente forman parte del mundo católico. Hay que esperar que en el futuro -una vez eliminados algunos equívocos e ingenuidades- se establezca una clara distinción entre la crítica religiosa (en Italia, sobre todo católica) de las nuevas religiones, a partir de criterios doctrinales de verdad y de valor (que suele desconfiar de las intervenciones del Estado en el terreno de la religión) y el ataque de matriz laica a las sectas y al sectarismo, cuyo punto de partida es precisamente el rechazo de la posible existencia de cualquier verdad religiosa, sea "vieja" o "nueva", junto a la denuncia -con propuesta de reprimirla legislativamente- de cualquier experiencia religiosa "fuerte", tenga lugar en el ámbito de religiones tradicionales o de las alternativas".

Hasta aquí Massimo Introvigne.

En el lúcido marco general del problema trazado por este autor, podría parecer que nuestra Obra constituye un objetivo más entre otros muchos. En realidad, desde hace años los Anticult Movements lo han tomado como un blanco privilegiado, como me confirmó el mismo estudioso: "En sus diarios y revistas, nunca falta un artículo virulento contra el Opus Dei, donde piden a las autoridades que lo pongan fuera de la ley. Entre los temas más recurrentes está el escándalo por el uso del cilicio, practicado personalmente por el beato Escrivá y aconsejado a los miembros (aunque con límites precisos y vinculantes). Estos Anticults parecen estar obsesionados con el cilicio, como si no fuera una decisión libre y voluntaria de personas libres y adultas, sino algo que les ha sido "impuesto" (pero sobre este controvertido "ascetismo", cilicio y "fusta" incluidos, volveremos más adelante).

En el Congreso Internacional titulado gráficamente Totalitarian Groups and Cultism, celebrado en Barcelona en abril de 1993, un sociólogo español -Alberto Moncada, un "ex"-, al final de un violento juicio acusado contra la institución fundada por su compatriota Escrivá, se mostró favorable a incluirla "en el elenco de las sectas peligrosas para la infancia". Petición bastante singular, ya que la Obra únicamente acepta -y sólo "a prueba"- a quien haya cumplido los 18 años y, por consiguiente, no es un "infante". De todos modos, el profesor Moncada anunciaba complacido la fundación en Pittsfield (Massachusetts) de un network, una red dedicada únicamente a combatir el Opus Dei en todo el mundo.

Según Massimo Introvigne, "lo que realmente molesta y escandaliza del Opus Dei es el proceso de conversión que muchos experimentan. Algunos -también dentro de la Iglesia- no aceptan que estas personas se tomen las exigencias evangélicas "demasiado en serio", y preferirían verlas reducida a una ética, a una moral, a una educación cívica, a un compromiso sociopolítico aceptable por cualquiera".

Sorprende en cualquier caso que, entre las razones que les impulsan a luchar contra los "cultos" -cajón de sastre en el que entra la Obra y otras instituciones- esté también la especulación económica, que echan en cara a los dirigentes religiosos. Es sorprendente, digo, porque también estos Movements de apariencia tan virtuosa parecen haberse convertido en un buen negocio, cuando no en una actividad fuera de la ley. En efecto, el "captado por la secta" puede llegar a ser detenido, arrojado en un furgón, transportado y recluido en un alojamiento secreto o en la habitación de un hotel. Parece que sólo en España, por no hablar de Estados Unidos, varios jóvenes aspirantes a la Obra han sido víctimas de estos violentos "tratamientos".

A continuación, se procede a lo que se denomina una "desprogramación", para curarlo del "lavado de cerebro" que le habrían practicado en la "secta". Una "desprogramación" (con resultados frecuentemente decepcionantes para los secuestradores) por la que se suele cobrar una media de cincuenta mil dólares a los parientes o amigos que solicitaron la intervención de los movement-men, que convierten esta actividad, con frecuencia, en una lucrativa y selecta profesión.

Según muchos estudiosos de este inquietante fenómeno, la insistencia en presentar al Opus Dei como una secta peligrosa (lo que justificaría inmediatamente una "desprogramación" forzosa) procede de una estrategia bien delineada. Sobre todo en los Estados Unidos, los movimientos antisectas se desarrollan en ambientes de protestantismo radical, de liberalismo agnóstico, de hebraísmo fundamentalista o entre los muchos "masonismos" con frecuencia enloquecidos y transformados en facciones incontroladas. Para todos estos grupos, el "enemigo" verdadero, al que hay que vencer a cualquier precio, es la Iglesia católica.

Ciertamente, no lo es la Iglesia de algunos países, casi extenuada y como rendida ante el "mundo", al que se presenta con un perfil intencionadamente bajo y parece casi implorar perdón por el hecho de existir, aunque sea como una ecuménica "organización humanitaria". No, la lucha se plantea evidentemente contra la Iglesia del Papa, de un Papa "duro" que reacciona contra la mentalidad dominante y recuerda las exigencias de un evangelio que por necesidad divide y provoca tensiones. Una Iglesia que, más que seguir las encuestas, no olvida la inquietante (y hoy intolerable para muchos) advertencia de Jesús: ¿"Creéis que he venido a traer paz sobre la tierra? No, os digo, sino división" (Lc 12, 51).

La actividad que se desarrolla contra el Opus Dei en estos ambientes apunta más arriba, tiene como verdadero objetivo el mismo vértice vaticano. La difamación contra la institución de Escrivá, que -por su fidelidad al Magisterio- pasa por ser la temible Compañía de Jesús de los tiempos modernos, como un ejército de nuevos templarios, pretende conseguir una derrota que derrumbaría una de las últimas defensas de los bastiones romanos.

Así se explica que algunos católicos adversarios del Opus Dei apoyen, unas veces de modo abierto y otras ocultamente, a los movimientos antisectas. Son católicos

con una sola preocupación: que se crea "demasiado", que se tome "demasiado" en serio la paradoja y la radicalidad del Evangelio. Es un apoyo un poco masoquista, porque esos supporter clericales son frecuentemente religiosos -con sus votos de pobreza, castidad y obediencia- y, por consiguiente, caerían también ellos en la condena liberal contra toda experiencia religiosa "fuerte". También ellos serían "fanáticos" a los que habría que "desprogramar".

Todo este mar de fondo, oculto a la vista de tantos, no es -presten atención- la típica hipótesis de ciencia ficción, ni prueba (¡Dios no lo quiera!) que hayamos caído en esa dietrología sobre la que ironizábamos antes. Se trata de tendencias y de hechos comprobados.

Hay un hecho sorprendente para quien desconoce lo que está realmente en juego en esta guerra sin cuartel. Al hojear la prensa internacional se observa que los periódicos anglosajones dedican de ordinario escasa atención a los asuntos católicos, y cuando lo hacen adoptan cierto tono despectivo: cosas de papistas, de hispanics, de irlandeses, de macaroni-eaters... Folclore pintoresco, en el mejor de los casos; escenas para una postal turística con un guardia suizo, la silla gestatoria, grandes abanicos...

Pues bien, esta prensa generalmente poco atenta (por usar un eufemismo) acogió la noticia de la beatificación de monseñor Escrivá -durante semanas, con una insistente campaña- con informaciones en primera página y artículos virulentos contra lo que el Papa se proponía. Se comprobó luego que detrás de aquellas campañas se encontraban periódicos vinculados entre sí (en poder de los ambientes más duros, e incluso fanáticos, del anticatolicismo que mencionábamos) y los networks de los movimientos antisectas, sobre todo los americanos. Si con un mínimo de atención se examinan los artículos publicados, se comprueba su verdadero objetivo: presentar al Papa -que sancionaba "la exaltación de un español fanático, creador de un lobby secreto, forjador a su vez de otros fanáticos"- no sólo como un enemigo de la tolerancia liberal, sino como alguien que cubría con su autoridad un proceso de beatificación manipulado, que sólo llegó a término gracias al dinero, o quizá al chantaje de un poder oculto.

Entre otras cosas se sostuvo que, a cambio del título de beato para su fundador, la Obra se comprometía a tapan el agujero creado en las finanzas de la Santa Sede por las arriesgadas maniobras especulativas de un americano de origen lituano, obispo titular de Horta de Cartago (una de las antiguas diócesis del norte de Africa desaparecidas por la invasión musulmana), más conocido como responsable del Banco vaticano: el siniestro Paul Marcinkus.

Como resulta que, según afirman los teólogos, en las beatificaciones y canonizaciones el Papa compromete su infalibilidad, el "escándalo Escrivá" y la "operación Opus Dei" habrían hecho perder credibilidad al dogma mismo. Si la campaña hubiera tenido éxito, se habría abierto una vistosa grieta en el mismo edificio doctrinal de la Iglesia Católica. El hacha, por tanto, no golpeaba a las ramas, sino a las mismas raíces del árbol eclesial.

Es hora de que saquemos conclusiones. ¿Qué es realmente este Opus Dei que - desde sus comienzos, y trabaje donde trabaje- suscita tanto amor y tanto odio? ¿Cómo ha nacido, cómo ha crecido, cómo está organizado este auténtico "signo de contradicción"?

Se podría dar una respuesta rápida: el Opus Dei "nació" en 1928 (cuando explique cómo debe entenderse ese "nacimiento", comprenderán por qué uso las comillas), y desde el 28 de noviembre de 1982 -es decir, siete años después de la muerte del fundador, que tuvo lugar el 26 de junio de 1975- la Praelatura Sanctae Crucis et Operis Dei, como dice su nombre oficial, es la primera y por ahora única "prelatura personal" de la Iglesia Católica.

La reacción inmediata podría ser esta: de acuerdo, pero ¿qué es una "prelatura personal"?

La respuesta más precisa es, naturalmente, la oficial: es decir, la definición que aparece en el voluminoso tomo encuadernado en tela roja con letras doradas que es el Anuario pontificio, redactado por la Secretaría de Estado de la Santa Sede.

Tan autorizado libro, que está sobre los escritorios "que cuentan" de todo el mundo (desde los periódicos hasta las embajadas, pasando por los servicios secretos...), dice así: "Las prelaturas personales son estructuras jurisdiccionales no circunscritas a un ámbito territorial, que tienen como finalidad la promoción de una adecuada distribución de los presbíteros o la realización de especiales iniciativas pastorales o misioneras para las distintas regiones o categorías sociales".

Esta figura -nueva en la historia de la Iglesia, que en estos casi dos mil años parecía haber experimentado todas las posibles fórmulas canónicas- fue auspiciada por el Concilio Vaticano II, y perfilada y reglamentada a continuación por algunos motu proprio y por otros documentos pontificios. Y continúa el Anuario: "Compete a la Sede Apostólica, después de haber escuchado a las Conferencias episcopales interesadas, erigir las prelaturas personales y establecer sus estatutos. Las Prelaturas están regidas por un prelado, como ordinario propio, que tiene el derecho de erigir un seminario nacional o internacional, y de incardinar a sus alumnos".

Con una nueva dosis de "jerga eclesiástica" transcribo la conclusión del redactor vaticano: "Está prevista la posibilidad de que los laicos se dediquen, mediante convenciones estipuladas con la prelatura, a las obras apostólicas que desarrolla. El ordenamiento canónico vigente prevé, además, que en los estatutos se regulen las relaciones de la prelatura con los ordinarios del lugar en cuyas Iglesias particulares, con el previo consentimiento del obispo diocesano, la prelatura desarrolla sus obras pastorales o misioneras".

Lenguaje propio del derecho canónico. Necesario sin duda; más aún,

indispensable: en estas materias que afectan al ordenamiento institucional de la Iglesia, hay que sopesar cada palabra y acrisolar cada término durante decenios - o incluso siglos- de estudio, de debate y, sobre todo, de experiencia. En la comunidad eclesial, la vida precede siempre al derecho. La proverbial lentitud vaticana nace también del rechazo ante los conceptos "abstractos" de la Ilustración, que organizó la realidad según teorías utópicas nacidas de la ligereza y del esquematismo "ideológico".

Pero hay que reconocer que la definición oficial de la prelatura está formulada en un lenguaje críptico para los no iniciados.

Quizá sea más comprensible la respuesta de Monseñor Alvaro Del Portillo en una entrevista de prensa. A la pregunta

¿Qué es una prelatura personal, y la prelatura del Opus Dei en particular?", Del Portillo señaló: "Es una estructura jerárquica de la Iglesia que reúne sacerdotes y laicos bajo la jurisdicción de un prelado, para realizar un determinado fin apostólico entre los cristianos corrientes que viven en medio del mundo, enseñando a transformar el trabajo cotidiano de cada uno en oración, en ocasión de un encuentro con Dios".

Intentemos entenderlo mejor con otra definición que, por su sencillez, me parece de las más eficaces: "Una prelatura personal constituye un programa pastoral de la Iglesia jurídicamente estructurado".

Conviene saber que el Opus Dei ha necesitado 54 años para obtener este status prelaticio que (dicen sus dirigentes) colma totalmente sus aspiraciones y debe considerarse, por tanto, un punto de llegada definitivo.

Durante más de medio siglo, la Obra buscó un lugar que no encontraba en el derecho canónico de la época, "derramando muchas lágrimas" (palabras de Escrivá), aceptando como mal menor -con reservas y en una perspectiva de provisionalidad- las aprobaciones que le llegaban de la Santa Sede, que la obligaban a "atrancar en el puerto de la Iglesia en un muelle que no era el suyo".

Esta última expresión también es del fundador, que falleció antes de que la Obra pudiera echar el ancla en ese lugar tan deseado, buscado, perseguido, pero del cual nunca dudó. Escribía en 1951 a los suyos: "no sé cuándo llegará el tiempo de una solución jurídica apropiada para nosotros. Aunque no conozco ese momento, aunque pienso que necesitará muchos años, vuelvo a repetirlo: no dudo de que ese tiempo llegará...".

Quizá el lector haya tenido noticia también de otra disputa interna en la Iglesia sobre lo que ha sido llamado "el itinerario jurídico del Opus Dei". Es otra bagarre intensa (parece el destino de esta institución...) pero -tras estudiar ese enésimo dossier- me parece que todo se reduce a lo siguiente. Por una parte, están los del Opus Dei, para quienes todo estaba claro ya desde el comienzo, pues monseñor

Escrivá había "visto" de un modo misterioso lo que debía crear. Centrarón todo su esfuerzo, por tanto, en poner por obra el contenido de aquella visión. Los adversarios sostienen, en cambio, que la Obra -como otros institutos católicos- se fue perfilando por aproximaciones sucesivas, y que buscó su "lugar" canónico sobre la base de la experiencia acumulada poco a poco. No me parece una diferencia insalvable.

Aquí se encuentra una de las razones que dieron pie a la fama de una excesiva discreción, e incluso de secretismo. Al principio, el Opus Dei tendía a no difundir sus reglas, los estatutos que le había dado la Santa Sede, pues estuvo obligado durante decenios a aceptar -por falta de otra "casilla" institucional en el derecho de la Iglesia de la época- el status canónico de "instituto secular" (que presentaba a sus miembros, pese a su propósito de ser totalmente laicos, casi como religiosos "disfrazados").

Esas normas canónicas no eran "secretas", como se ha dicho y aún se dice: podía consultarlas libremente quien lo deseara (aparte de que eran explícitamente aceptadas por cada miembro), pero había cierto reparo en insistir en una estructura que se consideraba inadecuada y provisional.

Por esta discreción, signo de malestar, nacieron los rumores de "leyes secretas", de "estatutos secretos e inconfesables". Pero la honradez obliga a reconocer que, cuando se alcanzó la meta soñada de la Prelatura, el Codex iuris particularis Operis Dei (es decir, las normas que rigen la institución y los compromisos de los miembros) se ha difundido sin problemas, y aparece como apéndice de casi todos los libros que se ocupan de esta realidad, incluso de los escritos por los "opusdeístas".

Cuando se llegó a la meta, el fundador había fallecido, y el papel de primer prelado del Opus Dei fue asumido por el entonces casi septuagenario, pero en buena forma, Alvaro Del Portillo: ingeniero de Caminos, doctor también en Filosofía y en Derecho Canónico, había sido durante cuarenta años el colaborador más cercano del Beato. Estaba tan claro que era él quien debía sucederle que fue elegido por unanimidad por el Congreso General de la Obra. Desde entonces, el Opus Dei prosiguió su desarrollo de modo metódico y sin problemas, en plena continuidad con el periodo anterior. En modo alguno tuvo lugar la crisis (temida por algunos, deseada por otros) que con frecuencia aparece en la Iglesia cuando desaparece el líder carismático que dio vida a una nueva institución.

La elección de Del Portillo fue muy bien vista por la Santa Sede, como lo confirma el hecho de que Juan Pablo II le ordenara obispo en 1991, en la Basílica de San Pedro. Aunque una prelatura personal sea -utilizando términos toscos pero comprensibles- semejante a una "diócesis con pueblo, pero sin territorio definido" (el territorio del Opus Dei es el mundo, su "pueblo" son sus miembros), y aunque al frente de una diócesis esté un obispo, el prelado puede no estar revestido de la dignidad episcopal. Desde el punto de vista canónico, nada le faltó, pues, a Del Portillo -que era simplemente sacerdote, aunque con el título honorífico de

"monseñor"- desde 1982 a 1991, mientras regía la primera prelatura personal de la historia de la Iglesia. La elevación a obispo -además de constituir una nueva muestra de gozar del favor de la Iglesia- le dio la posibilidad de ordenar él mismo al clero incardinado en su Prelatura, aumentando así su prestigio. Como era de prever, crecieron entonces las sospechas por parte de los hostiles, que acusaron al Opus Dei de formar una "iglesia paralela".

Esta acusación no cuadra con un dato de hecho irrefutable: el Opus Dei no es un grupo de "hermanos" y "hermanas" consagrados, una congregación, una orden, un instituto de perfección, dependiente según el derecho canónico de la correspondiente Congregación vaticana para los religiosos. El Opus Dei no está gobernado por un "superior", sino por un prelado, y depende de la Congregación para los obispos. Al formar parte de la misma estructura jerárquica de la Iglesia, es también "la Iglesia", constituye una parte suya esencial y, por la misma lógica eclesial, no puede ser "paralelo".

En cualquier caso, el Opus Dei parece ajeno a este tipo de peligros, por la fidelidad que profesa a la Santa Sede, y al Papa en particular. Paradójicamente, esta actitud provoca la desconfianza de los que, de modo incoherente, le acusan de querer "ir por libre", de marchar por la senda de la "restauración".

Además, sus estatutos le imponen la obligación de no instalar un Centro (ni comenzar el apostolado a través de sus miembros) sin el consentimiento previo y explícito del obispo del lugar. El Opus Dei se obliga también a informar periódicamente al obispo, y a insertarse plenamente en la pastoral local.

La Prelatura, por tanto, debe ayudar a los obispos y a sus diócesis, no sustituirlos. Colaboración, no antagonismo. El plebiscito, nunca visto hasta entonces, de más de un tercio del episcopado mundial -recuérdese su "súplica" al Papa para que beatificara a monseñor Escrivá- parece confirmar que, de hecho, las cosas funcionan.

Dentro de la obra

A lates de continuar, quiero referirles una de las etapas de mi viaje por dentro de la Obra. Lo que a continuación cuento no pretende tan sólo mostrar que he trabajado duramente (aunque tampoco estaría de más, puesto que lo que presento es un informe que debe estar lo mejor documentado posible); quiero además anticipar algo que me parece de especial relevancia.

Veamos: naturalmente, he leído todo lo que se ha publicado sobre el Opus Dei en las lenguas que entiendo, comenzando por las que se usan en los documentos oficiales: algunas veces en latín, normalmente en castellano.

Reflexioné, en primer lugar, sobre ese libro que es al mismo tiempo carburante y motor de la Institución: Camino, que fue editado en su forma definitiva en 1939

(aunque la primera versión es de cinco años antes) y que merecería estar en el Guinness del mundo editorial, por sus millones de ejemplares y las decenas de lenguas en las que se ha editado, desde el quéchua del Perú, hasta el tagalog de las Filipinas. Son 999 breves consideraciones (número múltiplo de tres, en honor a la Trinidad) que tratan de tú al lector y le guían por la espiritualidad católica más clásica. En 1986, once años después de la muerte del Beato, se editaron otras mil consideraciones, recogidas bajo el título de Surco. Al año siguiente salieron otros 1.055 puntos, bajo el nombre de Forja. También se deben a Escrivá otros libros (por ejemplo, uno sobre el rosario: un millón de ejemplares vendidos), pero es en estos tres donde se encuentra el cogollo de su pensamiento y, por tanto, del Opus Dei.

Me ocupé no sólo de los escritos publicados (tanto a favor como en contra) sino también de otros informes, incluso de los difundidos a multicopista y de los mecanografiados. Les doy mi palabra de que ninguna de mis peticiones de información ha sido rechazada. Han puesto a mi disposición sus míticos archivos y todo lo que les he pedido.

Concertaron citas con las personas con quienes yo deseaba conversar. Desde un guardia de tráfico de Nápoles, miembro de la Obra, al casi inaccesible Prelado. Precisamente, con él estuve durante casi dos horas (privilegio nada frecuente, me aseguró mi acompañante "interno"), y pude preguntarle todo cuanto quise, en su despacho de Roma.

Me hospedé por un periodo no breve en la Residencia universitaria internacional, situada en el barrio romano del EUR. Es una "obra corporativa" (término que explicaré) donde compartí con los miembros que la dirigen y que desarrollan su función de tutores de los estudiantes (tarea que se añade a su trabajo profesional, que realizan "fuera"), además del reposo nocturno en la sencilla pero funcional suite que se me asignó, las comidas y las tertulias. Este último es un término castellano que, en el lenguaje "interno", indica la breve reunión que, en todos los centros, sigue al almuerzo y a la cena: un rato sentados en los sillones y sillas de la sala de estar, para intercambiar comentarios e impresiones, en una conversación amistosa.

Las tertulias tenían lugar en compañía de los residentes, si los hay (como era mi caso), en ese clima de "normalidad", de "vida de familia", de "casa como las demás" que defienden como una característica esencial. El Opus Dei nació en la casa del entonces jovencísimo don Josemaría: un hogar burgués del Madrid de los años veinte y treinta, cuidado por la madre y la hermana del futuro beato. De aquí procede también esa búsqueda de "decoro", propio de una casa de familia normal, y que distingue los ambientes donde se recibe a los huéspedes y se convive. La pobreza (y les aseguro que he podido comprobarlo de visu) se vive, sí, pero "en la trastienda", en las habitaciones de los miembros de la Obra o en los lugares que normalmente sólo usan ellos (aunque no existe "clausura" de ningún tipo, inconcebible para el espíritu laico de la Institución). "La penitencia debemos practicarla nosotros, no imponerla a los demás", decía Escrivá, y recomendaba un

"ascetismo sonriente", tanto más meritorio cuanto menos proclamado.

Visité también en Roma un Centro de mujeres (otra residencia universitaria). Tuve allí la posibilidad de formular todas las preguntas que quise, tanto a las empleadas que no pertenecen al Opus Dei como a las jóvenes residentes, que en su mayoría tampoco pertenecen a la Obra. Allí, como en los demás lugares donde hay mujeres de la Prelatura, mi ojo entrenado de cronista no pasó por alto un detalle: señoras (supernumerarias) y señoritas (numerarias y agregadas) vestidas con gusto, con un estilo muy lejano al de "monja disfrazada"; mujeres que no se distinguen -en cuanto al look- de otras de condición social semejante.

Pero cuando se sentaban (con elegancia, *ca va sans dire*...), cuando la falda dejaba descubiertas las rodillas, se notaba la marca que deja el rezar mucho arrodillado. Y -como signo de un "estilo" espiritual- al darse cuenta de haber sido descubierta, se cubría en seguida con cierto sonrojo, por temor a la ostentación devota.

A lo largo de mis "inspecciones", no dejé de lado a "Torrescalla", imponente y moderna residencia milanesa al servicio de los estudiantes del vecino Politécnico.

Pasé también un día entero en esa gran "obra corporativa" que es el Centro ELIS, situado desde 1965 en el popular barrio del Tiburtino. Es uno de los más grandes, eficientes y prestigiosos centros de formación profesional de Roma, e incluso de Italia, con residencia para jóvenes obreros y artesanos, centros deportivos (pasan por él cincuenta mil chicos cada año, la mayoría "externos") y biblioteca.

Junto a este Centro, las mujeres de la Prelatura dirigen una Escuela de hostelería profesional. Tanta es la fama de la Escuela que las chicas, al salir, encuentran trabajo inmediatamente al menos en el 90% de los casos. Las restantes, lo encuentran poco tiempo después.

El estilo de esa Escuela se refleja en detalles como los siguientes. Entre las materias que allí se imparten está la preparación de dulces -agradables a la vista y sabrosos al paladar- a partir de ingredientes baratos. Se aprende también el arte de transformar una casa modesta en un apartamento acogedor usando con sabiduría la tapicería, cortinas, luces, disponiendo todo con buen gusto y con otros pequeños detalles, todos rigurosamente baratos, *do-it yourself*. He aquí de nuevo el "hacer las cosas bien", el "causar buena impresión" con poco, ahorrando en todo menos en trabajo e ingenio.

El ELIS fue construido en terrenos y con fondos puestos a disposición por Juan XXIII, que utilizó el dinero recogido en todo el mundo con motivo del ochenta cumpleaños de Pío XII. Fue inaugurado por Pablo VI y visitado con admiración por Juan Pablo II (en el Opus Dei están muy orgullosos de estos "patrocinios" pontificios, que confirman la benevolencia de Papas tan distintos). Esta Escuela ha formado profesionalmente a millares de chicas y chicos, y ha desarrollado y desarrolla, en la economía romana, algo parecido a lo que representó la Valdocco

de don Bosco, con sus escuelas para obreros y artesanos, en la Turín del siglo diecinueve.

Completa el conjunto una iglesia que funciona como parroquia del barrio, confiada al clero de la Prelatura.

Asistí en esa iglesia a una misa dominical: buenas obras de arte contemporáneo (hoy en día, no es preciso buscar mucho para encontrar objetos de arte sacro que no ayudan a rezar, sino a pedir a Dios que perdone al supuesto artista); gran cantidad de flores; liturgia impecable, fiel a las disposiciones oficiales y no entregada a la "creatividad" ni al estado de ánimo del sacerdote del lugar; un coro de jóvenes del barrio perfectamente dirigidos y asistidos por un organista profesional; un grupo de sacerdotes concelebrantes de varias nacionalidades y etnias...

Un lugar y al menos una hora a la semana de belleza y de dignidad "reales" para la gente de uno de los barrios más desolados de la ya de por sí inhumana periferia romana. La asistencia a aquella misa me confirmó que hasta una ceremonia puede ser también una "actividad social", y no de poca monta: dar a quien lo desee la oportunidad de participar en algo muy diferente -incluso por su armonía externa- de la fealdad cotidiana.

En mi viaje de inspección, también conversé en Roma con profesores y estudiantes del Ateneo romano de la Santa Cruz. Este centro, creado inicialmente como "cabeza de puente" en Roma de la Universidad de Navarra, se dirige a grandes pasos a convertirse en una universidad pontificia, como el Laterano o la célebre Gregoriana de los jesuitas. En sus facultades de Filosofía, Teología y Derecho canónico, estudian miembros del Opus Dei y también seminaristas y sacerdotes enviados por obispos de todo el mundo, que buscan solidez doctrinal. Un taller teológico donde se ponen a punto los motores de esos panzer a los que se refería don Giussani; y donde se enseña el modo de conducirlos -de acuerdo con el estilo de la Obra- suave pero con decisión: con una decisión que consiste en seguir adelante por el camino propio, evitando cuidadosamente polémicas y contraposiciones con "áreas" católicas orientadas de otro modo.

La Facultad de Teología de este ateneo, de importancia "estratégica" para toda la Iglesia, se ha querido, tenazmente, levantar aquí, en la misma ciudad del Papa. Su programa dice lo siguiente: "Nos proponemos profundizar y exponer sintéticamente, con método científico, la doctrina católica (...). Se pretende formar expertos en la ciencia de la fe ...".

Recordarán quizá las ironías de Benedetto Croce sobre la teología: "estas palabras que se ocupan de cosas que no se sabe si existen...". En el Opus Dei no se pone en duda si esas cosas "existen". Y quizá, si se les preguntara, responderían con ironía, recordando que muchas de las "certezas" de filósofos y sabios, que creyeron haber descubierto la "verdadera verdad", acabaron en el cajón de las curiosidades para eruditos. Lo cierto es que aquí están totalmente

convencidos de que "la teología es una ciencia que puede y debe ser enseñada científicamente...".

La nueva sede del Ateneo, en el antiguo e ilustre edificio de San Apolinar, se halla en plenas obras de adaptación, pues el Opus Dei va ocupando, incluso físicamente, los espacios que quedan libres por el "cierre" de otras realidades católicas. Para que se hagan idea de cómo se funciona por allí, en la entrada del edificio un aviso indica que para asistir a las clases los sacerdotes diocesanos deben vestir la sotana o el clergyman, y los religiosos el hábito de su orden.

Es un aviso sólo para "los demás", ya que nunca se han visto sacerdotes del Opus Dei en vaqueros, camiseta, etc., y ni siquiera con camisa y corbata, como visten tantos otros sacerdotes, convencidos de que la gente desea verlos "como ellos" en todo, comenzando por el modo de vestir (y vaya usted a saber si es cierto que la mítica "gente" los quiera así, y no preferirá, en cambio, que el sacerdote, el consagrado, continúe esforzándose por ser reconocible a primera vista como "distinto", en el sentido de que ha de dar testimonio de una realidad "distinta", más respirable y más prometedora que la cotidiana).

Sea como fuera, el clergyman o la sotana son indispensables para los sacerdotes de la Prelatura. Como lo son para todos los demás, como indican las leyes de la Iglesia. Así lo dice el nuevo Código de Derecho canónico de 1983 (nada sospechoso porque es la expresión más cabal del aggiornamento conciliar, hasta el punto de haber suscitado discrepancias y sospechas entre los tradicionalistas): "Los miembros

del clero vistan decentem habitum ecclesiasticum, según las

normas emanadas por las Conferencias episcopales..."). Así deben vestir si desean aprovechar este ateneo que, según me confirman los estudiantes, da mucho (no sólo estudios sólidos, sino también ayuda concreta para instalarse en Roma y asistencia "tutorial" en horas no lectivas), y también exige lo mejor, al menos en el plano del esfuerzo.

Una seriedad que, una vez más, acaba por dar fruto: las cifras certifican el crecimiento habitual que presentan las cosas del Opus Dei. En 1984, cuando el ateneo abrió sus puertas (discretamente, como "centro académico", simple sección romana de la Universidad de Navarra), los estudiantes no llegaban a cuarenta. Diez años después, en 1994, los inscritos son ya casi 600, de cincuenta y cinco nacionalidades, divididos en partes iguales entre estudiantes europeos y de otros continentes.

Créanme: este ateneo parece destinado a ser una pieza clave en la formación de la clase dirigente de la Iglesia del Tercer Milenio, aunque esto es algo que los de la Obra no reconocerán nunca, escudándose en eso que llaman "humildad colectiva". Por otra parte, es evidente que no escribo para ellos; todas estas cosas las conocen perfectamente, aunque no las digan, y se esfuerzan tenazmente por

llevarlas a la práctica. En el Ateneo Romano de la Santa Cruz se emplean los métodos pedagógicos más avanzados y un instrumental de vanguardia, pero lo que se enseña está en la línea de la fidelidad más absoluta al Magisterio. También en estos tiempos que llaman "posmodernos" la Tradición, con mayúscula, parece revelarse como el camino más directo hacia el futuro. Como ya se dijo, el futuro podría ser lo que los obnubilados por lo "nuevo" pensaban que representaba el pasado.

Es el mismo cocktail vigoroso (tradicción en los contenidos, modernidad audaz y pragmática en las formas) que, en dimensiones más grandes y complejas de lo que por ahora tienen en Roma, he encontrado en otra etapa, la que me ha llevado a la antigua capital del reino de Navarra. Me refiero a Pamplona, que para tantas personas no está ligada al recuerdo de la herida que en 1521, defendiendo la ciudad frente a los franceses, sufrió el aún "mundano" hidalgo Ignacio de Loyola; ni tampoco al breve obispado del poco edificante César Borgia llamado el Valentino, hijo del Papa Alejandro VI, el brillante y cruel aventurero que encendió las ilusiones de Maquiavelo. Pamplona está ligada en la mente de muchos no a la historia religiosa, sino a las páginas sobre toros de Hemingway, a las imágenes ruidosas del encierro, con los toros libres por las calles de la ciudad, persiguiendo a miles de jóvenes que buscan la emoción del desafío a la muerte.

Folclore hispánico, mucho más rico de valores, de significados humanos y simbólicos, y de resonancias religiosas, de lo que alcanza a sospechar el superficial iluminismo de los escandalizados animalistas; mucho más de lo que puedan entender, dentro de la misma Iglesia, algunos frailes liberales, que rebajan la grandeza de Francisco de Asís al convertirlo en precursor en escayola nade los "verdes" y los "bestialistas" contemporáneos.

En cualquier caso, ese folclore hispano no parece tener sitio en el vasto campus de la Universidad de Navarra, con treinta mil árboles, cuatrocientos mil cuidadísimos metros cuadrados de arbustos, flores y césped. El ambientalismo (rechazado cuando se transforma en ideología, en un "ismo" como tantos otros) se practica en los hechos, no en los manifiestos. En este vasto campus surgen los modernos edificios de las facultades y de los Colegios Mayores, dominados por el edificio de Rectorado, también moderno, pero que con torres, escudos, tímpanos, escalinatas, evoca los ecos gloriosos de una España católica e imperial. De una España consciente de sus deberes por el papel providencial que le corresponde en el mundo, y también en la Iglesia. No es casualidad que hoy día, la mayoría de los católicos hable ese castellano que, según Carlos V (¿o Felipe II?, aún se discute), es un idioma familiar en el mismo Cielo...

Iniciada en 1952, querida con insistencia por el beato Escrivá que, hasta su muerte en 1975, fue su Gran Canciller, esta universidad tiene sobre todo el mérito histórico de haber roto el secular monopolio estatal impuesto por el laicismo español en la enseñanza superior, con tal centralismo jacobino que sólo era posible doctorarse en la universidad controlada a la vista del gobierno, en la de Madrid.

Hoy, en Pamplona, se estudia Derecho, Medicina, Enfermería, Filosofía y Letras, Farmacia, Química, Biología, Derecho canónico, Ciencias de la información, Arquitectura, Filología, Económicas y Empresariales. Y se estudian de tal modo, con tal organización y asistencia de los alumnos, que una reciente investigación de la Comunidad europea clasificaba al campus de la Universidad de Navarra, niña de los ojos del Opus Dei, entre los mejores en absoluto, si no el mejor, del continente. Funciona aquí también el consejo de Escrivá: "Todo lo que hagas hazlo bien. A Dios no se le pueden ofrecer chapuzas".

La universidad ha cambiado la vida de esta ciudad de menos de 200.000 habitantes: casi medio millón de personas va y viene cada año por motivos ligados de algún modo a la universidad. Después de desembarcar en el pequeño pero moderno aeropuerto de Pamplona, el cronista que esto escribe fue tomado a cargo del profesional gabinete de relaciones públicas, al que trabajo no le falta, dada la frecuencia de visitantes y de delegaciones internacionales.

Las impresoras del ordenador sacaron para el periodista todos los números, los gráficos, los diagramas que deseaba, anticipándose con frecuencia a sus peticiones. Espiguemos de aquí y de allá algunas cifras. En las distintas facultades estudian unos 15.000 universitarios (el 10% proviene de otros países). Es un número programado, porque se considera lo suficientemente elevado para ofrecer los servicios adecuados, y al mismo tiempo suficientemente reducido para evitar la masificación y favorecer esa relación personal que está entre los objetivos que el Opus Dei, desde los comienzos, pretende conseguir en cualquier actividad, y no sólo en esta universidad "suya".

Así, en los colegios universitarios, o en los centros de formación profesional, o en las actividades de apostolado, las personas se subdividen siempre en grupos poco más numerosos que la decena de miembros, huyendo (también cuando el trend cultural iba en dirección contraria) de los mitos de la "asamblea", del "colectivo", de la "masa". Cada uno es atendido personalmente, en su formación religiosa, moral, cultural, profesional: el rechazo cristiano del "comunismo" y la elección del "personalismo", la repulsa del anonimato y la preocupación por el individuo (visto como una pieza "única" en los designios de Dios), forman parte de los trazos fuertes del planteamiento de una Obra que curiosamente nació en el siglo de las utopías colectivistas.

Creo que, como André Frossard, el célebre converso francés, también Escrivá estaba totalmente convencido de que "el Dios cristiano sabe contar sólo hasta uno". Y que Dios no se ocupa de la humanidad, sino de hombres concretos, cada uno con su nombre y sus apellidos; que no conoce "clases", "partidos", "razas", sino sólo individuos, iguales en derechos y deberes y al mismo tiempo irrepetibles, inimitables, inconfundibles.

Continuemos con las cifras de este lugar de "formación" más que de simple "estudio", y que por este motivo se declara "centrado en la persona". Los 1.900

profesores (uno por cada diez estudiantes, además de un gran número de jóvenes que se dedican al tutoring); casi 4.000 empleados; 18.000 solicitudes de admisión para las 2.000 plazas convocadas cada año; 43.000 licenciados en sus 40 años de actividad.

Además, desde 1958 funciona en Barcelona -capital económica de España- el Instituto de Estudios Superiores de la Empresa (IESE), que se ha convertido en uno de los centros más prestigiosos de Occidente para la formación postuniversitaria de dirigentes empresariales, y que organiza masters con prestigio internacional. En 1993, contaba con 117 docentes de quince nacionalidades y sólo 420 alumnos recién licenciados, seleccionadísimos, procedentes de 34 países, que participaban en los cursos de 21 meses de formación intensiva para cargos directivos. Nos encontramos también aquí, sin complejo alguno, en el mismo corazón de la modernidad más avanzada, en un management que sabe convivir con misa y rosario. La presentación del instituto a los alumnos potenciales muestra en seguida ese espíritu específico: "La dirección de empresa es una tarea confiada a personas y orientada a otras personas. La enseñanza en el IESE subraya siempre los aspectos humanos, éticos, de conciencia, en cualquier decisión empresarial. La máxima profesionalidad debe convivir con el constante espíritu de servicio hacia las personas".

Quizá el periodista italiano sospeche que todo esto se ofrece a una elite, y confirme la fama de exclusivismo de la Obra, preguntan mis acompañantes. Pulsan entonces unas teclas y aparecen en la pantalla del ordenador algunos diagramas. Según las estadísticas relativas al año 1992-93, los estudiantes proceden en su mayoría (44%) de familias de baja renta, otra buena parte (40%) de familias de renta media y sólo el restante 16% procede de familias de renta alta. Otro gráfico revela que, en un año-tipo, gozan de beca parcial o total de matrícula un tercio de los alumnos, y la universidad destina 350 millones de pesetas a becas, exención de tasas y otros tipos de ayudas, incluido el hospedaje en los Colegios mayores, para que nadie deba "buscarse la vida" si viene de lejos ni -peor aún- renunciar a los estudios porque no sabe o no consigue establecerse por su cuenta.

Pregunto entonces: ¿no será que se pretende dar una imagen filantrópica gracias al dinero público, en una universidad reconocida por el Estado, que concede títulos con plena validez, y al mismo tiempo es privada? En un instante tengo en pantalla los datos correspondientes: la contribución del Estado español alcanza un 0,2%. No, no es un error: es el cero coma dos por ciento. La Universidad de Navarra (la única hasta hace pocos años en esta zona periférica de la península, al servicio de todo el país pero sobre todo de las poblaciones de la zona donde ha querido establecerse) se financia en el 85% con las tasas de inscripción, el 11% con las ayudas recogidas por la Asociación de amigos de la Universidad (en la que entran espontáneamente antiguos alumnos cuando se licencian, con el deseo de que otros jóvenes experimenten lo que a ellos se les ha dado y, como resulta claro, no les ha disgustado), y el 2% con subvenciones de entes locales, públicos y privados.

Sólo la mitad de los profesores pertenece al Opus Dei (menos numerosos en "su" universidad de Pamplona, que los miembros de la Obra que ocupan cátedras en las universidades estatales españolas), y la formación moral y religiosa no es más que una propuesta a los estudiantes, sin obligatoriedad alguna.

Es un clima que funciona, como lo demuestra el dato que me facilita el rector: en cuarenta años de actividad, desde 1952 a 1992 -incluidos los años en torno al 68-, la Universidad de Navarra ha parado por agitaciones estudiantiles durante doce días en total, poco más de un día cada cuatro años. Para esto, no ha necesitado recurrir a medida represiva alguna (aparte de la disciplina tradicional, la vigente en cualquier escuela de cualquier tipo y grado antes del cupio dissolvi contestatario, que no se abandonó aquí). La media de las universidades estatales españolas supera cinco veces esa cifra cada año.

Para completar el cuadro: un profesor me explicó, con sencillez desarmante, lo que a su juicio constituía el secreto de la estabilidad y la seriedad reinantes en Pamplona durante los años en los que todas las universidades del mundo -católicas incluidas- fueron devastadas por la locura del 68. "Sabe -me decía-, nos hemos confiado más que nunca al Espíritu Santo, para que inspirase a estos pobres jóvenes que corrían el riesgo de caer, como sus compañeros, en las manos de los malos maestros de la época...".

Una "explicación" que describe bien el extraordinario (empleo esta palabra en sentido literal, para que cada uno juzgue como quiera) habitat del Opus Dei: preparación profesional de vanguardia y devoción tradicional, ordenadores y novenas al Paráclito...

En el plano afectivo (además del de la eficacia organizativa, unida siempre, como enseñó el beato Escrivá, al "ambiente de familia"), me ha parecido, sin embargo, que el corazón del campus de Pamplona estaba en los edificios de la Clínica universitaria. Almorzando en la cafetería para médicos, enfermeros e invitados, he tenido como vecinos de mesa -por casualidad, pero no deja de ser significativonada menos que al Rey y a la Reina de todas las Españas. En efecto, el padre del Rey Juan Carlos, gravemente enfermo, decidió ingresar no en una sofisticada clínica privada ni en un hospital público, sino en esta clínica que, aunque dé cobijo al Rey, sigue estando abierta a cualquiera. Con el único límite, se entiende, de las posibilidades de espacio: como es fácil imaginar, las peticiones son muy superiores a la capacidad.

A un italiano no puede dejar de venirle a la cabeza una coincidencia: 120 años después de la brecha en Porta Pía (1), que iba a traer a Roma la "nueva civilización", expulsando las pesadillas del "milenario oscurantismo y malgobierno de los curas", resulta que los ciudadanos de la Ciudad Eterna están dispuestos a conseguir como sea una recomendación -incluso con subterfugios- con tal de ser ingresado o ingresar a sus parientes no en los hospitales públicos (¡Dios nos guarde!), sino en el gran policlínico "Agostino Gemelli", reconocido oasis de

eficiencia, humanidad, modernidad en las vueltas y revueltas dantescas de la sanidad italiana, tal como la han dejado políticos "progresistas", partidos "democráticos", sindicalistas "defensores de los trabajadores" e intelectuales "ilustrados".

Después, estos mismos políticos, sindicalistas e intelectuales evitan con sumo cuidado acudir al sistema angustioso que ha salido de sus esquemas demagógicos: dejan esa sanidad, generosamente, toda para el "pueblo", por el cual, está claro, combaten. En cuanto a ellos, en caso de necesidad, no se avergüenzan de acudir a monseñores y a monjas con tal de obtener un puesto en una clínica de religiosos que se libró de la reforma, o al mencionado Gemelli. El cual, mire usted por dónde, es la clínica de la facultad de medicina de la Universidad Católica italiana.

Lo mismo sucede en Pamplona, me confirmaba sonriendo el director general de la clínica, un "numerario", con el que cometí una metedura de pata que confirmaba lo poco que había comprendido aún del espíritu del Opus Dei.

Es un hombre de buena presencia, delgado y deportivo, bien vestido, con un despacho elegante e informatizado, con una vista preciosa sobre las zonas verdes del campus. Comencé mi entrevista con un "Como es obvio, usted es médico...". "Como es obvio, no soy médico sino economista", me replicó amable pero inmediatamente, compadeciéndose de mi ingenuidad.

Un manager, en suma, para una empresa-hospital con 1.300 empleados: trescientos médicos que trabajan sólo en la clínica, renunciando a las consultas privadas; 12.000 enfermos al año en las 500 habitaciones, buena parte de ellas individuales, con la posibilidad de acoger a un pariente también durante la noche, y las demás dobles; 90.000 consultas externas cada doce meses; una escuela para medio millar de enfermeras; un centenar de trasplantes de corazón; más de quinientos renales; una experiencia consolidada también en los de hígado (los más difíciles, me comentan)...

Ninguna subvención del Estado, ni siquiera el 0,2% de otras facultades. Y, sin embargo, un balance siempre en activo gracias al pago de las prestaciones -como sucede en los hospitales estatales y regionales- a cargo de mutuas y aseguradoras. Los beneficios se invierten íntegramente en investigación y modernización de las instalaciones.

También recibe -una constante de las "obras corporativas" del Opus Dei, como he podido comprobar- la colaboración económica por parte de los miembros de la Obra y de otros muchos amigos, algunos no católicos o ni siquiera cristianos, convencidos del valor social de una actividad semejante. En cualquier caso, se aplica aquí -como en las demás iniciativas de los hombres y las mujeres de la institución- el dicho español que reza: "que cada palo aguante su vela". Cualquier actividad debe encontrar por sí misma los medios para financiarse, siguiendo los principios de la profesionalidad y no del asistencialismo. Aunque no se rechazan,

lógicamente, las aportaciones de caridad.

No me callo lo que un paciente tiene a disposición en esta clínica. Saltaré -porque es obvio- que lo que aquí encuentra no lo encontraría en una estructura hospitalaria pública, no sólo en España o Italia, sino probablemente en todo el mundo.

La cosa es bien sencilla. Todas o casi todas las proclamas, las promesas propias de cualquier político o pensador engagé en un mitin o en una mesa redonda sobre la sanidad ideal (humanización, atención a la persona; profesionalidad; cuidado de las cosas grandes y de las pequeñas; respeto a una ética "universal" antes que a la "católica"; los trabajadores -desde los jefes de departamento a los encargados de limpieza-, vistos como "colaboradores" más que como "dependientes", conscientes de que el cumplimiento de sus deberes es condición indispensable para la tutela de sus derechos; organización sin pesadez burocrática; apertura al exterior, a las familias y a los amigos, para evitar el aislamiento y la formación de ghettos de enfermos; concepto integral de asistencia médica, que no se fija sólo en la máquina-cuerpo que debe repararse, sino en que hay que ayudar a un individuo a que se cure en toda su personalidad...), es decir, todo aquello que en otros lugares se queda casi siempre en flatus vocis, deseo ineficaz, promesa electoral, en la clínica de Pamplona al menos se intenta poner en práctica. No digo que lo consigan. Pero al menos afirman que, todos ellos, lo intentan cada día, según otro frecuente consejo del beato: "comenzar y recomenzar".

Las palabras son palabras; los hechos, hechos. Y entre estos últimos, algunos son más reveladores que otros. Por consiguiente, permítanme que lo diga tal como lo siento: antes o después, cada uno tendrá que enfrentarse con la fragilidad del cuerpo, como es natural. Pues cuando llegue ese momento, también aquellos que miran con sospecha y hostilidad al "mundo católico" (y quizá especialmente a realidades "integradas" como el Opus Dei) desearán para sí mismos y para sus personas queridas acabar en una estructura "como la de Pamplona", en vez de esas otras donde rige la cultura de los derechos y las reivindicaciones que, en la práctica, no reconocen deber alguno; la cultura de los panfletos ideológicos, del igualitarismo abstracto, de las protestas sindicales, de la división política de sectores de influencia, de los programas electorales. ¿Es esto "apologética"? ¿O no será más bien realismo? Estas son las ideas que me venían a la cabeza cuando recorría los pasillos limpios como un espejo de la Clínica Universitaria de Pamplona, y veía al personal con uniformes impecables, las habitaciones bien instaladas y silenciosas, los trabajadores en actividad, los cuartos de baño tan relucientes como los de un hotel.

Quizá era esto lo que quería decirme uno de los docentes de medicina, un "supernumerario", aludiendo no sólo a su facultad y a su clínica, sino al conjunto de la Universidad de Navarra. Lo transcribo, por lo que significa: "Con nuestras limitaciones, ciertamente, pero poniendo toda la buena voluntad y confiando en la ayuda del Dios en el que creemos -el beato Escrivá decía de sí mismo que era "un pecador", pero "que amaba a Jesucristo"-, todos nosotros intentamos construir una

realidad que sirva como ejemplo. Querríamos ofrecer hechos, que son más elocuentes que las palabras. ¿No lo dice el mismo Evangelio? Un árbol bueno se reconoce por sus frutos, que son buenos. A pesar de nuestra obligada humildad (humildad que es reconocer la verdad de nuestra condición de pobres hombres, con limitaciones), deseáramos suscitar al menos una pregunta: ¿por qué lo hacen? ¿Qué o quién les empuja, sin que nadie les obligue, a trabajar tanto?".

Hay también otro "ejemplo" que querrían dar (y me refiero una vez más a lo que me contaban): un ejemplo que tenga la fuerza de la vida y de los hechos. Es el "ejemplo" del que me habló el decano de una facultad, durante un almuerzo con el Estado Mayor de la universidad, en el comedor del rectorado (sala moderna pero decorada con el estilo severo y solemne de la vieja España, y su gusto particular, entre otras cosas, por los escudos heráldicos llenos de colorido): "Este complejo de energías, de inteligencias, de actividades, quiere ser también una demostración concreta de que es posible la armonía entre la fe cristiana profesada en su integridad y la cultura más rigurosa; que el creyente no tiene que escoger entre la aceptación plena y franca del dogma católico y el trabajo a los niveles más altos de las ciencias, de las artes y de la técnica humanas".

El ilustre profesor me sugería que consultase el Ideario, una especie de "decálogo" que todos aquí -sean o no de la Obra- están obligados a respetar, ya que en sus veinte puntos se trazan las coordenadas generales del compromiso de quien acepta libremente formar parte de esta comunidad de estudio y de trabajo, desde el nivel más alto al más bajo.

Así recita uno de los primeros puntos del Ideario, el tercero: "En toda su labor, la Universidad de Navarra se guía por una plena fidelidad al Magisterio eclesiástico (...), convencida de que la auténtica investigación científica, cuando procede con métodos rigurosos y conforme a las normas morales, no puede entrar en oposición con la fe, ya que la razón -que está ordenada y capacitada a reconocer la verdad- y la fe tienen origen en el mismo Dios, fuente de toda verdad".

Volviendo a mi tour, podría añadir otras etapas y describir otras "obras", vistas o visitables; y la lista de estas últimas podría ser muy larga y sometida continuamente a ampliaciones. En todos los continentes.

Me detengo aquí no sólo por razones de espacio, pues no se debe olvidar que las "puntas emergentes" a las que me he referido aquí, estas flores en el ojal, no son de ningún modo todo el Opus Dei. Al contrario: quizá no representen siquiera su aspecto más "importante".

En cualquier caso, detenerse en ellas -o darles demasiada importancia- podría impedir entender el "carisma" auténtico de la institución. Con el esfuerzo de sus miembros -que responden en primera persona, junto con otros hombres y mujeres "de buena voluntad", con frecuencia no católicos e incluso no cristianos o no creyentes- este "carisma"

anima ciertamente actividades "extraordinarias" como las que hemos mencionado. Pero su tarea principal sigue siendo dar sentido, dirección, contenido a lo que es "ordinario", personal: el trabajo, sea cual sea, desde el más prestigioso al más humilde; la vida diaria; la aparente monotonía, o quizá mediocridad, de la vida familiar. Y por lo que se refiere al apostolado, cada miembro lo ejercita de un modo que no hace ruido, que no interesa a los medios de comunicación, porque se desarrolla cada día con el ejemplo profesional y con la palabra "acertada" dirigida a quien está a su lado: en casa, en la oficina, en la fábrica.

Tendremos tiempo de explicarlo y, si es posible, de entenderlo. Por el momento, basta con advertir que las "obras corporativas" no son "la Obra". El Opus Dei no es el propietario de esas labores, sino que acepta responsabilizarse de la orientación doctrinal y espiritual; y como indican claramente los estatutos, no podrán ser nunca actividades industriales, económicas, comerciales, ni siquiera editoriales, sino siempre y sólo dirigidas a la enseñanza, a la asistencia, a la promoción social. La Obra actúa sobre todo en la vida espiritual que cada miembro, al entrar a formar parte, se compromete a cultivar en su conciencia, y que escapa por definición al observador externo.

Anticipando algo que diremos después, se podría señalar que -entre los muchos "secretos" de que le acusan- aquí está el primer y principal "secreto" del Opus Dei. Como sucede en cualquier realidad verdaderamente religiosa, lo que no se ve es mucho más (y mucho más importante) que lo que se ve.

"Un fundador sin fundamento"

Hasta el momento, no hemos hablado más que del presente. De un presente en el que el Opus Dei puede acelerar sus motores (aunque con la discreción que conocemos) y continuar creciendo en la Iglesia, día tras día, vestido ya con un traje a la medida, e incluido -como Prelatura- en la misma estructura jerárquica católica, con la fuerza de contar con decenas de millares de miembros.

¿Pero cómo nació todo esto? ¿De dónde viene? ¿Cómo se pensó y después se llevó a cabo el proyecto para crear semejante red que extendió y extiende cada vez más sus tentáculos (la "Mafia") en todos los continentes, desde su centro en Roma, en el sólido edificio del Parioli?

Cuando se intenta entender qué es el Opus Dei, una de las mayores sorpresas consiste en descubrir que en rigor (según dicen los interesados) ningún hombre lo habría fundado ni proyectado.

El Opus Dei "ya estaba" pensado y querido ab aeterno por Dios. El mismo -en sus inexcrutables designios- habría decidido escoger como instrumento para que pusiera en marcha esa "idea celestial" a un desconocido curilla español de 26 años, que puso a disposición de Dios su esfuerzo, su sacrificio, su oración, su inteligencia, en una palabra, su disponibilidad total a partir de una fecha precisa: la mariana del 2 de octubre de 1928.

Para quien no conozca -o no recuerde- la dialéctica cristiana, y en particular la católica, antes de seguir adelante conviene dar alguna explicación que ayude a entender -no he dicho aceptar- las pretensiones de esta Obra. De lo contrario, ¿qué clase de informe sería el mío, si los hechos no estuvieran encuadrados en el décor que los justifica?

Para un cristiano, el Dios de la Biblia no desea actuar en solitario: quiere, porque le da la gana, necesitar de los hombres para realizar su voluntad en el mundo.

Toda la Escritura -tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento- no es sino la "historia de una salvación" que el Creador propone y realiza no sin sus criaturas, sino con ellas. Habría podido hacerlo todo El solo, con un metafórico chasquido de sus dedos omnipotentes. Pero -por citar dos nombres decisivos, de los cuales deriva lo demás- decidió, en primer lugar, "trabajar" con el pastor Abraham, para transmitir su revelación sirviéndose, para empezar, del pueblo de Israel; y después, "trabajar" con el pescador Simón, para que fuese la "piedra" sobre la que edificaría la ekklesia, es decir, el lugar de reunión de los llamados al nuevo Israel, ya no limitado a un pueblo sino abierto a todos.

Desde la perspectiva católica, la historia de los santos no es sino la historia de aquellos que aceptaron ser colaboradores, antes que instrumentos, de Dios; que supieron decir que sí, en serio, a la misteriosa y gratuita propuesta de partnership. Distinta es la orientación de las infinitas denominaciones en las que se ha fragmentado la Reforma protestante, pesimista sobre el hombre y sobre su capacidad, que atribuyen todo a un Dios que aparece como "solitario", insondable, impassible, casi como el Alá mahometano. Por eso, la Iglesia católica propone a esos "santos" como ejemplo para todos sus fieles, porque cada uno -a su nivel y de acuerdo con sus posibilidades- es llamado a trabajar también él con Dios, que le llama a asociarse en su proyecto para el mundo.

Así, el "pronombre personal" católico no es el "Yo" de Dios ni el "yo" del hombre, sino un "nosotros". Y esto no por méritos humanos, sino por la libre e indescifrable estrategia divina.

Esa es la única razón: Dios podía, pero no quiso actuar solo. Corresponde al creyente discernir esta estrategia y adecuarse a ella, aceptando las consecuencias -así al menos lo asegura la Iglesia- con tanto esfuerzo como alegría.

Es verdad que en este plan misterioso hay cimas sobresalientes, vistosas, porque la "colaboración" se propone a todos, pero para algunos esta colaboración consiste precisamente en mover a otros hombres, en marcar el destino de muchos.

Es el caso de los fundadores y las fundadoras de órdenes, congregaciones, institutos, compañías, comunidades religiosas, que caracterizan a la Iglesia casi desde sus orígenes.

En mi biblioteca, donde escribo estas líneas, descansa -al alcance de la mano, en las estanterías reservadas para los instrumentos de uso frecuente y rápido- el DIP, como lo llamamos los que nos obstinamos en interesarnos por estos asuntos. Es el Diccionario de los Institutos de Perfección, una obra vastísima que intenta inventariar y describir todas las manifestaciones de la vida religiosa "organizada", en la mayoría de los casos en forma comunitaria, que se han dado a lo largo de la historia de la Iglesia. Son gruesos volúmenes con formato de enciclopedia, de más de mil páginas cada tomo. Tras veinte años de trabajo ininterrumpido, el equipo internacional que lo elabora, coordinado por las Ediciones San Pablo, ha publicado 8 volúmenes, y aún no ha terminado la letra "s". La redacción ha advertido ya que, cuando se llegue a la "z", será preciso preparar otros volúmenes para incluir a los institutos de perfección surgidos mientras tanto, y para corregir los errores cometidos a pesar de los decenios de investigaciones y la movilización de los mayores expertos de todo el mundo. Tantas son las ramificaciones del Arca de Noé, o si lo prefieren, la exuberante y casi insondable selva a la que llaman Iglesia...

La decisión de tomarse en serio la fe, hasta sus últimas consecuencias, se ha organizado a lo largo de los siglos (y aún se organiza y se organizará: la aventura católica continúa) en innumerables "institutos". Y en el origen de cada uno de ellos se encuentra (para quien cree, naturalmente) la propuesta, la iluminación, la asistencia divina.

La colaboración de quien es llamado a promover estas tareas suele comenzar por el "descubrimiento" de una necesidad en la sociedad y en la Iglesia del momento. Son circunstancias que exigen la intervención de la caridad, por medio de la fe, la esperanza, la voluntad, la energía y las manos de creyentes. Y quien se percata de esa necesidad, pone manos a la obra y convoca a otros hombres y mujeres de buena voluntad para que colaboren en ese proyecto espiritual y benéfico.

Así nacieron las fundaciones dedicadas a los jóvenes y a los ancianos, a los pobres y a los enfermos, a los ignorantes y a los obreros... Según las necesidades de cada momento, todo cristiano (y en particular el que, misteriosa pero explícitamente, recibe esta llamada) sabe que debe tomar cartas en el asunto, por amor a Dios y a los hombres.

A pesar de estar inspirado por las Alturas, el fundador o la fundadora -una vez identificada la necesidad que quiere colmar- elabora un plan, hace proyectos, se organiza para llevarlos a la práctica fiándose más (si son verdaderos "santos") de la ayuda de Dios que de sus fuerzas, pero sin ahorrarse fatigas: es más, agotándose hasta lo inverosímil. "Siervos inútiles", según la paradoja evangélica; y, sin embargo, indispensables al mismo tiempo para una Omnipotencia que quiere servirse de la debilidad. Necesarios para un Cielo que quiere trabajar en joint venture con la tierra.

Así se enmarca, más o menos, el asunto.

En el caso del Opus Dei, a tenor de la conciencia que tuvo el mismo interesado, don Josemaría Escrivá, y el convencimiento que transmitió a los que le siguieron y le siguen en el Opus Dei, las cosas no sucedieron de ese modo. No, al menos, en lo referente a un "plan", a un "proyecto de fundación", a una "estrategia de actuación" elaborados por quien estaba llamado a colaborar con Dios.

"Soy un fundador sin fundamento", repitió muchas veces el futuro beato. Esta frase no expresa sólo la habitual humildad de los santos, pues en otro momento añade: "Yo no quería ser fundador de nada, y menos aún de lo que luego se llamó Opus Dei".

Precisamente, en esta "sorpresa" del protagonista humano está la fuerza casi irresistible de esta aventura, que según el propio Escrivá "no nació porque hubiera hecho estudios o encuestas; porque -en definitiva- me hubiese dado cuenta de que había que dar una solución a algunos problemas de la Iglesia española, o de la universal de aquella época. No, yo no he proyectado ni programado nada".

Los del Opus Dei aportan la siguiente versión de los hechos. Cuando empezó todo, en 1928, el joven don Josemaría Escrivá era sacerdote desde hacía tres años. Poco antes se había trasladado a Madrid para completar sus estudios de Derecho, con el permiso del arzobispo de Zaragoza, la capital histórica de Aragón. Barbastro, la ciudad natal del fundador del Opus Dei se encuentra en esta región. Es una ciudad de siete mil habitantes que mira a los Pirineos (para que el lector no español se haga una idea, está más o menos a la misma altura de Lourdes, o un poquito más al este).

Tras unos primeros encargos en parroquias rurales, se instala en la capital de España. Para mantenerse y para ayudar a su madre viuda, a su hermana mayor y su hermano aún niño, imparte algunas clases y acepta ser capellán del Patronato de enfermos, una institución benéfica madrileña.

Entre los enfermos, confirma con los hechos su voluntad de tomarse en serio su misión de sacerdote, dedicándose del todo a la catequesis, a la administración de sacramentos, a la asistencia no sólo a los enfermos del Patronato sino también a los miserables de los barrios periféricos de Madrid.

No es más que un joven sacerdote, uno de tantos en una España que tiene incluso demasiados, si hemos de hacer caso a las protestas de las turbulentas izquierdas: anárquicos, socialistas, comunistas, radicales. En resumen, los mismos que, pocos años después, protagonizarán la más sangrienta de las guerras civiles modernas, en la que cometieron tales excesos que no se explican por un simple anticlericalismo, sino por un verdadero odio a la religión, como el fusilamiento en la calle pública de las estatuas de los santos o el uso obsceno de las hostias consagradas.

Como señala un historiador imparcial, "la persecución religiosa que tuvo lugar en

España, principalmente durante la primera parte de la guerra, no tiene precedentes en ninguna otra página de la historia de Europa, a menos que nos remontemos a los dos primeros siglos de la historia de la Iglesia. El sólo hecho de ser creyente bastaba para ser eliminado".

Así lo refleja la fuerza desnuda de los números. En 1934, se produjo un levantamiento en Asturias, prólogo de la gran tragedia; sólo en la primera semana, fueron asesinados 12 sacerdotes, 7 seminaristas, 18 religiosos. Y 58 iglesias fueron incendiadas.

Desde julio de 1936, cuando comenzó la guerra civil, la matanza se extendió por todas las provincias controladas por el gobierno de las izquierdas. Se recurrió a los procedimientos más atroces (sin excluir la crucifixión, la quema con gasolina, el ahogamiento a base de impedir la respiración metiendo una cruz en la garganta, y -para las religiosas- la violación en masa hasta la muerte). Fueron asesinados 4.184 sacerdotes diocesanos, 2.365 religiosos, 283 religiosas, 13 obispos, además de un número indeterminado de millares de "conocidos católicos". Precisamente en Barbastro, la ciudad de don Josemaría, se asesinó al 88% del clero. Son datos ignorados -o censurados- incluso por muchos católicos: esos que, como ya hemos visto, sólo se indignan contra el franquismo y sus "asistentes clericales", verdaderos o presuntos.

De todos modos, en aquel 1928 en el que aún no ha explotado la situación, el joven don José María (más tarde, por devoción, unirá los dos nombres en uno, Josemaría, por lo que ésta es la grafía exacta) no es más que uno de tantos sacerdotes españoles, particularmente piadoso, coherente con una vocación auténtica.

No le ha llevado al estado sacerdotal la "tendencia sociológica" según la cual, desde hacía siglos, en toda familia cristiana uno al menos de los hijos solía hacerse religioso o sacerdote, y una hija, monja. Es una elección convencida, para seguir una llamada que recibe, parece ser, hacia los dieciséis años, de un modo singular que se recuerda con emoción dentro de la Obra, como he podido escuchar.

Dejemos la palabra a uno de los más recientes y completos biógrafos, el alemán Peter Berglar: "una mañana especialmente fría del invierno de 1917-18, seguramente entre Navidad y Reyes -desconocemos la fecha exacta-, vio en Logroño las huellas de las pisadas de un carmelita descalzo en la nieve (...). No significaban nada que se pueda comprender con la razón o bajo un punto de vista utilitario (...). Las personas "prudentes" saben de muchas "locuras" de este tipo (...). En cualquier caso, bajo la impresión de aquel descubrimiento, su vocación al sacerdocio, que hasta el momento desconocía, comenzó a desvelarse...".

Desde entonces, era sacerdote con la certeza de su vocación. Pero, ¿para qué? ¿En qué dirección debe desarrollar su celo religioso? ¿Párroco? ¿Profesor? ¿Capellán? ¿Dedicarse a la curia?

Trabajando y rezando, espera a que Dios se lo haga entender, a través de los sucesos de la vida, "casuales" en apariencia, por los que la Providencia habla habitualmente, sin esperar revelaciones místicas.

Se trata de un joven piadoso y sereno; que reza mucho, pero que está, al mismo tiempo, en los detalles concretos: es decir, todo lo contrario de un visionario, de esas personas "que oyen voces". No es casualidad que, antes de decidirse por el seminario, le atrajeran estudios técnicos como la arquitectura o la ingeniería: una pasión que no abandonará y que pondrá en práctica, por ejemplo, durante la construcción de la sede central de la Obra en Roma y del gran santuario mariano de Torreciudad, cercano a su Barbastro. Tampoco fue casual que el cardenal arzobispo de Zaragoza, al ver sus dotes de organizador tranquilo y de líder natural, le nombrase, con sólo veinte años, inspector interno del seminario diocesano: un nombramiento de "superior" tan precoz que tuvieron que adelantarle las órdenes menores. Era, en definitiva, una persona poco común.

En ese clima marcado no precisamente por excitaciones místicas llega el 2 de octubre de 1928. Los miembros del Opus Dei de todo el mundo celebran esa fecha desde entonces festivamente. No como el aniversario de una fundación, sino fundamentalmente como la revelación del proyecto que aquel día Dios decidió poner en marcha: un "instrumento de santificación" surgido de las profundidades insondables de la eternidad, y destinado a durar tanto como la Iglesia, hasta el final de los tiempos, ese instante en que la fe espera la nueva venida de Cristo victorioso y glorioso.

La Obra no duda de que tendrá esta duración, pues el beato afirmó en varias ocasiones que la presencia (y la expansión) continuarían "mientras hubiese hombres sobre la tierra", porque (y aquí anticipamos la finalidad de la Institución), "por mucho que cambien las formas técnicas de la producción, los hombres tendrán siempre un trabajo que poder ofrecer a Dios, que poder santificar". Más aún: "No somos una organización nacida en circunstancias particulares de una época determinada". Por consiguiente, "el Opus Dei conservará siempre su razón de ser". (El joven numerario que me acompañaba por los pasillos de la sede central, y al que manifesté mi admiración por la solidez de los materiales de toda esa construcción, me replicó: "Es cierto; pero para ahorrar. Todo esto debe durar siglos").

¿Qué sucedió entonces aquel día decisivo? Para saberlo, acudamos a las palabras, muy medidas, que son de algún modo oficiales en la Obra y que han sido reconocidas como auténticas por la Iglesia en su decreto de beatificación, promulgado por el papa 64 años después de aquel hecho. Así lo narra el Postulador de la Causa: "el 2 de octubre de 1928, el siervo de Dios don Josemaría participaba en unos Ejercicios espirituales en la casa de los padres misioneros de San Vicente de Paúl, situada en la madrileña calle García de Paredes. Mientras se encontraba recogido en su habitación, Dios se dignó iluminarlo: y vio el Opus Dei, tal como el Señor lo quería y como sería a lo largo de los siglos".

Volvamos a Peter Berglar, el biógrafo alemán de Escrivá: "Monseñor Escrivá de Balaguer afirmó siempre, sin sombra de duda, que el Opus Dei no lo había inventado él, que no lo había fundado como consecuencia de una serie de elucubraciones, análisis, discusiones y experiencias, que no era en absoluto el resultado de intenciones buenas o piadosas. Dejó entrever claramente que el "fundador" era Dios mismo y que la transmisión a aquel "joven sacerdote" de aquel encargo había sido un hecho sobrenatural, una gracia divina".

Una "gracia" de las que asustan; en efecto, amedrentó al destinatario, que de algún modo intentó escabullirse. Más tarde dirá que se sometió "de mala gana", porque "no me gustaba ser fundador de nada".

Deseando obedecer a Dios y por consiguiente a la misión (más aterradora que entusiasmante, al menos en esos primeros tiempos) que se le había puesto sobre los hombros, buscó una especie de escapatoria: comenzó a informarse para saber si en algún lugar existía ya algo que correspondiese a lo que había "visto", para asociarse y -como escribió- "ponerse en último lugar, para servir".

No hubo nada que hacer: la "cosa" todavía no existía, y le tocaba precisamente a él aceptar el papel de instrumento, para hacer pasar la voluntad divina de la potencia al acto. Pero aún muchos años más tarde, se le escuchó decir: "me gustaría no ser de la Obra, para pedir la admisión y ser el último". Es decir, seguir a otro cualquiera llamado en su lugar.

En aquel otoño de 1928, si se echaba una mirada alrededor, no se daban los presupuestos para una obra como la que "había visto", con esas dimensiones tan amplias y destinada a permanecer en el tiempo. "Tenía veintiséis años, y no poseía más que gracia de Dios y buen humor": así sintetizó el "equipaje" del que disponía.

Un buen humor que, verdaderamente, iba a necesitar, pues dieciséis meses más tarde recibió otra sorpresa, o más bien un auténtico mazazo. "Esta Obra a la que se me ha pedido dar la vida será sólo para hombres: nunca habrá mujeres, ni de broma, en el Opus Dei". Así había escrito a principios del mes de febrero de 1930 a uno de los pocos amigos a los que había abierto el corazón.

Y, sin embargo, pocos días después, el 14 de febrero de ese mismo 1930, mientras celebraba misa en el pequeño oratorio privado de la anciana marquesa de Oteiro, "vio de nuevo" el Opus Dei del mismo modo misterioso que aquel 2 de octubre, pero esta vez compuesto por hombres y mujeres.

Un problema más, y no de poca monta. Por lo que a él se refería, de buena gana lo habría evitado. Sobre todo, por la dificultad del "reclutamiento" entre las mujeres por parte de un sacerdote con sólo 28 años, en una España y en una Iglesia de los años treinta. Pero, también, por problemas organizativos: era preciso encontrar una fórmula institucional y un modo concreto para asegurar la unidad y al mismo

tiempo la separación que la prudencia, la conveniencia y las leyes canónicas exigían. Fórmula y modo que, una vez puestos en práctica, sintetizó así el Beato: "El Opus Dei consta de dos secciones diversas, totalmente separadas, como dos obras distintas, una masculina y otra femenina; sin interferencia alguna, ni de gobierno, ni de régimen económico, ni de apostolado, ni de hecho".

Y añadía un ejemplo, para que quedase más claro: "en la Obra, las dos secciones son como dos borricos que tiran del mismo carro, en la misma dirección". Usaba con frecuencia la imagen del borrico, ese burro paciente que hace girar la noria para sacar agua del pozo, como ejemplo para los suyos; del mismo modo que comparaba a sus hijas con los patos, que aprenden a nadar en cuanto se les echa al agua. Por esa razón, se encuentra con frecuencia figuras de burros y de patos en los Centros de hombres y de mujeres, respectivamente. Lo preciso porque, según ciertas investigaciones -como la del "The Economist", citada más arriba- esas imágenes serían "una señal oculta de reconocimiento", como ciertos signos geométricos, baldosas a cuadros, las dos columnas, la escuadra con el compás para los masones...

La sección masculina y la femenina no son, por tanto, dos fuerzas divergentes, sino dos energías que, actuando en paralelo, se suman. Están unidas en la persona del Prelado, que es el Padre tanto para los hombres como para las mujeres.

Como la inmensa mayoría de los miembros del Opus Dei están casados, está claro que para ellos la relación hombre-mujer es la propia de una familia profundamente cristiana. En cambio, los numerarios y los agregados se comprometen a vivir el celibato. Hay casi tantos hombres como mujeres, con un ligero predominio femenino, unas 38.500 mujeres frente a los 38.000 varones, según los datos de finales de 1993 (a estos datos hay que añadir los 1.500 sacerdotes, todos ellos -obviamente- hombres).

La severidad de las normas de la Institución para que exista colaboración sin interferencias -más aún, sin contacto alguno (salvo el regulado claramente)- ha suscitado las ironías de muchos, también en ambientes clericales.

Como en todo, caben distintas interpretaciones. Lo que para algunos puede ser "beatería superada", otros pueden entenderlo como "prudencia" y "realismo", necesarios para no hacer más difícil de lo que ya es hoy día (al menos, desde el punto de vista humano) vivir la castidad.

Además, hay que considerar el alto concepto que el beato tenía del matrimonio, que presentó siempre como "una verdadera vocación, un gran signo cristiano". Por tanto, la "protección" de la otra vocación que es el celibato no parece que pueda ser clasificada superficialmente como debida a la "típica sexofobia católica", ni mucho menos como misoginia, como querrían ciertos críticos.

Volveremos a este asunto. Ahora interesa regresar a ese "descubrimiento" durante

la misa en casa de la anciana marquesa, a esa visión de "la otra mitad del Cielo", que hizo más gravosa la carga del joven cura.

Tanto es así que un día llegó a exclamar, como haciendo balance: "la fundación del Opus Dei tuvo lugar sin mí". No pensaba en la Obra, no había hecho plan o proyecto alguno, ni tampoco pretendía solucionar necesidad alguna de la Iglesia española o universal cuando -inesperadamente- "vio", aquel 2 de octubre de 1928, lo que estaba llamado a dar vida. Pero añadía: "La sección femenina nació contra mi opinión personal". Aquel 14 de febrero de 1930, más como una imposición que como una proposición, fue "obligado" a aceptar esa parte, pues originalmente no pensaba, "ni de broma", en incluir a mujeres en el proyecto que Dios le había puesto delante.

En cualquier caso, después del 2 de octubre de 1928 y más aún a partir de febrero de 1930, la vida de Josemaría Escrivá de Balaguer no es sino la historia de un jardinero al que se ha entregado una semilla y dedica todos sus cuidados, todo su tiempo, todas sus energías -toda su vida, en suma- para hacer crecer la planta. El 2 de octubre es el día en que la liturgia celebra la fiesta en honor de los Santos Angeles custodios: por eso, estos traits d'union entre el Cielo y la tierra que, por la fe, son las criaturas angélicas, abundantes en el Antiguo y en el Nuevo, tienen un puesto importante en la espiritualidad del Opus Dei.

A la vista de cómo sucedieron las cosas (al menos, tal y como se cuenta y se cree en la Obra), también los ajenos podemos entender mejor el porqué de esa "presencia" de Escrivá entre los suyos, esa insistencia en citar sus palabras, ese llamarlo "nuestro Padre", que señalaba al principio y que, para quien está al margen, suena como retórica y manifestación del culto a la personalidad.

El hecho es que ese sacerdote y esta institución no son en modo alguno separables: Escrivá es el Opus Dei. Ciertamente, no en el sentido de que sea "suyo" (en pocas instituciones que han surgido en la Iglesia esta expresión resulta más impropia, tanto que en este caso parece incluso inadecuado hablar de un "fundador"). Escrivá es el Opus Dei en el sentido de que, volviendo a la imagen de antes, el jardinero y la simiente que se le ha confiado forman una sola cosa.

Por esa razón, la vida de ese sacerdote, a diferencia de la existencia terrena de tantos colegas suyos en la santidad, es a primera vista poco apasionante: sin grandes acontecimientos visibles desde fuera, "monótona" en el sentido etimológico del término: con un solo "tono", porque aspiraba a un único fin. Es la historia (en gran parte interior, y por tanto inaccesible) del esfuerzo, sin reservarse nada, de un hombre que pretende transformarse en un instrumento cada vez más dúctil, dócil, diligente, para hacer visible en la historia un proyecto concebido desde la eternidad y puesto sobre sus hombros. Este proyecto, en efecto, cayó sobre él como una cruz, ante la cual instintivamente (como prueba de su "normalidad") se retrajo. Pero practicó a continuación, y con fruto, lo que más tarde aconsejó a los suyos: "¿No es cierto que, en cuanto dejas de tener miedo a la cruz, a lo que la gente llama "cruz", cuando pones tu voluntad en aceptar la

voluntad divina, eres feliz, y desaparecen todas las preocupaciones, todos los sufrimientos físicos y morales?".

Precisamente, a causa de lo que se acaba de decir, no voy ni siquiera a esbozar las líneas maestras de una biografía, que coincidiría con la historia de la primera fase -la que va desde la semilla hasta el árbol joven- de una Obra que la colma y explica por entero. Intentar informar de modo sintético y objetivo sobre el Opus Dei -sobre su espíritu, sobre su organización- es el mejor modo de informar sobre Escrivá. El cual, por otra parte, tuvo como programa y como ideal: "ocultarme y desaparecer es lo mío, que sólo Jesús se luzca".

Por consiguiente, incluyo al final del libro un apéndice con un sumario cronológico: en él podrán seguir, si tienen interés, cómo avanzó y fue tomando forma, año tras año, paso a paso, la misión que Escrivá estaba convencido de haber recibido. Nosotros seguiremos reflexionando sobre la realización de esa misión en las páginas siguientes, sin las limitaciones de una biografía.

Veamos tan sólo qué sucedió cuando el sacerdote de 26 años "vio". Esto es importante, porque en esos primeros momentos se encierra el sentido y el estilo propio de todo lo que vendrá después.

Escuchemos de nuevo al ya citado Berglar: "después de la experiencia enigmática de 1928, y tras la de 1930, externamente, en los primeros tiempos no cambió absolutamente nada. Monseñor Josemaría Escrivá no actuó como suelen hacerlo los "fundadores" de iniciativas humanas de cualquier tipo. Estos suelen hacer declaraciones y presentar programas, explicando los motivos, los fines, los medios y las actividades previstas; luego, hacen propaganda, publican anuncios y se preocupan de su presencia pública... El nacimiento y el desarrollo del Opus Dei no tuvo lugar de esa manera. Su fundador no emitió un "escrito programático" en el que expusiera, por ejemplo, la situación del cristianismo en general, el de la Iglesia católica en particular y las medidas que se deberían tomar para promover una entrega total de los laicos...".

Continúa el historiador alemán: "Tampoco fundó en seguida una "Asociación" que paraticara esos "principios" ni redactó unos estatutos que le permitieran empezar a captar miembros. Aunque siempre ha habido y siempre habrá fundadores y fundaciones de este tipo (porque es algo perfectamente legítimo), el fundador del Opus Dei no actuó así. La Obra nació y empezó a crecer como todo lo que tiene vida propia, como todo lo que no se ha edificado artificialmente ni se ha construido con arreglo a un plan: es decir, como una planta que crece en silencio, con calma...".

Esta ausencia de esquemas ideológicos, de proyectos sobre el papel; esta primacía de la vida sobre la teoría; esta conciencia de que, más que inventar o crear, era preciso ayudar a que la semilla creciera, día tras día, uniendo el amor a la experiencia: todo esto, por lo que he visto, me parece una característica fundamental en el Opus Dei. Más aún, quizá sea uno de los secretos de su éxito

en un mundo -y hoy también, por desgracia, en una Iglesia- que se afana en difundir "documentos", en convocar "reuniones de expertos", organizar "debates", "simposios", "congresos", "sínodos", en encargar "encuestas sociológicas".

He aquí otro motivo que alienta las sospechas de que los miembros del Opus Dei se esconden, proceden ocultamente, maniobran tras el escenario. Se desconfía de ese crecimiento "fisiológico", que se va ampliando poco a poco, como una mancha de aceite, con el ritmo progresivo y lento de la vida normal y corriente, hombre a hombre, de igual a igual, sin debates, manuales, mítines, proclamas, ideologías. Es lo que el beato llamaba "apostolado de amistad y confianza": un apostolado que no se ve, que no hace ruido, que no sale del ambiente personal en que nos movemos a diario, y que por esa misma razón puede alarmar a quien lo descubra, induciéndole a sospechar quién sabe qué secretos.

A diferencia, por ejemplo, de los testigos de Jehová, ningún miembro del Opus Dei (aunque le mueva también el celo apostólico), irá a llamar al timbre de casas desconocidas para ofrecer material de propaganda y para convencer a gente que ve por primera vez, con los argumentos estándar aprendidos en las "escuelas de ministerio teocrático", según los métodos del advertising americano. La formación doctrinal que ofrece la Prelatura no se dirige a una "promoción" religiosa de ese tipo. Tiende, sobre todo, al testimonio de la vida real; y después a la "amistad" y a la "confianza" que nacen en el ámbito de las relaciones personales. El apostolado que realizan es, en gran parte, "invisible"; y resulta comprensible que quien no conozca su sentido, pueda confundirlo con una estrategia de ocultamiento.

Por otra parte, el mismo beato definía la Obra como "una organización desorganizada". Describía así el carácter de una institución donde existe la necesaria organización, como he comprobado personalmente: en los ambientes donde trabajan hombres y mujeres de la Obra, se lo aseguro, las cosas funcionan de modo impecable, con rasgos de seriedad y de solidez extremas. Pero esta organización deja todo el espacio posible a la imprevisibilidad, a la complejidad, a la riqueza de la vida que sólo la deformación intelectualista intenta someter a esquemas, programas, jaulas ideológicas, acabando por ahogarla.

En una biografía de Escrivá encontré una frase que quizá dice más de lo que pretendía expresar el autor. "También al cabo de decenios, su memoria no fallaba, y le permitía recordar los detalles más nimios, especialmente los que se referían a las personas, a sus familias y a los acontecimientos domésticos".

He puesto las últimas palabras de la cita en cursiva por un motivo preciso. Probablemente, el rasgo más inquietante y siniestro de los ideólogos y de sus productos intelectuales que caracterizan -y que con tanta frecuencia han devastado y devastan- los últimos dos siglos, es la obsesión por los planes "generales", que va pareja con el olvido de las dimensiones "personales". Es la atención espasmódica por las "ideas", unida al desprecio por los "individuos".

El ideólogo recuerda rostros, sí; pero sólo los de sus adversarios y los de sus aliados ideológicos; recuerda nombres, pero sólo los que puede citar como apoyo para su "lucha". Lo que es seguro es que no sabrá recordar -ni le

preocupa- los detalles más nimios, especialmente los que se referían a las personas, a sus familias y a los acontecimientos domésticos.

El hecho de que éste fuera un rasgo de la personalidad del fundador del Opus Dei, que intentó inculcar a los suyos, me parece una buena señal: donde hay generalismos, fanatismo, deshumanización, donde existen "intelectuales" e "ideólogos", nadie se ocupa de las "familias", de los "asuntos domésticos". En una palabra, de las personas.

Probablemente, una institución donde se recuerda el cumpleaños de un nieto y donde se aprecia un interés sincero por la salud de una tía enferma, sea menos temible de lo que se cree.

Lo raro de no ser raros

El modo en que nació la obra (al menos, según se cuenta) exige algunas consideraciones, para intentar conocer no sólo el origen sino también la naturaleza de esta institución, su presente y su posible futuro.

En primer lugar, y por decirlo con la crudeza propia de laicos (que tienen fe, pero que están también convencidos de que la razón es un don divino que no hay que dejar de lado): dejando obviamente al Misterio el lugar que le corresponde, ¿hay motivos humanos para dar crédito a esa narración que atribuye el nacimiento de la institución nada menos que a una explícita iluminación celestial? ¿Se le puede conceder cierto margen de confianza para no descartar a priori los escritos internos, que definen a la Obra como "el resultado de una intervención divina en la historia"?

La Iglesia ha reconocido oficialmente ese origen, después de haber realizado pacientemente las comprobaciones exhaustivas que se requieren en estos casos (recordemos las decenas de miles de páginas de las actas de los sucesivos procesos canónicos sobre el Beato). Este tipo de reconocimiento no es en absoluto irrelevante, como bien saben los activistas antisectas y los oponentes de diverso signo, que dirigen precisamente sobre este punto sus mejores invectivas contra la institución.

En efecto, si la Iglesia se equivocase -confundiendo por ejemplo un alucinado con un místico; o peor aún, un embaucador con un testigo del evangelio-, se crearían tantos problemas que la teología, también la posconciliar, prefiere prevenir y cortar por lo sano. No, no puede equivocarse. En este punto está en juego algo crucial: nada menos que proponer a todos los fieles un "modelo" ejemplar. Por eso, la fe habla de una "especial asistencia del Espíritu Santo", que evita que se puedan cometer errores de ese calibre.

En consecuencia, una vez conocida la decisión papal, quienes rechazaron la beatificación de Escrivá de Balaguer -desde dentro de la Iglesia, se entiende-, deberían haberse callado y, si realmente tenían interés en seguir siendo "católicos", aceptarla.

Uso el condicional, porque no hay que dar por supuesto que ciertos disidentes, aunque sean "gente de Iglesia", conozcan la teología católica. Si la conocen -añaden algunos maliciosos- es sólo para protestar contra ella, sosteniendo que no es "católica", sino únicamente expresión de un arcaico grupo vaticano de poder: la ideología del Sistema, del "papa polaco".

Semejante religiosurn obsequium tiene sentido sólo dentro de una dimensión de fe. Pero, ¿fuera de ella?

Mantengámonos ahora sólo en el plano de los hechos. Un plano que no debe a priori excluir nada, ni siquiera la posibilidad escandalosa de intervenciones por decirlo de algún modo "extraterrestres", en los asuntos del mundo (aunque se trate, como sucede en este caso, de sucesos poco llamativos, que ocurren en la intimidad de la conciencia). En este punto, justo al contrario de lo que se suele suponer, el creyente es mucho más "abierto" que quien no cree: este último, en efecto, está obligado a excluir, por principio, un montón de cosas que no encajan en el esquema teórico y lleno de prejuicios que se ha construido y que ha aceptado de una vez para siempre.

Siguiendo por tanto en el plano objetivo, fáctico, es preciso reconocer que hay suficientes motivos para confiar. En primer lugar, el carácter, la personalidad del testigo que estamos examinando: Josemaría Escrivá. Durante más de medio siglo dio abundantes pruebas de sentido de lo concreto, de realismo, de espíritu emprendedor y de una voluntad de hierro, unido todo esto a un fortísimo celo religioso. Otros muchos santos -como don Bosco, y en general, casi todos los "fundadores", entre los que no se puede dejar de citar al otro ibérico, San Ignacio- comparten estos rasgos de Escrivá, que fue un místico, pero con los pies bien plantados en la tierra; un contemplativo, y al mismo tiempo un organizador. Un hombre espiritual, pero doctor en derecho. Un aragonés, procedente de una familia de comerciantes, empresarios, artesanos, más bien acomodados.

Nada en común, ni siquiera por formación familiar, con los alucinados. Su religiosidad (la suya personal y la que inculcó en la Obra) desconfió siempre de esos devocionalismos estáticos que acuden a visiones, hechos sobrenaturales, profecías sobre el futuro y ostentación de prodigios.

Decía don Josemaría que nunca había dudado, ni siquiera un instante, sobre la verdad del evangelio (su camino no fue el de una conversión, sino el de una profundización cada vez mayor, hasta el extremo, en las exigencias del catolicismo que recibió y aceptó desde niño), porque había recibido el don -son palabras suyas- "de una fe tan gorda que se podía cortar con un cuchillo".

Tuvo siempre una seguridad que no requería de pruebas, pues éstas sólo son necesarias para quien duda secretamente, y no para quien no vacila. Quizá precisamente por esto, fue siempre partidario -y recomendó a los suyos- una naturalidad muy "laica", que le llevó a difundir el cultivo de una "piedad sin beatería".

Escuchemos a un buen conocedor del Opus Dei, Rafael Gómez Pérez, profesor de antropología de la universidad de Madrid, ensayista conocido en los países hispanohablantes, y numerario: "El fundador del Opus Dei utilizaba con frecuencia una expresión para explicar la normal condición civil de los miembros de la Prelatura: "lo raro de no ser raros". La vida corriente, normal, de los miembros del Opus Dei no lleva a costumbres o a actitudes que, según el estereotipo corriente, entran en la manera de ser de las personas "muy religiosas". El estilo del Opus Dei no es nada aparatoso, nada "fundamentalista". En la casa de una persona casada, miembro del Opus Dei, no se encontrarán -si es él o ella quienes pueden decidir- imágenes religiosas por todas partes; a esa casa no irán tampoco con frecuencia sacerdotes, por lo menos no sacerdotes del Opus Dei; las prácticas de vida cristiana como, por ejemplo, el rezo del Rosario, no serán algo impuesto, sino libre". Ya lo aconsejó el mismo Jesús: "cuando recéis, no hagáis como los hipócritas, que aman rezar derechos en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para ser vistos por los hombres" (Mt 6, 5).

Estas líneas se refieren específicamente a los supernumerarios (y a los agregados, como veremos), que viven en sus casas.

Pero no es distinto el "ambiente emocional", como se dice ahora, de los Centros del Opus Dei donde viven los numerarios y las numerarias. Prosigue el mismo Gómez Pérez: "en los Centros del Opus Dei, el estilo, desde el principio, es el de una casa de familia. Como la vinculación al Opus Dei implica una voluntariedad renovada -quien no quiere seguir se va-, el ambiente emocional de un Centro es el de una familia bien avenida".

Por lo que yo he visto, en el Opus Dei -por poner un ejemplo no despreciable- no se da ninguna de esas obsesiones alimenticias, ni esos tabús dietéticos que son una de las señales inequívocas del sectario y del maniaco religioso. A pesar de declararse seguidores de ese Jesús que tuvo que padecer el rigorismo farisaico, con su tormento de establecer qué alimentos eran "puros" y cuáles "impuros"; ese Jesús que comió y bebió libremente, recordando que lo que contamina al hombre no viene de fuera sino de dentro; a pesar de seguir a semejante Maestro de libertad, las infinitas sectas e "iglesias" que se autodenominan cristianas se atormentan, y atormentan a sus seguidores con sus listas de comidas y bebidas "prohibidas" y "lícitas".

Unos admiten la carne y otros la maldicen; algunos precisan con más detalle qué carne sí y qué carne no; hay quien acepta el pescado y quien lo rechaza; algunos beben vino y otros lo excluyen; luego, están los que admiten el vino pero no las

demás bebidas alcohólicas... En una "iglesia" concreta (y no de las menos importantes por número de seguidores y por prestigio), se llegó hasta un cisma, al no ponerse de acuerdo sobre si el café, el té y el cacao debían ser consideradas "drogas", en sentido bíblico, y por tanto deberían figurar en el elenco de alimentos proscritos para un cristiano...

Y no hablemos de la aversión, rayana hoy en el histerismo, a una planta que incluso fue sagrada en muchas culturas, y que Jesús -que no pudo llegar a conocerla: faltaban quince siglos para el descubrimiento de América- no pudo ni aceptar ni rechazar: el tabaco.

En el Opus Dei, al menos por lo que se refiere a la variedad de alimentos y bebidas, se come y se bebe lo que a uno le da la gana, con la salvedad de las prescripciones aún vigentes de la Iglesia, y el cuidado (confiado a la responsabilidad personal) de la salud, además de la preocupación por conservar la libertad frente a cualquier exceso, gula incluida, que es un precepto válido para todo creyente llamado a seguir la "virtud cardinal" de la templanza.

También en este punto -es preciso reconocerlo-, se busca obedecer al precepto evangélico: "Cuando ayunéis, no os finjáis tristes como los hipócritas, que desfiguran su rostro para que la gente vea que ayunan (...) Tú, en cambio, cuando ayunes perfuma tu cabeza y lava tu cara, para que los hombres no adviertan que ayunas, sino tu Padre que está en lo oculto" (Mt 6, 16 y ss.).

Más aún: en el Opus Dei (escándalo máximo para los exaltados "religiosos" y también para tantos bienpensantes "laicos"), fuma quien quiere. En las mesas de los Centros se pueden encontrar esos ceniceros que el pequeño burgués "políticamente correcto" ha expulsado de su casa con horror fanático, desfogando la eterna necesidad de intolerancia no ya con los negros, los judíos, las mujeres o los homosexuales (muy a su pesar, la mentalidad dominante le prohíbe hacerlo), sino contra esa única minoría indefensa que queda en el mercado del desprecio, el grupo superviviente de los zafios y malvados fumadores. El cigarrillo es visto como el enésimo sustituto del diablo, padre de todos los males (no hay enfermedad que no se le atribuya: desde la rodilla de lavandera a la pelagra); y se mira a su consumidor como a un poseso del Maligno, envenenador no sólo de sí mismo sino también de niños inocentes, vírgenes pudibundas, ancianos venerables...

Pues bien, para escándalo de los actuales moralistas intolerantes, hay en la vida del beato Escrivá un episodio en apariencia menor pero que me parece altamente significativo.

Lean con atención este suceso: el 25 de junio de 1944, el obispo de Madrid ordena a los tres primeros sacerdotes del Opus Dei. Los tres son ingenieros (y el fundador, como sabemos, es un arquitecto frustrado: conviene tener presente esta señal de espíritu concreto, poco dado a los "misticismos"). Estos nuevos sacerdotes podrán aliviar, por fin, el peso que recaía en exclusiva sobre los

hombros de don Josemaría: la atención espiritual de los miembros. La misma tarde de la ordenación, el fundador pregunta si alguno de los recién ordenados fuma. No, ninguno fuma.

Entonces, aquel hombre benemérito dio una singular indicación. Esta fue su determinación liberadora: si ninguno de los tres fuma, uno al menos deberá comenzar a hacerlo. Que el Dios de Jesucristo -enemigo de puritanos y de su fariseísmo, que se convierte en "virtud" narcisista y persecutoria- le recompense también por este rasgo encantador, que lo aparta radicalmente de la triste mentalidad de los sectarios, del fanatismo "sanitario" de los gnósticos de siempre, del conformismo de los bienpensantes, de la hipocresía de la subcultura dominante. Hay quizá una parte de verdad en el antiguo refrán según el cual qui vitia odit, homines odit, quien odia los vicios odia a los hombres.

En efecto, Escrivá quiere gente "normal", gente dispuesta a cualquier sacrificio y a todas las renunciaciones, pero en privado ("buscad mortificaciones que no mortifiquen a los

demás", es una de sus enseñanzas), gente que conserve externamente la misma apariencia que sus semejantes. En la España y en todo el Occidente de aquellos años cuarenta, "normalidad" quiere decir que al menos la mitad de la población adulta es fumadora (como se dividían antes, fi fifty, los vagones de tren, espejo de la sociedad). Este hábito debía estar presente también entre los suyos, incluidos los sacerdotes.

El puro, la pipa, el cigarrillo -al menos de vez en cuando- servirán para mostrar que la vida en el Opus Dei no es rara, no es extravagante: es sencillez, normalidad, aun dentro de la radicalidad del compromiso cristiano. Quien asumió el encargo de "aprender" a fumar fue el ingeniero -desde pocas horas antes, "don"- Alvaro Del Portillo: mira por dónde, precisamente el que treinta y un años después sucedería a Escrivá. Y es curioso observar que el hábito adquirido por obediencia -tenía entonces treinta años- no debió disgustarle, ya que (como me dijo alguien que lo ha tratado y lo conoce bien), no hace mucho que el obispo-prelado del Opus Dei decidió dejar de fumar. Es decir, tras muchos años de filial obediencia a la invitación del fundador; para ayudar, también de ese modo, a entender qué es la vida "normal" de quien tiene vocación en esta Obra.

Decía que esta anécdota no me parece en modo alguno insignificante, sino una confirmación de que en la Obra no se da ese clima de fanatismo que favorece, entre otras cosas, fenómenos de credulidad "mística". "Visiones" y "mensajes divinos personales" incluidos.

Este clima en los hombres y mujeres de la Obra, perceptible incluso para un observador ajeno, es el fruto directo del árbol-Escrivá, que prevenía frente a los prodigios. El mismo era el primero en poner en práctica esa indicación de no confiar demasiado, y mucho menos desear, en quién sabe qué milagros, porque el más grande de todos es la vida misma, ese trabajo corriente que el cristiano está

llamado a santificar y que santifica precisamente con la tranquila y confortante normalidad de su vida diaria (Forja, número 60: "Siente cada día la obligación de ser santo. ¡Santo!, que no es hacer cosas raras: es luchar en la vida interior y en el cumplimiento heroico, acabado, del deber").

Es significativo que el Opus Dei, durante la causa de beatificación de su fundador, parece no haber seguido el método tradicional en este tipo de procesos, es decir, la búsqueda a cualquier precio de milagros, prodigios, hechos inexplicables, dones divinos, que el candidato a los altares hubiera protagonizado y recibido en vida. (Otra cosa distinta es el don de intercesión ante Dios, pero post mortem, como se comprueba en los ochenta mil "casos" de gracias, favores, intervenciones de distinto tipo señalados antes, y los otros miles después de la beatificación).

Al examinar las actas del proceso pude comprobar que la investigación se propuso dilucidar no los hechos extraordinarios (siempre presentes, por otra parte, en el fondo de toda perspectiva religiosa), sino la práctica de las virtudes cristianas y humanas, tanto más heroicas por ser cotidianas, ajenas a la ostentación y al espectáculo. Parece como si se quisiera confirmar así que también el fundador fue "normal" (como quería que fuese todo el Opus Dei), aun en la radicalidad de su compromiso evangélico.

Da la impresión, por tanto, de que no se puede desconfiar a priori de la pretensión del Opus Dei, que asegura que el origen de la institución se sitúa en un hecho misterioso. En efecto, este "hecho" inicial está como aislado, y no es el comienzo de una tradición de "prodigios" o, al menos, de cosas extraordinarias. Si hay algo fuera de lo común en la Obra -enemiga jurada de toda ostentación, tanto colectiva como individual: "Gloria Operis Dei summa est sine humana gloria vivere" (la gloria del Opus Dei es vivir sin gloria humana), afirman solemnemente los estatutos oficiales-, debe permanecer escondido, in interiore hominis, en la intimidad de una casa, de una familia, entre las cuatro paredes de un lugar de trabajo.

La fama de secretismo procede, entre otras cosas, de este deseo de evitar cualquier cosa que llame la atención. Por eso, no cuadraría en absoluto que, sin fundamento, proclamaran un "milagro" y ostentaran dones "proféticos".

A esto hay que añadir el retraimiento de Escrivá para hablar de aquel dos de octubre, de aquel 14 de febrero (las mujeres...): sólo en poquísimas ocasiones, a petición de sus hijos, habló de ello, y limitándose a decir que "vio", pero sin entrar en detalles. Más aún, en todas esas ocasiones no dejó nunca de recordar que aquella misión que se abría ante él era, juzgando a lo humano, más una carga que debía aceptar obedientemente, que el premio soñado que coronaba una búsqueda mística personal.

No parece que haya apoyado nunca su autoridad como "fundador" sobre aquel hecho carismático; ni que haya recurrido a él para acrecentar su prestigio, atraer discípulos o afrontar los muchos obstáculos que levantaron en su camino, incluso dentro de la Iglesia. Al contrario: cuando se sintió obligado a hacer referencia a

ese suceso -siempre y sólo entre los suyos, y a petición de estos- pedía que se le permitiera pasar por alto algunos pormenores, que no le pidieran demasiado. Hablaba de aquello, en definitiva, como de un "suceso" objetivo que él mismo, con sorpresa, se había visto obligado a aceptar; no como de un privilegio que Dios le hubiera concedido, sobre el que pudiera "elucubrar", aunque fuera de modo espiritual.

Estaba profundamente convencido de que el comienzo de aquella aventura había sido extraordinario; pero, una vez puesto en marcha, pensaba que su deber consistía en llamar la atención sobre lo ordinario, ayudando a la gente a descubrir las escondidas potencialidades de la vida "normal".

Confirma Peter Berglar: "Era extremadamente parco cuando hablaba de las gracias místicas o carismáticas que el Señor le concedía, y que no se agotaron en aquel día de octubre. El que actuara así no sólo era algo completamente natural en él, sino también un síntoma seguro de ser fidedigno. Cualquier comunicación expresa de un encuentro con Dios que haya tenido carácter místico y extraordinario suscita dudas sobre su autenticidad".

En resumen: me parece que hay bastantes elementos para atreverse a señalar que "no es así como se inventa". Hay que excluir la posibilidad de un fraude, por los motivos expuestos (que me parecen evidentes para quien no se empeñe en ser sectario). Los decenios transcurridos desde 1928 están ahí para testimoniarlo: ¿se puede engañar durante medio siglo?, ¿y con qué fin? En efecto, no es así como se comportan los alucinados. El Opus Dei -representado por el presunto "visionario": enérgico, pragmático, realista, paciente, tanto como para darle como símbolo un burro atado a la noria- no es el tipo de institución que tiene su origen en fenómenos alucinantes o en ilusiones místicas.

Ya advertí al comienzo de estas páginas que no soy proclive a las hipócritas abstenciones de juicio. Si mi opinión les interesa, no tengo dificultad en darla. Para el escriba que se enorgullece de presentarles este informe, aquella mañana, en la madrileña calle de García de Paredes (y después, pocos meses más tarde, aquella otra mañana en la calle Alcalá Galiano, en la capilla de la marquesa de Oteiro), la historia de la Iglesia sufrió un viraje imprevisto e imprevisible. Y con ella, el mundo. "Algo" sucedió entonces, y no por iniciativa humana.

Esta es mi opinión. Pero eso no importa mucho. Lo que sí importa es que así piensa una multitud de personas que va creciendo, año tras año, siguiendo al curita joven que -cuando recibió el encargo, con sólo 26 años, de eso que ni esperaba ni deseaba- no tenía más que "gracia de Dios y buen humor".

Para lectores con experiencia, no hace falta explicar con mucho detalle qué puede significar para esa masa de hombres y mujeres la persuasión de participar en un proyecto que Dios mismo ha querido, cuyos confines son el mundo entero y su término el fin mismo de la historia.

Probablemente, el grito de los cruzados era ilusorio: Deus vult! La historia trágica que siguió y que -después de un par de siglos de sangre y fatigas, de heroísmos y de miserias, de sacrificios y de codicia- acabó en fracaso, pareció demostrar (por lo que está a la vista de los ojos humanos) que, en realidad, Deus non volebat. Aquí, en cambio, todo parece mostrar -al menos para quien lo contempla desde una perspectiva de fe- que esta vez no se trata de una ilusión: que el Dios cristiano, hacia el final del Segundo Milenio, habría querido una "obra" que fuese "suya", llamando a hijas e hijos en todas partes del mundo para que participaran en ella.

Importan poco, entonces, el escepticismo, las perplejidades, las ironías, los reparos y las negaciones de los de "fuera". Lo que importa es la certeza de los de "dentro": esa es la fuente de energía que alimenta, con un impulso extraordinario, los motores de este panzer (usando de nuevo la afectuosa y admirada metáfora de don Giussani).

En cualquier caso, puedo garantizarles que, al menos por lo que he intuido y visto, ningún "fanatismo" al estilo de los cruzados puede achacarse a la Obra. Ninguno de sus miembros piensa en grabar a fuego en bandas ni estandartes una reedición de cualquier Gott mits uns de infausta memoria. Entre otras cosas, porque no existen: precisamente para evitar triunfalismos e orgullos colectivos, el Opus Dei no tiene un escudo oficial, ni tampoco un nombre para designar al conjunto de sus miembros: "opusdeístas" es una palabra inventada por "extraños", que no gusta a los de dentro.

No hay, pues, ni rastro de fanatismo. Al menos, por lo que un observador ajeno a la Obra puede ver: confieso que mi celo investigador no ha llegado hasta el punto de introducir grabadoras escondidas en las habitaciones "secretas", ni a practicar el espionaje a través de las cerraduras.

En el Opus Dei, hay rasgos que lo distinguen de actitudes propias de las sectas, como el rechazo de los tabús alimenticios y de las obsesiones maniacas contra presuntas "drogas" como alcohol, café, tabaco, cacao. Entre estos rasgos, destaca la ausencia de exaltación. La mentalidad sectaria, en efecto, siempre emplea como carburante la excitación acrítica en su defensa de la "causa" y en la afirmación del grupo. (A este propósito, es significativa una anotación de Surco, número 870: "Con la polémica agresiva, que humilla, raramente se resuelve una cuestión. Y, desde luego, nunca se alcanza esclarecimiento cuando, entre los que disputan, hay un fanático").

En mi viaje por el interior del Opus Dei no encontré fanáticos (si los hay, me los deben haber ocultado cuidadosamente). Por el contrario, he visto cristianos que, a diferencia de cierta intelligenza clerical de ahora, no consideran como una enfermedad el razonado entusiasmo por el descubrimiento de los horizontes de la fe. Son personas decididas a intentar vivir esa fe; y a proponer a otros, comenzando por los más próximos, la alegría que han experimentado. Y sobre esto no tienen intención de claudicar. Escuchen el número 131 de Forja: "Sería

una falsa caridad, diabólica, mentirosa caridad, ceder en cuestiones de fe (...) No es fanatismo, sino sencillamente vivir la fe: no entraña desamor para nadie. Cedemos en todo lo accidental, pero en la fe no cabe ceder..."

En definitiva, me he encontrado con cristianos convencidos de que haber sido llamados por la gracia de Dios (pues para entrar se requiere una "vocación") a formar parte de una aventura nacida no de un proyecto humano sino de una voluntad divina, es un gran privilegio al que hay que corresponder con el máximo empeño, día tras día.

Esta energía poderosa no es ajena, sino que está esencialmente unida a la certeza de que el 2 de octubre de 1928 Dios dio uno de sus imprevisibles golpes de gong, haciendo "ver" a un joven en un lugar remoto e insignificante lo que deseaba que se llevara a cabo.

Esta es la certeza que anima a la Obra, esta es la certeza que ninguna dialéctica humana puede deformar (sin ser irracional en sí misma, porque va más allá de cualquier razón, y se apoya sobre la roca de la fe). Y esta certeza ha sido confirmada por el mismo Cristo con la mano de su vicario en la tierra que, para los católicos, es el Papa. Esta es, a mi juicio, una de las razones que justifican mi previsión: habrá no poco Opus Dei en el futuro de la Iglesia.

No sólo por la granítica motivación "sobrenatural" que impulsa a sus miembros, desde el Prelado al más anónimo de los supernumerarios; sino también porque lo que el joven español "vio" es de tal categoría que puede asegurarse -desde una perspectiva no sólo cristiana sino probablemente también humana- un desarrollo ilimitado: el "mar sin orillas" del que hablan "dentro".

Pero, ¿qué es lo que vio aquel joven en la fiesta de los Santos Angeles custodios de 1928?

Ha llegado el momento de pasar de los "modos" (y la posibilidad) de aquel suceso a informar sobre los contenidos.

Una realidad religiosa

Como ya hicimos para describir el nacimiento del Opus Dei, acudamos también a la calibrada fórmula oficial de la Postulación de la causa de beatificación para conocer el contenido de lo que el elegido vio (ver, lo repetimos, fue el verbo que empleó siempre para describir ese suceso): "Dios le pedía dedicar toda su vida a servir a la Iglesia a través de la promoción de esa realidad sobrenatural que más adelante se llamaría Opus Dei. El fin para el que Dios suscitó una realidad sobrenatural semejante es que personas de todas las categorías sociales - comenzando por los intelectuales, para llegar después a todos- con una llamada específica de Dios, y conscientes de la grandeza de la vocación cristiana, se esfuercen por buscar la santidad y ejercitar el apostolado entre los colegas y amigos, cada uno en su propio ambiente, profesión y trabajo, en medio del mundo,

sin cambiar de estado".

Conviene prestar atención a todas y cada una de las palabras de este párrafo, y en particular a estas: "El fin para el que Dios suscitó una realidad sobrenatural semejante...".

Sólo cuando se parte de una profunda consideración sobre el alcance que tiene una afirmación de este tipo, se puede comprender qué es el Opus Dei, así como cualquier otra manifestación del catolicismo, de cualquier tiempo y lugar, comenzando por la misma Iglesia.

En efecto, parece que desde hace algunas décadas muchos "inteligentes" han olvidado algo tan elemental que parece de perogrullo: que la experiencia religiosa debe juzgarse según categorías religiosas.

Para juzgar las consecuencias sociales del Opus Dei, no es imprescindible tener fe. Pero si se pretende entender la esencia de esta institución, hay que esforzarse al menos por imaginar en qué puede consistir una experiencia espiritual, de fe.

Entendámonos: no pretendo, en modo alguno, salir en defensa de todos y de todo. No pocas de las desconfianzas, e incluso de las hostilidades, que rodean a tantas instituciones religiosas tienen su justificación. Para combatir y vencer la dureza del pecado y las limitaciones que acompañan la vida de cualquier hombre, ciertamente no basta con ser un "hombre de Iglesia".

Y, sin embargo, me parece que hay que admitir también que muchas otras desconfianzas y hostilidades (que pesan en particular, bien lo sabemos, sobre esta Obra) tienen su origen en el empleo de instrumentos interpretativos inadecuados. Más aún, completamente equivocados. Es como si quisiéramos hacer un café con una plancha, arreglar un ordenador con una garlopa, o construir un mueble con una azada.

Si lo consideran por un instante, se percatarán de que una realidad religiosa -más aún, que no quiere ser más que radical y esencialmente religiosa- como el Opus Dei acaba siempre, o casi, por ser analizada (y luego juzgada) según categorías políticas, económicas, sociológicas. Categorías importantes, ¿quién va a negarlo?, pero adecuadas sólo para explicar los fenómenos de la política, de la economía, de la sociedad, y los motivos que mueven a los hombres y mujeres que trabajan en ese ámbito.

Una realidad como la Obra de Escrivá tiene ciertamente una relevancia "política", al menos en el sentido etimológico de influencia en la polis (la ciudad), y esa influencia será cada vez mayor, conforme crezca el número de sus miembros. En realidad, la tendrá no la Obra en sí misma (veremos más adelante, cuando examinemos su estructura, por qué resulta impropio involucrar a la institución como tal), sino las personas religiosamente formadas por ella. No olvidemos que esa forma singular, o incluso única, de "religión" que es el cristianismo, tiene en su

base la fe en la encarnación de Dios en la historia de los hombres. Por eso, nada de lo que es humano es ajeno al evangelio; ni, por consiguiente, es ajeno a quien pretenda vivirlo.

Las consecuencias sociopolíticas de la actividad del hombre de fe, por relevantes que sean, no son más que fall-out, consecuencias de la elección de fe. Esta es la causa invisible de los efectos visibles, y debe ser contemplada con las categorías adecuadas. O al menos, hay que tenerla en cuenta.

¿No fue el viejo Baruc Spinoza quien aconsejaba: "no hay que criticar o reírse de las acciones de los hombres, sino entenderlas"?

Lo que interesa entender aquí es en qué se fundan unos comportamientos que no nacen de motivaciones que son más que suficientes para explicar otro tipo de actividades.

En una sociedad anónima, los hombres se reúnen para conseguir fines económicos; en un partido, para alcanzar fines políticos; en una academia, en un club, en una asociación, en un equipo, para obtener fines culturales, recreativos, sociales, deportivos. Sus motivaciones son legítimas; más aún, con frecuencia beneméritas. Estas motivaciones dan razón del conjunto de la actividad, y explican y justifican esas reuniones de personas. Las categorías humanas (puramente humanas) bastan para juzgar tales manifestaciones humanas.

No ocurre lo mismo con una realidad religiosa -y muy en especial, una realidad cristiano-católica- como el Opus Dei.

Recordemos nuestro punto de partida: "El fin para el que Dios suscitó una realidad sobrenatural semejante...". Fijemos también nuestra atención en las demás palabras de la Postulación que preceden y siguen a la tentativa de delinear el contenido de la realidad "vista" por el joven don Josemaría: esas que definen al Opus Dei como "una específica llamada de Dios", precisamente a "buscar la santidad".

Sin embargo, aunque fuera con un alarde de desconfianza, podríamos llegar hasta el punto de sospechar del grupo dirigente de la Obra, de la "cúpula", de su establishment, e incluso de su mismo fundador. Podríamos hacerles sospechosos de un cinismo hipócrita y llamarles sepulcros blanqueados. Podríamos suponer que, ocultos bajo un manto de piedad, dan una cobertura religiosa a intereses humanos, metas terrenas, objetivos de poder y de riqueza.

Podríamos hacer todas estas suposiciones. Aunque, personalmente (y me atrevo a creer que cualquier persona con sentido común pensará igual que yo), no acabo de ver el atractivo que puede tener una búsqueda de dinero e influencia social, al tiempo que se vive durante medio siglo como lo hizo Josemaría Escrivá de Balaguer. Tampoco se comprende que puedan tener ese afán de riquezas personas que llevan la vida de los miembros de la nomenklatura opusdeísta que

he conocido, tanto laicos como sacerdotes.

Desde luego, yo no sería capaz de vivir así por motivos meramente "terrenos". Y estoy seguro de que comparten mi postura quienes conocen la realidad de primera mano, no como la pintan algunos medios de comunicación.

Esta forma de vida puede resultar satisfactoria, e incluso una de las más felices. Escribía el fundador en el punto 1.006 de Forja: "Veo con meridiana claridad la fórmula, el secreto de la felicidad terrena y eternal: no conformarse solamente con la Voluntad de Dios, sino adherirse, identificarse, querer -en una palabra-, con un acto positivo de nuestra voluntad, la Voluntad divina. Este es el secreto infalible - insisto- del gozo y de la paz".

Por los testimonios que he podido escuchar de los interesados, ese "secreto de la felicidad" parece que funciona de veras. Pero sólo en las condiciones señaladas por Escrivá. Y no son condiciones "humanas".

La conditio sine qua non es creer en una "voluntad de Dios"; no en una voluntad nuestra de pretender "alegría", "felicidad", "paz", según nuestros propios planes, sin perspectiva trascendente; planes que, más que proporcionarnos un paraíso en la tierra, nos hundirían en un purgatorio o incluso en un infierno cotidiano.

Pero abandonemos a su destino a ese grupo dirigente: allá ellos con su conciencia. Que se sospeche si se quiere de los "gnomos" del cuartel general de viale Bruno Buozzi, apiñados junto al Padre, que preside el Consejo general (masculino) y la Asesoría Central (femenino). Estos "gnomos", por otra parte, no son permanentes: a excepción del Prelado, no hay cargos vitalicios en el Opus Dei, ni existe la "carrera" interna; después de haber desempeñado un cargo de gobierno, se regresa a la profesión anterior, sin haber adquirido ventaja alguna, salvo la espiritual.

Pueden ponerse bajo sospecha también los que, en todos los continentes, gobiernan las "regiones", nombre con el que se designan las partes en que la Obra -"católica", es decir, universal, por vocación desde su nacimiento- divide el mundo.

Desconfiemos, como si no fueran más que personas sin escrúpulos, de ese grupo que maneja a los demás como marionetas, líderes de una especie de masonería de aspecto devoto, pero que en realidad pretende fines y operaciones muy poco "religiosas".

Pero, ¿y el resto? ¿Qué pensar de la inmensa mayoría de esos casi 80.000 hombres y mujeres? La mayoría de esta mayoría, entre otras cosas, no confirma para nada ese cliché consolidado.

Entre los documentos que proporciona la Prelatura (con la seguridad de que cualquier estudio directo de la realidad confirmará esos datos), hay estadísticas

sobre el nivel de educación, de renta, de status social de los miembros. Sorprendentemente, hay un gran predominio de standard mediobajo: en muchas zonas del mundo -en España y en Hispanoamérica, por ejemplo-, el Opus Dei es una realidad predominantemente popular, en la que hay también muchos obreros y campesinos.

Hay bastantes casos como el de aquel taxista sudamericano que se quedó asombrado cuando, después de haber pedido la admisión al Opus Dei, descubrió que había también profesionales, empresarios, intelectuales. Por lo que había visto hasta entonces, suponía que la Prelatura estaba reservada para los taxistas y para otros trabajadores modestos como él.

Sean cuales sean los niveles socioeconómicos de los miembros, el hecho es que su elección, su compromiso, su vida, es incomprensible para quien no tenga en cuenta que la experiencia religiosa -auténticamente religiosa- no sólo existe, sino que es una de las energías más poderosas, capaz de mover montañas. Una fuerza "gratuita" y "renovable", que ha cambiado, cambia y seguirá cambiando la historia. Probablemente, este es su verdadero motor secreto, por mucho que lo niegen quienes están convencidos de que son más perspicaces que los "ingenuos", y por mucho que se empeñen en ignorarlo los que piensan que nadie "se la cuela", y que ellos "no se la tragan".

La burda vulgata marxista creía comprenderlo todo (la historia se ha encargado de mostrar de modo tajante y definitivo que no entendía gran cosa), reduciendo el obrar humano a su dimensión económica. La vulgata psicoanalista también se cree en posesión de la clave del misterio del hombre, y todo lo atribuye a oscuros impulsos sexuales. Cualquier ideología moderna lo ve todo en términos políticos, de "derechas" e "izquierdas", "conservadores" y "progresistas" enfrentados por sus intereses.

Es una deformación que ha acabado por contagiar también amplios sectores del mundo católico. Pienso que esta es la razón de tanta hostilidad no sólo "laica" sino también clerical (que con frecuencia es más tenaz e insidiosa) hacia una realidad que pretende ser sólo religiosa, como es el caso que nos ocupa.

En una entrevista que hice a Augusto del Noce un par de años antes de que falleciera, este agudo filósofo creyente me dijo: "Para el pensamiento católico de siempre, el esquema interpretativo tanto de la historia como de la actualidad era el de fe-increencia; religión-irreligión; devoción-impiedad; sacro profano; alto-bajo. Con la aceptación de las categorías de cierta modernidad, tantos hombres de la Iglesia adoptaron el nuevo esquema: progresista-conservador; derechaizquierda; reacción-revolución. De este modo, la interpretación religiosa de la historia ha sido sustituida por una interpretación política. Y las categorías tradicionales verdadero-falso y mal-bien, han desaparecido en favor de progresista (he aquí el nuevo santo: no se puede ser evangélico de veras si no se es "de izquierdas") y reaccionario (el pecador por excelencia: "de derechas" y por consiguiente "anticristiano", discípulo del Mal radical)".

El profesor Del Noce, marginado -por no decir perseguido- durante toda su vida por no pocos Church-intellectuals a causa de estos diagnósticos, prosiguió amargamente: "En la nueva lista de valores de ciertos clericales, el verdadero antagonista al que debe enfrentarse el cristiano no es el pagano, el blasfemo, el agnóstico. Es más, si se presentan como manifestaciones de "progresismo", son vistos como un noble "cristianismo anónimo", cuyas acusaciones han de ser escuchadas por los creyentes con actitud contrita, y atesorarlas como algo precioso. El enemigo verdadero es aquel que es etiquetado como "integrista", es decir, el católico que quiere tomarse la fe en serio, transformándola de sentimiento humanitario, de "valor común", en guía y punto de referencia para todas sus actividades".

Y concluía el filósofo: "Por esto, hay en la Iglesia tanta animadversión hacia los nuevos movimientos, que son vistos como "integristas" y por tanto dañinos, enemigos por excelencia de este neocristianismo que ha pasado de planteamientos religiosos a políticos, de categorías de fe a socioeconómicas".

Entre estos "movimientos", Augusto Del Noce colocaba en primer lugar al Opus Dei pues, aunque "técnicamente" no es un movimiento, pertenece al grupo de las nuevas realidades eclesiales.

Este análisis podría explicar el origen de tanta hostilidad, que nace probablemente de la indebida aplicación de categorías políticas a una realidad religiosa. (Ya vimos cómo la mención al franquismo y a los partidos de derechas fue suficiente para desprestigiar esta Obra católica a los ojos de los católicos compiladores del Dizionario storico del Cristianesimo).

Se trata de un error de perspectiva que proviene de fuera de la Iglesia, pero que ha penetrado ampliamente en ella. Evidentemente, no impide que la Obra sea aceptada (sería el colmo: el mismo Escrivá habló siempre de una "vocación" específica para pertenecer a la Obra), pero sí entorpece el esfuerzo por entender lo que realmente es el Opus Dei, en un plano anterior al de sus consecuencias sociales, políticas y económicas (ciertamente importantes, pero derivadas de lo anterior).

Esa realidad específicamente religiosa (al menos, en la conciencia de sus miembros: de ese modo la viven) va mucho más allá de esas etiquetas de "derecha" e "izquierda", de "progresista" y de "conservador", que son cada vez menos adecuadas incluso en el ámbito político.

Con mayor razón, esas etiquetas resultan inapropiadas cuando hablamos de temas de fe, y en concreto si pretendemos explicar los móviles de personas que "por específica llamada de Dios", se hacen "conscientes de la grandeza de la vocación cristiana" (palabras con las que la Prelatura solicitó a la Iglesia la elevación a los altares del fundador, para recibir así una nueva confirmación de la autenticidad cristiana de su carisma).

Sigue donde estás: "labora et ora"

Veamos qué hacen entonces estos hombres, estas mujeres -de cualquier nacionalidad, edad y condición social-, cuando descubren que la "llamada específica" a vivir en serio la "vocación cristiana" pasa a través de la adhesión al "método Opus Dei".

Para emprender el camino, lo único que necesitan estos hombres y mujeres es creer en la "visión" que tuvo el joven sacerdote español mientras realizaba sus ejercicios espirituales. En esa perspectiva de fe, emprender ese camino significa entrar a formar parte de un "proyecto" querido por Dios mismo. Para continuar adelante por ese camino cuentan, como veremos, con la ayuda eficaz de esa especie de "agencia de servicios espirituales" que es la Prelatura.

No recuerdo bien si fue Hugo von Hoffmannstahl, el poeta y dramaturgo austriaco, quien dijo: "el hombre de hoy parece capaz de entenderlo todo; todo, salvo lo que es demasiado sencillo".

Debo reconocer que yo mismo, "hombre de hoy", al comienzo de esta investigación no lo había entendido bien. Y cuando creí haberlo comprendido, me di cuenta de que probablemente, la razón de tantos equívocos estaba precisamente ahí: era -y es- demasiado sencillo.

Veamos si consigo que ustedes también lo entiendan, procediendo paso a paso y razonando en términos esquemáticos y elementales (lo cual servirá para confirmarme que he entendido bien).

El asunto es el siguiente: centenares de millones de personas (unos novecientos, según las estadísticas más actualizadas) han recibido el bautismo en la Iglesia Católica y forman parte objetivamente de ella. Es la comunidad religiosa más numerosa en absoluto: los católicos no sólo son casi el doble de todos los protestantes juntos, sino que superan también -aunque las proyecciones estadísticas parecen ir en su contra, a causa de su inflexión demográfica- a la suma de los musulmanes sunníes y chiles, y también a los indúes. Es al mismo tiempo la única comunidad presente prácticamente en todas las partes del mundo, aunque con distinta intensidad; al inicio de los años 90, parece que los únicos países sin católicos -salvo los transeúntes- eran Bahrain, Omán, las Islas Maldivas y Groenlandia.

En esa enorme masa, es bien sabido que no todos sacan provecho de ese "signo" sacramental, de esa "marca" indeleble de pertenencia que es el bautismo. Es más, muchos no lo aprecian o incluso lo rechazan. Otra parte -que quizá sea hoy la más numerosa- ni protesta ni se entusiasma: cree no tener tiempo ni posibilidades para tomar partido. Se comportan con indiferencia, y se limitan a acudir a la Iglesia para que les preste algún "servicio" -no se sabe si por convicción, por tradición o por superstición- con ocasión de los hitos fundamentales en la vida del hombre: el

matrimonio, el bautizo de los hijos y los funerales, y en algunos casos la pintoresca Misa del Gallo (que "da ambiente de Navidad" y que "gusta tanto a los niños y nos recuerda cuando éramos niños") .

Pero entre esos centenares de millones, hay un buen grupo de cristianos para los que el bautismo no es algo irrelevante, sino que representa de veras lo que el Catecismo dice: estar insertado en ese "Cuerpo de Cristo" que -como afirmó San Pablo y desarrolló después la teología- es la Iglesia; significa entrar a formar parte de un "pueblo de Dios" que cree haber sido redimido en la cruz del Gólgota y llamado a la resurrección para la vida eterna; y por el que se reciben los derechos y se asumen los deberes del cristiano. Personas así, movidas por el deseo de ser consecuentes con su fe, han existido en todas las épocas, y tampoco faltan en la nuestra, piensen lo que piensen quienes no conocen por experiencia directa este

A estas personas (y a través de ellas, a los indiferentes e incluso a los hostiles), don Josemaría anunció tenazmente desde finales de los años veinte (usaré mis propias palabras para expresar -si no he entendido mal- el núcleo de su predicación): "Dios mismo decidió que entendiera -aunque no sabría decirlo por qué fui elegido precisamente yo; en cualquier caso, os aseguro que "vi" de verdad, y que estoy obligado a hablaros de ello- que ha llegado la hora de acabar con un cristianismo de primera y otro de segunda categoría. Por un lado, unos pocos "profesionales del evangelio" (curas, frailes, monjas, monjes e incluso algún que otro laico, pero "especial", de algún modo "consagrado"; y por el otro, la inmensa mayoría de amateurs del cristianismo, los de la liga de segunda división: los "simples" laicos, los fieles "corrientes"; es decir, vosotros. No: el evangelio, todo el evangelio, es para todos. Dios pide a todos que sean santos, que vivan el evangelio en su integridad. Ya sé que "santo" es una palabra ,que os asusta, porque ha estado demasiado ligada a los que salen en los calendarios y a los que son canonizados en San Pedro: es decir, a personas y a empresas extraordinarias, que consideráis fuera de vuestro alcance. Pero no es así, no puede serlo: os aseguro que el Dios de Jesucristo pide a cada cristiano que sea "perfecto", lo cual debe ser posible -con su gracia- para todos. De lo contrario, ¿por qué nos lo pediría? ¿Por qué los evangelios harían decir a Jesús, dirigiéndose a todos, sin excepción: "sed perfectos, como mi Padre celestial es perfecto"?"

Sigue hablando Escrivá: "además de "santo", cada uno de nosotros ha de ser "apóstol". Es decir, la invitación expresa a la esperanza cristiana, el anuncio a los hermanos y hermanas de ese evangelio que debemos esforzarnos en vivir en su integridad, no es algo exclusivo para los "misioneros", para los "predicadores", para esos peculiares "profesionales de la fe" que antes mencionábamos. La búsqueda de la santidad (que es un presupuesto indispensable: nadie puede dar lo que no tiene) conduce necesariamente, como una exigencia espontánea, al deber de comunicar a los demás el secreto de esa alegría que experimentáis, si os convencéis en serio de que Dios es padre de todos y de que cada uno de nosotros es amado, y debe responder al amor con amor".

"Muy edificante": era la respuesta habitual dentro de la Iglesia a esa llamada universal a la santidad, sobre todo en los decenios anteriores al Concilio Vaticano II. Fue esa asamblea conciliar la que hizo familiar -gracias también al mensaje difundido durante treinta años por el fundador del Opus Dei, aunque muchos parecen haberlo olvidado- conceptos por los que don Josemaría había sido tomado por loco, por fanático o por utópico, cuando no por hereje. (No faltaron denuncias en este sentido, con las consiguientes investigaciones eclesiásticas, suspicacias y obstáculos frecuentes y no de poca monta). "Muy bonito y edificante, pero ¿cómo llevarlo a la práctica? Santidad y apostolado, al menos en sentido "pleno", no pueden ser para todos, porque la inmensa mayoría de los cristianos tiene un trabajo, una familia, un conjunto de compromisos que le distraen, y muchas veces le superan, de modo que no se le puede pedir un esfuerzo espiritual excesivo. Se le puede y se le debe pedir que haga todo lo mejor posible, pero en su situación; quizá disminuyendo la presión de las preocupaciones diarias para dedicar más tiempo a las prácticas de piedad".

"Pero para una vida plenamente cristiana, para una verdadera búsqueda de la santidad, sería necesario algo que excede a estos cristianos: dejarlo todo, es decir, salir de su vida ordinaria, seguir no sólo los "preceptos" que obligan a todos los fieles, sino también los "consejos" evangélicos: la castidad consagrada, la pobreza de la vida en común, la obediencia a una regla y a unos superiores. Es decir, deberían subir a primera división, entrar en unos de esos que no por casualidad se llaman "institutos de perfección", hacerse religiosos: pero esto no está al alcance del cristiano normal. En cualquier caso, para decisiones de ese estilo no es suficiente el bautismo, se requiere una "vocación" especial que, por definición, no es ni puede ser para todos".

"Por lo que se refiere al apostolado, también conviene ser realistas. El anuncio del evangelio exige estudio, preparación, carisma, encargo oficial. No es sólo inoportuno: es incluso peligroso pedir a cualquier cristiano que sea "misionero". Unicuique suum (a cada uno lo suyo), y cada persona o cosa, en el lugar que le corresponde: los laicos tienen sobre todo el deber de ayudar -con sus oraciones y con sus limosnas- a los misioneros, a los párrocos, a los predicadores; es decir, a esos que en la Iglesia realizan ese servicio esencial y tan delicado, que no puede desempeñar cualquiera. Los demás tenemos que limitarnos a echar una mano a los "profesionales" de la evangelización, de la catequesis, de la pastoral".

Ante tales observaciones, don Josemaría replicaba: "El camino de la vocación "especial", religiosa -la que lleva al convento, al monasterio, al presbiterio, al yermo- lo considero bendito y necesario en la Iglesia. Frailes y monjas, miembros del clero, laicos consagrados, etc., son desde hace tantos siglos una presencia constante e indispensable, y lo seguirán siendo. Los votos de pobreza, castidad y obediencia del estado religioso tradicional son un valiosísimo "signo escatológico" para la Iglesia y para toda la humanidad: hacen presente ya desde ahora lo que serán las cosas al final de los tiempos".

"Pero esta minoría de bautizados y de bautizadas, a pesar de dar frutos tan

abundantes y de ser necesaria, no tiene a los ojos de Dios el monopolio de la "perfección", de la santidad y del apostolado que de ésta se deriva necesariamente. Tengo el deber de anunciar que todos los cristianos pueden, deben, santificarse en la vida ordinaria, a través de las cosas ordinarias, sin cambiar de trabajo, ni dejar la familia, ni renunciar a las ocupaciones y preocupaciones corrientes de la persona corriente. Es decir, haciendo como las primeras generaciones de cristianos, que no se distinguían de sus contemporáneos paganos por nada externo. Se tomaron en serio la exhortación de San Pablo a los cristianos de Corinto, que el apóstol repitió tres veces para que quedara bien grabada: "que cada uno permanezca en la condición que le ha confiado el Señor, en el modo como Dios le ha llamado". Este es el mensaje del Opus Dei: hacerse -todos- santos y apóstoles permaneciendo cada uno en su sitio, con el mismo trabajo y en las mismas ocupaciones, sin dejar la familia o sin renunciar a crear una, si se tiene esa verdadera "vocación" al matrimonio (sí, lo repito, "vocación"; y no es metáfora, sino en sentido pleno, como la vocación a la virginidad) que Dios da a la inmensa mayoría de los hombres y de las mujeres".

Para entenderlo mejor, escuchemos cómo lo explica el futuro beato en esta especie de "manifiesto" -una de las muchas formas en las que expresó la misma idea a lo largo de cincuenta años-, tomado de una de sus homilías: "nuestra espiritualidad secular, laical, se dirige a cristianos de toda condición que, estando en el mundo, o mejor, perteneciendo al mundo -son laicos corrientes- aspiran, por vocación divina, a la perfección cristiana. Nuestra llamada hace que precisamente nuestra condición secular, nuestro trabajo ordinario, nuestra situación en el mundo, sean nuestro único camino para la santificación y el apostolado".

A continuación precisaba: "No hemos asumido una profesión laica, "civil", para disfrazar un trabajo apostólico: es la misma ocupación que tendríamos si no fuéramos del Opus Dei, la misma que si tuviéramos la desgracia de abandonar nuestra "vocación". Y concluía: "Nosotros, hijos míos, somos gente de la calle. Y cuando trabajamos en asuntos temporales lo hacemos no porque no podemos dejarlos para dedicarnos sólo a las prácticas religiosas, sino porque ése es nuestro sitio, ése es el lugar donde encontramos a Cristo, el lugar donde nuestra vocación nos ha encontrado y nos deja".

Don Josemaría captó en la "visión" del 2 de octubre de 1928 lo que definía como una "verdad vieja como el evangelio, y como el evangelio nueva": el valor de eternidad de los quehaceres diarios, aparentemente tan efímeros y con frecuencia intrascendentes desde un punto de vista terreno; la santificación "desde dentro" del mundo sin salir de él (la aplicación plena de la imagen evangélica de la levadura que actúa sobre la masa desde dentro, formando parte de ella), a través del trabajo: de cualquier trabajo, desde el más humilde al más elevado, siempre que sea "honrado". Y la casi totalidad de los infinitos trabajos de los hombres son honrados, si los consideramos sin moralismos estrechos ni radicalismos utópicos. Son escasos -al menos desde la perspectiva del Opus Dei, que participa del "optimismo cristiano" y de un pragmatismo que pone su confianza en el hombre y en el mundo- los trabajos que la vocación a la Prelatura llevaría a abandonar por

no ser honrados.

El clima de liberación que nos ha traído el evangelio no sólo descarga al hombre del peso de los centenares de preceptos (cosas que hay que hacer y cosas que hay que evitar) de la Ley hebrea, sino que desactiva y anula la lista de trabajos "despreciables", "deshonrosos" y "religiosamente peligrosos". Como observó Joachim Jeremias, el gran biblista alemán, en su Jerusalem en el tiempo de Jesús: "La primera impresión que se tiene, al oír los elencos de los rabinos, es que queda muy poco espacio para trabajos dignos, tan grande es el número de las actividades consideradas deshonrosas en Israel". Entre estas últimas aparecen: mulero, cuidador de camellos, marinero, pastor, vinatero, carnicero, curtidor, herrero, joyero, cantero, vendedor ambulante, sastre, recaudador de impuestos, e incluso -según algunos "maestros de la Ley"- médico y barbero... Aunque no se note a simple vista, nos hallamos ante la recuperación de la dignidad -más aun: de la santidad- de cualquier trabajo, plenamente fiel al "todo os resulta lícito" del Nuevo Testamento. He aquí un elemento liberador del hombre de no poca categoría.

Rafael Gómez Pérez escribe: "No hay en el espíritu del Opus Dei profesiones prohibidas, a no ser las que se autoexcluyen al colocarse fuera de la moral cristiana y aun de la moral natural. No están prohibidas las profesiones comerciales y mercantiles, ni las políticas, a pesar de los tópicos corrientes sobre las dificultades de desempeñar con eficacia ese tipo de profesiones y ser, a la vez, honrado. Según el espíritu del Opus Dei, se trata no sólo de ser honrado en esa como en las demás profesiones, sino además de vivirlas con sentido sobrenatural".

En torno al trabajo -que es como el centro vital giran los intereses legítimos y las pasiones personales y sociales del hombre de hoy y de mañana. Por este motivo, el mensaje de Escrivá se ha revelado tan eficaz y tan capaz de ampliar horizontes para el futuro. Una propuesta quizá aparentemente nueva, pero que en realidad es vieja, tan vieja como el primer libro de la Biblia, el Génesis, donde se lee: "El Señor tomó al hombre y lo puso en el jardín del Edén, para que lo cultivase y lo guardase" (2, 15).

En ese versículo se encuentra algo de importancia decisiva. La teología cristiana, sin embargo, lo ha pasado por alto o no lo ha subrayado convenientemente (o quizá lo ha olvidado, o incluso borrado, bajo los efectos de factores internos y externos en la Iglesia). En efecto, esas palabras del segundo capítulo del primer libro de la Escritura judeo-cristiana se sitúan antes de la caída de los primeros padres, preceden al pecado original de Adán y Eva. Según ese mismo texto sagrado, "el trabajo aparece como una exigencia de la naturaleza del ser humano. Sólo su lado penoso y fatigoso puede ser considerado como un castigo del pecado original, pero no el trabajo en sí mismo, que es algo bueno y noble" (Dominique Le Tourneau, sacerdote de la Prelatura y colaborador durante años del fundador).

No es casualidad, apuntaba también Escrivá, que Jesús de Nazaret lo haya

confirmado con su vida: la mayor parte de su existencia no estuvo dedicada a la predicación, sino a su diaria, oscura y paciente profesión de carpintero en un pueblo de Galilea.

Escrivá recordaba a menudo que "el trabajo es el medio con el que el hombre participa en la obra divina de la Creación. Dios ha querido que su obra se perfeccionase cada día por la actividad de las manos del hombre. El cual, en el trabajo, es llamado a ser co-creador". Por eso, el nombre de "Opus Dei", de acuerdo con la interpretación que hacía el fundador, no significa que la Obra fuera "de Dios" -en el sentido de atribuirle una especie de delirante copyright o por lo menos una predilección especial- sino que debía entenderse como operatio Dei, "trabajo de Dios": ese "trabajo" al que cada hombre y cada mujer está llamado a cooperar.

¿Les parece que estas ideas son verdades de perogrullo para un cristiano? En ese caso, se ve que son gente preparada, porque muchos -durante siglos, en la misma Iglesia- vieron las cosas del mismo modo. Aunque también hay que reconocer que no se daban las condiciones sociales y quizá tampoco las religiosas, para llegar a esa conclusión.

De todos modos, la historia de la espiritualidad, como cualquier otra historia, no facit saltus (no procede a saltos), y el mismo Escrivá, con la honradez de los santos, reconocía que lo que se le había hecho entender, con tanta claridad, acerca del valor salvífico de la vida cotidiana -de la que el trabajo constituye una parte importante-, había llegado en el momento oportuno, había encontrado las condiciones adecuadas para ser entendido y puesto en práctica. Era el resultado de siglos de experiencias y de reflexiones sobre las propuestas del evangelio.

También conviene recordar que muchos teólogos y autores espirituales confundieron la fatiga del trabajo con el mismo trabajo, considerando a éste como una "condena", una "expiación de las culpas", y no una componente esencial de los planes de Dios al crear el mundo y al colocar allí a sus moradores. Es decir, el trabajo no fue considerado como un bien en sí mismo sino, en todo caso, como un bien para la vida espiritual: es decir, como un medio ascético para combatir el ocio, padre de todos los vicios. Había que practicarlo en la medida en que sirve para vencer la acedia y la pereza (ese "pecado capital"), con todo su cortejo de tentaciones.

Semejante concepción "instrumental" del trabajo llegó hasta el extremo en el célebre sucedido de Pablo el ermitaño (anécdota quizá legendaria, que no debe generalizarse ni exagerarse: la actividad de los monjes tuvo también importantes efectos sociales y económicos en el cultivo de la tierra, en la artesanía, etc.). Pablo el ermitaño, que vivió en Egipto entre el siglo III y el IV, aunque no necesitaba trabajar para sostenerse ni para dar limosna -se alimentaba con los frutos de una pequeña huerta y vivía en lugares deshabitados-, se impuso la obligación de confeccionar cestas de mimbre para no permanecer ocioso. Y al final de cada mes, hacía un montón con todas las cestas y las quemaba.

Un ejército de maestros de espiritualidad ha denostado las "preocupaciones del siglo" -y en particular el trabajo como un obstáculo para la contemplación, para la reflexión sobre los misterios de Dios, para las prácticas de piedad.

Después, en el corazón del Medioevo, nacieron esas órdenes religiosas que fueron llamadas, significativamente, "mendicantes". Como dice un historiador: "La polémica que surgió entre esas órdenes mendicantes y el clero secular condujo a los primeros a defender la posibilidad de santificarse sin trabajar: para ganarse la vida podía bastar la limosna. Sus teólogos afirman el carácter no obligatorio de la actividad manual; ciertamente no por pereza, sino para dar testimonio de pobreza y de abandono en la Providencia".

Pero la historia, según la exhortación profundamente "cristiana" del laicista Benedetto Croce, "no debe ser nunca justiciera, sino justificadora". No hay que olvidar que "la estructura social de aquellos siglos y gran parte de los siguientes (primero feudales, y luego marcados por la división en estamentos), durante los cuales los individuos no importan en cuanto tales, sino como miembros de las categorías que constituyen la sociedad civil, hacía especialmente difícil la percepción del valor santificante del trabajo personal de cada uno. Es una sociedad jerárquica, con una continuidad de honores, prestigio y bienes basada, sobre todo, en la transmisión hereditaria. De aquí que se formase una mentalidad que consideraba el trabajo algo así como una deshonra, o al menos carente de valor profundo. Y viceversa, el mensaje sobre la santificación del trabajo es mucho más fácilmente comprensible en una época como la nuestra, que ha colocado la competencia profesional de los individuos como fundamento de la organización social".

Este análisis de José Luis Illanes, un conocido teólogo del Opus Dei, demuestra que, para anunciar un mensaje, no es preciso caer en la injusticia de "condenar" el pasado, juzgándolo -según el uso tan frecuente hoy día, pero radicalmente antihistórico- desde la sensibilidad y las conquistas del presente.

En cualquier caso, no crean que la Reforma protestante mejoró la situación: más bien la agravó, a pesar del tópico muy extendido en el hombre de la calle, al que han llegado los ecos divulgativos de las tesis de Max Weber.

Así lo explica el ya citado Le Tourneau: "La actitud de Lutero, que da origen al protestantismo y a la escisión con Roma en el siglo XVI, retrasará considerablemente el descubrimiento del valor santificador del trabajo, ya que la concepción protestante del pecado original como corrupción radical de la naturaleza humana y la negación de toda utilidad salvífica de las obras humanas, incluso realizadas en estado de gracia, se oponen frontalmente a ello".

Si el protestante piadoso se dedicó con tanto ahínco al comercio y a la industria, no fue porque estuviera convencido de que la actividad humana tuviese algún valor a los ojos de Dios. Todo lo contrario: ese "gusano" que es el hombre -

aplastado por la condena divina y sin el consuelo de una Iglesia que se le presente como el cauce materno del perdón de Cristo- no puede alegar a su favor ni siquiera el más ardiente celo. Se trabajaba mucho en el mundo protestante: pero no con la alegría del que está convencido de que cumple con la voluntad de Dios y colabora con su creación, sino con la angustia de quien desea aflojar su atadura al agujero negro de la predestinación. Al que le toca, le toca, parece decir esta teología: unos nacen predestinados ab aeterno al Paraíso, a la alegría sin límite; y otros predestinados al infierno, a tormentos sin fin. Una suerte establecida por un Dios inexcrutable; un destino inamovible para el hombre que, por mucho que ponga buena voluntad, no es capaz sino de "desagradar a Dios", haga lo que haga. Ni siquiera quien sea heroicamente fiel al evangelio puede esperar conseguir "mérito" alguno: es más, ese concepto, esa misma palabra, es una blasfemia -para los teólogos de la Reforma- ante el Eterno.

Sólo queda un camino por recorrer, y ni siquiera para cambiar la propia suerte, que está ya decidida de una vez para siempre, sino únicamente para conocerla: abalanzarse con todas las fuerzas a trabajar, con la esperanza de triunfar, de ganar dinero y prestigio, de alcanzar el éxito. Porque Dios indica en esta vida quiénes están predestinados a la salvación concediéndoles buenos resultados en sus actividades. Al que triunfa en su actividad humana le espera el Cielo; el que fracasa, no sólo fracasa aquí, sino también en la eternidad: el Dios-Patrón le ha incluido en la lista de los que acabarán en el infierno para siempre. Quien no ve coronado su trabajo con el éxito no es más que un desgraciado en esta vida y está destinado a serlo por todos los siglos. Quizá tenga razón mi amigo Léo Moulin - prestigioso historiador y sociólogo, agnóstico, de la universidad de Bruselas- cuando sostiene que, si se bebe tanto, y tan "fuerte" (esos ríos de whisky en las películas americanas, sean o no de vaqueros) en las culturas configuradas por el protestantismo, es para intentar alejar de uno la sombra inquietante, presente al menos en el inconsciente, de un "juicio de Dios" ya pronunciado desde el principio e inamovible para siempre.

Ninguno de esos planteamientos sobre el trabajo son correctos. Más aún, los frutos que ha dado la óptica protestante han marcado la historia y llegan hasta nosotros. Así lo explica Le Tourneau: "el dualismo teorizado por Lutero y Calvino - por un lado, la justificación por medio de la "sola fe" y la predestinación, y por otro el trabajo, carente de todo valor salvífico ante Dios- dio origen a que se desarrollase posteriormente una separación entre pietismo, devocionalismo individualista y humanismo sin raíces religiosas, que aún caracteriza la cultura de algunos países del norte de Europa y de Norteamérica".

La Iglesia católica, por su parte, tampoco se mostró partidaria del trabajo durante siglos. Al menos para los laicos, es decir, para la inmensa mayoría de los cristianos. Para los "llamados", para los "consagrados", para los religiosos, esa concepción del trabajo, a pesar de ser insuficiente, puede no estar equivocada, y mostrarse totalmente adecuada para su vocación.

No se equivoca, por ejemplo, el autor de la célebre Imitación de Cristo, cuando

pone en guardia frente a la "disipación" espiritual que acompaña a la actividad humana, y exhorta a la fuga mundi. Así, en su primer libro escribe: "Comer, beber, vigilar, dormir, descansar, trabajar y padecer las demás necesidades de la naturaleza: todo esto no es sino miseria, para el alma devota que quiera ser del todo libre y desligada de cualquier pecado". No se equivoca, porque se trata de un texto de formación monástica, de una espiritualidad para los claustros no sólo del Medievo, sino de todos los tiempos. Porque la Iglesia -el mismo Escrivá lo afirmó con frecuencia, con claridad- siempre necesitará estas vocaciones "especiales".

"Nosotros no nacemos -dirá el beato- en oposición a la espiritualidad de los religiosos. El nuestro es un brote distinto del perenne tronco del evangelio".

Escrivá tiene la clara y serena conciencia de que la dinámica del cristianismo auténtico está regida por la "ley del et-et": Dios ha querido que convivan en la Iglesia -no sólo por utilidad, sino de modo indispensable- distintas vocaciones y carismas, sin que unos excluyan a otros. También desde este punto de vista, su actitud es ajena al exclusivismo obsesivo, al radicalismo maniático que excluye cualquier punto de vista que no coincida con el propio; a lo que, en definitiva, revele los delirios de quien se siente "elegido del Señor", único caudillo autorizado por el Cielo.

Se cumple así la advertencia del mismo Cristo, que dijo: "en la casa del Padre hay muchas moradas". Cada uno está llamado a uno de los numerosos modos concretos posibles: todos son igualmente legítimos. De esto se desprende también la decisión del Opus Dei de no reaccionar en modo alguno a los ataques y a las críticas que tuvo que sufrir procedentes de órdenes y congregaciones religiosas.

El error de tanta espiritualidad católica, si es que hubo error, fue el de intentar extender a todos los bautizados una espiritualidad legítima en sí misma, pero que Dios ha querido para pocos: para los pocos que llama al claustro.

Ciertamente, muchos cristianos a lo largo de la historia vieron el problema e intentaron darle remedio. Pero parece cierto lo que observó el patriarca de Venecia, el cardenal Albino Luciani (futuro Juan Pablo 1): "autores beneméritos habían enseñado a los fieles una "espiritualidad de los laicos" [casi siempre una "versión reducida", adaptada y menos exigente que la de los "perfectos", los religiosos y los eclesiásticos], mientras que Escrivá ofrece una "espiritualidad laical"". Es decir, verdaderamente autónoma, "distinta" de la clerical, que tiene su valor y su vigencia para quien sea llamado a ese estado, pero que no puede ser el modelo único en el que deben inspirarse los cristianos corrientes.

Escrivá dice a estos últimos que, como exige el evangelio, no deben esforzarse por ser perfectos a pesar de su profesión o de su oficio; sino por medio de él, gracias a él, por muy mundanos que parezcan; porque no hay -o casi- trabajo alguno que no pueda ser santificado y en el cual no se pueda uno santificar.

Permanecer donde se está y allí "buscar la santidad y ejercer el apostolado entre

los colegas y amigos, cada uno en su propio ambiente, en su profesión y trabajo, sin cambiar de estado". Y también: "no te digo que puedas santificarte a pesar de ser un laico corriente, un simple bautizado que vive y trabaja en el mundo. Lo que yo te digo es que tu puedes -debes- santificarte precisamente porque eres laico".

Así se entiende el lema con el que el beato sintetizó el contenido principal de lo que había "visto": "santificar el trabajo, santificarse en el trabajo". Y a continuación, "santificar a los demás con el trabajo", que es la actividad misionera, apostólica.

Como afirman los expertos, aunque creo que cualquiera que reflexione un poco lo confirmará, nos encontramos mucho más allá de la tradicional espiritualidad "para los laicos". Esta espiritualidad había desarrollado, para cada cristiano, una teoría sobre "los deberes del propio estado" (donde se incluyen también las obligaciones de la profesión). Este "estado", sin embargo, se limitaba a una parte del hombre, al que se miraba sobre todo en función de sus deberes, sin crear una auténtica "espiritualidad" o "teología del trabajo". El ejercicio de una profesión se entendía como una dura necesidad para vivir y para desarrollar las virtudes requeridas para atravesar este "valle de lágrimas" y salvarse.

En cambio, en Escrivá hallamos una propuesta de "unidad de vida": no sólo se supera sino que se destruye la "doble vida", la tradicional esquizofrenia bien conocida por tantas generaciones católicas, incluso recientes: los laicos divididos entre el deseo de "perfección", que parece exigir el abandono del mundo, y la necesidad de permanecer en el mundo por causa de los deberes familiares y profesionales.

No hay que salir del mundo -anuncia el Opus Dei-, porque el cristiano es "del mundo", él mismo es "mundo", y por eso al mundo hay que salvarlo desde dentro, no desde fuera. Como decía antes: es la levadura que está dentro de la masa, que se hace masa y la fermenta desde dentro.

Los religiosos más "abiertos" teorizaban con la mejor de las intenciones, durante las últimas décadas -y algunos aún lo siguen haciendo- sobre la necesidad de ir "hacia" el mundo, de "acercarse" o de "unirse" a los que trabajan. Cosas buenísimas, observa Escrivá, pero que presuponen una dinámica desde fuera hacia dentro, propia de quien ha recibido una vocación de separación del mundo. No sucede así para la vocación al Opus Dei: se permanece donde se está, no se sale de él ni siquiera en sentido psicológico: allí uno se santifica y santifica a los demás.

"El Opus Dei no es el último estadio, el más avanzado, de la mundanización, de la desacralización de los frailes, de las monjas, de los clérigos. No tenemos que esforzarnos para "ser como los otros", porque esos "otros" son laicos como nosotros, necesitados tan sólo de ser ayudados a descubrir que su vida ordinaria puede ser el lugar donde se forje la felicidad eterna de cada uno". Estas palabras, naturalmente, son del beato Escrivá.

Para comprenderlo mejor transcribo otro pasaje significativo (también por la fecha, pues es del mítico 1968): "Espero que llegue un momento en el que la frase los católicos penetran en los ambientes sociales se deje de decir, y que todos se den cuenta de que es una expresión clerical. En cualquier caso, no se aplica para nada al apostolado del Opus Dei.' Los miembros de la Obra no tienen necesidad de penetrar en las estructuras temporales, por el simple hecho de que son ciudadanos corrientes, iguales a los demás, y por tanto ya estaban allí".

Así, por ejemplo, un abogado, un obrero, no son "miembros del Opus Dei que trabajan como abogado o como obrero", sino "un abogado, un obrero que, para lo que se refiere a su formación espiritual, son miembros del Opus Dei".

Traigo otras palabras textuales (comprenderán que acumule varias citas, pues me parece que se trata de un punto capital): "quien pensase que la vida espiritual se construye de espaldas al trabajo, no comprendería nuestra vocación: para nosotros, el trabajo es el medio específico de santificación. Nuestra vida interior - de contemplativos en medio del mundo- mana y adquiere vigor en la vida exterior de trabajo de cada uno".

Si no yerro al interpretar esta espiritualidad, al célebre precepto de San Benito a sus monjes se le podría dar la vuelta: más que "ora et labora" (un trabajo que se superpone a la oración, un tiempo dedicado al esfuerzo manual o intelectual que se inserta entre el rezo en el coro o en la iglesia de las distintas horas del breviario), sería un "labora et ora" (la oficina, la fábrica, el coche, la calle, el hogar, se convierten en iglesia, en lugar de oración). "El trabajo exterior no debe provocar una interrupción en la oración, del mismo modo como el latido del corazón no distrae la atención que dedicamos a nuestros quehaceres, sean los que sean": es otro de sus consejos.

¿Pero no podría conducir todo esto a un activismo buscado como fin en sí mismo? Escrivá insiste en que "la vocación específica del Opus Dei nos lleva a convertir lo ordinario, lo corriente -que para la inmensa mayoría de las personas suele ser el trabajo profesional- en un camino de encuentro con Dios. Con ese Dios de Cristo del cual, en esta perspectiva, todo parte y al que todo debe tender y al cual el mundo en su totalidad debe ser reconducido desde dentro, por hombres que sean enteramente del mundo, vivan en el mundo, y al mismo tiempo no sean "mundanos"". El esfuerzo profesional mismo, insiste, debe convertirse en un lugar de "contemplación": "No se trata de alternar momentos de trabajo con momentos de oración, sino -además de dedicar cada día un tiempo fijo a la oración-, de transformar las horas de trabajo, por muy intensas que sean, en horas de contemplación: "contemplativos en medio del mundo"".

En este sentido, Camino aporta reflexiones muy ilustrativas. Su redacción tiene en cuenta las posibles desviaciones. Así, el punto 81 afirma: "la acción no vale nada sin la oración". Y el punto siguiente: "Primero, oración; después, expiación; en tercer lugar, muy en "tercer lugar", acción".

Uno de los documentos que he recabado sobre la historia de la institución dice así: "Desde los comienzos del Opus Dei, ha sido continua la insistencia en la oración. Tanto cuando era común entre los católicos menospreciar la acción apostólica, como cuando (como es ahora especialmente frecuente) la oración personal es tachada de "intimismo", usando el término en sentido peyorativo. En el espíritu de la Obra está claramente marcado -siguiendo la doctrina de la Iglesia, y la experiencia de cualquier espiritualidad verdadera- que la oración es lo primero".

Por consiguiente, estamos ante gente "del mundo", y que permanece en el "mundo". Pero permanecen con una especial actitud espiritual, como advierte el documento que cité anteriormente: "Referirse al Opus Dei sin hacer mención explícita a la dedicación a la oración en medio del trabajo cotidiano y a la normalidad de la vida es negar su esencia. Todo -se dice todo- en la Obra se dirige a facilitar a los miembros el encuentro con Dios a través de una vida de continua oración".

Al menos, este es su programa, en neto contraste con las acusaciones y a las sospechas de activismo, de eficacismo, de "managerismo", que han lanzado contra Escrivá y los suyos desde fuera de la Iglesia y también desde dentro.

Una agencia para el espíritu

Recobremos aliento, después de tantas consideraciones teológicas y espirituales: estas páginas pretenden ser de información, no deformación. Para esto último la Prelatura dispone de publicaciones de gran valor y eficacia: a ellas remito al lector, en el caso de que no le baste las explicaciones que he dado y que daré a continuación acerca del fin teológico-pastoral-espiritual del Opus Dei.

A propósito del "fin", me permito destacar que, a la vista de lo anterior, tenía yo razón cuando anticipé que en el origen de todo sólo hay motivaciones radicalmente religiosas: siempre es gratificante confirmar que uno tenía razón. De ahí la dificultad de entender la Obra cuando no se emplean categorías religiosas, cuando no se mira desde el punto de vista de quien se mueve por el deseo de emplear su vida -de cara a la eternidad, por si fuera poco- de acuerdo con preocupaciones e intereses que nacen de la fe, no del deseo de ganar dinero y de ascender.

Tampoco estaba equivocado cuando les advertí de que las cosas son mucho más sencillas de lo que aparentan o de lo que muchos creen; incluso -como bien saben- de lo que creen muchos de dentro de la Iglesia.

"Original" es, según la etimología, "lo que vuelve a los orígenes". Eso es lo que buscó Escrivá, en esto reside su "originalidad": en regresar a las raíces. Por eso, decía que "el modo más fácil de entender el Opus Dei es pensar en la vida de los primeros cristianos".

A la postre, todo se reduce a un planteamiento de este tipo: "¿Has recibido el

bautismo? Pues sé consciente de lo que significa y esfuérate por ser consecuente, vive conforme a lo que te propone la Iglesia, que al administrarte ese sacramento te ha introducido en ese Cuerpo cuya Cabeza es Cristo. Hazte santo (puedes; todos pueden, si tienen confianza en la ayuda de Dios que no puede faltar, puesto que la "perfección" de todo hombre, de toda mujer, es una voluntad explícita suya), en el mismo sitio en el que estás y, aparentemente, sin que nada cambie. Sigue en tu trabajo, continúa con tus compromisos profesionales y personales. Recuerda que, en un planteamiento de fe, todas las ocupaciones tienen gran valor, por insignificantes que sean a los ojos de los hombres; todas son de gran importancia, aunque objetivamente sean modestas, porque su importancia depende del amor a Dios y a los demás que ponen en ellas los que las realizan. Salvo vocaciones especiales, Dios no pide singularismos, cosas raras, actos clamorosos de heroísmo: tú también estás llamado al heroísmo, ciertamente, pero dentro de ti, en un contexto íntimo, privado, de "normalidad". Reza mucho, más aún: reza en todo momento, pero sin agobios ni exhibicionismos, transformando tu trabajo en oración, sea cual sea, ofreciéndolo por una intención sobrenatural, y cumpliéndolo del mejor modo posible por amor de Dios y a los demás".

De la búsqueda de la "santidad" deriva la necesidad -mucho más que un deber- del "apostolado". Un apostolado normal, discreto, espontáneo, "tranquilo", como es el estilo de vida cristiana del cual procede.

"Los miembros del Opus Dei ejercitan el anuncio del evangelio a sus hermanos, sobre todo por medio del ejemplo que dan a los que les rodean, a sus colegas y compañeros de trabajo, en la vida familiar, social y profesional, esforzándose siempre y en todo lugar por ser mejores". Así decía en 1950 el primer decreto eclesial de aprobación solemne de la Obra (según la figura jurídica canónica de "instituto secular", aceptada a falta de otra mejor).

Las últimas palabras de ese Decreto que he puesto en cursiva merecen una explicación. Así las comenta Dominique Le Tourneau: "El trabajo bien hecho siempre es ejemplar. El cristiano debe realizarlo con toda la perfección de que sea capaz en el plano humano (competencia profesional) y en el divino (por amor de Dios y para servir a las almas), mostrándose así como una obra bien hecha. Difícilmente se puede santificar el trabajo si no se hace bien, con la mayor perfección posible. Será casi imposible lograr el indispensable prestigio profesional, calificado por Mons. Escrivá de "cátedra desde la cual se enseña a los demás a santificar ese trabajo y a acomodar la vida a las exigencias de la fe cristiana". De aquí la necesidad de una formación profesional constante, con objeto de adquirir toda la ciencia humana de que se sea capaz. Para arrastrar a los demás, cada cual deberá empeñarse en cumplir su tarea como el mejor y, de ser posible, mejor que el mejor".

Comienza a vislumbrarse el origen de las habladurías sobre el "poder" de los miembros del Opus Dei. Si ponen todo el esfuerzo posible en su trabajo, no es extraño que muchos acaben por destacar. Pero esta excelencia profesional es

para ellos "el medio para poder ayudar a los demás". A condición, claro está, de que actúen de buena fe. Pero, ¿hay alguna razón para dudar a priori de esa buena fe? ¿Quién les obligaría a tanto esfuerzo? ¿Acaso no hay logias y clubes donde se obtiene mucho más con un coste personal mucho menor?

Hay una pregunta que, antes o después, se escucha a propósito de los miembros del Opus Dei: "¿cuál es la fuerza que les impulsa a trabajar tanto, a estar siempre al día, a ser tan buenos profesionales?".

La estrategia y el estilo de este compromiso apostólico son tan "familiares" y discretos como extraordinariamente eficaces (los resultados son elocuentes, aunque el fondo de

los corazones escapa a cualquier estadística. Así lo confirma el propio Escrivá: "Trabaja donde estás, procurando cumplir los deberes de tu estado, acabar bien la labor de tu profesión o de tu oficio, creciéndote, mejorando cada jornada. Sé leal, comprensivo con los demás, y exigente contigo mismo. Sé mortificado y alegre. Ese será tu apostolado. Y sin que tú encuentres motivos, por tu pobre miseria, los que te rodean vendrán a ti, y con una conversación natural, sencilla -a la salida del trabajo, en una reunión de familia, en el autobús, en un paseo, en cualquier parte...-". Es, como ya sabemos, el "apostolado de amistad y de confianza", sin púlpitos, prédicas, retórica ni teologías abstrusas (aunque siempre dentro de la ortodoxia católica: se proporciona una continua formación específica para lograrlo); en el coloquio tête-à-tête entre dos personas; y principalmente de colega a colega, pues no en vano el trabajo es el núcleo central.

Por decirlo con una cita del beato: "Esas palabras, deslizadas tan a tiempo en el oído del amigo que vacila; aquella conversación orientadora, que supiste provocar oportunamente; y el consejo profesional, que mejora su labor universitaria; y la discreta indiscreción, que te hace sugerirle insospechados horizontes de celo...".

Ese es el "fin", esa es la estrategia que el Opus Dei propone a los católicos, con todas las bendiciones de la Iglesia, tanto universal como local.

Buen programa -¿quién podría negarlo?- para un creyente.

Pero también podría parecer fascinante a personas alejadas del sérail católico, ya que el porcentaje de "conversos" en edad adulta es considerable.

Y también porque, junto a la Obra, se encuentra el numeroso grupo de los "cooperadores", que -como dice una autorizada fuente- podrían definirse como: "personas que, sin ser miembros del Opus Dei, ayudan a la Prelatura con su oración -si son creyentes-, con su trabajo o con su ayuda económica. Constituyen una asociación propia e inseparable de la Obra". Y atención a lo que sigue: "pueden ser cooperadores hombres y mujeres no católicos, no cristianos e incluso no creyentes, sin confesión religiosa alguna. El Opus Dei es la primera institución de la Iglesia que llama a colaborar en modo orgánico a no católicos, no cristianos,

agnósticos, ateos".

He llamado la atención sobre este último punto porque es otro de esos casos donde la realidad no corresponde en modo alguno con la imagen consolidada que tiene la Obra en la opinión pública, sospechosos de ser una especie de secta impenetrable de fanáticos katólicos (con la k incluida), defensores recalcitrantes de los decretos dogmáticos y los anatemas del concilio de Trento y del Vaticano I, intolerantes y cerrados a cualquier apertura ecuménica. Por contraste, se descubre que es "la primera institución de la Iglesia" que, entre sus "cooperadores", concede un lugar a los que hemos mencionado.

Un buen programa, repito, el del Opus Dei: desde el punto de vista religioso y también en una perspectiva humana. Pensándolo bien: ¿quién no querría tener como compañero de trabajo a un colega que se esfuerce por vivir en serio un ideal semejante? ¿Qué propietario de un coche, comprado a plazos con tanto sacrificio, si tiene una avería grave, no desearía toparse con un mecánico (o con un chapista) miembro del Opus Dei, para poder estar seguro de que le hará una reparación impecable, facturada como es debido y a un precio justo? Pero no gratis, y probablemente sin descuento. Presten atención al pragmatismo del punto 979 de Cansino: "Es condición humana tener en poco lo que poco cuesta. Esa es la razón de que te aconseje el "apostolado de no dar". Nunca dejes de cobrar lo que sea equitativo y razonable por el ejercicio de tu profesión, si tu profesión es el instrumento de tu apostolado".

Verdaderamente, es un buen programa. Si les convence, si piensan que podría ser lo suyo, ¿qué habría que hacer para ponerlo en práctica? Les responderán que es la cosa más sencilla del mundo: basta con dirigirse a la "Prestigiosa agencia de servicios espirituales" fundada en Madrid en 1928, que desde 1947 tiene su sede central en Roma y cuenta con filiales en todo el mundo. Pónganse en contacto con la agencia y -además del impulso misterioso y gratuito que les ha movido a tomar esa resolución: la "vocación"- apliquen su buena voluntad, su disponibilidad. De lo demás se ocupará la agencia en cuestión.

No se trata de una broma: tras haber leído, visto, indagado e interrogado, mi opinión es que así son las cosas. Si esta opinión fuera correcta, se aclararían también algunas facetas de la Prelatura que suscitan sorpresa y desconfianza.

El joven sacerdote contempló dos cosas en aquella famosa "visión": 1) la posibilidad -más aún, la necesidad- de que todos los bautizados se santifiquen a través de su trabajo, cualquiera que sea, y de su vida ordinaria; y en consecuencia, la posibilidad -que también aquí es necesidad- de ser misioneros de su fe, "apóstoles"; 2) que a ese sacerdote español se le confió no sólo anunciar ese mensaje, antiguo y nuevo como el evangelio, sino también la tarea de crear una institución, una estructura eclesial para que los llamados a ella puedan realizar ese programa.

Por eso la comparo a una "agencia", a un "ente" -una authority, dirían los ingleses-

para pasar de la potencia al acto, para traducir en realidad ese "sueño" cristiano. En el fondo, a lo largo de su vida el fundador no trabajó en otra cosa que en la puesta a punto de esta estructura, para hacerla lo más eficaz posible para el fin previsto.

Pippo Corigliano, ingeniero napolitano, numerario, director de la Oficina de información de la Prelatura en Roma, en esos fax que ha de enviar casi todos los días para desmentir el último bulo, suele usar con frecuencia una comparación. "El Opus Dei es como una gasolinera espiritual: quien quiere viene y llena el depósito, y vuelve cuando necesita más carburante o precisa una revisión de su vida interior". Así se expresa el eficiente y amable Corigliano, que ha sido mi guía en este viaje para conocer su familia, y al que he torturado hasta el punto que prefería usar el cilicio antes que estar conmigo.

La imagen de "agencia de servicios espirituales" no me parece muy distinta, en sustancia, de la de "gasolinera de almas". Y no es por presumir de saber más que el ingeniero portavoz de la Obra (¡sólo faltaría eso!), pero a veces las cosas se ven mejor "desde fuera" -como en mi caso-, y la imagen de la agencia, con los límites de cualquier metáfora, se acerca más a la realidad que la de la gasolinera. De hecho, hay gente que acude a la primera gasolinera que se encuentra, y no vuelve más; ni se debe un agradecimiento especial al distribuidor; ni el usuario puede elegir, porque todas las gasolinas son iguales...

No sucede lo mismo en el Opus Dei, donde para marcharse las puertas están abiertas (según una clara y repetida frase del fundador, al que le gustaba añadir: "en el Opus Dei está quien le da la gana, que es la más sobrenatural de las razones..."), pero hay que llamar a la puerta para entrar, y demostrar que lo que se busca en la agencia es disfrutar de esos "servicios": es decir, que a uno le empuja esa fuerza enigmática que la teología cristiana llama "vocación".

Esto no es una proclama hipócrita; lo que hemos señalado en las páginas anteriores parece demostrar que sucede de veras. "La confirmación de que se necesita una específica vocación divina está en el hecho de que hay millares de cooperadores que conocen el Opus Dei desde hace diez, veinte o treinta años y contribuyen con generosidad a sus apostolados, pero no solicitan entrar en él. Y no porque no sean dignos ni capaces de santidad: simplemente, porque su camino es otro".

Ya hemos visto que el Opus Dei no es un partido: a sus miembros le están permitido militar en cualquier corriente sociopolítica, siempre que esté dentro de los límites "católicos", que son mucho más amplios de lo que se creía hasta hace poquísimos tiempo, en particular en la Iglesia italiana, condicionada por una situación histórica singular. No es tampoco un club, y por eso no se "inscribe" uno porque esté convencido por el programa, o por otras razones "humanas". Se puede solicitar la entrada sólo si se siente haber recibido una llamada.

La vocación realiza una selección misteriosa, que debe ser probada con cautela y

prudencia no sólo al principio, sino también con la limitación en el tiempo de los compromisos, que han de ser renovados cada año hasta que se llega, si es el caso, al compromiso definitivo. Esta realidad impide a la Obra caer en la tentación del exclusivismo, del "imperialismo", de creer que todos los católicos, para serlo de verdad, debieran alistarse tras los discípulos del beato Josemaría Escrivá de Balaguer y Albas.

La insistencia en el hecho de que en el Opus Dei se entra y se permanece (pudiendo ser hijos ejemplares de la Católica y hacerse santos y apóstoles de otros muchos modos) en virtud de una elección subjetivamente libre pero objetivamente "guiada" por Dios, es precisamente lo que mantiene la debida conciencia de que el pluralismo espiritual en la Iglesia es una riqueza que debe conservarse.

Quiero hacer notar, de paso, una diferencia radical respecto al protestantismo. En éste, quien tiene un "modo distinto" de leer la Biblia, o incluso sólo una sensibilidad diferente, funda su propia iglesia o secta, que se pone en abierto contraste -casi siempre agresivo: "il faut s'opposer pour se poser", dicen los franceses para indicar una ley sociológica constante- con las miradas de otros grupos cristianos. De ese modo, lo que nació de la Reforma, desde hace siglos tiende a fraccionarse, cada vez más, hasta llegar a las dos mil "denominaciones" existentes hoy en Estados Unidos, que proceden de las cuatro o cinco confesiones iniciales.

No sucede lo mismo en el catolicismo, donde los centenares, o los millares de "sensibilidades", de "espiritualidades" distintas no se convirtieron -ni se convierten- en iglesias litigiosas, sino en las órdenes, congregaciones, institutos, movimientos, familias, todos ellos reconocidos por la Iglesia -después de las oportunas comprobaciones-, como si fueran teselas de ese mosaico policromo que es la Iglesia. Una sola "vocación", pero infinitos modos de vivirla.

Quién va y quién viene

Llegados a este punto, preveo la pregunta que yo mismo me planteé: ¿cómo se "prueba" la vocación, la llamada específica al Opus Dei? "¿Cómo se sabe que se ha recibido esta llamada? El modo más sencillo -y el más frecuente- sucede cuando una persona entra en relación de amistad con otras que ya pertenecen a la Prelatura, conoce su espíritu y, si es el caso, comienza a preguntarse si no será también su camino. Quienes juzgan si efectivamente hay "indicios" de vocación son los responsables locales del Opus Dei. En definitiva, es la Prelatura quien admite. Como sucede en cualquier organización voluntaria, el Opus Dei se reserva el derecho de admisión. Libertad por los dos lados: por parte de quien solicita ser aceptado, y por parte de la Prelatura de aceptarlo o no". Así dice un texto oficial.

Y en el caso de que haya "vocación" -o al menos indicios de "vocación"-, ¿quién puede llamar a la puerta para salir de dudas, y para que otros lo comprueben de modo objetivo, en la medida que esto es posible para los hombres?

La respuesta es muy sencilla: todos. Hombres y mujeres, solteros, casados o viudos, de cualquier condición social, nacionalidad, raza, con al menos dieciocho años pero sin

límite de edad por arriba. Me contaron que no pocos han entrado en el Opus Dei con ochenta y con más años: "obreros de la última hora", según las categorías evangélicas, pero no por eso rechazados.

Bien sé que -más aquí que en otros temas- sospecharéis que he sido excesivamente benévolo a la hora de investigar la "leyenda negra" sobre esta "masonería blanca".

Permitidme, sin embargo, que señale un hecho objetivo, que he podido comprobar personalmente, aunque haya sido "desde fuera". Es cierto que podrían haberme inducido a error, seleccionando a las personas que me presentaban; pero son las estadísticas actualizadas sobre la institución las que lo confirman. Esas estadísticas demuestran que no estamos ante un grupo exclusivo y elitista, en el que pueden entrar sólo ricos y poderosos; o, al menos, gente con posición desahogada y cierta relevancia social.

La sorpresa es grande al descubrir que -como declaró en varias ocasiones el Cardenal Jaime L. Sin, arzobispo de Manila- en esa zona deprimida como son las Filipinas, el Opus Dei es una de las instituciones católicas que no se limita a "ayudar" a los pobres, sino que hace mucho más: los cuentan entre sus miembros a pleno título. O cuando se descubre que el Opus Dei está bien implantado en las favelas y en las villas miserias de América Latina. O también cuando se observa al más de medio millón de peregrinos -en gran parte auténticos "proletarios", según las viejas categorías: es decir, de posición modesta- que cada año invade Torreciudad, "el" santuario del Opus Dei. Y no pocos de esos desfavorecidos romeros forman parte del Opus Dei.

Por otra parte, ya vimos que incluso el malévolo "The Economist" atribuyó a la Prelatura la nota mínima en cuanto a exclusivity: un miserable "uno" (calificación poco refinada para paladares elitistas), frente a los "cuatro" y "cinco" de algunos clubes y asociaciones.

Escuchemos de nuevo a Gómez Pérez, ensayista informado y todo lo objetivo que resulta posible a una persona existencialmente "comprometida": "La curva profesional de los miembros responde a lo normal: una mayoría de personas con profesiones u oficios de los que se suele obtener una mediana renta; unos pocos de renta alta y algo más que unos pocos con menores rentas. Pero esa generalización, con ser muy amplia, no serviría, por ejemplo, para algunos países americanos, africanos o asiáticos, en peores condiciones de vida. Quizá se pueda decir que existe una inflación de profesiones intelectuales, sobre todo profesores. Respecto a la profesión, la idea central que basta para entender el resto, es que ninguna profesión honrada es obstáculo para pertenecer al Opus Dei. El hecho de

estar situado socialmente más alto no confiere ningún tipo de privilegio a los miembros del Opus Dei en el seno de la institución. Para lo que se unen en la Prelatura -la vida interior y el apostolado- todos son radicalmente iguales: una misma vocación y unos mismos medios de formación".

En realidad, el porcentaje de intelectuales, más elevado que en los grupos humanos normales, no es un hecho estadístico casual: parece derivar de una atención particular hacia aquellos ambientes. Por decirlo con las palabras "oficiales" del texto de la Postulación que cité antes: "El fin para el que el Señor la suscitó es que la gente de todas las categorías sociales, comenzando por los intelectuales, para llegar después a todos...".

El punto 978 de Camino es significativo al respecto. Citando la frase de Jesús a sus discípulos ("Venid detrás de mí, y os haré pescadores de hombres"), Escrivá comenta: "No sin misterio emplea el Señor estas palabras: a los hombres -como a los peces- hay que cogerlos por la cabeza".

En efecto, hoy es más superfluo que nunca señalar que a través de los intelectuales llega al resto de la sociedad la mayoría de las ideas y de los modos de comportamiento. Como ha escrito el cardenal Paul Poupard, presidente del Pontificio Consejo para la Cultura: "El beato Escrivá dedicó siempre la máxima atención a los que trabajaban con las ideas y a los que las transmiten, porque nunca como en nuestro siglo el problema de los problemas, para el cristianismo, es la relación del evangelio con la cultura, es la evangelización de las inteligencias".

Junto a esa estrategia, real, existe también una explicación práctica, ligada a la historia de la Obra, que comenzó con un grupo de jóvenes universitarios que siguieron a aquel extraño sacerdote. Las primeras "obras corporativas" en Madrid fueron una academia y una residencia para estudiantes, sobre todo de derecho y arquitectura. Y como en la institución se evangeliza "de igual a igual", difundiendo la propuesta cristiana, en primer lugar, en el círculo más estrecho de amistades (que normalmente comparten un mismo ambiente social y cultural), el "mensaje Opus Dei" penetró de modo prioritario en los *millieux* intelectuales, aunque con el tiempo se ha llegado a los demás ambientes. Apuntemos también que tampoco aquí se cumple la "leyenda": son los profesores, los hombres de cultura (que de ordinario no gozan de una posición desahogada) quienes tienen cierta prevalencia en la Obra: no los "capitalistas", los profesionales ricos, los hombres de negocios, como se cree y se escribe.

Es también significativo que, por no salir de Roma, entre las "obras de la Obra" haya residencias de estudiantes universitarios (la mayor parte de origen modesto, como señalamos al hablar de Pamplona), pero también residencias para obreros y artesanos en formación; y que hay Centros tanto en los barrios acomodados como en los populares.

Una realidad como, por citar un ejemplo de los mil casos posibles, el Instituto rural

Valle Grande, que es una de las más importantes entidades americanas en favor de los campesinos más pobres del Perú, y que está gestionada en gran parte por campesinos que -como tantos otros- pertenecen al Opus Dei.

"Recordad que de cien almas, nos interesan las cien. La del indio de los Andes tanto como la del hombre de negocios de Wall Street; la del ama de casa tanto como la del premio Nobel de astrofísica".

Esta indicación del fundador me pareció una de las más presentes en las actividades de la Prelatura. Así lo prueba también el hecho de que muchos ataques provengan de los que -tanto dentro como fuera de la Iglesia- les acusan de no hacer "opciones preferenciales" en el apostolado, de dirigirse a todos con la misma atención, sin excluir a priori a nadie; y sin pedir a nadie que trabaje en algo distinto de lo que hace, ya sea "capitalista" o "proletario". Rechazan así los esquemas demagógicos (carentes de cualquier justificación en el Nuevo Testamento, que está a años-luz de tabúes modernos como los marxistas), difundidos también en ambientes cristianos y que confunden la pobreza "económica" con la pobreza "evangélica".

Desde una perspectiva cristiana, no hay "pobres" más necesitados de ayuda espiritual que tantos ricos. La simple "pobreza" de bienes materiales no es salvífica por sí misma; todo depende no del rédito sino de la actitud del corazón. Sólo en las fábulas edificantes para gauchistes ingenuos, el que carece de medios económicos es siempre bueno, pacífico, altruista. Dice Peter Berglar: "tratar con caridad sólo a los "pobres" es una deformación del espíritu cristiano, desde el momento que los "ricos" -como sabemos por el evangelio- tienen una necesidad particular de la gracia de Dios para salvarse. Y, por consiguiente, están más necesitados de la caridad del prójimo".

Una perspectiva "humana, demasiado humana" (del tipo "clases hegemónicas", "clases inferiores") insidió la visión religiosa, que por el contrario todo lo juzga en términos de gracia y de pecado, de caridad y de egoísmo, de desprendimiento y de avaricia.

Con palabras de Oscar Cullmann: "el evangelio no llama a los pobres a la sublevación, sino a los ricos a la responsabilidad. Al recordar que todos, sea cual fuere su posición económica, necesitan el arrepentimiento y el perdón, la "revolución" de Jesús no es superficial como la de los ideólogos modernos: llega hasta el fondo, advierte que la sociedad no mejorará si cada uno -sea pobre o rico- no mejora personalmente". No olvidemos que un revolucionario, en sentido sociopolítico, es una persona que "quiere cambiarlo todo y a todos, salvo a sí mismo". Uno dispuesto siempre a recitar el mea culpa, pero golpeando el pecho de los demás.

A este propósito decía Escrivá: "Jesucristo en la cruz no extendió sólo el brazo derecho o el izquierdo: extendió los dos".

Pero no creáis que todos acepten esta universalidad de la salvación: algunos clericales "del brazo izquierdo" se lamentan (y algo más que lamentarse) porque querrían el monopolio de la atención para sus protegidos, excluyendo a los seguidores de los del "brazo derecho".

Lo contrario sucede también, y con más frecuencia de lo que podría creerse: no faltan los gritos de protesta y las acusaciones de los clericales del "brazo derecho", que cuando oyen hablar de un cristianismo que rechaza ser de algo propio de burgueses (o de aristócratas), olfatean inmediatamente demagogia, populismo, subversión.

Este fuego cruzado es, desde una perspectiva evangélica, una buena señal. Como dijo un antiguo Padre de la Iglesia: "Quien pretenda amar a todos, será salvado. Pero quien pretenda agradar a todos, no será salvado".

Vocaciones con contrato

Hemos visto hasta el momento quién entra en el Opus Dei y por qué. Queda por ver cómo se entra y, si es el caso, cómo se permanece. Para explicarlo usaré de nuevo la imagen de la "agencia".

Los miembros del Opus Dei no se unen a la Prelatura por medio de votos u otro tipo de vínculos "sagrados", como puede suponer quien conserve las ideas tradicionales sobre el mundo religioso, sino mediante un contrato de carácter laical. El acuerdo entre el Opus Dei y el fiel que solicita libremente la adhesión tiene la forma de un auténtico vínculo contractual, formalizado en presencia de dos testigos en un lugar cualquiera -no en una iglesia-, "sin solemnidad alguna, conservando el carácter privado".

Escuchemos a quien de esto sabe mucho: "Para resaltar debidamente el carácter secular de la incorporación, la Congregación para los Obispos (de la que la Obra depende, no de la de religiosos) puntualiza que no tiene lugar en virtud de unos votos. El vínculo de los miembros del Opus Dei es de naturaleza radicalmente distinta respecto al de los religiosos y al de aquellos que se consagran con la emisión de los votos de pobreza, castidad y obediencia. En consecuencia, la condición o el estado personal de los miembros no resulta modificado para nada por la pertenencia a la Prelatura: la ausencia radical de un "vínculo sagrado", por el contrario, explica que cada uno siga siendo un fiel laico corriente de la diócesis a la que pertenece".

Muy sencillo, por tanto. Y también desconcertante (incluso para mí, lo confieso, que no tenía ideas claras sobre este punto, como sobre otras directrices de vialé Bruno Buozzi).

En la práctica, las cosas suceden del siguiente modo. De un lado está la Prelatura, que se compromete, en virtud del contrato, a proporcionar una asidua formación religiosa, doctrinal, espiritual, ascética y apostólica. Con ese fin pone a disposición

de sus fieles la específica atención pastoral (cuidadosamente "personalizada") de sus sacerdotes. "La institución", dice un documento, "se compromete a que no falte a ninguno de sus miembros la asistencia espiritual y formativa que tiene como fin la santificación en medio del mundo, organizando una especie de training permanente en vida interior y en apostolado".

Del otro lado está el fiel laico, que (impulsado por la "vocación", no se olvide: dan mucha importancia a este punto, y con razón) ha decidido acudir a los mencionados "servicios" de la "agencia espiritual". Se trata de ser al mismo tiempo "usuario" y "socio". Lo que se da y lo que se recibe en virtud de este contrato afecta sólo al plano religioso, pues los ámbitos temporales están explícita y totalmente excluidos del contrato.

El interesado "declara" (son de nuevo palabras oficiales) que "en pleno uso de su libertad, tiene el firme propósito de dedicarse con todas sus fuerzas a la búsqueda de la santidad y a ejercer el apostolado, según el espíritu y la praxis del Opus Dei. Y se obliga desde ese momento (hasta la renovación, el año siguiente; o para toda la vida, pero no antes de cinco renovaciones anuales sucesivas y teniendo, al menos, 23 años) a permanecer bajo la jurisdicción del Prelado para lo que se refiere a los compromisos ascéticos, formativos y apostólicos dirigidos a la consecución de los fines espirituales de la Prelatura".

Para todo lo demás, continúa teniendo respecto del propio obispo (y de la Iglesia en general) los mismos derechos y deberes que cualquier fiel católico corriente, pues permanece como tal. Del mismo modo, reconoce y respeta las leyes civiles y penales de su país, puesto que su pertenencia a la Obra, a la que se une por vínculos exclusivamente espirituales, se mueve exclusivamente en la esfera de la libertad religiosa. Es, como recordarán, lo que reconoció el ministro italiano del Interior, después de una atenta investigación.

Sobre los derechos y deberes mutuos y sobre los compromisos que libremente asumen las dos partes volveremos en los capítulos siguientes. Limitémonos, por ahora, a señalar que existe una red de contratos entre la Prelatura y decenas de millares de hombres y mujeres de noventa nacionalidades.

Este hecho no implica la constitución de una especie de "multinacional del espíritu", homologable a las grandes instituciones político-económicas; ni tampoco origina algo parecido a una American Express de la fe.

El contrato garantiza el carácter laical, impide que el Opus Dei se convierta en una orden o una congregación, y sus miembros en religiosos, vinculados por votos o por promesas sagradas. (Ya en 1941, Escrivá dejó escrito: "Nos interesan todas las virtudes. No nos interesan en cambio los votos, aunque bajo el aspecto teológico son dignos de todo respeto y con mucho respeto los vemos en los demás. Pero no son para nosotros").

El vínculo contractual resalta y asegura el espíritu laical. Queda claro que el Opus

Dei no es una orden, ni una congregación, ni un instituto secular (aunque durante decenios tuvo que encuadrarse por necesidad en esa figura, ante la inexistencia de otra fórmula mejor en el derecho canónico), pero tampoco es una sociedad económica, una fundación cultural, un club, un sindicato, una liga.

La Obra es algo más, una realidad distinta de una "agencia" o una "gasolinera", a las que la habíamos comparado para intentar conocerla mejor.

El Opus Dei se presenta, desde el comienzo, como una familia. Es hoy día un término arriesgado. Los maliciosos y los suspicaces irreducibles se sentirán tentados a preguntar: "¿una "familia" en sentido mafioso?". Para otros, este término evoca unas relaciones patológicas, de "nudo de víboras", de oscuros complejos psicoanalíticos, que llevaron a André Gide a gritar (aunque su pública pederastia no le otorga a este respecto una especial credibilidad): "¡Familias, os odio!".

Que cada cual elija entre las intenciones de unos y otros que, verdaderamente, son bien distintas. La intención expresada por la Prelatura -tanto en su espiritualidad como en la organización- es la de situarse en la misma dinámica familiar que rige todo cuanto hay en el cristianismo, esa fe que tiene como oración fundamental (la única que Jesús mismo enseñó) el Padrenuestro, y que invita a todos a considerarse "hermanos y hermanas". Una fe que llama a su jefe visible, tenido por el "Vice" de quien está en el Cielo, no "presidente" o "general" o "caudillo" u otras cosas por el estilo, sino "Santo Padre" (y "papa", como es bien sabido, viene del griego, donde quiere decir "papá"). Una fe que, en el último Concilio, ha definido la Iglesia como "la casa de Dios, donde habita su familia".

Resulta por eso coherente que, sobre la tumba donde yacía el cuerpo de Escrivá de Balaguer antes de la beatificación y de su traslado al altar principal de la iglesia prelaticia -corazón de la sede de Bruno Buozzi-, estuviesen grabados en bronce dorado un artículo y un sustantivo: " El Padre".

También parece lógico que los estatutos aprobados solemnemente por la Santa Sede atribuyan oficialmente al Prelado ese título familiar, en un artículo que dice así: "Debe ser para todos los fieles de la Prelatura un maestro y un padre que ame verdaderamente a todos en el corazón de Jesucristo, que cuide a todos, que enseñe a todos, que se gaste y se sacrifique con gusto en beneficio de todos, en una efusión de caridad".

No hay que olvidar tampoco que, a diferencia de esas "sociedades de solteros" que son los conventos y los monasterios de frailes y de monjas, la grandísima mayoría de los miembros está compuesta por padres y madres de familia, o de hijos e hijas que viven en familia, cada uno en su propia casa. Por tanto, no es difícil pedir que en la Obra se viva el "espíritu de familia".

Esta realidad explica otra singularidad (que quizá no lo sea tanto, ya que se desprende de las premisas que guían la dinámica de la Institución). La

"singularidad" es esta: el Opus Dei es un "bloque único", sin distinciones internas que no sean contingentes, organizativas, ligadas más a las situaciones personales que a la espiritualidad.

Escuchemos a Le Tourneau: "Monseñor Escrivá de Balaguer recalcó con frecuencia que todos los miembros del Opus Dei tienen la misma vocación, reciben idéntica llamada a la santidad y al apostolado en el ejercicio de su trabajo, y que, por eso, no hay diversas categorías de miembros: unos no son más importantes que otros ni han recibido una vocación más exigente; todos son iguales, aunque su situación sea diversa, ya que en el Opus Dei hay sacerdotes y laicos, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, solteros, casados y viudos. Los laicos, además, pertenecen a todas las clases sociales, a todas las razas, y ejercen las más variadas profesiones. La unicidad de la vocación se traduce en el hecho de que todos los fieles de la Prelatura -sacerdotes incluidos- adquieren los mismos compromisos ascéticos, apostólicos y de formación doctrinal".

¿Pero cómo? ¿Los sacerdotes igual que los laicos? Hay motivo para plantearse esta pregunta. Y no es fácil intentar explicarlo con las palabras "técnicas" -que siempre son un poco "crípticas"- que se usan en informes y publicaciones especializadas, como esa que dice: "Como semejante unidad de vocación y en los consiguientes derechos y deberes en la Obra se refiere también a los sacerdotes, es preciso buscar su fundamento en la complementariedad existente entre el sacerdocio ministerial y el sacerdocio común de los fieles: ambos se integran, para realizar la única finalidad apostólica del Opus Dei".

En sustancia -y con palabras más claras: esto no es un manual de teología-, creo que podríamos explicarlo de este modo: uno de los fundamentos mismos de la teología católica, pero que con el paso de los siglos se había desdibujado un poco (también por reacción frente a la Reforma protestante, que procedió de un modo que Roma consideró subversivo) es el bautismo, por el cual todos los fieles participan en el sacerdocio de Cristo y entran a formar parte de un "pueblo sacerdotal". Es decir, hay un "sacerdocio común" (así llamado porque es común a todos los bautizados) y otro sacerdocio "jerárquico" o "ministerial" (en razón del munus, el servicio a los hermanos), reservado a los que son llamados a él y reciben de la Iglesia el sacramento del Orden.

Como es lógico, se evita cuidadosamente la postura protestante, que niega tout court el sacramento del orden, el sacerdocio "ministerial": para los protestantes -y ni siquiera para todos-, los pastores son como máximo personas "consagradas", pero no están "ordenados", no son "sacerdotes". La teología católica auténtica (confirmada expresamente en el último concilio), establece que la diferencia entre el sacerdocio de "todos los bautizados" y el de "los ordenados" con el sacramento específico no es sólo de grado, es decir, más o menos intenso, sino esencial. Pero una vez precisado esto, en una perspectiva católica correcta, "laicos" y "sacerdotes" no son estados tan lejanos, sino que existe cierta "consanguinidad" entre ellos. No les separa un abismo, como ha querido hacer creer cierta teología clerical que veía en la Iglesia sólo al clero, y que reconocía a la grey de los laicos

(según el famoso chiste parroquial) sólo tres derechos, correspondientes a otras tantas "posturas": de rodillas frente al altar, sentados para escuchar la predicación y con las manos en los bolsillos para buscar el monedero para las limosnas...

Movido por su "visión", Escrivá se esforzó desde 1928 por conseguir la revalorización plena de los laicos y la superación de la concepción, consolidada por el paso de los siglos, de una Iglesia dividida en clases "superiores" e "inferiores", que consideraba a los "ordenados" y "consagrados" como sus únicos miembros de pleno derecho.

Esta perspectiva (igualdad de derechos, y por consiguiente igualdad de deberes) plantea la necesidad de que todos los creyentes se tomen en serio todo el evangelio; que cada bautizado se esfuerce por ser "santo" y, por natural consecuencia, "apóstol". Todos juntos forman "la Iglesia"; es decir -como indica la etimología-, la "comunidad de los convocados" por Cristo.

Así se explica la insistencia en el hecho de que en el Opus Dei "la vocación es la misma para todos". Como me han contado varios de sus seguidores, Escrivá solía usar la figura del puchero: "en la Obra hay un único puchero, del que cada uno toma según su necesidad y situación personal".

Este mensaje se enraiza en la Tradición católica más antigua y auténtica. Sin embargo, fue obstaculizado y combatido por hombres de Iglesia muy autorizados, que lanzaron incluso acusaciones de "herejía" y denuncias ante lo que por entonces se llamaba "Sagrada Congregación del Santo Oficio", nombre de resonancias tenebrosas.

Escrivá rechazó entrar en polémica con esas personas y siguió adelante, tenaz, por su camino, a pesar de la "peor de las persecuciones, la de los buenos". Algunos miembros (no todos, ciertamente) de alguna orden religiosa impulsaron esos ataques escritos y verbales. Hubo quien no se quedó ahí y se sintió en la obligación de visitar los hogares de los jóvenes que se juntaban alrededor de Escrivá, aterrorizando a sus padres al asegurarles que sus hijos estaban en peligro de condenación porque seguían a un hereje que proclamaba que todos están llamados a la perfección cristiana, y no sólo los "consagrados".

Fue necesario el concilio Vaticano II para confirmar solemnemente que el Opus Dei tenía razón. La confirmación conciliar no se limitó a este punto, sino también a otros aspectos de "su" teología. Aunque, como veremos con más detalle, la Prelatura no la considera "suya", pues rechaza tener una línea teológica propia. No quiere crear "escuela" o "tendencias", sino que se limita a proponer el Credo, tal y como es propuesto e interpretado por el Magisterio papal y definido por las enseñanzas de los dogmas y los concilios.

El papel desempeñado por el Opus Dei ha sido ampliamente reconocido, aunque no por su carácter "vanguardista". En la Iglesia, no hay nada que inventar; nada es más "moderno" que volver a lo antiguo, sobre todo a lo más "antiguo" de todo: el

Nuevo Testamento, aunque, bajo el impulso de la historia, se profundice continuamente en su comprensión. Entre esos reconocimientos, que proceden de cinco pontífices y de numerosos obispos, arzobispos y cardenales, escojo el del Cardenal Kőnig, que ha sido durante casi treinta años arzobispo de la diócesis de Viena.

En 1975, pocos meses después de la muerte de Escrivá, este cardenal escribía: "Probablemente, la fuerza magnética del Opus Dei procede de su profunda espiritualidad del laicado. Cuando lo fundó en 1928, monseñor Escrivá anticipó lo que, con el concilio Vaticano II, ha vuelto a ser patrimonio común de la Iglesia". Y continuaba el purpurado: "A quienes le siguieron, Escrivá recordó con mucha claridad que el lugar del cristiano es en medio del mundo. Se opuso a cualquier falso espiritualismo, equivalente casi a la negación de la verdad central del cristianismo: la fe en la Encarnación".

¿Por qué citar a Kőnig? ¿Por qué escogerle precisamente a él, en una lista de nombres en la que aparece el mismo Papa actual? Juan Pablo II, en efecto, ha reconocido en muchas ocasiones la aportación de la Obra, con palabras como estas: "Gran ideal es el vuestro, que desde los comienzos anticipó esa teología del laicado que caracterizó después a la Iglesia del Concilio y del post-Concilio. Ese es, pues, el mensaje y la espiritualidad del Opus Dei". Pero Karol Wojtyła resulta sospechoso -"el papa polaco", le llaman con un tono ciertamente no positivo- ante cierta *intelligenza* clerical.

No así Franz Kőnig, considerado uno de los líderes -en el Concilio y en el post-Concilio- de la corriente llamada "progresista". Tanto es así que, cuando publiqué un libro que contenía la primera entrevista de la historia al Prefecto del ex-Santo Oficio (ahora llamada públicamente "Congregación para la doctrina de la fe"), el cardenal Joseph Ratzinger, cierta editorial católica intentó demonizar esas páginas, vituperadas como "el manifiesto de la restauración anticonciliar", con entrevistas sobre los mismos temas al arzobispo de Viena, entonces ya anciano y emérito, pero visto aún como defensor infatigable de la "apertura", de las "conquistas conciliares", contra las "oscuras maniobras de los reaccionarios que quieren archivar el Vaticano II".

Pues este símbolo de los progresistas en el Colegio cardenalicio, este "valeroso guardián de las conquistas irreversibles del Vaticano II", reconoce que ese Concilio -y en puntos no marginales, sino neurálgicos- confirmó el trabajo realizado durante décadas por la Obra, entre la contestación de tantos. Paradoja de una institución que fue considerada por algunos progresistas como depositaria de un catolicismo tridentino y reaccionario.

Y no sólo eso: Kinig retomó más tarde el tema, para profetizar que el mensaje de Escrivá tendría en la Iglesia el mismo futuro que hemos conjeturado al inicio de este informe. El arzobispo de Viena señaló: "La profunda humanidad del fundador del Opus Dei reflejaba los rasgos de nuestra época. Pero su carisma -el de quien ha sido escogido para realizar una obra de Dios- lo proyectaba ya hacia el futuro.

Pudo así anticipar los grandes temas de la acción pastoral de la Iglesia en estos albores del tercer milenio de su historia".

¿Resulta, por tanto, que los presuntos "anticonciliares", según el simplista esquema consolidado, han sido los precursores y artífices de la renovación conciliar? ¿No estaremos quizá ante otro de los clichés a los que hay que dar la vuelta, como ya vimos con el del antiecumenismo (cooperadores docent)?

Todo parece indicar que sí, según las palabras de hombres de Iglesia que han sido presentados (o disfrazados por sus propagandistas) como símbolos de "apertura". Junto a un König, por ejemplo, vemos también a un Carlo Maria Martini, arzobispo de Milán, aclamado con frecuencia -y probablemente instrumentalizado también él, en contra de su carácter de pastor fiel y riguroso- como "el rostro actual y humano de la Iglesia", para contraponerlo a otros estilos de enseñanza y de pastoral, que serían signos de anacronismo y de represión: "La fecundidad espiritual de monseñor Escrivá tiene algo de increíble (...) Quien escribe y habla como él manifiesta -para él y para los demás- una santidad sincera, genuina".

Ya antes, Pablo VI, el Papa que no sólo resistió las presiones para interrumpir el Vaticano II y lo llevó a término, sino que además abrió la serie de las reformas conciliares, dijo de esta Obra: "Ha nacido en estos años nuestros como viva expresión de la perenne juventud de la Iglesia, plenamente abierta a las exigencias de un apostolado moderno". Y todavía alguno dice que "los nuevos tiempos" la convertirían en algo anacrónico.

Sobre mi mesa de trabajo, como instrumento de consulta rápido y frecuente, tengo al alcance de la mano las casi 1.700 densas páginas de la Garzantina, la enciclopedia de bolsillo más difundida en Italia.

Entre los millares de voces, está también la de "Romero, Oscar Arnulfo (1917-1980), religioso salvadoreño", que dice: "Arzobispo de San Salvador, símbolo de las fuerzas progresistas, fue asesinado por terroristas de derechas". Una definición significativa, en su extrema brevedad.

De este "mártir del evangelio", convertido -como dice la Garzantina- en "símbolo de las fuerzas progresistas", y quizá instrumentalizado brutalmente por las "izquierdas", tanto eclesiales como políticas, se lee lo siguiente en su biografía escrita por Jesús Delgado: "Monseñor Romero había conocido en Europa, en 1955, a Monseñor Escrivá de Balaguer -el fundador del Opus Dei- y en seguida surgió una relación de amistad, porque admiraba en él su destacada rectitud y su gran fe. En el comportamiento de Escrivá, dueño siempre de sí mismo también en los momentos más expansivos, el P Romero descubrió además el equilibrio entre una exigente santidad personal y la total apertura hacia los demás. Esta era precisamente la virtud que Romero sentía necesitar: por eso, la personalidad de Escrivá de Balaguer le atrajo inmediatamente. Pero el interés de Romero por el Opus Dei tenía también otra raíz. La institución ponía entre sus preocupaciones

primarias la de ayudar al clero diocesano a mantener una espiritualidad intensa, un espíritu de dedicación y de fidelidad a la Iglesia, también en el ajetreo de las tareas parroquiales. Un ideal que correspondía perfectamente con el de Romero. Era pues lógico que se sintiese inclinado a cultivar la amistad con los miembros del Opus Dei aunque, en sentido pleno, nunca llegó a formar parte de esta organización".

Un año antes de ser asesinado por predicar las exigencias sociales del evangelio, monseñor Romero anotó en su diario personal (inédito en Italia y -me parece- en toda Europa), con fecha 6 de septiembre de 1979: "Almuerzo con los padres del Opus Dei. Me contaron de su trabajo con profesionales, con estudiantes y también con obreros y personal del servicio. Es una obra silenciosa, de mucha espiritualidad... Es una mina de riqueza para toda la Iglesia, la santidad del laico en su profesión".

El 12 de julio de 1975, pocos días después de la muerte de Escrivá, el arzobispo de San Salvador sintió la necesidad de escribir al Papa para solicitarle, "en nombre de la mayor gloria de Dios y del bien de las almas", que abriera pronto la causa de beatificación y canonización. Es una carta (tengo delante una copia, tomada de los archivos de la Prelatura) de pasión extraordinaria, en la que monseñor Romero confía a Pablo VI que "tiene una deuda de profunda gratitud a los sacerdotes del Opus Dei, a los que he confiado con mucho fruto y satisfacción la dirección espiritual de mi vida y la de mis sacerdotes". Se dice, entre otras cosas: "Personas de todas las clases sociales encuentran en el Opus Dei una orientación segura para vivir como hijos de Dios en medio de sus deberes familiares y sociales: esto sin duda se debe a la vida y a la doctrina de su fundador (...) Monseñor Escrivá -al que conocí personalmente- supo unir un diálogo continuo con el Señor a una gran humanidad: se descubría en seguida que era un hombre de Dios, su trato estaba lleno de delicadeza, cariño y buen humor (...). Desde hace muchos años conozco el trabajo de la Obra aquí en El Salvador y puedo testimoniar el sentido sobrenatural que lo anima y la fidelidad al Magisterio que lo caracteriza...".

Otro hombre de Iglesia, el cardenal Ugo Poletti, con palabras escogidas con extrema prudencia, señaló en el decreto oficial de introducción de la causa de beatificación que el fundador del Opus Dei "ha sido reconocido como un precursor del Concilio".

Y no sólo por la revaloración del papel de los laicos o por su insistencia en el hecho de que todos los cristianos están llamados a la santidad en su vida ordinaria, de trabajo. También -por señalar un campo de no poca importancia por el "redescubrimiento" del matrimonio y de la vida familiar como auténtica "vocación" al mismo nivel de las que conducen al celibato y a la virginidad. Camino, punto 27: "¿Te ríes porque te digo que tienes "vocación matrimonial"? -Pues la tienes: así, vocación".

Podríamos multiplicar las citas. Por ejemplo: "El matrimonio no es, para un

cristiano, una simple institución social, ni mucho menos un remedio para las debilidades humanas: es una auténtica vocación sobrenatural. Sacramento grande en Cristo y en la Iglesia, dice san Pablo".

Después del Concilio, para un católico todo esto resulta evidente. Pero después del Concilio, y no unas décadas antes, cuando semejante perspectiva provocaba hilaridad, y no pocas veces escándalos y denuncias. Por "herejía", naturalmente.

Parece pues que los "anticipos" del Vaticano II por parte de la Obra no se limitan a la superación de una visión clerical de la Iglesia, con la revalorización del sacerdocio del todos los fieles. Entre otras cosas -y es algo que rara vez se advierte- porque el "sacerdocio común" conferido por el bautismo incumbe a los dos sexos y no tiene diferencias de "grado" (no es "más" para los varones ni "menos" para las mujeres...). No insisto en este punto, pero son evidentes las consecuencias de este hecho para el reforzamiento del papel y de la dignidad de la mujer en la Iglesia. Volvemos a encontrarnos ante un planteamiento que sería calificado de "progresista" para quienes ven los fenómenos eclesiales desde una óptica "política".

¿De dónde procede entonces la agresividad de los que se proclaman "paladines conciliares" hacia una institución que, en los hechos, parece ser una de las mayores precursoras del mitificado "espíritu conciliar"?

Las razones son múltiples, y ya he mencionado algunas. En sustancia, el motivo principal es, a mi juicio, el siguiente: Escrivá y su Obra apoyaron un Vaticano II que les confirmaba en su vocación (monseñor Del Portillo, brazo derecho del beato, participó activamente en los trabajos de importantes comisiones conciliares), en cambio, pasado el Concilio, se opusieron a lo que se llamó "el Concilio imaginario".

Permanecieron fieles a los documentos, a la letra y a las intenciones de la asamblea de los obispos, pero rechazaron cualquier fuga hacia adelante y, sobre todo, consideraron el Vaticano II en continuidad con la bimilenaria Tradición de la Iglesia. Una profundización, un progreso, una actualización, pero sin olvidar ni renegar de nada de lo que en la fe es inmutable: sin considerar, por tanto, ese XXI concilio ecuménico de la Iglesia Católica como una especie de ruptura con lo anterior, un nuevo inicio, o una revolución copernicana.

Desde una perspectiva de fe, es fácil advertir cierta paradoja en los clamores de muchos clericales -los "contestatarios" en primer lugar, aunque no fueron los únicos- convencidos de que sólo a partir de los años sesenta del siglo XX un grupo de teólogos académicos, de profesores tonsurados y "al día", habría descubierto qué quería decir realmente el evangelio. Como si fuese posible que durante tantos siglos, el Espíritu Santo (en el que proclaman creer; más aún, se presentan con frecuencia inspirados directamente por El: ¡cuántos han autocalificado de "proféticas" a sus propias aseveraciones!) hubiera estado en letargo, o peor incluso, se hubiese entretenido sádicamente inspirando de modo

equivocado y abusivo a tantas generaciones de creyentes, muchos de los cuales alcanzaron una santidad que sólo Dios conoce.

Pienso que precisamente por esto, el Opus Dei -apoyado entre otros por Joseph Ratzinger- rechaza hablar de "Iglesia "pre" y "posconciliar"", como si fueran dos realidades distintas e irreconciliables. Por esto, la Obra se opone a cualquier tipo de contestación de la autoridad jerárquica, a cualquier "en mi opinión" en cosas de fe y de moral, a todo aventurismo teológico, a ciertos experimentalismos pastorales y litúrgicos.

Muchos no le han perdonado esa posición. Como escribe un biógrafo: "Monseñor Escrivá sufrió agudamente la confusión doctrinal que algunos sembraron en la Iglesia, deformando las enseñanzas del Vaticano II". Sufrimiento no por lo que había dicho el concilio, sino por lo que se le hacía decir al concilio, "deformando" tanto su espíritu como su letra.

Laicos, pero de verdad

No le faltaba razón al que dijo: "antes del Concilio, la Obra fue acusada de "herejía" porque decía lo que redescubriría el Vaticano II. Después del Concilio también fue acusada de herejía, pero de la "herejía" de obedecer al Papa y de enseñar la fe y la moral de la Iglesia".

En cualquier caso, es un hecho documentable que el mismo status de "Prelatura personal" -aplicado por primera vez en la historia al Opus Dei- es un fruto directo del Vaticano II. Sin aquel Concilio, que introdujo esa novedad, la Obra no habría encontrado su "puerto".

Podríamos añadir otras pruebas de sintonía con el Concilio: por ejemplo, la visión optimista del mundo y de los hombres, unida a un sentido realista de la fragilidad de las criaturas, expuestas siempre al pecado. Una célebre homilía de Escrivá tiene por título, significativamente, Amar al mundo apasionadamente. Estos rasgos confirman las consideraciones que hice sobre el futuro de la Obra. A diferencia de casi todas las demás instituciones de la Iglesia, el Opus Dei no ha necesitado aggiornamento de ningún tipo. Aquella asamblea episcopal, que hizo tambalearse a árboles seculares y puso en crisis a instituciones que habían desafiado los siglos, supuso una confirmación de lo que el Opus Dei repetía casi en solitario.

Por su parte, el beato, con humildad serena, puso de manifiesto lo que debería admitir cualquier observador objetivo que conozca la dinámica de la Iglesia y la de esta institución: "El Opus Dei no tendrá jamás necesidad de adaptarse al mundo, porque todos sus miembros son del mundo; no tendrá que ir detrás del progreso humano, porque son todos los miembros de la Obra, junto con los demás hombres que viven en el mundo, quienes hacen ese progreso con su trabajo ordinario".

En los años duros que siguieron al Concilio, marcados por crisis de identidad -y a veces de fe-, y por la caída del número de practicantes y el de vocaciones, el

Opus Dei marcha claramente contra corriente, puesto que ha crecido año tras año, de modo discreto pero sin pausa, como es su estilo.

Por hacer una comparación con la crudeza de las cifras (pero sin olvidar que, en el espíritu del evangelio, la "cantidad" no es signo indicativo por sí mismo, y que en este campo con frecuencia *small is beautiful*, los Jesuitas (primera Orden católica masculina por número de miembros) eran 35.919 en 1966 y en 1990 habían bajado a 23.778, con una media de edad muy avanzada; los Franciscanos (segunda Orden por número de miembros) pasaron de 25.272 a 18.738. Por lo que se refiere a las mujeres, el primer instituto femenino, las Hijas de la Caridad de San Vicente, en el mismo periodo descendieron de 45.048 a 28.999. Lo mismo sucedió con casi todas las demás familias religiosas, hasta el punto de que algunas se juntan con otras para no desaparecer.

El Opus Dei, durante esos mismos años, siguió creciendo hasta llegar a los actuales 80.000 miembros, llamados todos ellos a alimentarse del mismo puchero. Una única vocación les impulsa a reunirse en una Obra en la que no se hacen "votos" sino "contratos", y en la que "no hay categorías distintas de miembros". Porque, recordémoslo, "para todos la vocación es siempre "plena y completa".

Si eso es cierto, ¿cómo se organiza? Si no hay "categorías" diferentes ni "clases" distintas, ¿qué consecuencias tienen esos nombres que hemos escuchado: numerarios, agregados, supernumerarios? ¿Y de dónde proceden los sacerdotes? ¿A qué se dedican?

En la Obra os responderán en seguida que esos términos (escogidos por espíritu laical, como hemos visto, y probablemente no del todo acertados), indican simplemente "situaciones personales distintas, que implican que la misma vocación se viva de un modo o de otro. Lo que de veras importa -los compromisos espirituales al servicio de una llamada, que es única- es igual para todos".

Como en la Institución se persigue el más alto de los ideales -que, en ocasiones, no excluye el heroísmo-, pero esforzándose por hacer compatible el radicalismo de la fe con la sencillez y la normalidad, convendrá empezar por entender las distintas situaciones. Comencemos no por los sacerdotes ni los miembros célibes (numerarios y numerarias, agregados y agregadas), sino por los supernumerarios.

El nombre es engañoso porque parece dar idea de añadido (el prefijo "super"), o de algo incompleto y superpuesto. En realidad, las mismas fuentes oficiales recuerdan que "la inmensa mayoría de los miembros son supernumerarios y esta es, por decirlo de algún modo, la situación normal en la Obra, puesto que un mayor número de personas, en fidelidad a la vocación cristiana, encuentran su camino en el matrimonio más que en el celibato". En efecto, los supernumerarios - hombres y mujeres- representan actualmente el 70% de los miembros del Opus Dei.

Sigamos con esa explicación oficial, clara y precisa. "Los supernumerarios son

fieles laicos (solteros, casados o viudos) que son llamados a una completa vocación divina -la misma que la de los numerarios y agregados- y que viven esta vocación según la disponibilidad que sus obligaciones familiares les permiten".

Por consiguiente, queda claro que "la ordinaria vocación de supernumerario resalta en primer lugar la realidad de que el matrimonio y la vida familiar son un camino real de santificación".

Pero entonces, ¿por qué los frailes, los curas, las monjas (y también, dentro del Opus Dei, los numerarios y los agregados) no se casan? Transcribo tal cual su respuesta, y que cada uno piense luego como le dé la gana: confieso que este es uno de los nudos más complicados. "Aunque la teología dice que el "celibato por el reino de los cielos" -es decir, no casarse para estar más disponible al servicio de Dios y de los hombres- es superior al estado matrimonial, esto no quiere decir que la renuncia a casarse asegure por sí misma un mayor grado de santidad. En cualquier situación humana, la santidad (que es la meta a la que todos deben tender) depende únicamente de la fidelidad a Dios". En cualquier caso, aseguran que "en el Opus Dei, celibato y matrimonio son vistos no como estados contrapuestos, sino que están entrelazados y orientados ambos hacia el objetivo común: la santificación en la vida profesional". Que, para los sacerdotes, es su "oficio de cura".

Los supernumerarios representan la "normalidad", la vocación estadísticamente más frecuente, y en la que quizá aparece más claro el fin del Opus Dei de cristianizar el mundo desde dentro con gente "del mundo", pero no "mundana". Al mismo tiempo, también es cierto que los numerarios y las numerarias constituyen el "esqueleto" de toda la estructura. Estos últimos son en la actualidad algo menos del 20% del total de miembros.

Acudamos de nuevo a la descripción que hacen las fuentes oficiales: "Numerarios y numerarias son aquellos que han recibido la llamada de Dios a vivir el celibato apostólico y a estar en completa disponibilidad para las tareas de la Prelatura: tareas que se reducen a las de dirección y formación de los demás miembros de la Obra". Sigamos: "Viven habitualmente en los Centros de la Prelatura, pero pueden hacerlo también en otros lugares, si así lo exigen, por ejemplo, las circunstancias del trabajo profesional".

No olvidemos que los numerarios, como cualquier otro "opusdeísta" -del mismo modo, pues, que los supernumerarios-, tienen una profesión, un trabajo "normal", "civil", que ejercen gracias a que todos ellos (y todas ellas) tienen un título académico universitario. "Las tareas de dirección y de formación", por tanto (salvo casos especiales, y en cualquier caso temporales, de llamada a encargos de gobierno interno), se desarrollan en el tiempo libre: cuando cualquier otro hombre o mujer se ocupa de su familia. Que para estos es, más que nunca, el Opus Dei.

A propósito: si en apariencia hablo poco de las mujeres y no les dedico un capítulo especial, no es porque al estudiar los documentos y los textos de formación, o al

observar su actividad, haya apreciado en la institución un residuo de antifeminismo. Sucede todo lo contrario: no hay mucho "especial" que decir.

La insistencia en la unidad de vocación se extiende a los dos sexos: tanto hombres como mujeres pueden ser llamados a santificarse allí donde están y por medio del trabajo. Dejando al margen lógicamente al sacerdocio ministerial, a cada "figura" masculina (numerario, agregado, supernumerario) corresponde otra femenina, con iguales derechos y deberes y con igual variedad de situaciones personales: solteras, viudas y casadas; doctas y poco formadas; pobres y ricas.

Las mujeres del Opus Dei son la mitad del total de los miembros. Si se adhieren a él libremente de forma tan numerosa, a pesar de que Escrivá pensara que no había lugar para ellas; si son tan activas y motivadas, tanto que el número de los "abandonos" -ya singularmente bajo entre los hombres de la Obra, incluso en los tiempos posconciliares- es casi irrelevante; si esta es la realidad, no deben encontrarlo nada malo. Es una comprobación pragmática, pero que vale mucho más que tantas teorías de teología feminista abstracta.

También es significativo lo siguiente: "La presencia de las mujeres en el Opus Dei no significa sólo que la espiritualidad y la misión de la Prelatura están abiertas a todos, sino que tal presencia es necesaria para que reine efectivamente el espíritu de familia (una familia con vínculos sobrenaturales) y se muestre que la Iglesia es verdaderamente familia Dei". Estas casi 40.000 mujeres hacen lo mismo que hacen las demás, según su cultura y su país. Las numerarias tienen un título de estudio, como también lo tienen muchas agregadas (hablaremos también de ellas), y muchas trabajan como directivas, empleadas, empresarias, propietarias de comercios, etc.

Además, algunas numerarias son "administradoras" de los Centros de varones, y en ese puesto coordinan el trabajo de otras mujeres, pertenecientes o no al Opus Dei. Su labor no se equipara a la del voluntariado, al menos en sentido económico y social: es su profesión, que deben santificar y en la que han de santificarse, y -aunque trabajan "para los de dentro"- reciben el salario normal por esas ocupaciones, junto con las demás prestaciones sociales propias de un contrato laboral.

También es trabajo profesional -y uno de los más valiosos y dignos- el de "ama de casa". Así lo describía el fundador: "Ciertamente habrá siempre muchas mujeres que no tengan otra ocupación que llevar adelante su hogar. Yo os digo que ésta es una gran ocupación, que vale la pena. A través de esa profesión -porque lo es, verdadera y noble- influyen positivamente no sólo en la familia, sino en multitud de amigos y de conocidos, en personas con las que de un modo u otro se relacionan, cumpliendo una tarea mucho más extensa a veces que la de otros profesionales".

Pero añadía a continuación: "Eso no se opone a la participación en otros aspectos de la vida social y aun de la política, por ejemplo. También en esos sectores puede dar la mujer una valiosa contribución, como persona, y siempre con las

peculiaridades de su condición femenina".

La clave parece estar aquí: "peculiaridad", "especificidad" de cada sexo. Por tanto, radical igualdad de derechos y de deberes, idéntica dignidad frente a Dios y a los demás, pero sin olvidar que se encarna en una "diversidad" sexual que -como sabemos por la fe- forma parte del plan mismo del Creador; y que no es un simple rasgo de la historia, de las costumbres, de la cultura, que pueda cambiarse por gusto.

El feminismo está marcado por ese sufijo, "¡sino ", frecuentemente preñado de desgracias. El rechazo de la ideología feminista es una defensa de lo más propio de la feminidad, que es indispensable para el mundo: tanto para las mujeres como para los hombres, tanto para las familias como para las profesiones.

Sobre el papel de las mujeres en la Obra y sobre la existencia de "numerarias auxiliares" cuyo trabajo es la administración de los Centros, ha habido clamores y polémicas. Puede ser interesante recoger las palabras al respecto de Peter Berglar, un biógrafo de Escrivá. Sirvirán para entender con qué perspectiva se ven las cosas desde dentro. Perspectiva que no es otra que la católica tout court, pero que corre el peligro (por falta de información quizá) de ser rechazada antes de ser conocida, antes de que se comprendan sus motivos.

Escuchemos al historiador alemán: "En nuestros días, una de las más frecuentes deformaciones de la persona humana, con consecuencias catastróficas, es el desprecio del espíritu de servicio, la sospecha de que favorecer ese espíritu es un maligno fraude de los "poderosos" para humillar a los "oprimidos", que no serían conscientes del engaño. Se piensa que servir es el principal obstáculo para la "autorrealización" personal; por eso, son cada vez más numerosos quienes rechazan servir a otras personas, o que lo hacen con repugnancia. Es ya de por sí un mal que los hombres no quieran servir, pero es un auténtico desastre cuando también las mujeres se contagian de ese rechazo. Muchas jóvenes se someten a todo tipo de humillaciones con tal de trabajar en una oficina o en una fábrica, porque consideran deshonroso trabajar como empleadas del hogar en la cocina u ocupándose de los niños (más aún si es para sus propios hijos, porque entonces no reciben sueldo y "por su culpa" deben quizá abandonar una profesión donde, dicen, "se realizan plenamente"). Innumerables mujeres y madres sufren una frustración crónica, porque se les ha sustraído la conciencia de la dignidad de su vocación específica, una vocación que se funda en las raíces mismas de la humanidad, y permanece en toda época. Por el contrario, tienen una falsa brújula. "Mejor en el paro, me dijo una vez una joven, antes que limpiar los zapatos de otros o hacer las camas. Esas cosas no se me pueden exigir".

Continúa Berglar: "A don Josemaría siempre se le pudo exigir. Dios esperaba mucho de él, y él mismo enseñó durante casi cincuenta años que un serviam! (¡serviré!) dicho por amor de Dios y, en atención a Dios, por amor a los hombres, es el nervio del camino hacia la santidad y, además, condición indispensable para una auténtica e indestructible alegría de vivir. Innumerables veces rechazó la

distinción entre trabajos "prestigiosos" y trabajos "modestos": el trabajo y el servicio reciben valor sólo por el grado de amor con que se realizan. Es evidente, por tanto, que el trabajo del hogar, el "servicio" doméstico en la propia familia o en la de los demás, tiene un valor eminente; y cuando se vive con un amor que se materializa en mil pequeños detalles para crear un hogar de familia agradable, es algo totalmente positivo y natural, especialmente para la mujer. "No hay que olvidar" -decía en 1968 a una periodista- "que se ha querido presentar este trabajo como algo humillante. No es cierto (...) Es necesario que la persona que preste ese servicio esté capacitada, profesionalmente preparada (...). Toda tarea social bien realizada es eso, un estupendo servicio: tanto la tarea de la empleada del hogar como la del profesor o la del juez (...). Para mí igualmente importante es el trabajo de una hija mía que es empleada del hogar, que el trabajo de una hija mía que tiene un título nobiliario".

Concluye Berglar: "Partiendo de estos principios, animó desde el principio a la Sección de mujeres a que erigieran escuelas de ciencias domésticas, donde las jóvenes pudieran aprender a cumplir el trabajo del hogar de modo completo y moderno, a conocer los medios técnicos y los criterios económicos más avanzados y, en fin, a realizar este trabajo con amor, para estar más cerca del corazón de Dios. En cualquier parte del mundo, muchas mujeres viven la vocación al Opus Dei a través de esta forma específica de entrega".

Pero volvamos no a las "categorías", ni mucho menos a las "clases" -quien siguiera hablando así habría entendido bien poco de la Obra-, sino a las "diferentes situaciones personales" que determinan distintas situaciones también en el modo de vivir la única vocación. Subrayo única como recordatorio de lo ya expuesto.

Para acabar con los laicos antes de pasar a los sacerdotes, hay un tercer nombre después de numerarios y supernumerarios: el de agregados (y agregadas). Es una especie de posición intermedia: tiene en común con los numerarios la elección del celibato y la mayoría de los demás compromisos; y se parece a los supernumerarios en otros aspectos. Como señalan los Estatutos: "Son agregados los que, por circunstancias permanentes de carácter personal, familiar o profesional, viven ordinariamente con su familia natural".

Con la familia o solos, pero siempre por su cuenta, y no -como hacen los numerarios, al menos de ordinario- en los Centros de la Obra.

Este podría ser su retrato robot: "en general, los agregados, por responsabilidades contraídas de tipo familiar, profesional o de otro tipo, tienen menos movilidad y disponibilidad de tiempo que los numerarios. No hay gran diferencia entre los numerarios y los agregados. Con esta figura se da acogida a una situación objetiva en la vida de algunas personas llamadas al Opus Dei: un modo distinto, por circunstancias permanentes, de vivir la misma y única vocación. Esas circunstancias implican que los agregados pueden participar menos en las tareas de gobierno, pero se ocupan ampliamente de las tareas de formación de los

demás miembros, haciéndolas compatibles con su disponibilidad".

En resumen, el principio es claro: como todos pueden ser llamados, todos deben encontrar un modo adecuado de vivir eso que advierten como una llamada del mismo Dios. Una vocación para cada uno, y un puesto para vivirla según su condición personal y concreta.

Creo que entre las razones prácticas que indujeron a Escrivá a definir la figura de los agregados está también el hecho de que entre estos tienen cabida se también a los que, a diferencia de los numerarios, no poseen un título universitario.

Por lo que dicen "los de dentro", una de las señales de que la Obra está aún en plena adolescencia es el número considerado aún relativamente exiguo de agregados, que actualmente corresponde sólo al 10% de los miembros. Hay que precisar que este estado de "adolescencia" se refiere a la distribución de los miembros, pues la espiritualidad y la organización se consideran desde hace tiempo completas e inmodificables.

Como las condiciones de vida propias de los agregados son muy frecuentes, el Opus Dei del futuro tendrá un número de agregados y de agregadas dos o tres veces superior al de los numerarios. Lo contrario de lo que sucede ahora, cuando los numerarios los duplican: el veinte, respecto al diez por ciento de los agregados.

Ponen todo el esfuerzo posible para no dar la impresión (ni siquiera "inconscientemente") de que unos sean "superiores" a los "del segundo grupo". La vocación del peón peruano está al mismo nivel de la del más prestigioso sacerdote de la Obra: más aún, de la del mismo Prelado. Igual es el fin, iguales los medios espirituales para conseguirlos, igual la esperanza que orienta la vida. La esperanza no sólo de encontrar a Cristo después de la muerte, sino de escuchar de él las mismas palabras del evangelio: "Bien, siervo bueno y fiel, has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho: entra en el gozo de tu Señor" (Mt 25, 21). Si no se pone de relieve la tensión hacia esta meta, se corre el peligro (repetita juvant...) de no entender nada de esas personas.

Sacerdotes, "sólo" sacerdotes

El hilo de nuestra argumentación nos conduce a los sacerdotes. Ocupémonos de este clero singular, al que está prohibido ser clerical. El fundador señalaba: "Que nuestros sacerdotes no consientan que sus hermanos les presten servicios innecesarios. Cada uno debe guardar en su corazón los mismos sentimientos que tuvo Jesús, que dijo: "el Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir". Así debe suceder entre vosotros".

Y añadía: "Aunque la vocación es igual para todos, el sacerdote debe luchar por ser el servidor de sus hermanos, sabiendo ser uno más en nuestra Casa; porque efectivamente es como los demás".

Y como cada católico tiene a sus espaldas siglos de clericalismo de un lado, y de anticlericalismo por el otro, en los que no conviene volver a tropezar, insiste: "Los sacerdotes no mangoneen a los laicos, ni estos a los sacerdotes: que no haya entre nosotros sacerdotes que invadan el campo de competencia temporal de los laicos, ni laicos que se entrometan en los asuntos espirituales reservados a los sacerdotes". Y repetía con frecuencia: "el sacerdocio, en el Opus Dei, no es la coronación de una carrera, no es un premio para los mejores: es una llamada a servir a las almas en un modo al mismo tiempo igual y distinto al de los demás miembros".

El "sistema de reclutamiento" del clero de la Prelatura facilita considerablemente el cumplimiento de estas orientaciones. Por su mismo origen, no es ni puede ser una especie de "cuerpo extraño" o de "casta separada" en una institución "laical" como es esta, puesto que todos sus sacerdotes proceden de las filas de los numerarios y de los agregados.

No es infrecuente encontrar en los periódicos titulares que anuncian la ordenación sacerdotal (y no pocas veces de manos del Papa) de algunas decenas de personas de todas las edades, aunque nunca muy jóvenes y a veces ni siquiera jóvenes, que componen un auténtico muestrario de las profesiones más variadas. Algo así como: siete abogados, ocho ingenieros, dos periodistas, tres médicos, cuatro profesores, un notario, dos economistas, un coronel... No es necesario seguir leyendo esas noticias: con toda seguridad son los cuarenta o cincuenta sacerdotes que el Opus Dei, de modo constante y programado, hace ordenar (u ordenan ellos mismos: el anterior Prelado era Obispo, y por consiguiente podía ordenar) para cubrir las necesidades asignadas al "clero de la Prelatura".

En la práctica, las cosas suceden del siguiente modo. Después de algunos años de esfuerzo por "santificar el trabajo y santificarse en él" -que pueden ser muchos: las ordenaciones de personas de más de cincuenta años no son raras-, el Prelado pregunta a algunos numerarios y agregados que cumplen todos los requisitos si están dispuestos a vivir la misma vocación al Opus Dei con un trabajo, un servicio, distintos: el propio del sacerdote.

El interpelado puede aceptar, y también puede rechazar (sin demérito alguno, pues se trata de una materia en la que resulta esencial la más plena libertad). Si acepta, abandona totalmente la profesión civil y (dicen las normas) recibe la formación en los centros que la Prelatura erige con ese fin, de acuerdo con las disposiciones establecidas por la Santa Sede. Se trata, en la práctica, de seminarios propios. Hasta el último momento, todos tienen la posibilidad de interrumpir su camino hacia la ordenación, para volver al mismo trabajo que desempeñaban.

El número de sacerdotes está "programado"; actualmente es algo menos del 2% de los miembros de la Prelatura (1.500 entre un total de 80.000), y está previsto que no supere el 3%. Es decir, los indispensables para las necesidades de la

Obra: ni más ni menos. Estos porcentajes confirman la impresión de que el peligro de "clericalización" del Opus Dei, que pudiera comprometer su carácter laical, carece de todo fundamento.

Este sistema de reclutamiento presenta muchas ventajas. La más importante es que, para desarrollar sus tareas de predicación y de dirección espiritual, y lógicamente la administración de sacramentos, es preciso que conozcan por experiencia personal el espíritu de la Obra en el que se han formado. Están llamados a perpetuar ese espíritu, junto con los laicos, pero en una situación objetivamente estratégica, decisiva. Además, su experiencia como trabajadores en profesiones "laicas" es también fundamental, puesto que en torno al trabajo se construye la vida espiritual.

La llamada al sacerdocio les llega en edad adulta, después de años y años de compromiso cristiano, y por consiguiente bien probados, y con garantías de una solidez particular. Los errores de perspectiva de tantos eclesiásticos de hoy, ante lo que creen que son exigencias del "mundo moderno", del "hombre contemporáneo", derivan probablemente de su inexperiencia en esos campos de la vida. Por eso, tantas orientaciones pastorales y parte de la avalancha de "documentos" sobre todo tipo de asuntos producidos por una nueva burocracia eclesial incurren en un generalismo estéril.

Además de esos y de otros aspectos positivos, existe otra ventaja cuya importancia podría pasar inadvertida a quien no conozca los entresijos de la Iglesia institucional, con sus problemas y sus conflictos.

Así lo describe Le Tourneau, con palabras sobrias pero llenas de significado: "Los sacerdotes del Opus Dei salen de la propia Prelatura y se forman en su seno, por lo que el Opus Dei no sustrae a las diócesis sacerdotes ni candidatos al sacerdocio". Casi todos los fundadores de órdenes y congregaciones religiosas, al menos en los tiempos modernos, han tenido antes o después enfrentamientos con el clero local precisamente por este motivo. Cuando los posibles candidatos al sacerdocio comenzaron a disminuir, hasta hacerse escasos en número, no faltaron obispos que sospecharon o incluso acusaron a los institutos de perfección de "robarles" las vocaciones. Por ejemplo, muchos de los graves problemas de Don Bosco y sus salesianos con el arzobispo de Turín tuvieron esa raíz.

El Opus Dei ha decidido "ir por su cuenta". De este modo, no sólo zanja las polémicas de ese estilo, sino que además puede replicar que, lejos de "empobrecer" las diócesis y sus presbiterios, en realidad los potencia, pues pone a disposición de la Iglesia otros sacerdotes que, sin la Obra, no habrían llegado al sacerdocio. Más aún, probablemente no habrían llegado a la Iglesia, ya que no pocos de los numerarios y los agregados que se ordena descubrieron -o redescubrieron- la fe a través de la relación con la Obra.

Este clero depende del Prelado en lo que se refiere a los fines de la Obra, pero para las disposiciones del Derecho canónico está sometido al obispo diocesano

(del cual recibe con frecuencia encargos pastorales) y forma parte del presbiterio diocesano.

Sin embargo... ¿no fue Maquiavelo quien señaló que, en la organización de los asuntos humanos, cualquier solución a un problema crea siempre otros nuevos? El rostro institucional de la Iglesia, ese aspecto humano que da cuerpo al misterio y que es esencial en la lógica de la Encarnación, está sometido a las leyes que regulan cualquier organismo social. Por eso, acalladas las sospechas de "robar vocaciones" a las diócesis con ese sistema de "auto alimentación" -algo así como el "hazlo tú mismo" del bricolaje-, surgen otras, como la acusación de querer establecer una "Iglesia paralela", cerrada en sí misma como una secta, e incluso enfrentada al resto de la Iglesia Católica.

Hemos mencionado ya que la misma estructura canónica de Prelatura parece impedir este tipo de peligros, pero será interesante reproducir la réplica de la Obra a este tipo de acusaciones. Escribe uno de sus miembros: "No hay por qué alarmarse ante una posible "Iglesia paralela" si cada cristiano, como individuo, está legitimado -según los críticos- para inventarse su propia Iglesia. Sucede a veces que, en algunas parroquias, los párrocos hacen y disponen a su gusto, con independencia de las normas existentes en materia litúrgica y disciplinar. Es ligeramente farisaico acusar a otros -y además sin base- de lo mismo que hace con frecuencia el crítico. En realidad, "Iglesia paralela" es la formada por la suma de los comportamientos que se separan de la legítima autoridad en la Iglesia: el Papa y los Obispos en comunión con él".

Continúa la misma fuente ("de parte", naturalmente): "El Opus Dei, desde 1928 a hoy, ha manifestado su voluntad de adherirse en todo al Papa. En 1967, decía Mons. Escrivá de Balaguer a Time: "Resido establemente en Roma desde 1946, y así he tenido ocasión de conocer y tratar a Pío XII, a Juan XXIII y a Pablo VI. En todos he encontrado siempre el cariño de un padre". El comportamiento del beato -que inculcó también en sus hijos- fue de total coherencia: a esa paternidad pontificia correspondió (y pidió a todos que correspondieran) con veneración y obediencia filiales. ¿Formar sacerdotes y laicos con semejante planteamiento radicalmente católico es acaso pretender crear una "Iglesia paralela"?".

Como se ve, ante esa acusación reaccionan vivamente, sobre todo en comparación con el habitual tono sofi de la Obra, que procura no enzarzarse en polémicas intraeclesiales. Esa respuesta vigorosa confirma precisamente que la acusación está muy difundida en ciertos ambientes, y que es vista desde dentro como particularmente insidiosa. Más aún, la soportan como una injusticia frente a quien sostiene que la docilidad a los pastores es la base de todo.

¿Cómo deberían ser -cómo pretenden ser- "sus" sacerdotes, según el ideal del sacerdote don Josemaría? Procediendo del mundo del trabajo y ocupándose de la formación espiritual de trabajadores, ¿seguirán el modelo de "sacerdotes-obreros", se atenderán al cliché del "sindicalista consagrado", del cura en jersey que sólo habla de política y de sociología, ese que apoyaba la "lucha de clases", que

participaba en huelgas y manifestaciones "contra los capitalistas".

Quien tenga esa idea, que se la quite pronto de la cabeza. Incluso en el aspecto externo tradicional (ya señalé que la sotana o el clergyman son obligatorios), el clero de la Prelatura es justo lo contrario del clérigo en trenka de los años setenta, que proclama su deseo de "ser exactamente igual que los demás", y que quizá juzgue "alienante", o al menos "discriminatorio para los no creyentes", hablar de Dios y de Cristo (salvo como "líder proletario"). De ese tipo de sacerdotes que llama a la misa "asamblea de camaradas", o como mucho, "ágape fraterno", y la celebra en la cocina sobre una mesa cualquiera; que quiere que todo sea "comunitario", incluida la confesión y la absolución de los pecados (los "sociales", que son los únicos pecados verdaderos, y que por ese motivo sólo pueden pecar los "burgueses" y los "capitalistas").

Con una extraordinaria experiencia sacerdotal a sus espaldas, entre personas de todo el mundo, cuarenta y ocho años después de su ordenación y dos antes de su muerte, Escrivá insistió en lo que, para él, debería ser el sacerdote. Es una especie de "declaración programática" sumamente interesante: un biógrafo la definió como Carta Magna del sacerdocio de hoy y de siempre. (No "del Opus Dei", sino de la Iglesia, como han confirmado las enseñanzas de Juan Pablo II sobre ese sacramento). Se trata, a mi juicio, de un documento significativo, que no puede omitirse en un dossier que pretende descubrir "el secreto de la Obra". Aquí, en sus sacerdotes, reside quizá uno de sus verdaderos "secretos".

Escuchen estas palabras pronunciadas en 1973, cuando el ciclón contestarario azotaba la Iglesia, y se experimentaban esos "nuevos caminos" que convertirían a los cristianos practicantes en una especie en vías de extinción, y en algunos países ya desaparecida (la historia enseña que cuando los clérigos pelean entre sí, pocos son los laicos que se ponen de un lado o del otro: la mayoría se va, juzgando que tienen cosas más importantes que hacer que seguir riñas de sacristía o incomprensibles disputas teológicas, y dejando que los contendientes se las arreglen entre ellos).

"No comprendo -decía Escrivá en aquella homilía- los afanes de algunos sacerdotes por confundirse con los demás cristianos, olvidando o descuidando su específica misión en la Iglesia, aquella para la que han sido ordenados. Piensan que los cristianos desean ver, en el sacerdote, un hombre más. No es verdad. En el sacerdote, quieren admirar las virtudes propias de cualquier cristiano, y aun de cualquier hombre honrado: la comprensión, la justicia, la vida de trabajo -labor sacerdotal en ese caso-, la caridad, la educación, la delicadeza en el trato. Pero junto a eso, los fieles pretenden que se destaque claramente el carácter sacerdotal".

Así quiso que fueran los sacerdotes de su Obra, como lo demostró al formar personalmente casi un millar: fue una de las tareas que colocó siempre en primer lugar, convencido de que "el sacerdote no va nunca solo, ni al Cielo ni al infierno". Y esto es también lo que la gente espera del sacerdote, según Escrivá, "esperan

que el sacerdote rece, que no se niegue a administrar los sacramentos, que esté dispuesto a acoger a todos sin constituirse en jefe o militante de banderías humanas, sean del tipo que sean; que ponga amor y devoción en la celebración de la Santa Misa, que se siente en el confesonario, que consuele a los enfermos y a los afligidos; que adoctrine con la catequesis a los niños y a los adultos, que predique la Palabra de Dios y no cualquier tipo de ciencia humana que -aunque conociese perfectamente- no sería la ciencia que salva y lleva a la vida eterna; que tenga consejo y caridad con los necesitados".

"En una palabra -concluía Escrivá-: se pide al sacerdote que aprenda a no estorbar la presencia de Cristo en él, especialmente en aquellos momentos en los que realiza el Sacrificio del Cuerpo y de la Sangre y cuando, en nombre de Dios, en la Confesión auricular y secreta, perdona los pecados. La administración de estos dos sacramentos es tan capital en la misión del sacerdote, que todo lo demás debe girar alrededor".

Esto es, a la postre, lo específico del sacerdote en la perspectiva católica, lo que le hace indispensable, lo que justifica su presencia y su misión. Todo lo demás pueden hacerlo los laicos, e incluso mucho mejor. No es casual que la experiencia -llena de generosidad- de los sacerdotes-obreros acabó o languideció porque los obreros les hicieron entender que gente como ellos era fácil de encontrar: no necesitaban otro obrero, ni un enésimo sindicalista, sino a alguien que anunciase cosas "distintas", que hablase de Dios y no sólo del hombre y de sus necesidades sociales, como ya hacen los demás.

Por mi conocimiento de esos ambientes, les puedo asegurar que este retrato-robot del sacerdote según Escrivá de Balaguer es mucho más que suficiente para hacer saltar los nervios de tantos clericales. O al menos, de los pocos que quedan, después de que sus grandes esperanzas se convirtieran en grandes desilusiones.

Para comprender la hostilidad de cierto clericalismo contra el Opus Dei, es suficiente reflexionar sobre las palabras de Escrivá que he transcrito y sobre sus consecuencias.

Podrán entenderlo también escuchando estas otras que ahora reproduzco, en las que encontrarán una confirmación de que detrás de esa concepción del sacerdocio se encuentra una teología, una eclesiología y una espiritualidad que no puede evitar entrar en conflicto con otras de nuestros días. La lucha sin cuartel contra la beatificación encontró aquí una de sus razones más importantes.

No es casualidad que esa oposición fuera mantenida sobre todo por sacerdotes y ex-sacerdotes, mientras los laicos (como parecen probar las más de 300.000 personas en la plaza de San Pedro y las decenas de miles de relatos de "favores") no sólo no adoptaron una postura contraria, sino que dio más bien la impresión de que les agradaba que se propusiera como "ejemplo" ante toda la Iglesia a un sacerdote como aquél, un sacerdote que quería que los demás sacerdotes fueran así. Empezando por los de su Obra, lógicamente; pero sin detenerse ahí.

Leamos pues estas palabras de Mons. Escrivá que, más o menos en esos mismos años, se lamentaba de que hubiera "sacerdotes que en lugar de hablar de Dios - que es el único 'argumentó' en el que tienen la autoridad y el deber de tratar-, hablan de política, de sociología, de antropología. Y como con frecuencia no saben nada, se equivocan. Y lo que es peor, el Señor no está contento. Nuestro ministerio consiste en predicar la doctrina de Jesucristo, en administrar los sacramentos y en enseñar el modo de buscar a Cristo, de encontrar a Cristo, de amar a Cristo, de seguir a Cristo. El resto no es asunto nuestro".

Según los estatutos, los sacerdotes de la Prelatura tienen libertad de opinión en cualquier materia "opinable": también en las cuestiones teológicas no definidas por el Magisterio. Pueden pensar como estimen mejor, como les dicte su conciencia, también en política -ejercitan con libertad el derecho de voto, como sus conciudadanos- pero deben guardar sus opiniones para ellos. La prohibición de meterse en política se entiende dentro de esa espiritualidad que propone la Obra: "ser siempre instrumentos de unidad en la Iglesia y entre los hombres, nunca de división". ¿Y hay algo que divida más a los hombres, y con mayor aspereza, que la lucha política? ¿Puede olvidarse acaso que, como expresó Dante, la política es "la palestra que nos hace tan feroces"?

En este sentido, resulta significativo que se exija al sacerdote del Opus Dei que tenga "alma sacerdotal y mentalidad laical". Es característico de cierta mentalidad clerical pensar que "el hombre sagrado" debe intervenir en todo "sacralizando" también lo que pertenece a las decisiones y opiniones dejadas a la libertad de los creyentes. En el fondo, la diferencia entre el clericalismo preconiliar y el posconiliar no es más que una inversión de punto de vista: antes del Concilio, se intentaba sacralizar las "derechas" (o al menos el "centro"; en cualquier caso, una posición política); después del Concilio, se quiso hacer lo mismo pero con las "izquierdas". Antes, se intentaba hacer creer a los católicos que no eran tales si no aceptaban defender la causa de la "reacción"; después, se lanzaba el anatema al creyente que no jurase que lo que Cristo quería era la "revolución".

Creo que así entendía Escrivá la "mentalidad laical": pedir a los miembros de la Obra que llamaba a la ordenación que se esforzaran por ser "sacerdotes al cien por cien". Y ese compromiso comienza por la obligación de "no ingerencia" en todo lo que no es espiritual, en lo que se refiere al servicio de Dios.

De este aspecto deriva, en mi opinión, una de las características más sorprendentes del Opus Dei: el culto y la defensa a ultranza de la libertad de los miembros. Sorprendente, porque resulta que la realidad no sólo es distinta del cliché, sino incluso su contrario. Escuchemos a este propósito lo que afirma Le Tourneau: "Una de las características del espíritu del Opus Dei, a menudo puesta de relieve por sus portavoces y con mayor insistencia aún por el Fundador, es el amor a la libertad".

"Un amor íntimamente conectado con la mentalidad secular propia del Opus Dei,

la cual hace que, en todas las cuestiones profesionales, sociales, políticas, etc., cada miembro actúe libremente en el mundo, con arreglo a lo que le dicte su conciencia, rectamente formada, y asumiendo plenamente las consecuencias de sus actos y de sus decisiones. Eso les lleva no sólo a respetar, sino también a amar, de manera positiva y práctica, el auténtico pluralismo, la variedad de todo lo que es humano; así hacen realidad lo que la Declaración de la Congregación para los Obispos del 23 de agosto de 1982 decía con motivo de la erección del Opus Dei como Prelatura personal: "Por lo que se refiere a sus opciones en materia profesional, social, política, etc., los fieles laicos que pertenecen a la Prelatura -dentro de los límites de la fe y de la moral católicas y de la disciplina de la Iglesia- gozan de la misma libertad que los demás católicos, conciudadanos suyos; por tanto, la Prelatura no hace suyas las actividades profesionales, sociales, políticas, económicas, etc., de ninguno de sus miembros".

Continúa el autor francés: "Esta opción deliberada a favor de la libertad no es consecuencia de una prudencia humana o de una táctica, sino el resultado lógico de la conciencia clara que todos los miembros tienen de participar en la única misión de la Iglesia: la salvación de las almas. Verdad es que el espíritu cristiano ofrece unos principios éticos comunes de acción temporal: respeto y defensa del Magisterio de la Iglesia, nobleza y lealtad en el comportamiento -con caridad-, comprensión y respeto de las opiniones ajenas, verdadero amor a la Patria -sin nacionalismos estrechos-, promoción de la justicia, capacidad de sacrificio en servicio de los intereses de la comunidad, etc. Ahora bien, sobre la base de estos principios, cada cual determina qué solución le parece más pertinente entre las muchas opciones que existen. A este respecto, Mons. Escrivá concluía: "Con esta bendita libertad nuestra, el Opus Dei no puede ser nunca, en la vida política de un país, como una especie de partido político: en la Obra caben -y cabrán siempre- todas las tendencias que la conciencia cristiana pueda admitir, sin que sea posible ninguna coacción por parte de los directores". Sólo la jerarquía de la Iglesia puede, si lo estima necesario para el bien de las almas, dictar una norma de conducta determinada al conjunto de los católicos".

Podría sospecharse que con mala fe se oculta la "verdadera" realidad de la Obra, que no sería más que un conjunto de marionetas dirigidas por alguien que, agazapado en la oscuridad, no sólo no respeta sino que coarta su libertad. Pero esa sospecha tendría que explicar el hecho de que la dinámica misma de la institución -con su rechazo del clericalismo, incluso para los sacerdotes- conduce no sólo en teoría sino también en la práctica a quedar al margen de las decisiones temporales de los laicos.

Volviendo al perfil del clero del Opus Dei, señalemos que el numerario o el agregado llamados al sacerdocio abandonan totalmente su profesión "civil", en la que han podido

alcanzar éxito y prestigio. No abandonan por esto el trabajo, sino que a partir de ahora se dedican plenamente a la labor sacerdotal. Este consiste, principalmente, en "colaborar en la formación espiritual de los miembros de la Obra -hombres y

mujeres- mediante la predicación, la dirección espiritual y la administración de los sacramentos, sobre todo de la confesión".

A propósito de esto último: ¿está obligado quien pertenece al Opus Dei a confesarse con un sacerdote de su institución? Veamos cómo es el asunto. "El fundador enseñó siempre que los miembros son libres, como cualquier católico, de confesarse con cualquier sacerdote que tenga las debidas licencias. Un miembro del Opus Dei puede utilizar lícitamente esta libertad, dirigiéndose a sacerdotes que no pertenecen a la Prelatura. Sin embargo, es fácil darse cuenta de que esto no será frecuente: si los miembros del Opus Dei se comprometen libremente a perseguir un fin concreto dentro de la Iglesia, es lógico que escojan los medios específicos propuestos por la Prelatura. Y es evidente que los sacerdotes de la Obra, por su conocimiento del espíritu de la Obra y de las obligaciones específicas de sus miembros, pueden ayudar con su orientación a vivir de modo más eficaz el sacramento de la penitencia, que es también un medio de dirección espiritual".

Recogemos aquí esa precisión oficial porque este punto ha sido (y es) polémico: Algunos consideran que la práctica habitual (no obligatoria) de los miembros del Opus Dei, que se confiesan con sacerdotes del Opus Dei -con uno de ellos, ya que no se impone uno en particular-, es una manifestación de mentalidad "sectaria".

No me corresponde a mí defender a nadie ni a nada. Se trata sólo de razonar y de comprender: esta es la línea que, si no me equivoco, me he esforzado y me esfuerzo en seguir. Es preciso admitir que si se mira el asunto con objetividad y sentido común, parece realmente increíble que se polemice sobre este punto. Discusiones que no se dan, como es lógico, cuando un franciscano se confiesa con un franciscano, un barnabita con un barnabita, un sacerdote diocesano con otro sacerdote de la misma diócesis.

Esas acusaciones confirman la aspereza de los contrastes que esta institución "nueva" -pero que se remite a lo antiguo, a los dos milenios de la Tradición- ha suscitado y sigue suscitando, alimentando sospechas también sobre comportamientos y costumbres aceptados pacíficamente en otras realidades eclesiales. Juzgue el lector si tiene sentido lo que se lee con frecuencia en los alegatos anti-Opus: los miembros deberían confesarse con sacerdotes no pertenecientes a la Prelatura, para "contrastar" de este modo los peligros de indoctrinamiento, de lavado de cerebro, de clausura, que implicaría la formación interna.

La respuesta es obvia: "al Opus Dei se viene impulsado por una vocación libremente aceptada. Con la misma libertad se puede salir, se pueden buscar otros caminos, si se sospecha que la Prelatura transmite venenos que deben combatirse con los antídotos de un confesor externo, que -aun no conociendo la Obra- periódicamente ponga en guardia, "descontamine"".

Para terminar con el origen, misión y espiritualidad de los sacerdotes, es preciso

hablar también de otros sacerdotes, aunque coincidan en parte con el clero de la Prelatura: los socios de la Sociedad sacerdotal de la Santa Cruz. No es un accesorio sin importancia de la Prelatura, como demuestra el hecho de que su nombre completo y oficial en los documentos y en el Anuario Pontificio es "Prelatura personal de la Santa Cruz y Opus Dei", y que sólo por abreviar se dice "Opus Dei".

Sería complicado (para ustedes y también para mí), e incluso poco interesante para nuestros fines, explicar por qué y cómo, de acuerdo con las posibilidades y las exigencias del derecho canónico -conocidas al dedillo tanto por Escrivá como por su inseparable Del Portillo, doctores ambos en la materia- se llegó a semejante nombre. Confieso que no domino suficientemente las sutilezas eclesiásticas como para explicar con palabras mías cómo funciona esa Sociedad y cuáles son sus relaciones con la Prelatura, con la Iglesia universal y con las Iglesias locales.

Por tanto, en una materia tan compleja, donde cada término tiene un significado preciso, me limitaré a reproducir aquí una explicación "oficial" sintética pero, a mi juicio, bastante clara y completa.

Es la siguiente: "La Sociedad sacerdotal de la Santa Cruz es una asociación de clérigos compuesta por: 1) los sacerdotes del Opus Dei, es decir, por el clero de la Prelatura; 2) por los diáconos y presbíteros, incardinados en una diócesis, que deseen formar parte de la Sociedad, respondiendo a una vocación divina que les llama (y esta es la finalidad de la asociación) a santificar su trabajo profesional: es decir, el ministerio sacerdotal. Para alcanzar esta finalidad, dependen de la Sociedad sacerdotal de la Santa Cruz sólo en lo que se refiere a la asistencia espiritual (que es un ámbito que corresponde a la esfera de la autonomía personal): lo que significa que cada uno de esos sacerdotes sigue bajo la completa y exclusiva dependencia de su obispo propio".

Sigamos con esa explicación: "Esta Sociedad, creada por Mons. Escrivá en 1943, se adecua al espíritu del Vaticano II, que en el decreto sobre los presbíteros, cuando exhorta a mejorar continuamente la formación sacerdotal, sugiere también la pertenencia a alguna asociación específica. La Sociedad es una asociación con un espíritu que favorece la unidad y que fomenta, de un lado, la unión de cada sacerdote con su obispo, y de otro, la fraternidad sacerdotal. Por tanto, los socios no son del clero de la Prelatura del Opus Dei, sino clero propio del obispo del que dependen. No están, por tanto, bajo la jurisdicción de los directores del Opus Dei. La Sociedad sacerdotal de la Santa Cruz es jurídicamente distinta de la Prelatura, pero existe entre ambas una completa unidad de espíritu alrededor de lo que es el elemento propio del Opus Dei: la búsqueda de la santidad a través de la santificación del trabajo ordinario".

Creo que, si habéis leído hasta aquí, os habréis dado cuenta de que esta Sociedad responde a una intención clara: conseguir que todos, si son llamados, puedan vivir el mensaje del Opus Dei. Como sólo los laicos pueden entrar en la

Obra, porque los clérigos -ya ordenados o en el seminario- están excluidos, la Sociedad sacerdotal permite recibir y vivir la formación del espíritu del Opus Dei a estos sacerdotes que permanecen en su propia diócesis de la que dependen en todo lo que no se refiera a la autonomía personal de cada uno, como la formación espiritual.

Conviene señalar, como quizá se ha apreciado ya en la explicación anterior, el derroche de habilidad y de experiencia para encontrar una fórmula que salvaguardase, por una parte, la posibilidad de que un sacerdote diocesano pudiese vivir la espiritualidad de la Obra, si se siente llamado a ello; y por otra, los derechos del obispo del lugar -"nihil sine episcopo" (nada sin el obispo) es el lema programático de la asociación- y el deber del sacerdote de sentirse partícipe a pleno título del clero del que procede y al que continúa perteneciendo.

He aquí otro aspecto de la estrategia general de don Josemaría: proponer a todos, sin excluir a nadie, un training en santidad y apostolado, dejando a cada uno donde se encuentra, cambiando lo menos posible su condición tanto en la sociedad como en la Iglesia.

El cilicio y los ángeles

Un training espiritual, por tanto, es el fin para el que el Opus Dei existe. ¿Recuerdan el contrato (en lugar de los "votos"), en virtud del cual la Prelatura "se compromete a proporcionar una asidua formación doctrinal, religiosa, espiritual, ascética y apostólica, así como la específica atención pastoral de sus sacerdotes"? Tengan entonces presente que, como cualquier otro contrato, el vínculo es "bilateral" y, por consiguiente, el laico que lo suscribe tiene el derecho de recibir esa ayuda de la Prelatura y también el deber de cumplir con sus obligaciones, resumidas en los conceptos de "ascéticas, formativas, apostólicas".

Veamos en concreto en qué consisten estos compromisos. Comencemos por los ascéticos. Así los desarrolla una fuente autorizada: "Los compromisos ascéticos se refieren al cumplimiento de un plan de vida espiritual. Exigente, pero adaptado a las circunstancias personales de cada miembro (todo en la Obra, no se olvide, es personal; nada es anónimo, estandarizado, abstracto). Ese plan de vida, con palabras de Escrivá, le conduce progresivamente, "como por un plano inclinado", a encontrar a Dios en el trabajo profesional y en las demás ocupaciones cotidianas".

Veamos con más detalle el compromiso que debe respetar el laico que acepta el contrato. No es poca cosa; más aún, podría llegar a ser insoportable para quien no se sienta llamado a ello. Verdaderamente, quien buscarse sólo fines "humanos", no directamente religiosos, haría mejor en escoger caminos más cómodos. (¿Qué sacrificios, por ejemplo, impone la adhesión a la masonería, además de -que yo sepa- la reunión mensual de los "hermanos"? ¿Y son acaso sacrificios los almuerzos semanales y las festivas reuniones periódicas de esos service clubs -generosos, no cabe duda que extienden por el mundo una red de relaciones, útiles para fines filantrópicos y culturales, pero útiles también, como es lógico, para fines

profesionales y económicos?).

Sigamos con ese texto. "Este plan de vida espiritual comprende: una intensa vida sacramental, que gira alrededor de la misa y la comunión diarias y sobre la confesión sacramental semanal; la práctica habitual de la oración mental (hasta una hora al día); la lectura diaria del Nuevo Testamento y de un libro de espiritualidad; el rezo cotidiano del rosario; el examen de conciencia cada noche, un día de retiro mensual y algunos días de retiro cada año; frecuentes comuniones espirituales, actos de reparación, jaculatorias, etc."

Todo esto es más que suficiente para satisfacer a quien se sienta llamado, pero también para cortar de raíz las pretensiones de cualquier hipócrita o de alguien tibio. Pero no acaba ahí el elenco: "A esto se añade el ejercicio cotidiano del espíritu de sacrificio y de penitencia -sin excluir la mortificación corporal-, adaptado a la edad, al estado de salud y a las circunstancias de cada uno, según los modos concretos aprobados por la Iglesia, y evitando en todo caso cualquier exceso".

Entendámonos: incluso el cuerpo más bello, si es diseccionado, se convierte en un horrible amasijo de órganos, sin resto alguno de unidad ni de armonía. Lo mismo sucede con la vida espiritual y sus "instrumentos", los medios humanos para favorecerla y sostenerla; lo mismo con cada uno de los elementos de este plan de vida. Si se separan del espíritu que los anima, dan la idea de un elenco casi insoportable de "deberes".

En realidad, hablando de ese plan de vida con quien está "dentro", me he dado cuenta de que no es así: el clima de naturalidad, de sencillez, de agradecimiento por la vocación y por Dios que es su centro, hace que lo que desde fuera aparece como obligaciones sean una especie de necesidad y pierdan su rostro severo. Eso que más arriba llamamos "ascetismo sonriente".

Toda la formación busca alcanzar un ideal: crear hombres y mujeres "de una pieza", no "esquizofrénicos" para los que la vida, el trabajo, se conviertan en oración, superando la disociación de quien ve el plan como una jaula en la que uno está encerrado.

Se impone un breve paréntesis. En la última cita hemos transcrito en cursiva las palabras sin excluir la mortificación corporal. No se excluye, por tanto, ni siquiera el famoso cilicio, que ocupa un lugar importante en la leyenda de la Obra como escondrijo de los últimos oscurantistas medievales. Lo hemos mencionado ya al hablar del escándalo de los sospechosos movimientos antisectas. ¿No es el cilicio una aberrante y morbosa forma de masoquismo, indigna de un cristianismo "adulto", "abierto"? ¿No es la tradicional España triste, fanática y sanguinaria?

Como imponen las reglas de la justicia, "audiatur et altera pars". Escuchemos pues la defensa, sostenida por una persona que, aunque no lo dice, como experimentado numerario que es ha debido usar el famoso "instrumento de tortura" (que consiste, en resumen, en una especie de cinturón de lana ruda que

se coloca en la cintura o en el muslo, con nudos o con unas púas de alambre que aprietan la piel sin traspasarla): "Como han perdido el significado de la penitencia y de la mortificación en la vida espiritual, muchos hombres de hoy se asombran - cuando no se escandalizan- de que en el Opus Dei algunos de sus miembros incluyan entre las mortificaciones corporales el uso del cilicio. Algunos, digo: no la mayoría; y siempre por un tiempo limitado. Por lo demás, no habría que extrañarse, porque la cruz ha sido siempre un motivo de escándalo. Es cierto, como se ha comentado muchas veces, que, sobre todo en los últimos tiempos, las personas se exponen a grandes sufrimientos (de ejercicios, de dieta, de cirugía estética) por conservar una cierta imagen corporal que los demás puedan admirar. Igualmente es verdad que, por obtener una cierta satisfacción, otras muchas personas se embarcan en una dirección, que con mucha frecuencia sólo trae "mortificaciones" para el sujeto afectado y sobre todo para los que están a su alrededor: es el caso, por ejemplo, del recurso a distintas drogas. Pese a todo eso, hay personas que no acaban de entender el sentido de una "mortificación corporal" que no hace daño a la salud -más bien, si acaso, al contrario- y que expresa el deseo de unirse, en lo poco que el hombre puede, al sacrificio de Cristo. Se comprende que en una época en la que se difunden con insistencia mensajes del tipo "¡No te prives de nada!", se haga difícil de entender las bases mismas de la penitencia y de la mortificación. Si "se puede todo", si nada está mal una vez que ha sido "asumido" por el yo; si, en definitiva, no hay pecado, no hay motivo para hacer penitencia. La mortificación (es decir, la profunda paradoja evangélica según la cual, para vivir hay que morir de algún modo: como Cristo, el cristiano debe descender al sepulcro para resucitar luego, como Cristo, a la vida eterna) resulta así ininteligible. Pero nótese también esto: entre los mensajes frecuentes destaca el de "el cuerpo es mío y hago con él lo que quiero". Es por lo menos incongruente que se admita la licitud de cualquier comportamiento corporal, incluso aberrante, y sea motivo de escándalo el hecho de la penitencia cristiana" (Rafael Gómez Pérez).

En cualquier caso, ni el cilicio ni otros "instrumentos de mortificación" son exclusivos de esta Obra: forman parte de la antiquísima tradición ascética de la Iglesia y han sido usados por todos los santos.

Desde la perspectiva de Escrivá -en línea, como en otros puntos, con la más antigua Tradición de la Iglesia-, penitencias y mortificaciones son "la oración de los sentidos". Esta participación de lo "material" en la oración pone de manifiesto la unidad del hombre, que no es sólo alma, espíritu, corazón. También estos "ejercicios ascéticos" (practicados siempre con discreción, sin presumir de ellos) son un medio para ejercitar la voluntad, en un mundo cada vez más poblado de apáticos, indiferentes y veleidosos. Estas prácticas de mortificación no son exclusivamente "activas", sino que pueden y deben ser "pasivas": no es la búsqueda de sufrimiento lo que debe caracterizar a quien emprenda este camino, sino la aceptación de los que trae cada día la vida: "Esa palabra acertada, el chiste que no salió de tu boca, la sonrisa amable para quien te molesta; aquel silencio ante la acusación injusta; tu bondadosa conversación con los cargantes y los inoportunos; el pasar por alto cada día, a las personas que conviven contigo, un

detalle y otro fastidiosos e impertinentes... Esto, con perseverancia, sí que es sólida mortificación interior".

Así dice el punto 173 de Camino, al que sigue este otro: "No digas: esa persona me carga. -Piensa: esa persona me santifica".

Tras los compromisos ascéticos, digamos algo de los formativos los que se refieren "a la formación doctrinal y religiosa que los miembros del Opus Dei reciben durante toda su vida, de manera adaptada a sus posibilidades y capacidades". Nos encontramos de nuevo con esa modulación personal: a cada uno la formación que le corresponde.

Este compromiso, naturalmente, también es bilateral, por derivarse de un contrato: compromiso de la Prelatura para "formar", y esfuerzo del fiel por "formarse", aprovechando los medios que se ponen a su disposición.

Este tipo de educación "se dirige a alimentar la vida espiritual y apostólica de todos los fieles de la Prelatura, para que cultiven una "piedad de niños y una doctrina de teólogos", y para lograr que en todos los ambientes sociales haya personas preparadas intelectualmente, para realizar un eficaz apostolado de evangelización con ocasión del ejercicio de la propia profesión u oficio".

No se trata, pues, de una preparación teológica para formar conferenciantes o ensayistas (aunque luego cada uno, libremente, puede dedicarse a ese tipo de actividad, si considera que tiene capacidad y se siente llamado a ello), sino más bien de proporcionar los medios para ese apostolado "privado" -la famosa "amistad y confidencia"- con quienes están más cerca, comenzando por los parientes y compañeros de trabajo. Esta labor con frecuencia se confunde con "la actividad oculta del Opus Dei", pues se desarrolla de un modo discreto y nada aparatoso, en un mundo que tanto valora "ser visto" y "ser oído".

Examinando el asunto, me parece que se pueden señalar algunas líneas maestras.

En primer lugar, la conciencia clara de que quien pretenda "convertir el mundo" sin unir la santidad (o al menos, el esfuerzo por alcanzarla), que es su presupuesto primero e indispensable, a una formación teológica adecuada, acabará siendo "convertido por el mundo".

Aquí reside una de las razones de la débacle posterior al Concilio: masas católicas sin formación fueron animadas a "enfrentarse", a "dialogar", a "discutir", "con espíritu de total apertura" y de "radical autocrítica". El resultado no podía ser otro: se abrieron de golpe las puertas de la ciudadela eclesial, hasta entonces enrocada e incluso protegida y aislada en exceso. Por desgracia, quienes salieron por ellas no fueron con frecuencia "heraldos de la fe adecuados a los signos de los tiempos", bien preparados y motivados. Todo lo contrario: por esas puertas abatidas entraron "los otros", y la pronta rendición fue presentada por los teóricos

del clericalismo como la "derrota del integrismo", el "fin de los exclusivismos" y la "victoria de la tolerancia".

Empujados al derrotismo por el entusiasta cupio dissolvi de cierta intelligenza cuya obligación era haberles ayudado a distinguir lo verdadero de lo falso, a madurar y a crecer, pero en la continuidad, muchos católicos se vieron a sí mismos como herederos de una historia vergonzosa, por la que debían arrepentirse y pedir perdón. Se les persuadió también de que al mítico "hombre de hoy" le resulta imposible -más aún, indigno- seguir confiando en realidades dogmáticas totalmente "premodernas" e inaceptables, a las que había que dar una "nueva lectura", ser "reinterpretadas", "desmitizadas", hasta convertirlas en una mera simbología.

Sirva de ejemplo lo que sucedió con una verdad de fe muy querida para el Opus Dei: la existencia de los ángeles. Como sabemos, aquel 2 de octubre se celebraba la fiesta de los Santos Angeles custodios. Entre las pocas cosas que el beato comentó del suceso que dio origen a la Obra, fue que la misteriosa "visión" tuvo lugar cuando sonaban a lo lejos las campanas de la iglesia madrileña de Nuestra Señora de los Angeles.

Señala Peter Berglar: "Así, toda la Obra habría de estar, desde su nacimiento y en el futuro, bajo la protección de los Angeles, como cualquier persona humana. "Aumentemos nuestra amistad -dice monseñor Escrivá de Balaguer- con los Santos Angeles Custodios. Todos necesitamos mucha compañía: compañía del cielo y de la tierra. ¡Sed devotos de los Santos Angeles!". Recuérdese que el Opus Dei ha puesto bajo la protección de los Santos Arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael los apostolados que sus miembros realizan con todo tipo de personas de toda condición social, casados, solteros, jóvenes, adultos".

Monseñor Del Portillo recordó que el fundador, antes de atravesar una puerta, se detenía un instante (de modo imperceptible, salvo para los poquísimos que estaban al tanto de esa costumbre suya), para ceder el paso a su Angel custodio, con el que contaba como diligente e infalible secretario en las cosas espirituales. Y no sólo para lo espiritual: "Ten confianza con tu Angel Custodio. -Trátalo como un entrañable amigo -lo es- y él sabrá hacerte mil servicios en los asuntos ordinarios de cada día", dice el punto 562 de Camino.

Camino, Surco y Forja -esa trilogía fundamental en la espiritualidad del Opus Dei- dedican más de treinta puntos a los ángeles en general y a los ángeles custodios en particular: a su benéfica misión, a la necesidad de honrarles y venerarles, "aprovechándose" de ellos.

Como observó Monseñor Del Portillo, también en esto el beato era el primero en practicar su consejo: "piedad de niños y doctrina de teólogos".

En efecto, para la fe católica de siempre, la existencia y el papel de los ángeles son "doctrina cierta de la Iglesia". Sin embargo, en el Catecismo de los jóvenes

publicado después del Concilio, en 1979, por la Conferencia episcopal italiana y redactado en la jerga de la época, desapareció toda mención a los ángeles. También a esos ángeles custodios que tanta parte tuvieron en la pedagogía que usaron todos los santos y a los que el *sensus fidei* del pueblo cristiano ha manifestado tanto aprecio, para recompensar la afectuosa atención de Dios por sus criaturas humanas, a las que ha considerado dignas de ser acompañadas del nacimiento a la muerte por semejante amigo y ayudante sobrenatural.

Si en el "catecismo para jóvenes" la censura de los ángeles ha sido total (considerados indignos, o al menos no necesarios, por los "expertos académicos de pastoral" en la presentación de la fe a las nuevas generaciones), en el Catecismo para adultos -quinientas sesenta densas páginas que quién sabe cuántos habrán leído-, su mención se retiró del texto y fue relegada como cosa menor a un apéndice, en una vergonzante "nota teológico-pastoral" donde entre otras cosas se dice: "Son figuras que se han hecho extrañas a la cultura de nuestro tiempo y a la mentalidad común imperante". Ninguna mención, ni siquiera a pie de página, a los ángeles custodios, convertidos en "figuras extrañas". Como si, en un planteamiento de fe, cada verdad dependiera de la aceptación de la "mentalidad común" mayoritaria en cada momento. Como si el Credo fuese objeto de los mudables y ondulentos "índices de audiencia"...

De acuerdo con su estilo, el Opus Dei no se enzarzó en polémicas, sino que - según el consejo de los espirituales - prefirió mantener encendida la lámpara que "combatir los errores". Sin embargo, durante estas décadas de bandazos que esos catecismos "oficiales" testimonian de un modo impresionante, en la formación de los suyos se resistió a la liquidación.

Nacida en el día de los Santos Angeles custodios mientras sonaban las campanas de Nuestra Señora de los Angeles, la Obra se ha mantenido firme. Sin polemizar, pero también sin ceder, y utilizando sin dudar cuando era necesario el catecismo de Trento o el llamado "de san Pío X", que muchas librerías católicas vendían a cientos, pero guardándolo bajo el mostrador, como si fuese un libro pornográfico. Con energía y decisión, no consideró que estas verdades teológicas fuesen el resultado de una devoción anacrónica ni alienante, como decían algunos, haciéndose eco de falsedades de cuño marxista o liberal.

No queda más remedio que reconocer que la evolución más reciente del catolicismo les ha dado una vez más la razón. Treinta años exactos después de la apertura del Concilio, en octubre de 1992, el Papa aprobó el nuevo Catecismo de la Iglesia Católica, en el que los ángeles vuelven por la puerta grande. Con palabras clarísimas, desde el comienzo de los párrafos que se les dedican: "La existencia de seres espirituales, no corporales, que la Sagrada Escritura llama habitualmente ángeles, es una verdad de fe. El testimonio de la Escritura es tan claro como la unanimidad de la Tradición".

Y vuelven también, naturalmente, los ángeles custodios, tan importantes y queridos no sólo para el beato Escrivá, sino para todos los católicos que le

precedieron. Señala el nuevo Catecismo: "Desde la infancia a la muerte, la vida humana está rodeada de su custodia y de su intercesión". Y a continuación, cita - entre los infinitos textos posibles- un fragmento de un Padre de la Iglesia, San Basilio de Cesarea: "Cada fiel tiene a su lado un ángel como protector y pastor para conducirlo a la vida". ¡Exactamente lo que decía Escrivá a los suyos para que actuasen en consecuencia!

Se trata de la enésima confirmación de lo que le gusta repetir a un amigo mío, historiador de profesión: "hay una receta infalible para ser modernos y vanguardistas, en la Iglesia y fuera de ella. Basta permanecer firme en la Tradición, en la auténtica tradición: no abandonar la compañía de los antiguos, y esperar. Antes o después, la historia les redescubrirá y entonces tú -considerado anacrónico y reaccionario hasta la víspera- serás aclamado como el profeta que supo ver de lejos...".

Con la misma firmeza, la Obra ha defendido también la doctrina de la Iglesia en el campo de la mariología, no tanto en proclamas polémicas, sino en la discreción pragmática de la formación interna.

No pretendo seguir por sendas teológicas, ni proporcionar el borrador de un manual de catequesis. Basta con señalar el puesto de primer orden que el fundador del Opus Dei dio a Nuestra Señora. Un ejemplo entre mil, el punto 494 de Camino: "Sé de María y serás nuestro"; o sus exhortaciones: "Mete a la Virgen en todo y para todo. No olvides que el Hijo no puede negar nada a su Madre". Este puesto no se explica sólo por su devoción; y menos aún por un sentimentalismo dulzón, del que se distanció siempre este propagador de un cristianismo "varonil" (también para las mujeres, que están en primera fila, como señala el punto 982 de Camino: "Más fuerte la mujer que el hombre, y más fiel, a la hora del dolor"). Un cristianismo donde la humildad convive con la audacia, la ternura con el vigor de carácter y la fuerza de voluntad.

El lugar confiado a María no es, por tanto, ninguna concesión de beata, sino la conciencia de una realidad que -resumida crudamente en pocas líneas- podría sintetizarse así: sin esa raíz de carne que es el útero de una mujer en la que se realiza (en sentido verdadero y pleno) la encarnación de Dios, el cristianismo se reduce a una deletérea e ineficaz "Palabra", se convierte en una especie de globo aerostático a merced de los vientos, hinchado por gases tóxicos de un "espiritualismo" de aspecto noble y "religioso", pero que suprime la indispensable "materialidad" de la fe del evangelio. Así lo expresa Escrivá en su homilía "Amar al mundo apasionadamente": "El auténtico sentido cristiano -que profesa la resurrección de toda carne- se enfrentó siempre, como es lógico, con la desencarnación, sin temor a ser juzgado de materialismo. Es lícito, por tanto, hablar de un materialismo cristiano, que se opone audazmente a los materialismos cerrados al espíritu".

No sólo los místicos, también los teólogos han sostenido siempre que "María es enemiga de cualquier herejía". La reflexión sobre esta "raíz de carne" muestra que

concederle un puesto orgánico en el Credo -sin reducirla pues a objeto de una devoción facultativa, a una especie de optional para quien disfrute con los sentimentalismos- protege las verdades fundamentales de la cristología.

Cuando la estructura institucional de la Iglesia y hasta su edificio de fe pareció en peligro por el vendaval de la contestación, no fue una casualidad que Escrivá decidiera exponerse, salir al descubierto con gestos significativos. Hasta entonces había salido poco de Roma, limitando sus viajes lo más posible, de acuerdo con su programa de edificar la Obra apareciendo lo menos posible, trabajando para formar "jefes" sin ser considerado uno de ellos. En el umbral de los setenta años, comenzó una serie de peregrinaciones a los santuarios marianos europeos y americanos más venerados: Lourdes, Fátima, El hilar, Einsiedeln, Guadalupe...

Y no sólo esto: impulsó la construcción del santuario de la Obra, en la remota Torreciudad (donde, siendo un niño de dos años, fue llevado por sus padres para cumplir un voto por su curación), para constituir -en otro lugar de presencia mariana- una especie de baluarte de la resistencia ortodoxa, un muro que protegiese todo el Credo, a través de la renovación de la devoción mariana, de la que desconfiaban catedráticos de teología e incluso algunos obispos. Eran los años en los que el episcopado parecía rechazar incluso la convalidación de los milagros de Lourdes, y en los que se recomendaba leer el Magnificat, incoado por María en el evangelio de Lucas, como un "canto de guerrilla por la liberación política y económica de los oprimidos por el capitalismo"...

Era lógico entonces que la tarea de formación espiritual y teológica del Opus Dei haya mantenido y mantenga el lugar que desde siempre correspondió a la Virgen; y que seguirá ocupando, si el catolicismo sigue mereciendo ese nombre. No en vano el fundador quiso que el Opus Dei se caracterizase siempre, desde los comienzos, por dos notas: "romano" y "mariano".

Cada uno a su manera

María, los ángeles y el resto de la doctrina católica de siempre: la misma que acaba de volver a confirmar el catecismo universal.

Eso es lo que el Opus Dei transmite fielmente a los suyos. Como señalan los estatutos de la Prelatura: "la formación que se imparte a los miembros está en plena conformidad con el Magisterio de la Iglesia".

En lo que de veras importa, por tratarse de fide, no cabe el empleo del "a mi juicio", tan frecuente en los que pretenden dogmatizar sus propias opiniones, sino del "a nuestro juicio" del Credo, garantizado por el Papa y por el colegio de los obispos, en continuidad con la Tradición. Y con palabras rotundas se precisa: "El Opus Dei no tiene una doctrina propia ni constituye escuelas propias de pensamiento en cuestiones filosóficas, teológicas o canónicas dejadas por la Iglesia a la libre discusión".

A lo largo de los siglos, muchas Ordenes religiosas dieron vida de modo legítimo, porque actuaron siempre dentro de la Iglesia- a puntos de vista y énfasis propios, a "escuelas" en la reflexión teológica: las "escuelas" dominica, franciscana, jesuítica, redentorista, carmelita, benedictina, barnabita y muchas otras.

No sucede lo mismo en el Opus Dei, cuya característica específica no es la originalidad sino la normalidad, también a la hora de formar a sus miembros. No buscan la novedad sino la fidelidad al Magisterio en lo que es definitivo, en lo que ha sido declarado explícitamente que hay que creer, si se quiere ser católico. Me refiero, naturalmente, a la Institución como tal; cada uno de los miembros en particular es totalmente libre para realizar cualquier tipo de investigación, incluida la teológica, pero sin atribuir a la Obra su actuación personal.

Se advierte aquí un claro designio de universalidad. No quieren agrupar a un montón de excéntricos, aunque fueran todos ellos geniales. No persiguen formar un grupo más, sino crear una "agencia católica" que ofrece formación a todos los bautizados, para que conozcan y vivan seriamente no una espiritualidad particular, sino nada más y nada menos que el catolicismo "normal". The main stream (la corriente principal, de centro) del catolicismo.

Nos topamos de nuevo con "lo raro de no ser raro"; el intento de no sacar a nadie de su sitio, sino de pedirle que viva el evangelio con radicalidad allí donde está, sin ponerse en la solapa el distintivo de esta o de aquella "escuela" teológico-espiritual: "simplemente católicos, sin adjetivos".

Junto a la fidelidad doctrinal, y en sintonía con esta universalidad, otro rasgo del Opus Dei es la plena libertad para todos sus miembros en todo lo opinable, en lo que la Iglesia ha dejado a la autónoma discusión de los fieles.

Libertad en las cuestiones teológicas, aunque siempre dentro de las coordenadas dogmáticas; pero quien las conoce de veras sabe que los márgenes no son estrechos. Lo que es "obligatorio" creer para llamarse católico y, por tanto, para estar en plena comunión con el Magisterio, es menos de lo que habitualmente se piensa.

Y libertad más plena aún en los asuntos sociales, políticos, económicos. Algo hemos anticipado en el capítulo dedicado a trazar el perfil del sacerdote según Escrivá. Con palabras suyas, que resumen su pensamiento: "No olvidéis que en los asuntos temporales no hay dogmas.

Nos hallamos en un punto neurálgico de nuestra investigación. Uno de esos puntos donde da toda la impresión de que la teoría y la praxis de la Obra desmienten rotundamente la "leyenda negra", que describe a la Obra como un ejército compacto que mueve a sus falanges de templarios -obedientes perinde ad cadavera- en defensa de intereses políticos ("reaccionarios", naturalmente) y de tenebrosas "tramas financieras", que persiguen volver a meter a la humanidad bajo una capa religiosa, a mitad de camino entre la hipocresía y el fanatismo.

Lo sé, lo sé: no se me escapa que puedo aparecer como un ingenuo que ha sido engañado, o como un superficial que no ha sido capaz de ir más allá de las apariencias; o, peor aún, que me influye un prejuicio positivo, quizá debido a un empeño apologético.

Lo siento de veras, pero ¿qué puedo hacer? Lo que se desprende de las intenciones repetidas infinitas veces por el Fundador y por sus sucesores, de las disposiciones de sus estatutos y demás normas, y de la misma lógica interna que preside la institución, difiere sorprendentemente del mito consolidado.

Cierto que la Obra está muy unida; más aún, es compacta y homogénea. Pero sólo en lo que se refiere a sus fines religiosos y espirituales: la santificación del, en y a través del trabajo, y el apostolado en el propio ambiente, que son los únicos fines que se propone. En cambio, es intencionadamente pluralista al máximo, en todo lo demás. "Amando y respetando", dicen, "la variedad de todo lo humano, empezando por la Iglesia".

Creo que en esto pensaba Escrivá cuando definió a la Obra como "una organización desorganizada": bien estructurada para sus objetivos religiosos; y carente de organización "para lo que no le corresponde". De ese modo, sus miembros "forman un mosaico variado y multicolor de todo tipo de actividades, infinitas como las posibilidades de la vida, de los caracteres, de los trabajos, de las trayectorias personales, de las culturas".

Si creen que pueden descubrir otras cosas, inténtenlo ustedes. Por mi parte, por lo que he podido entender, observar y experimentar personalmente, no me han parecido palabras huecas las que repiten continuamente: "una de las características del Opus Dei en la que el Fundador insistió más es el valor de la libertad y de la responsabilidad personales".

Por otro lado, semejante planteamiento es lógico y comprensible, ya que se desprende de la intención de crear y mantener esa "mentalidad laical" que no es compatible con imposiciones en materias dejadas a la autónoma y libre iniciativa de cada uno.

Es una perspectiva de libertad y de autonomía de elección que deriva también del hecho (que he recordado varias veces) de que la "vocación" que se requiere para pertenecer a la Obra se percibe como una iniciativa divina; y, por consiguiente, quien solicita entrar lo hace sólo con fines exclusivamente religiosos, espirituales. Si quien ingresara en el Opus Dei descubriera una realidad distinta -como si se pretendiera de él que fuera cómplice de oscuras maniobras político-financieras en beneficio de alguien-, ¿cómo se explicaría que sean tan pocos los que salen, los que abandonan? Es una pregunta que merece la pena meditar.

Hemos señalado más arriba que se puede desconfiar de una "cúpula", pero no de decenas de miles de hombres y mujeres de todo el mundo. Sería poco generoso,

por no decir innoble, poner en tela de juicio, de entrada, de la buena voluntad y de la buena fe de todas esas personas.

¿O quizá se prefiere pensar que nos hallamos ante un complot masivo, en el que todos están implicados? ¿Es acaso posible que todos, cada uno a su nivel, se beneficien personalmente de esa especie de cordada para ayudarse unos a otros? Escrivá repitió siempre a quien quería entrar en la Obra: "El Opus Dei es una obra apostólica; le interesan sólo las almas. Nuestro espíritu no nos permite actuar como una sociedad de socorro mutuo".

Los seguidores de Escrivá explican que "es impensable querer aprovecharse de la pertenencia a la Prelatura para fines personales, para ventajas profesionales, para obtener apoyos y recomendaciones, para ascender en la escala social o para imponer a los demás las opiniones personales". Y como prueba de la verdad de sus afirmaciones, recuerdan que el fundador recomendó a los miembros que -por desempeñar funciones directivas en empresas privadas o en entes públicos- estaban en condiciones de "ayudar" a otros, que evitasen todo tipo de "favoritismo" con gente de la Obra. Por citar las palabras textuales de Escrivá: "Es evidente que el favoritismo es contrario no sólo a la búsqueda de la santidad cristiana -que es la única razón por la que estáis en el Opus Dei-, sino también a las más elementales exigencias de la moral evangélica".

En la misma línea se encuentran las decididas y repetidas exhortaciones a no practicar esa "doble moral" -de la que fueron teóricos y maestros insuperables los comunistas según la cual todo es bueno si sirve a la "causa", al partido, comenzando por la práctica de favorecer siempre y en todo lugar a los "camaradas". Mis interlocutores de la Obra juran que si un miembro del Opus Dei se comportase de ese modo recibiría una severa reprimenda y sería exhortado a arrepentirse y a prometer que abandonaría tales costumbres.

¿Serán sólo palabras? Para dilucidarlo, será preciso no olvidar el carácter popular que la Obra tiene en muchos países, donde la inmensa mayoría de miembros son amas de casa, obreros, campesinos, empleados y otras personas de condición modesta. Es decir, sectores sociales que difícilmente buscarían una especie de "masonería católica" para "ascender" en la escala social, ayudándose unos a otros.

¿Qué objetivos de prestigio y de poder podrían ambicionar los muchos millares de amas de casa, de madres de familia, que atienden con sacrificio a sus padres enfermos o ancianos, y que pertenecen a la Prelatura -con un compromiso total para toda la vida- como agregadas o supernumerarias? Me refiero deliberadamente a las mujeres porque, aunque también ellas tienen tentaciones (las consecuencias del pecado original no hacen distinción de sexo: no sólo Adán, sino también Eva...), para las mujeres la tentación del tener, del poder, de "hacer carrera" prestigiosa a cualquier precio es menos agresiva que en sus hermanos varones. En cambio, entre las mujeres es más pronunciado el rechazo de la hipocresía, de las mezclas de lo sagrado con lo profano, de las edificantes

manifestaciones de virtud que esconden turbios asuntos de política y de negocios. Probablemente, por esto, la masonería ha rechazado siempre aceptar a mujeres en sus logias.

Hay unas cuarenta mil mujeres en el Opus Dei, de todo el mundo y de cualquier extracción social, desde las más humildes a las más elevadas: ¿una masa de cómplices o, al menos, de engañadas?

No es casual tampoco que la Obra "reclute" entre todo tipo de gentes: también entre los que ninguna masonería aceptaría, porque no está en condiciones de proporcionar apoyos socioeconómicos ni de beneficiarse de los beneficios "fraternos". Y recluta también entre los que no encontrarían puesto en ningún service club, donde se entra sólo si se pertenece a cierta clase social.

Citemos a este propósito unas palabras de Escrivá: "Es imposible que nadie piense en aprovecharse del hecho de pertenecer al Opus Dei para obtener ventajas personales, o para intentar imponer a los demás opciones políticas o culturales: porque los demás no lo tolerarían, y le llevarían a cambiar de actitud o a dejar la Obra. Es este un punto en el que nadie en el Opus Dei podría permitir jamás la menor desviación, porque debe defender no sólo su libertad personal, sino la naturaleza sobrenatural de la labor a la que se ha entregado". Y concluía el beato: "Pienso, por eso, que la libertad y la responsabilidad personales son la mejor garantía de la finalidad sobrenatural de la Obra de Dios".

Recuerden también que, cuando hablamos de los compromisos que se piden a esta militancia, señalamos una duda razonable: para quien sólo pretendiera hacer carrera o negocios, sería mucho más cómodo dirigirse a otras instituciones. Así se explican otras palabras de Escrivá: "Quien, movido por una vocación, llama a nuestra puerta, sepa que la Obra pide mucho (desprendimiento, sacrificio y trabajar sin descanso en beneficio de las almas) y no da nada en el plano de los intereses temporales".

Y entonces, ¿cómo se explican los currícula prestigiosos, los puestos influyentes ocupados por miembros de la Obra? Si se lo preguntan, los de la Obra -a pesar de su educación en un autocontrol riguroso- disimulan con dificultad el aburrimiento de tener que repetir cosas mil veces explicadas y que, para ellos, son evidentes. Aclaran que entre los miembros hay algún nombre conocido (aunque no tantos como se suele repetir), pero que esos pocos VIPS no deben hacer olvidar la muchedumbre de rostros anónimos, la "gente corriente" que compone la inmensa mayoría de los miembros.

También recordarán que el éxito en el trabajo no es sino consecuencia natural de tomarse en serio la parábola evangélica de los talentos: hacer fructificar todo lo que se pueda los dones recibidos por Dios y las ocasiones que presenta la Providencia, porque habrá que dar estrecha cuenta de ellas. Actuando así, no sólo se da gloria a Dios y se consigue hacer el bien con la remuneración de una actividad bien realizada: el "hacer extraordinariamente bien las cosas ordinarias",

según la consigna del fundador, es el principal instrumento de apostolado a través del trabajo.

Camino, punto 372: "Si tienes un puesto oficial, tienes también unos derechos, que nacen del ejercicio de ese cargo, y unos deberes. -Te apartas de tu camino de apóstol, si, con ocasión -o con excusa- de una obra de celo, dejas incumplidos los deberes del cargo. Porque me perderás el prestigio profesional, que es precisamente tu "anzuelo de pescador de hombres".

Y lean también este otro texto (Surco, 781): "Cuando tu voluntad flaquee ante el trabajo habitual, recuerda una vez más aquella consideración: "el estudio, el trabajo, es parte esencial de mi camino. El descrédito profesional -consecuencia de la pereza- anularía o haría imposible mi labor de cristiano. Necesito -así lo quiere Dios- el ascendiente del prestigio profesional, para atraer y ayudar a los demás". -No lo dudes: si abandonas tu tarea, ¡te apartas -y apartas a otros- de los planes divinos!".

Y sobre el trabajo, concluye Forja (punto 980): "Con tu doctrina de cristiano, con tu vida íntegra y con tu trabajo bien hecho, tienes que dar buen ejemplo, en el ejercicio de tu profesión, y en el cumplimiento de los deberes de tu cargo, a los que te rodean: tus parientes, tus amigos, tus compañeros, tus vecinos, tus alumnos... -No puedes ser un chapucero".

Está claro que, con este tipo de espuelas espirituales, los resultados no pueden faltar. De aquí surge la aureola de "primeros de la clase" que con frecuencia rodea a los miembros, que es el "anzuelo" que usan.

Aunque para algunos, su éxito profesional no es algo atractivo, sino que se transforma a veces en causa de rencores: "Si ese triunfa y yo no, no es porque trabaja más y mejor, sino porque está apoyado por un lobby, y sus "hermanos" de la Obra le ayudan". No olvidemos que cierta mentalidad actual intenta ennoblecer tras palabras solemnes como "justicia" e "igualdad" aquella envidia que tienta a todo hombre, que la tradición cristiana exhorta a combatir y que en cambio es azuzada por ciertas ideologías "sindicales", inspiradas en visiones del hombre y del mundo demasiado conocidas y que se resisten a desaparecer, a pesar de su derrumbamiento histórico. No se debe descartar, por tanto, que parte de la hostilidad hacia los del Opus Dei hunda sus raíces en estas zonas oscuras del espíritu humano, instrumentalizadas por los demagogos o, más modestamente, por envidiosos frustrados.

Quien confía a la Obra su formación espiritual -advierten inmediatamente y con insistencia- no debe olvidar nunca que, como recuerda Surco en el punto 125, "No todos pueden llegar a ser ricos, sabios, famosos... En cambio, todos -sí, "todos"- estamos llamados a ser santos". Y esto porque -en palabras de Escrivá- "todas las profesiones tienen el mismo valor, si se hacen lo mejor posible, ya que, en definitiva, su importancia depende del amor de Dios que ponga el que lo realice". Y suelen citar su réplica a un alto eclesiástico, que le felicitaba porque uno de la

Obra había sido nombrado ministro: "¿Qué me importa a mí que sea ministro o barrendero? Lo que me importa es que se santifique en su trabajo".

Ese objetivo "religioso" no se podrá alcanzar si, como advierte uno de los primeros puntos de Camino (el 32), quien se ha alistado en la escuela de Escrivá viese en los demás "el escabel para alcanzar altura". En ese caso, "no serás caudillo", al menos en un planteamiento cristiano. Una vez más, el fin no justifica los medios, y una carrera ascendente hecha sobre las espaldas del prójimo es causa de perdición, no de salvación.

A este propósito, pienso que vale la pena citar las palabras de Giuseppe Romano, un ensayista miembro de la Obra: "el hecho de que el trabajo pueda y deba llevar a Dios no significa en modo alguno que se deba caer en una ética del éxito. Es el servicio, no el triunfo, lo que mueve la acción de los cristianos en medio del mundo: no la afirmación de uno mismo, sino la afirmación de Dios. El trabajo debe realizarse bien porque no se puede ofrecer a Dios una tarea mal hecha; Dios merece lo mejor. Ha de realizarse bien además porque así se mejora la vida de todos, se rinde un servicio a los demás y no se hace inútil la propia presencia en el mundo. Por último, ha de realizarse bien para que destaquen ante todos las cualidades del creyente, colaborador de Dios en la creación y en la re-creación de Dios".

Continúa Romano: "Todo esto lleva a conclusiones diametralmente opuestas a los principios de la ética "calvinista". Y la más significativa es esta: no existen tareas importantes y tareas insignificantes; la dignidad de un trabajo no depende de su relevancia externa. Es más importante la ocupación que se realiza con más amor de Dios; el más humilde de los cometidos puede resultar más influyente, para el bien del mundo, que el cargo más insigne. Cada uno de los miembros del Opus Dei se esfuerza por trabajar lo mejor que puede, de acuerdo con sus dotes, porque ama a Dios y ama al mundo de Dios. Es lógico que con frecuencia tenga como consecuencia que "asciendan" en la profesión, como sucede a tantos otros buenos trabajadores. Este "ascender" traerá consigo que brillen virtudes humanamente atractivas y amables, de lo que Cristo se servirá para atraer a otros hombres".

Volvamos ahora al hilo de nuestra argumentación sobre la libertad de la que gozan los miembros de la Obra. Escribe Le Tourneau: "El amor a la libertad está íntimamente conectado con la mentalidad secular propia del Opus Dei, la cual hace que, en todas las cuestiones profesionales, sociales, políticas, etc., cada miembro actúe libremente en el mundo, con arreglo a lo que le dicte su conciencia, rectamente formada, y asumiendo plenamente las consecuencias de sus actos y de sus decisiones".

En 1982, el Opus Dei fue erigido como Prelatura. Pasó entonces a depender de la Congregación vaticana para los obispos al tiempo que dejaba -con alivio- la de los religiosos. En esas circunstancias, la Iglesia dictaminó (o mejor dicho, puso de manifiesto, después de haber examinado la teoría y la vida de la institución a lo

largo de más de medio siglo): "Por lo que se refiere a sus opciones en materia profesional, social, política, etc., los fieles laicos que pertenecen a la Prelatura - dentro de los límites de la fe y de la moral católicas y de la disciplina de la Iglesia- gozan de la misma libertad que los demás católicos, conciudadanos suyos; por tanto, la Prelatura no hace suyas las actividades profesionales, sociales, políticas, económicas, etc., de ninguno de sus miembros".

Vuelve a la mente la imagen del "distribuidor de gasolina", de la "agencia de servicios espirituales". Aunque no todos queden convencidos, es obligado al menos esforzarse por entender. Y quizá ahora se entiendan mejor las continuas precisiones que salen de la Oficina de información de la Prelatura: "No podéis atribuir al Opus Dei lo que corresponde a la esfera de libertad y de autonomía de los miembros. Buscan y encuentran en nosotros los medios para alimentar su vida religiosa; para todo lo demás, hacen lo que les indica no la Obra, sino su conciencia y su profesionalidad".

A este respecto, dicen los textos oficiales: "La libertad de los miembros del Opus Dei se ejercita sobre todo en el trabajo profesional, comenzando por la elección de la profesión y de los medios necesarios para desempeñarlo del mejor modo. Después, darán cuenta de su actuación sólo a los dirigentes de su empresa, a los accionistas de su sociedad, a los organismos oficiales para los que trabajan, etc. Nunca -se dice nunca- darán cuenta a los directores de la Obra".

Y precisan los mismos documentos: "Si la Obra no tiene opinión al respecto, está claro por otra parte que tampoco puede servirse del trabajo profesional de sus miembros para lograr privilegios y ventajas: esto equivaldría a renegar del carácter exclusivamente espiritual de la Institución".

En materia económica, destacan siempre algunas preguntas, de las que interesa - a mí también, lo confieso- conocer la respuesta. ¿Qué hacen los miembros con su dinero? ¿Pueden gastarlo como les dé la gana? ¿O deben entregarlo todo a la organización? ¿Pueden quedarse con una parte? ¿Con cuánto?

Escuchemos qué dice la institución: "En primer lugar: no existen cuotas. El clima de libertad y de confianza en la conciencia personal debe regir también la solidaridad económica entre los miembros y la Institución. En segundo lugar: los miembros no se distinguen por lo que entregan. No existen miembros de honor. Las diferentes circunstancias en las que se vive una única vocación influyen también en lo que los miembros aportan económicamente a la Obra".

Haré un resumen de lo que disponen normas y costumbres según las "distintas circunstancias", como ellos dicen.

Comencemos por los numerarios. Por ser célibes, "tienen como auténtica familia la Obra". Por consiguiente, lo que ganan con su trabajo profesional -y todos, recordémoslo, son titulados superiores y tienen un trabajo remunerado- "lo emplean para su sostenimiento y para el de las actividades apostólicas".

Tengan presente que el Opus Dei, a diferencia de muchas órdenes religiosas, no vive de limosnas: cada uno se mantiene con su propio trabajo. De todos modos, se requiere un fondo común para las "obras corporativas" (todas deficitarias por principio) y para los gastos de organización, aunque estén reducidos al mínimo. Me da la impresión de que tienen un terror vivísimo a la burocratización, un peligro del que ni siquiera la Iglesia posconciliar ha conseguido escapar (la multiplicación de oficinas, secretariados, dicasterios, comisiones, ventanillas con su correspondiente funcionario, etc., pareció a muchos clericales "modernos" algo de lo más "progresista", quién sabe por qué...).

De los sueldos o rentas profesionales que entregan en el Centro en el que viven, numerarios y numerarias disponen de lo que necesitan para los gastos ordinarios. Para los extraordinarios -como la adquisición de una prenda de vestir o de otros objetos personales- solicitan la suma correspondiente al director, y su criterio es (según las palabras del Fundador) "el de un padre o madre de familia numerosa y pobre". Y añade nuestra fuente: "No corresponden a la Obra los bienes patrimoniales de los numerarios y agregados (y menos aún los de los supernumerarios, por razones obvias), que conservan la propiedad de su patrimonio y disponen de él como estiman conveniente".

En efecto, aseguran que la Institución "fue organizada por el fundador de tal modo que la Obra en cuanto tal, en el ordenamiento canónico y en el civil, dispusiera del menor número posible de bienes".

Más aún, en Roma la Prelatura es propietaria sólo del complejo de edificios "centrales" de viale Bruno Buozzi. Las demás propiedades inmobiliarias son mucho menos numerosas que las de órdenes y congregaciones religiosas. Y esto porque los frailes y las monjas viven por definición en comunidad, y necesitan edificios grandes, que con frecuencia están muy bien situados. En cambio, la inmensa mayoría de los miembros del Opus Dei sigue viviendo donde antes, en sus casas.

Tampoco las instalaciones de las "obras apostólicas" cuya dirección espiritual ha sido confiada a la Prelatura (por ejemplo, el Centro ELIS en Roma o el campus universitario de Pamplona) pertenecen a la Obra, sino a organizaciones civiles que se responsabilizan de su construcción y de su gestión.

No cabe duda de que un sistema como éste generó y genera muchas suspicacias. Se le puede dar, en efecto, dos lecturas antitéticas.

Una "en negativo" dirá que estamos ante el típico sistema de "sociedades fantasma" financieras, para ocultar al verdadero propietario a través de una red de testaferros: algo parecido a esas cajas chinas que, cuando se abren, muestran otra igual pero más pequeña.

Pero también cabe una lectura "en positivo": la que, obviamente, da la Obra: una

estructura de "agencia de formación espiritual" que fomenta en sus seguidores el sentido de autonomía y de responsabilidad civil. Estos, aunque impulsados por los fines religiosos que les han llevado al Opus Dei, y que la Institución no hace sino reforzar, actúan como comunes ciudadanos y "ejercitan sus derechos, como harían si no fuesen miembros de la Obra".

Por consiguiente, las "obras de la Obra" (incluido también el dinero para los gastos de gestión y, como es lógico, los necesarios bienes muebles e inmuebles) "son en realidad de iniciativa privada y no pueden considerarse en ningún caso, ni remotamente, actividades oficial u oficiosamente "católicas". Estas obras corporativas se realizan y son dirigidas con métodos y mentalidad laicales: nacen y se desarrollan según las leyes civiles del país donde surgen, sin beneficiarse de ningún tipo de privilegios. Son sus dirigentes quienes responden directamente de ellas ante las autoridades civiles competentes".

Con toda razón, el Opus Dei da la vuelta a la acusación que les dirigen, según la cual el sistema de atribuir la propiedad a una red de grupos de "laicos" es un medio para evadir impuestos y eludir en general las leyes económicas y financieras. Sucede -dicen- justamente lo contrario: el rechazo a presentar las actividades como "religiosas", como "católicas", comporta la renuncia a muchos privilegios y a las considerables desgravaciones fiscales previstas en muchos países para realidades de este tipo. En cualquier caso, recuerdan que los estatutos obligan a los fieles de la Prelatura "al más grande respeto a las legítimas leyes de la sociedad civil". Si la formación que proporciona la Obra se propone crear personas totalmente disponibles a "dar a Dios lo que es de Dios", se asegura que en ningún modo se olvida la frase siguiente, "dar al César lo que es del César". Es preciso reconocer que -por encima de rumores, sospechas y acusaciones-, nunca, en ningún país, se han encontrado pruebas de que la Prelatura en cuanto tal estuviese mezclada en especulaciones económicas. Y juran que esto no sucederá nunca, por la simple razón de que no puede suceder, pues la Obra renuncia a tomar parte en cualquier cosa que no sea la formación religiosa y humana.

Sigamos trazando el marco de los asuntos económicos, y veamos ahora a los agregados. Estos, "por circunstancias de su vocación, viven en la familia en que nacieron, con algún pariente o solos, y participan en el sostenimiento de su casa. La cantidad restante de que pueden disponer la emplean para ayudar las obras apostólicas promovidas por la Obra".

No se debe pasar por alto que "con los fondos que proporcionan los numerarios y agregados se hace frente a las necesidades de los miembros incapacitados o enfermos, y también se ayuda a sus familias cuando los padres son ancianos o enfermos y no disponen de los suficientes ingresos para vivir. Con generosidad, se procura que no falte lo necesario a los que tuvieron la generosidad de aceptar la vocación de sus hijos".

Con una pizca de ironía, ese documento añade el siguiente comentario: "Cuando

se habla del Opus Dei, esta ayuda no se cita casi nunca. Y nos alegra que sea así: estamos convencidos de que el bien pierde su valor cuando se divulga".

Quien sepa leer entre líneas podrá descubrir una especie de réplica a las acusaciones (ya mencionadas al hablar de las sectas y de los movimientos antisectas) de inducir a jóvenes a que abandonen sus familias y se hagan numerarios. Nada nuevo hay en esta polémica: es tan antigua como la historia de las vocaciones religiosas, en la tensión entre la libertad de los jóvenes para seguir una llamada considerada sobrenatural y el deseo (bien comprensible) de los padres de oponerse a esa libertad, incluso cuando los hijos e hijas son ya mayores de edad y tienen plena capacidad de discernimiento. Sucedió, por poner un ejemplo famoso, en la familia de Tomás de Aquino, que llegó a encerrar al futuro santo y doctor de la Iglesia durante todo un año en el castillo familiar de Frosinone. Ante casos semejantes, la Iglesia ha practicado y practica lo que ya enseñaba San Agustín: "Honorandus est pater sed oboediendum est Deo. Amandus est generator, sed praeponendus est Creator". Curiosamente, la aplicación de este principio tradicional e indiscutido entre los católicos sólo produce escándalo en el caso del Opus Dei.

Como hemos visto, la Obra interviene cuando la vocación del hijo pone en dificultades económicas a la familia; o cuando (también tras muchos años desde la entrada en la Institución) sea necesario echarle una mano por dificultades familiares sobrevenidas. Quede claro, de todos modos, que si el Opus Dei no es en modo alguno una "sociedad de mutuo socorro" para los miembros, tampoco pretende serlo para sus familias. Es el lema "que cada palo aguante su vela", severo pero realista y pedagógico, sobre todo hoy, en una sociedad que ha hecho del asistencialismo, tan indiscriminado como ruinoso para las finanzas públicas y para los caracteres humanos, un "derecho" que hay que defender con rabia y a gritos: pase lo que pase, tiene que haber un "otro" que lo resuelva.

Sigamos con los asuntos económicos, y ocupémonos ahora de los miembros más numerosos, los supernumerarios.

A este respecto, dice nuestra autorizada fuente: "Viven en su casa y de su trabajo. Entregan aportaciones voluntarias en la medida de sus posibilidades y de su generosidad, para sostener las actividades apostólicas de la Obra. No existe una cantidad mínima. La suma de las aportaciones económicas del supernumerario la fija el interesado, teniendo en cuenta las condiciones de su vida y sin causar perjuicio alguno a su familia, porque esta contribución debe proceder del sacrificio personal, no del de los demás, aunque sean sus parientes más cercanos".

Habría que resaltar un par de cosas. En primer lugar, no existen controles de la institución sobre la vida de los miembros: sobre ninguno de sus aspectos y, por tanto, tampoco sobre el económico. De este modo, subrayan, "el sistema funciona -y bien- sólo gracias a una voluntariedad continuamente renovada". En esto se diferencian de las órdenes y congregaciones religiosas, y también de los institutos seculares. Estas diferencias son lógicas, pues las estructuras y las vocaciones

respectivas son distintas.

Podría suceder, por ejemplo, que un supernumerario, profesional liberal o empresario con altos ingresos, entregue menos de lo que en conciencia debería, a esa familia suya que es la Obra. A pesar de la ausencia de controles (salvo el autocontrol de la conciencia del interesado) parece que estos casos no se dan; o si se dan, no duran. No porque intervengan los directores de la Obra, sino porque desembocan necesariamente en la dimisión voluntaria. Cosa lógica y comprensible, visto que en la vocación todo se apoya sobre la voluntariedad, sobre un contrato libremente suscrito y siempre rescindible, sobre el sentido de compromiso, de responsabilidad, de dignidad personales. Quien quiera disponer con toda libertad de todo su salario, no tiene más que deducir las consecuencias: nada ni nadie le retiene en un estilo de vida que no es el suyo. No es obligatorio formar parte del Opus Dei para vivir como un buen cristiano y para salvarse e ir al Cielo...

Quizá vale la pena aventurar una observación de psicología menuda: dime de qué sospechas y acusas a los demás, y te diré de qué careces. De ordinario, el "vicio" o el "defecto" que se achaca al compañero es precisamente la obsesión que sufre uno mismo o la tentación ante la que suele ceder. Por eso, sólo en una cultura donde tantos colocan el dinero en el primer lugar de su escala de valores, puede explicarse la ininterrumpida acusación de "querer forrarse" lanzada a las personas y a las instituciones de la Iglesia, y al Opus Dei en particular. Quien no está obsesionado por el dinero no imputa a los demás -de manera tan obsesiva- que esconden sus objetivos bajo una tapadera religiosa. La fe puede explicar con creces algunos modos de vida. Pero parece que algunos no son capaces siquiera de sospecharlo.

La misma argumentación puede servir para explicar el compromiso de vivir la castidad. En el Opus Dei, al numerario o al agregado que quisiera, en edad madura, abandonar el celibato y casarse, se le invitará a pensarlo bien, a reflexionar sobre lo que pretende hacer; pero, al final, no se le pondrán dificultades para el matrimonio, que como sabemos, el Opus Dei estima y promueve para la inmensa mayoría de los miembros.

La estructura de la Institución no puede conducir a situaciones como la de tantas Ordenes religiosas, donde frailes y monjas, después de haber emitido sus votos definitivos y solemnes de "pobreza, castidad y obediencia", podrían en teoría (y no pocas veces también en la práctica, sobre todo en estos años) sentirse un poco "prisioneros". No se trata sólo del aspecto canónico (para casarse por la Iglesia, quien está ligado con un voto necesita la dispensa de Roma, que -después del "¡rompan filas!" de algunos años del pontificado de Pablo VI- ahora no se concede tan fácilmente). También influyen las consecuencias económicas y sociales: es decir, por la dificultad de encontrar un trabajo "civil" y de reinsertarse adecuadamente en la vida "normal". Entre las decenas de millares de ex-curas, ex-religiosos y ex-monjas del posconcilio, por desgracia, se produjeron -y se producen aún hoy- algunos dramas desconocidos, nacidos no sólo de problemas

de conciencia, sino también de las cuestiones "materiales" que sólo un inhumano e irreal espiritualismo podría ignorar.

Este tipo de problemas no se da entre los que viven el celibato -una minoría, no lo olvidemos- en el Opus Dei.

Es posible incluso que de esta libertad, de esta elección libremente renovada cada día ante Dios y ante uno mismo (el ya citado "aquí está quien quiere", de Escrivá), de la concreta posibilidad de un modo de vida distinto gracias al propio trabajo, derive no sólo la eficacia de la Institución, sino también la ausencia de resignación que se aprecia al convivir con esta gente. Entre ellos, el entusiasmo -siempre moderado por el compromiso de fe que han asumido, sea cual fuere el "coste" a los ojos de quien no comparte su planteamiento, parece ser la regla y no la excepción.

¿Y qué pasa con la política? ¿Qué sucede en el terreno político, donde la Obra -al decir de algunos- desempeña un papel oculto y siempre en favor de determinadas tendencias (el conocido "vínculo con los regímenes de derechas", que mencionaba el texto católico que ya comentamos...)?

También aquí nos interesará escuchar las razones de la defensa, que en este caso comienza con una observación que yo mismo adelanté, puesto que me parece de sentido común. Así lo explica Le Tourneau: "Quienes no creen en la existencia de ideales religiosos y de valores morales capaces de unir a los hombres en una empresa común por encima de las divisiones políticas, pueden reflexionar sobre una realidad de orden sociológico: hay miembros del Opus Dei de 87 nacionalidades, de los cinco continentes, de toda condición social, de las más variadas razas y culturas, con distinta mentalidad y viviendo en su propio ambiente familiar, profesional y social".

Si no se puede dudar de que esta es la realidad, parece entonces lógica la pregunta que sigue: "¿Cómo, en esas circunstancias, podría imponer la institución una especie de dogma en materia tan discutible y mudable como la política a personas tan distintas y tan alejadas unas de otras? ¿Cómo pedir a un japonés o a un keniano que se comporte en política como un australiano, un filipino, un malayo o un luxemburgués?".

A continuación, este autor francés miembro de la Obra, explica cómo ha de entenderse la relación (o mejor aún, la "falta de relación") entre el Opus Dei y la política. La cita es algo extensa, pero es de justicia escuchar a la defensa, sobre todo cuando ilustra los mecanismos que deberían conducir -al menos ésa es la pretensión de quien la pronuncia- a una sentencia absolutoria.

Escribe Le Tourneau: "Mons. Escrivá recalcó una y otra vez que, por su misma naturaleza, 'el Opus Dei no está ligado a ninguna persona, a ningún grupo, a ningún régimen, ni a ninguna idea política'. En una instrucción para uso de los directores del Opus Dei, el Fundador les exhorta a no hablar de política y a

mostrar que, en el Opus Dei, "cabén todas las opiniones, que respeten los derechos de la Santa Iglesia". Y añade que la mejor garantía para que los directores no se inmiscuyan en temas opinables es infundir en los miembros la conciencia de su libertad, pues "si los directores quisieran imponer un criterio concreto en una cuestión temporal, los demás miembros del Opus Dei que piensan de otra manera se rebelarían inmediata y legítimamente; y yo me vería en el triste deber de bendecir y alabar a los que se negasen firmemente a obedecer, y a reprender con santa indignación a los directores que pretendiesen hacer uso de una autoridad que no pueden tener".

Continúa el autor de la "apología" que estamos citando: "Hay que conocer lo que le costó a Mons. Escrivá fundar el Opus Dei para comprender, en toda su profundidad, el vigor de otra de sus declaraciones, que refuerza la precedente: "he escrito hace tiempo, que, si alguna vez el Opus Dei hubiera hecho política, aunque fuera durante un segundo, yo -en ese instante equivocado- me hubiera marchado de la Obra. Por tanto no debe ser creída ninguna noticia en la que puedan mezclar la Obra con cuestiones políticas, económicas ni temporales de ningún género. De una parte, nuestros medios son siempre limpios y nuestros fines son siempre y exclusivamente sobrenaturales. De otra, cada uno de los miembros tiene la más completa libertad personal, respetada por todos los demás, para sus opciones ciudadanas, con la consiguiente responsabilidad, lógicamente también personal. Por tanto, no es posible que el Opus Dei se ocupe jamás de labores que no sean directamente espirituales y apostólicas, que nada tienen que ver con la vida política de ningún país. Un Opus Dei metido en la política es un fantasma que no ha existido, que no existe, y que nunca podrá existir; la Obra, si sucediera ese caso imposible, inmediatamente se disolvería".

Continúa Le Tourneau: "El amplio pluralismo que se vive en el Opus Dei no plantea problemas. Ya en 1930 escribió el Fundador que es "una manifestación de buen espíritu, de vida corporativa limpia, de respeto a la legítima libertad de cada uno". Los miembros del Opus Dei responden individualmente de sus opiniones y de sus actos. Su compromiso espiritual con la Prelatura no condiciona en absoluto sus preferencias políticas, por lo que el pluralismo es una realidad auténtica. Definir a alguien como miembro del Opus Dei por sus ideas políticas, o por sus intervenciones en la vida pública, si se trata de un político, carece de sentido".

En resumen, concluye nuestro autor, "esta actitud de profundo respeto hace que haya en el Opus Dei personas de todas las tendencias políticas, intelectuales e ideológicas que son compatibles con una conciencia cristiana".

Es preciso reconocer que, aparte de rumores periodísticos y de sospechas genéricas, no se ha documentado, en ningún país del mundo, que el Opus Dei haya desempeñado un papel, por pequeño que sea, en la lucha política. Hombres y mujeres que pertenecen a la institución sí que intervienen en estas actividades, como en cualquier otra manifestación humana, ejercitando el mismo derecho-deber de ocuparse de la cosa pública que compete (al menos en los regímenes democráticos) a todo ciudadano. Pero participan a título personal, no como

miembros del Opus Dei.

No parece que exagere el Opus Dei cuando acusa de "clericalismo" a los que ponen bajo la sombra de la sospecha la actividad personal de sus miembros o, peor aún, a los que quieren prohibirla. En efecto, quien así actúa confunde a los numerarios, agregados y supernumerarios con los religiosos, cosa que no son, ni mucho menos sacerdotes, "medio curas" ni frailes o monjas disfrazados. Como he repetido, la defensa a ultranza de la laicidad, de la "normalidad", del "seguir en su sitio" es un aspecto fundamental de la institución.

La actividad política "activa" (a excepción del sufragio) está en cambio prohibida a los sacerdotes que forman parte del clero de la Prelatura, sacerdotes "de veras". Más aún, se les exige que guarden para sí sus opiniones en estas materias, para no influir en los que de ellos reciben una asistencia exclusivamente espiritual. Se les pide que sean -en cuanto sacerdotes del Sumo Sacerdote Jesucristo- signo y testimonio de unidad y nunca de división. A ellos se dirige (como a todos los demás miembros, pero a cada uno según su función, que objetivamente es diversa para un sacerdote que para un laico) la advertencia de Surco: "No quieras hacer del mundo un convento, porque sería un desorden... Pero tampoco de la Iglesia una bandería terrena, porque equivaldría a una traición" (punto 312).

La experiencia ya milenaria demuestra que nada es más devastador para la causa del evangelio que el sacerdote o el religioso metido en política -o simplemente "politólogo"-, como algunos que aún circulan por ahí. Esta situación les aporta una indudable ventaja en el campo de la notoriedad, pero no ciertamente en beneficio de la fe.

No se ha documentado ninguna intervención "opusdeísta" en los asuntos públicos de un país, decíamos. El numerario Gómez Pérez lanza una especie de desafío que, por el momento, nadie ha recogido: "que citen un solo caso de pronunciamiento del Opus Dei en favor o en contra de determinada política, en más de sesenta años de historia".

En Italia, por poner un ejemplo de la situación más familiar para nosotros, se comprueba que no existen, nunca han existido y -aseguran- nunca existirán candidatos y elegidos del Opus Dei ni siquiera dentro de ese partido "de católicos" hacia el cual, quizá durante demasiados decenios, el episcopado ha sugerido votar, aunque cada vez en términos más discretos.

La situación es completamente distinta (porque distintas son las "vocaciones" legítimas dentro de la Iglesia) en Comunión y Liberación, otra institución eclesial de formación en la fe, pero que a través de su "brazo político", el "Movimento Popolare", proponía sus candidatos al parlamento y hacía confluir sobre ellos los sufragios de sus miembros y simpatizantes.

Por los datos que tengo, en el parlamento italiano actualmente en vigor mientras escribo, se sienta un solo diputado miembro supernumerario del Opus Dei. Pero

también me consta -así me lo han confirmado muchos, y también oficialmente- que durante la campaña electoral, no se colocó ni un solo panfleto de propaganda de ese candidato en Centro alguno de la Prelatura, y que de ésta no salió orientación alguna de voto. Recientemente, se han desarrollado en varias ciudades importantes, incluida la capital, unas dramáticas elecciones municipales, que en su segunda vuelta enfrentaron a candidatos de la izquierda con candidatos de derechas, todos ellos fuera de la tradición italiana del catolicismo político. Difícil elección para un creyente; elección que, en el Opus Dei, se dejó a la libertad de conciencia de sus miembros. En efecto, en las dos frenéticas semanas previas a la votación, pude conversar con no pocos miembros de la Obra para completar mi reportaje. Descubrí que entre ellos se daban las tres posturas posibles: voto al candidato de izquierda, voto al candidato de derecha y abstención o voto en blanco. Pero ninguno de ellos consideraba su decisión como "más católica" o "más coherente para un creyente" que la de los demás miembros.

Como dicen los Estatutos, el Opus Dei -por humildad, pero también por respeto de la libertad de sus miembros- "se abstiene de actos colectivos". Tanto es así que prohíben la participación "de modo colectivo en manifestaciones públicas de culto, como las procesiones". Del mismo modo, los estatutos impiden "la publicación de periódicos y de cualquier clase de publicación con el nombre de la Obra". Lógico, puesto que un periódico no puede dejar de tomar postura sobre los problemas del momento, mientras que en cuestiones de fe y de moral, el Opus Dei no tiene otra opinión que la del Magisterio, y en todas las demás materias, no tiene opinión colectiva alguna. Con el nombre de la Prelatura sale sólo un boletín (titulado "Romana", como para remarcar la fidelidad a la Iglesia), que se limita a recoger noticias internas: sobre las actividades de apostolado, los nombramientos de directores, datos estadísticos y otras por el estilo.

Pues bien, precisamente la incompreensión de esta actitud provoca tantas acusaciones de secretismo, de ocultamiento. Si la Obra no aparece públicamente en cuanto tal y no adopta una postura coram populo, debe de ser porque es una sociedad secreta...

¿No será esta abstención de juicios sociopolíticos una superchería colectiva? ¿Un nuevo engaño, en el que ha caído el ingenuo periodista que esto escribe, al que se le han escamoteado directivas top secret transmitidas por caminos reservadísimos a los "hermanos"? Es cierto que no se debe desechar a la ligera la advertencia de aquel filósofo escéptico de la antigüedad, que recomendaba: ¡Acuérdate de desconfiar! Y menos aún quien realiza un trabajo como el mío.

Sin embargo, si examinamos las normas del Codex, es decir, de los estatutos de la Prelatura oficialmente aprobados por la Iglesia, en uno de sus últimos artículos (181/1) se lee: "Este código es el fundamento de la Prelatura del Opus Dei. Sus normas han de considerarse santas, inviolables y perpetuas, y sólo la Santa Sede puede modificarlas o introducir nuevos preceptos".

Entre esas normas declaradas con tanta solemnidad sanctae, inviolables,

perpetuae, está la disposición del artículo 88: "Para todo lo que concierne a la actuación profesional y a las doctrinas sociales, políticas, etc., cada fiel de la Prelatura goza de la misma libertad que los demás ciudadanos católicos. Las autoridades de la Prelatura deben pues abstenerse de dar cualquier consejo en estas materias. Por tanto, esa plena libertad sólo podrá verse reducida por las normas que el obispo o la Conferencia episcopal pudieran dar para todos los católicos de una diócesis o de un país". A continuación, el Codex saca las consecuencias que ya mencionamos: la plena libertad de los miembros y esa abstención de todo lo que no es espiritual explican que "la Prelatura no hace suyas en modo alguno las actividades profesionales, sociales, políticas o económicas de ninguno de sus fieles".

¿Cabe la hipocresía frente a las disposiciones de un Código que ha sido escrito, aprobado y obedecido ante la mirada de Dios? No hace falta ser detective para preguntarse a qué o a quién beneficiarían esos perjuros. Quizá resulte mucho más razonable admitir que los miembros del Opus Dei sólo reciben consejos espirituales, y que en política no sólo no actúan en grupo, sino que consideran el respeto del pluralismo en las materias que no son de fe como un modo de obedecer a una indicación central del fundador.

Lo corrobora este pasaje de una homilía de Escrivá: "Un hombre sabedor de que el mundo -y no sólo el templo es el lugar de su encuentro con Cristo, ama ese mundo, procura adquirir una buena preparación intelectual y profesional, va formando -con plena libertad- sus propios criterios sobre los problemas del medio en que se desenvuelve". Y añade en seguida: "Pero a ese cristiano jamás se le ocurre creer o decir que él baja del templo al mundo para representar a la Iglesia, y que sus soluciones son las soluciones católicas a aquellos problemas. ¡Esto no puede ser, hijos míos! Esto sería clericalismo, catolicismo oficial o como queráis llamarlo. En cualquier caso, es hacer violencia a la naturaleza de las cosas".

De este planteamiento, don Josemaría deducía algunas indicaciones concretas, que forman como el "manifiesto" del Opus Dei sobre la actividad política y social: "Tenéis que difundir por todas partes una verdadera mentalidad laical, que ha de llevar a tres conclusiones: a ser lo suficientemente honrados, para pechar con la propia responsabilidad personal; a ser lo suficientemente cristianos, para respetar a los hermanos en la fe, que proponen -en materias opinables soluciones diversas a la que cada uno de nosotros sostiene; y a ser lo suficientemente católicos, para no servirse de nuestra Madre la Iglesia, mezclándola en banderías humanas".

Es fácil advertir que semejante planteamiento da origen a una actitud de tolerancia que (una vez más...) contradice lo que muchos piensan sobre esta Institución, a la que se considera como la última reencarnación del fanatismo ibérico sobre la que aletea el fantasma del Gran Inquisidor.

Por eso, no es casual la réplica de Mons. Escrivá a los que no creían en la libertad de sus hijos espirituales: "Son personas que tienen mentalidad de partido único, en lo político o en lo espiritual. Los que tienen esta mentalidad y pretenden que

todos opinen lo mismo que ellos encuentran difícil creer que otros sean capaces de respetar la libertad de los demás. Atribuyen así a la Obra el carácter monolítico que tienen sus propios grupos".

Los ataques al beato no sólo llegaron desde fuera de la Iglesia. También surgieron de ambientes tradicionalistas católicos, a los que hubiera gustado que el pueblo cristiano les siguiese incluso en sus decisiones temporales. A estos respondía Mons. Escrivá: "Cuando, durante mis años de sacerdocio, no diré que predico, sino que grito mi amor a la libertad personal, noto en algunos un gesto de desconfianza, como si sospechasen que la defensa de la libertad entrañara un peligro para la fe. Que se tranquilicen esos pusilánimes".

A los suyos recomendó la libertad, para sí y para los demás: "No comprendo la violencia. No me parece apta ni para convencer ni para vencer". Y recordó en Surco (punto 867) que "el violento pierde siempre, aunque gane la primera batalla..., porque acaba rodeado de la soledad de su incompreensión". Su receta era esta: "El error se supera con la oración, con la gracia de Dios, con razonamientos desapasionados, estudiando y haciendo estudiar. Y con la caridad".

Da toda la impresión de que el "proyecto social y político" del Opus Dei es no tener proyecto alguno ni doctrina propia, al menos en el sentido de los ideólogos, utópicos y revolucionarios. No tienen un esquema teórico de un "mundo mejor", de una "sociedad distinta", sino la conciencia de que no hay modo alguno de mejorar la humanidad que haciendo mejores a los hombres: uno por uno, y en su interior. Las cosas no se arreglan a base de partidos, mítines, opúsculos de propaganda política ni disquisiciones teóricas de "expertos" o "politólogos" clericales; sino a través de un esfuerzo tenaz, día tras día, por contener y, si es posible, disminuir las huellas del pecado original en los corazones (del que todo procede, tanto el bien como el mal, enseña el evangelio), comenzando por uno mismo.

Negras sombras

Después de haber intentado desmontar el mecanismo de esta institución -singular y, al mismo tiempo, sorprendentemente simple, cuando se llega a entender-, estamos en condiciones de formarnos una idea cabal acerca de las recurrentes acusaciones de "sociedad secreta", de "obra oculta", de "masonería blanca".

Acabamos de ver cómo la dinámica de libertad de la que gozan los miembros en todo lo que no es verdad de fe o de moral definida por el Magisterio provoca la inquietud de muchos. El Opus Dei no dice qué piensa, no sale al descubierto, y por consiguiente -deducen- conspira en secreto. Lo que sucede en realidad es que la Prelatura no expresa opiniones precisamente porque ni las tiene ni puede tenerlas.

Otros en cambio quizá piensen en el "secreto" de la Obra movidos por sus "anomalías" respecto a las organizaciones religiosas tradicionales. Me permito

remitir al capítulo correspondiente: como señalé al principio, este informe, sea cual fuera su valor, ha de ser leído íntegramente, porque analiza una realidad compacta y homogénea, en la que cada una de sus facetas está inseparablemente ligada a las demás.

Asimismo, conviene señalar que algunas acusaciones de "secretismo" se explican ciertamente por una mala comprensión de la realidad. Además, los dramáticos comienzos de la Obra, antes de la guerra civil, durante el conflicto y en los años de la posguerra, pueden haber alimentado esas incomprensiones. Las cautelas y la discreción, necesarias durante las primeras décadas del Opus Dei, despertaron nuevas sospechas que han llegado a nuestros días.

Añádase a esto las décadas en que la Obra se sintió descolocada en el derecho canónico vigente, y forzada -por ausencia de algo mejor- a aceptar el ropaje jurídico de los institutos seculares, que no le iba porque la "clericalizaba", mientras luchaba por llegar a su puesto definitivo en la Iglesia. No hubo entonces secretismo, ni eran secretos los estatutos (puesto que habían sido públicamente aprobados por la Iglesia), pero sí un deseo de no aparecer en público. Les desagradaba hablar de algo que no reflejaba adecuadamente el proyecto que Escrivá quería promover, sobre la base de lo que había "visto".

En este capítulo volveremos la mirada al fundador y dedicaremos amplio espacio -al menos, más que de ordinario- a citas de sus escritos.

La primera de ellas procede de la entrevista publicada en abril de 1967 por el semanario americano "Time". Preguntan al futuro beato: Es un hecho que hay gente que habla de misterio y de secreto a propósito del Opus Dei. ¿A qué lo atribuye Vd.?

Responde Escrivá: "Habla usted de acusación de secreto. Eso es ya historia antigua. Podría decirle, punto por punto, el origen histórico de esa acusación calumniosa. Durante muchos años una poderosa organización, de la que prefiero no hablar -la amamos y la hemos amado siempre-, se dedicó a falsear lo que no conocía [no es un misterio: se trata de algunos religiosos españoles de la Compañía de Jesús]. Insistían en considerarnos como religiosos, y se preguntaban: ¿por qué no piensan todos del mismo modo?, ¿por qué no llevan hábito o un distintivo? Y sacaban ilógicamente como consecuencia que constituíamos una sociedad secreta".

"Informarse sobre el Opus Dei es bien sencillo. En todos los países trabaja a la luz del día, con el reconocimiento jurídico de las autoridades civiles y eclesiásticas. Son perfectamente conocidos los nombres de sus directores y de sus obras apostólicas. Cualquiera que desee información sobre nuestra Obra, puede obtenerla sin dificultad, poniéndose en contacto con sus directores o acudiendo a alguna de nuestras obras corporativas".

"Los miembros de la Obra abominan del secreto, porque son fieles corrientes,

iguales a los demás: al adscribirse al Opus Dei no cambian de estado. Les repugnaría llevar un cartel en la espalda que diga: "que conste que estoy dedicado al servicio de Dios". Esto no sería laical ni secular. Pero quienes tratan y conocen a los miembros del Opus Dei saben que forman parte de la Obra, aunque no lo pregonen, porque tampoco lo ocultan".

"Debo decir también -aunque no me gusta hablar de estas cosas- que en nuestro caso no faltó además una campaña organizada y perseverante de calumnias. Hubo quienes dijeron que trabajábamos secretamente -esto quizá lo hacían ellos-, que queríamos ocupar puestos elevados, etc. Le puedo decir, concretamente, que esta campaña la inició, hace aproximadamente treinta años, un religioso español que luego dejó su orden y la Iglesia, contrajo matrimonio civil, y ahora es pastor protestante".

Como dato curioso, precisamente este sacerdote al que se le acusó de ser jefe de una "sociedad secreta", había escrito en Camino la siguiente consideración, con una vehemencia sorprendente, que contrasta con el tono moderado que usó siempre de palabra y por escrito. Se trata del punto 833: "¿No ves cómo proceden las malditas sociedades secretas? Nunca han ganado a las masas. -En sus antros forman unos cuantos hombres-demonios que se agitan y revuelven a las muchedumbres, alocándolas, para hacerlas ir tras ellos, al precipicio de todos los desórdenes..., y al infierno. -Ellos llevan una simiente maldecida".

Tras estas palabras, se escucha el eco de la España de aquellos años, enzarzada en una guerra implacable y sanguinaria. Pero también es cierto que el género "sociedad secreta" no parece que gozara de su indulgencia.

Aunque aprobados algunos años después de su muerte, los artículos del Codex iuris particularis son el fruto de su espíritu, consecuencia de su esfuerzo a lo largo de toda su vida. Pues bien, en ese texto solemne y vinculante se halla una disposición que recomienda precisamente alejarse del modelo -detestable para Escrivá- de las "malditas sociedades secretas".

Se trata del número 89, cuyo primer párrafo comienza (según nuestra traducción, no oficial, del texto original latino) del siguiente modo: "Todos los fieles de la Prelatura amen y practiquen la humildad, no sólo personal sino también corporativa. Por tanto, no busquen jamás la gloria del Opus Dei y tengan siempre presente que la mayor gloria del Opus Dei es vivir sin gloria humana".

Tras este primer párrafo, de "ambientación", sigue otro que concreta hasta el detalle qué debe entenderse por "humildad colectiva" y por "rechazo" de la "gloria humana".

Sigamos traduciendo: "Para alcanzar su fin con mayor eficacia, el Opus Dei en cuanto tal quiere vivir humildemente; por consiguiente, se abstiene de actos colectivos, y ni siquiera los fieles de la Prelatura tienen una denominación común. Estos mismos fieles no participan de modo colectivo en manifestaciones públicas

de culto como procesiones, aunque no esconden su pertenencia a la Prelatura, porque el espíritu del Opus Dei, mientras conduce a los fieles a buscar con todas sus fuerzas la humildad colectiva para obtener una eficacia apostólica más viva y amplia, al mismo tiempo evita completamente el secreto o la clandestinidad".

El siguiente párrafo dicta normas concretas para *secretum vel clandestinitatem vitare*. En primer lugar, establece que "en todas las Regiones sean conocidos por todos el nombre del vicario del Prelado y los de aquellos que forman sus Consejos". Además, "a los obispos que lo soliciten comuníquese no sólo los nombres de los sacerdotes de la Prelatura que ejercen el ministerio en su diócesis, sino también los de los directores de los Centros erigidos en la misma diócesis".

Este artículo 89 concluye con un tercer párrafo, cuyo contenido ya conocemos ("A causa de esta humildad colectiva, el Opus Dei no puede editar periódicos ni publicaciones de ningún tipo con el nombre de la Obra").

Los problemas surgen, sobre todo, por la parte final del segundo párrafo. Queda claro que el Opus Dei hace públicos los nombres de los vicarios, de los consejeros, de los sacerdotes y de los directores de los Centros. Pero nada se dice de los demás miembros de la Prelatura. ¿No serán entonces "encubiertos", "reservados"? ¿O incluso "secretos", como dicen algunos?

Anticipemos la respuesta, basándonos en el testimonio de Rafael Gómez Pérez: "La Prelatura del Opus Dei tiene la obligación de respetar la intimidad de sus miembros, es decir, no tiene derecho a comunicar la condición de miembro, a no ser que el interesado esté de acuerdo".

Sería inútil tratar de disimular que semejante negativa sorprende y parece incluso confirmar las sospechas de tantos. Según el Opus Dei, en cambio, todo se comprende si este "respeto por la intimidad de los miembros" (como lo llaman) se enmarca en el contexto del espíritu de la Institución, y si se compara con el comportamiento de otras entidades con rasgos comunes. Así lo explica el autor que acabamos de citar: "Confundir esto con el secreto es desconocer la práctica habitual en cualquier institución de vínculos voluntarios y contractuales".

Fijémonos entonces en este marco conceptual, que -según dice el Opus Dei- debería disipar cualquier género de dudas. Transcribo la explicación (ese es el significativo título de su libro) de Gómez Pérez, numerario de la Obra que -como ya dije- enseña antropología en la universidad. Sus palabras exponen algunos de los argumentos de la defensa; después, como siempre, será el lector quien juzgue y deduzca sus conclusiones. Mi deber de cronista se limita a proporcionar las piezas del puzzle, los hechos e informaciones sobre los que basarse para emitir un juicio personal.

Interesa hacer notar que Gómez Pérez no encabeza el capítulo donde explica todo esto bajo un título del estilo de El secreto de la Obra, Las acusaciones de ocultismo o algo parecido, sino que lo titula La sencillez de la manifestación. Es

decir, para Gómez Pérez el fondo del asunto es que se confunde el deseo de secretismo con lo que no es más que "naturalidad", "sencillez". Muy indicativo, para comprender la perspectiva desde la que quiere que miremos.

Veamos qué se dice tras ese título: "Un miembro del Opus Dei, que es una persona que desarrolla un trabajo cualquiera en la sociedad, no va pregonando sus compromisos con la Prelatura, ni anuncia su condición de miembro en las tarjetas de visita o en los membretes de las cartas o en el curriculum vitae. A todos los efectos, su pertenencia al Opus Dei es un asunto privado. Pero, a la vez, como desarrolla un apostolado personal en medio de los parientes, conocidos y amigos, la condición de miembro de la Prelatura es algo conocido. No pregonado, pero suficientemente conocido. Este rasgo de la espiritualidad del Opus Dei, que se ha mantenido desde el principio, ha sido a veces malentendido y después convertido en un estereotipo: "el secreto del Opus Dei". Al principio, cuando existían pocos miembros del Opus Dei, una acusación de secretismo podría encontrar apoyo en ese mismo hecho. Si se decía que "salieran a la luz" los miembros del Opus Dei y no salían muchos, se podía decir que "se ocultaban". La realidad era que no había más (...). A eso se unía el "estereotipo de la conspiración", algo conocido desde antiguo. Se trata, en efecto, de una de esas constantes culturales que hacen verosímil, incluso para los incrédulos, la existencia de una común naturaleza humana. Así, ha sido corriente que cuando un pueblo quería preparar un ataque contra otro difundiera rumores sobre la "infiltración" del "enemigo" en las propias filas. Este fenómeno se observa incluso en sociedades iletradas, "primitivas". Con independencia de que aquello respondiera a un hecho, el estereotipo ha funcionado de forma constante. Ya en tiempos históricos, han sido víctimas de ese estereotipo de la conspiración tanto los judíos como los cristianos, los protestantes o los católicos, los comunistas, los anticomunistas y, en general, cualquier conjunto de personas identificable como grupo. También el Opus Dei ha sido objeto de ese estereotipo. Pero, ya desde hace tiempo, la acusación de secreta conspiración o simplemente de ocultamiento se demuestra inconsistente. En el último decenio del siglo, con decenas de miles de miembros del Opus Dei, con iniciativas sociales y educativas de bastante relieve -como la Universidad de Navarra, en España, o el Ateneo de la Santa Cruz, en Roma- y, sobre todo, con todo lo que ha girado en torno a la beatificación del Fundador, un presunto secretismo es uno de esos fósiles desinformativos que se transmiten por perezosa inercia".

Al llegar a este punto, el autor aduce algo que ya hemos adelantado, pero que vale la pena transcribir de nuevo: "La Prelatura del Opus Dei tiene la obligación de respetar la intimidad de sus miembros, es decir, no tiene derecho a comunicar la condición de miembro, a no ser que el interesado esté de acuerdo. Confundir esto con el secreto es desconocer la práctica habitual en cualquier institución de vínculos voluntarios y contractuales". No se olvide que los miembros no están unidos a la Obra por votos o promesas, sino con un contrato bilateral. Este hecho introduce una perspectiva totalmente distinta acerca de la discreción que deben guardar las dos partes. Supone pues una relación diversa de las demás situaciones "religiosas" en sentido tradicional.

A continuación, Gómez Pérez añade la siguiente consideración: "En realidad, como ya se ha dicho, la condición de miembro del Opus Dei es sabida, sin más, en el ámbito de la vida familiar y profesional de cada uno (...). No es deseo de secreto, por ejemplo, contestar con una evasiva a alguien que pregunta a otro, sin apenas conocerle, en qué banco tiene una cuenta corriente, dato que sin duda no es secreto, pues lo conocen decenas de personas".

Nuestro testigo -que es al mismo tiempo abogado defensor- añade lo siguiente: "Las dificultades que, en un tiempo, surgieron en la opinión pública para entender este rasgo del espíritu del Opus Dei se deben, una vez más, a lo afianzado de la idea de que una vida espiritual debe notarse exteriormente en algún tipo de señal "vistosa". Los religiosos han llevado tradicionalmente hábitos para que se viera, desde fuera, su profesión (religiosa). Y si, por la evolución de los tiempos o por otras razones, se quitan el hábito suelen dar a entender, con algún signo, esa misma profesión de vida de perfección, su condición de "persona sagrada". La condición de los miembros de la Prelatura no es, como ya se ha dicho con frecuencia en estas páginas, "religiosa". Los sacerdotes son sacerdotes seculares, incardinados en una Prelatura que es parte de la estructura jerárquica de la Iglesia. Los seculares son, antes que nada, lo que cada uno ha querido o ha podido ser: empleado, enfermera, médico, estudiante, atleta, cantante, profesora, secretaria, abogado, ingeniero, comerciante, modista, campesino, artesano, banquero, profesor, y así toda la variedad casi innumerable del trabajo social. Ser del Opus Dei no es una profesión, sino una vocación espiritual. La vocación trasciende de un modo semejante a como trasciende que alguien puede tener afición a la música: habla de ella en la primera ocasión que se le presente. Un miembro del Opus Dei habla de su vocación, cuando es normal hacerlo, entre amigos y entre conocidos".

El ensayista español trae a colación algo que ya hemos examinado en los estatutos de la Obra: "Este rasgo de no aparatosidad, de naturalidad, de secularidad, tiene que ver también con algo muy tratado en los escritos del Fundador y en los Estatutos de la Prelatura: la humildad personal y la humildad colectiva. El carácter básico de la humildad es una nota común de la espiritualidad, no sólo de la cristiana. Hay completa unanimidad entre los autores espirituales en afirmar que el mayor enemigo de la santidad y, por tanto, de la caridad es el orgullo, la soberbia, no sin razón considerada como el primero de los siete vicios capitales. Pero además, el Opus Dei señala a sus miembros la importancia de la humildad colectiva. No se trata, en absoluto, de buscar la gloria del Opus Dei, pues "la gloria del Opus Dei es vivir sin gloria humana". La razón principal de esta actitud es la convicción de que la gloria se debe sólo a Dios -Deo omnis gloria, el antiguo aforismo cristiano repetido con frecuencia por Mons. Escrivá-, pero, además, la experiencia histórica de que las instituciones cristianas, si quieren pervivir a lo largo del tiempo, no han de exaltar el espíritu de cuerpo. Las ventajas iniciales del espíritu de cuerpo se suelen traducir, al cabo del tiempo, en algo peligroso: que, perdido el sentido de la finalidad fundacional, el ser considerado, el contar, el estar en todas las salsas, se convierte en el verdadero

objetivo de la institución. Esto, que puede ser menos grave en una empresa política o comercial, suele ser letal en una institución con fines espirituales y apostólicos".

Para añadir más elementos al debate, transcribo la argumentación que me pasó por escrito un dirigente de la Obra, al que acudí durante la preparación de este informe. Independientemente de su valor objetivo, son razones que aduce la defensa, y por eso mismo han de ser tenidas en cuenta. Esa persona me escribió lo siguiente: "el hecho de que en los estatutos no se mencione ningún tipo de publicidad para esos miembros que no son más que miembros normales, laicos sin ningún cargo dentro de la Institución, ha de entenderse como un modo de subrayar la "normalidad" cristiana de los miembros del Opus Dei. Por otra parte, ¿por qué tanta insistencia en pedir la "publicación de las listas" de estos miembros corrientes? Si los miembros del Opus Dei son lo que ellos dicen que son, se desprenden dos datos. El primero: que quien los conoce personalmente, sabe que son de la Obra. Segundo: que este hecho no afecta a su comportamiento civil, profesional, político, etc. Son hombres y mujeres normales, cristianos corrientes, y como tales quieren ser considerados. Entonces, si la realidad es esa, ¿qué motivo puede hacer aconsejable que se haga pública la pertenencia a la Obra, la "etiqueta" de miembro del Opus Dei, y aplicarla clamorosamente a cierto número de ciudadanos? Felizmente superado el prejuicio de la incompatibilidad entre "obediencia al Estado" y "obediencia a la Institución" en los miembros de la Obra, hay indicios para pensar que la única razón que pueda aducirse es una voluntad discriminatoria, persecutoria. Con otras palabras: quien pretende la "publicación de las listas" niega de hecho que los miembros del Opus Dei sean "ciudadanos normales". Puede ser que esté convencido de veras de que lo que pide es razonable, o quizá sea una excusa. Si se trata de lo primero, sólo necesita documentarse mejor. Si se trata de lo segundo, en cambio, estamos ante una auténtica prevaricación en beneficio propio. La única explicación imaginable es que lo que se busca es aislar y, de algún modo, eliminar de la vida pública - señalándoles con el dedo y haciendo ineficaz su actividad- a ciudadanos que querrían ejercitar la legítima libertad de vivir con coherencia su fe cristiana: una fe tanto más auténtica en cuanto no tiene etiquetas, manifestaciones aparatosas o compromisos públicos".

Detengámonos aquí: las citas anteriores son más que suficientes para nuestro propósito, entre otras cosas porque el mejor modo de formarse una opinión sobre las acusaciones de secretismo (o, para los benévolo, de "exceso de discreción") es reflexionar sobre la estructura, sobre la espiritualidad y sobre los fines de la Institución. Y a eso hemos dedicado cada página de este informe.

Un solo flash más, tomado de una entrevista al filósofo católico (y desde fecha reciente, también político) Rocco Buttiglione (1). Respondiendo a algunas preguntas sobre los vínculos que están saliendo a la luz entre logias, criminalidad organizada y turbios asuntos económicos y financieros, hizo la siguiente observación, difícilmente refutable: "Cuando se habla de masonería, con frecuencia se saca a colación al Opus Dei. Admitamos por hipótesis que el Opus

Dei -por razones más o menos justas- tenga mucho aprecio a la discreción. La comparación, sin embargo, es engañosa, porque los miembros de la Prelatura, aunque no proclaman a los cuatro vientos su pertenencia a la Obra, están orgullosos de su identidad católica y consideran un deber manifestarla abiertamente. Siguiendo con la hipótesis, si no supiera de alguno de ellos que pertenece a la Obra, sabría ciertamente que es un cristiano practicante convencido. Ningún miembro de una organización anticlerical descubrirá con sorpresa que su secretario es miembro del Opus Dei. Y esto crea, respecto a la masonería, una diferencia insalvable".

Para acabar con nuestro viaje entre las "negras sombras", trasladémonos a España, al periodo entre el comienzo de la guerra civil y la muerte de Franco.

La acusación es bien conocida y ha asomado ya varias veces por estas páginas, aunque indirectamente. Ha llegado el momento de afrontarla.

Para completar un informe como éste, he pensado que nada mejor que dirigirnos a un miembro del Opus Dei, para escuchar lo que tenga que decir acerca de la acusación de haber estado "implicados a fondo" en aquel régimen dictatorial. Nos hemos dirigido a Giuseppe Romano, numerario, historiador y periodista, autor de algunos estudios sobre la Institución a la que pertenece. Le recordé que el deber de cualquier informador es transmitir hechos, no opiniones; reunir documentación, no apologías ni condenas. Pienso que ha cumplido con su tarea aunque, como siempre, será el lector quien juzgue el breve pero denso informe que completa mi investigación.

Antes, sin embargo, de conceder la palabra a la defensa, la objetividad me impone la obligación de añadir tres consideraciones, entre otras muchas posibles, a las de Romano.

En primer lugar: las relaciones de algunos miembros con Franco y el franquismo no son consideradas en el Opus Dei como un asunto central de la historia de la Obra, como proponen algunos críticos de la Institución. De hecho, Escrivá proyectó trasladarse a Roma muy pronto, puesto que lo que había "visto" no estaba en función de las necesidades de un país o de una época determinada, sino que debía extenderse por todo el mundo. La guerra civil primero y la mundial después se lo impidieron.

Pero ya en 1946 se embarcó en el puerto de Barcelona rumbo a Génova, y de allí marchó como pudo a Roma, donde fijó su residencia. En aquella ciudad puso la sede central de una Obra que se proponía ser universal y que sólo desde la ciudad "católica" por excelencia podía extenderse a todo el mundo. "Romano y mariano": así quería que fuese el Opus Dei.

Desde hace decenios, además, la mayoría de los miembros no procede de España y, aunque el castellano sigue siendo la lengua común, los españoles son una minoría.

En los años sesenta (en pleno franquismo, por tanto), Mons. Escrivá respondió así a la pregunta de un entrevistador americano: "En pocos sitios hemos encontrado menos facilidades que en España. Es el país -siento decirlo, porque amo profundamente a mi Patria- donde más trabajo y sufrimiento ha costado hacer que arraigara la Obra (...). Tampoco las obras corporativas de apostolado han encontrado especiales facilidades en España. Gobiernos de países donde la mayoría de los ciudadanos no son católicos, han ayudado con mucha más generosidad que el Estado español, a las actividades docentes y benéficas promovidas por miembros de la Obra (...). Quiero hacer constar, sin embargo, que, desde hace años, los españoles son una minoría en la Obra".

Por estos motivos, será preciso examinar con atención el "affaire Franco", conscientes de que no se trata de un asunto central sino más bien marginal o, al menos, local y ligado a un tiempo ya pasado.

La segunda consideración viene dictada también por la objetividad. Dice una fuente de la Institución: "Para aquellos que hablan del Opus Dei como de un poderoso lobby político, con tentáculos extendidos sobre toda la vida pública española, debe ser un misterio lo que sucedió después de la muerte de Franco. En efecto, aquel lobby no intervino tanto desde entonces, puesto que de 1976 a 1982 España evolucionó de modo muy distinto a como la Obra -si hemos de creer los objetivos políticos que le atribuyen- hubiera querido. A partir de 1982, además, el misterio se hace más oscuro aún: aquel año asumió el poder un partido socialista hegemónico, que no sólo no era favorable a la Iglesia ni a los católicos, sino ni siquiera a la misma experiencia religiosa. Mientras tanto, el país sufre una violenta y acelerada secularización, y algunos ambientes están ya casi descristianizados. Entonces, ¿qué fue de ese grupo de presión, del que se decía que dominaba la vida política, económica y cultural del país en el que había nacido?".

Pregunta interesante, que sigue esperando respuesta.

Tercera y última consideración, antes de ceder la palabra a Romano. Recordemos lo que escribió Peter Berglar: "Los miembros del Opus Dei que desempeñaron un papel importante en algunos gobiernos de los últimos años de Franco actuaban en el ejercicio de sus derechos, como personas libres y como ciudadanos del Estado. Ni la imitación de Cristo, ni la fidelidad a la Iglesia ni tampoco el espíritu de la Obra les prohibían servir al Estado español, que -a diferencia de otros ejemplos del pasado y del presente- no tuvo nunca los rasgos de un Estado en sí mismo criminal (y tampoco lo fue de hecho). Quien afirma que un cristiano puede expresarse sólo en favor de una democracia de corte angloamericano o jacobino, porque sólo un sistema de ese tipo sería compatible con el cristianismo, se coloca en una postura inaceptable y falsa".

Los católicos que protestan a gritos, escandalizados por la participación en el régimen de Franco de esos miembros del Opus Dei, parecen haber perdido de

vista el planteamiento católico tradicional y clásico, válido aún hoy, y prefieren fundar su juicio en prejuicios y obsesiones tomados -sin ningún tipo de crítica- de ideologías contemporáneas. Recordemos los puntos básicos de ese planteamiento católico clásico.

Bien sabido es que los hombres pueden organizarse según tres modelos fundamentales, que consienten grados e incluso pueden mezclarse entre sí: la monarquía, la aristocracia y la democracia. A lo largo de los siglos, la Iglesia ha mostrado no tener preferencias en abstracto por uno en concreto, y que tampoco excluye, a priori, ninguno de ellos. La decisión depende de las épocas, de la historia, de la idiosincrasia de cada pueblo.

A partir de Pío XII, con su mensaje radiofónico en la Navidad de 1944, cuya difusión -no es casualidad- fue prohibida en Alemania y en la República de Saló, los últimos Papas parecen haberse inclinado, para el Occidente contemporáneo, hacia la democracia parlamentaria. Pero han evitado muy mucho hacer de esa preferencia una especie de dogma, como si fuese la única forma política aceptable por un católico.

Simplemente, juzgaron que era el más adecuado para esta época y para estos países. Por los mismos motivos, la Iglesia no tiene que arrepentirse o pedir perdón por haber proporcionado capellanes a las cortes de los reyes del Ancien Régime, o por haber considerado al régimen veneciano -el ejemplo más insigne de sistema aristocrático- una Respublica Christiana (a pesar de las relaciones -en ocasiones tempestuosas- que mantuvo con la Iglesia, por cuestiones políticas contingentes).

Para aquellos tiempos y lugares, con esa historia y con esos temperamentos, el sistema era adecuado. Se trataba sobre todo de autoridades legítimas, a las que se aplicaba el severo consejo del Apóstol: "Que todo hombre se someta a las autoridades superiores, porque no hay autoridad que no provenga de Dios; y las que existen, por Dios han sido constituidas. Así pues, quien resiste a la autoridad, resiste al plan de Dios; y quienes se resisten, recibirán su propia condenación (...). Por tanto, es necesario someterse, no sólo por razón del castigo, sino también del convencimiento interno. (...) Dad a cada uno lo debido: a quien tributo, tributo; a quien impuesto, impuesto; a quien temor, temor; a quien honor, honor" (Rom 13, 17).

La Iglesia no quiere "funcionar por su cuenta", no puede "inventarse" una Revelación de acuerdo con los gustos y las preferencias siempre cambiantes de los hombres, sino que es esclava de la Palabra de Dios (guste o no guste a quien disfruta siguiendo las modas, por definición mudables). El comportamiento "católico" concreto ante los distintos regímenes está determinado por esos versículos de San Pablo y por otros del mismo tenor recogidos por el Nuevo Testamento. Entre estos se cuenta una exhortación de la primera carta de San Pedro (2, 7), brevísima y eficaz síntesis de la praxis cristiana: "Honrad a todos, amad la fraternidad, temed a Dios, honrad al rey".

El pensamiento católico, por tanto, no ha absolutizado ninguna forma política. Los cristianos de hoy, en cambio, liberados ya de la amenaza del comunismo y de la borrachera "comunitaria", corremos el peligro de consagrar el sistema democrático-liberal-capitalista que triunfa en su patria, los Estados Unidos de América, como el único sistema político aceptable para un cristiano.

El pensamiento católico ha sabido siempre que cualquier régimen, incluso el más perfecto sobre el papel, el más noble en teoría, se encarna en hombres a los que el pecado original ha convertido en una mezcla de valentía y de vileza, de altruismo y de egoísmo, de grandeza y de miseria. Por eso los hombres de la Iglesia se han esforzado durante siglos no en perfeccionar las estructuras, sino en mejorar a las personas. Más que pretender un "buen sistema de gobierno", han procurado contribuir a que hubiera "buenos gobernantes". La mejor de las estructuras políticas en la teoría se puede convertir en un régimen de pesadilla si, a la hora de la verdad, es regido por hombres indignos.

En cualquier caso, aunque nacido de una insurrección -el alzamiento de 1936-, el gobierno español guiado por Franco recibió después el reconocimiento de todos los países del mundo. Incluida la Unión Soviética. Incluida también la Santa Sede, con su Ciudad del Vaticano. Cuando en 1957 comenzó el affaire de los ministros del Opus Dei, ese gobierno podía gustar o no, pero es indudable que era legítimo y reconocido por toda la comunidad internacional.

Por consiguiente, la colaboración con él no era una especie de "crimen" ni de "vergüenza", como algunos ambientes políticos y religiosos -juzgando con la mentalidad de hoy y según las categorías ahora dominantes- quisieron creer. Parecen haber olvidado que el Estado español había regulado sus relaciones con la Iglesia mediante un concordato que, al menos durante 25 años, fue elogiado públicamente por los obispos del país. Nada, pues, impedía a un católico colaborar con él.

Tras estas precisiones, veamos en el capítulo siguiente los hechos y los documentos que el historiador Giuseppe Romano somete a nuestra consideración.

Mientras tanto, este cronista se despide. Dedit quod potuit, ha hecho lo que ha podido. En cualquier caso, se dará por satisfecho si otros -movidos quizá por un sentimiento de descontento o de indignación, al leer estas páginas- se ponen a trabajar para mejorar lo presente.